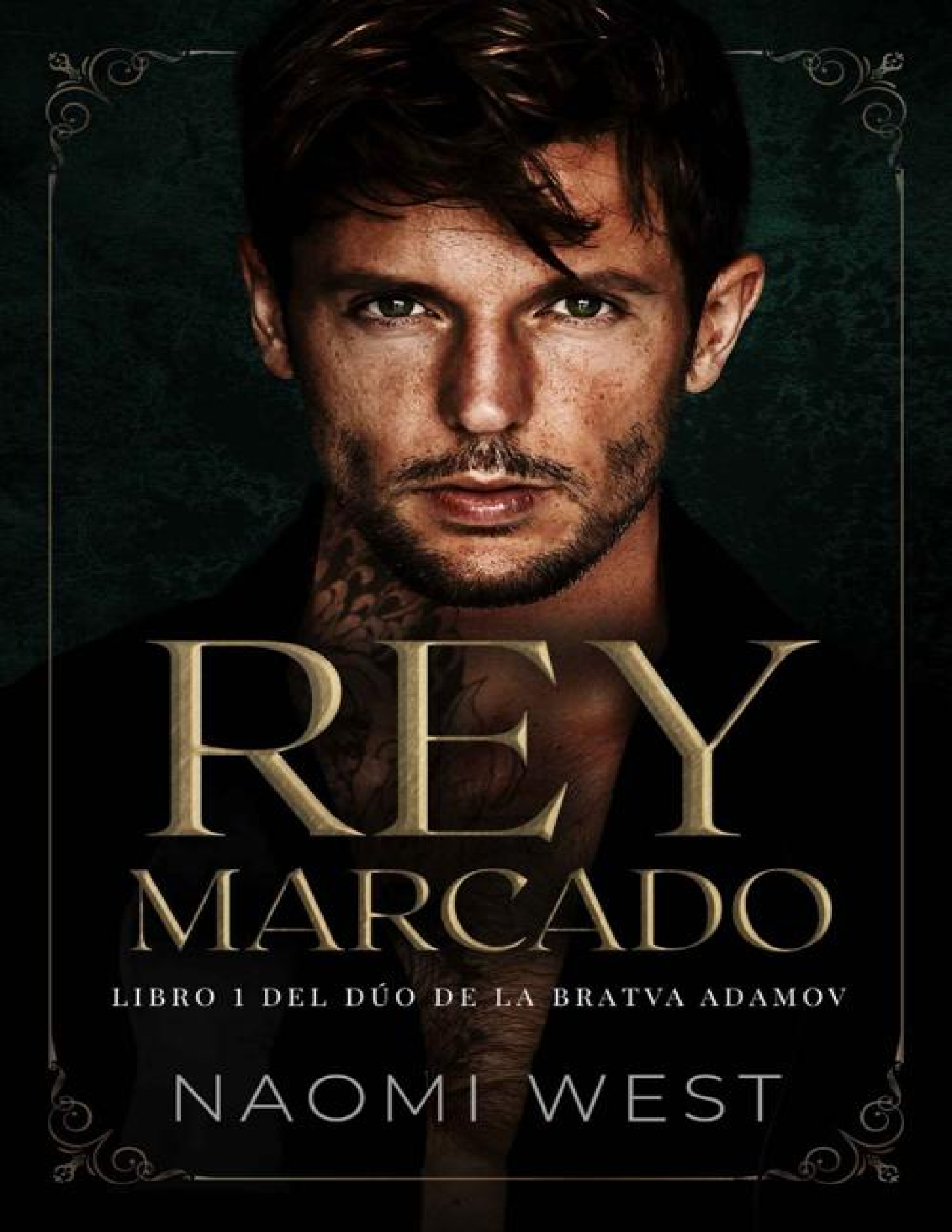

REY
MARCADO
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA ADAMOV
NAOMI WEST

REY MARCADO

LA BRATVA ADAMOV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Rey Marcado

1. Laila
2. Arsen
3. Laila
4. Laila
5. Laila
6. Laila
7. Arsen
8. Arsen
9. Arsen
10. Laila
11. Arsen
12. Arsen
13. Laila
14. Laila
15. Arsen
16. Arsen
17. Laila
18. Laila
19. Laila
20. Arsen
21. Arsen
22. Arsen
23. Laila
24. Laila
25. Arsen
26. Arsen
27. Laila
28. Laila
29. Arsen
30. Laila

31. Arsen
32. Laila
33. Laila
34. Arsen
35. Laila
36. Laila
37. Arsen
38. Arsen
39. Laila
40. Arsen
41. Laila
42. Arsen
43. Laila
44. Laila
45. Arsen
46. Arsen
47. Laila
48. Arsen
49. Arsen
50. Laila
51. Arsen
52. Laila
53. Laila
54. Arsen
55. Arsen
56. Arsen
57. Arsen
58. Laila
59. Laila
60. Arsen
61. Arsen

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Chekhov

Resplandor Pecaminoso

Novia pecaminosa

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

REY MARCADO

LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA ADAMOV

Tropiezo con mis tacones al entrar en una entrevista de trabajo.

El contenido de mi bolso se derrama por todo el escritorio del jefe.

Vaya vergüenza, ¿verdad?

No tanto como que coja a mi, *ejem* "amigo vibrador morado" y me lo devuelva.

Me dice que el puesto que he solicitado no es adecuado para mí...

Pero entonces me hace una oferta que no puedo rechazar.

Ser un vientre de alquiler para él y su falsa esposa.

Necesito el dinero para cuidar a mi madre moribunda, así que acepto.

Y luego, hacemos un bebé a la antigua usanza.

Pero, cuando su falsa esposa es asesinada por sus enemigos, dice que me van a ascender:

De madre de alquiler a novia...

Me guste o no.

REY MARCADO es el Libro 1 del dúo de la Bratva Adamov. La historia de Arsen y Laila continúa en el Libro 2, REINA MARCADA.

1

LAILA

—Vengo a ver al Sr. Adamov.

El hombre detrás del mostrador me echa un vistazo desde debajo de unas gafas cuadradas y frunce el ceño. Debe ver la verdad.

No estoy aquí para "ver" al Sr. Adamov.

Vengo a *suplicarle* al Sr. Adamov.

Puede que incluso "suplicar" no sea una palabra lo bastante fuerte. En realidad, estoy aquí para rogarle al Sr. Arsen Adamov que se apiade de los menos afortunados y me eche un maldito cable, porque Dios sabe que nadie lo ha hecho en mucho, mucho tiempo.

—¿Y tú eres...?

—Laila Barnes. Tengo una cita.

Hace un gesto hacia la sala de espera. Sus brillantes gemelos captan la elegante iluminación empotrada. —Toma asiento con el resto de aspirantes.

Echo un vistazo a la abarrotada sala de espera y casi me doy la vuelta para preguntar si hay otra sala en la que pueda esperar.

Si estos son los aspirantes, yo busco a los desesperanzados, por favor y gracias.

Parece el casting de una película sobre admisiones a la élite. Está repleto de docenas de hombres y mujeres con trajes elegantes y blusas impecables, el tipo de gente que sabe qué tenedor usar primero en los restaurantes de mantel blanco, y cuál es la diferencia entre "burguesía" y "proletariado".

No hace falta ni decir que no pertenezco a este grupo.

Pero el hombre detrás del mostrador ha vuelto al incansable trabajo de olvidarse de que existo. Con un suspiro, reclamo el último asiento que queda entre una mujer con un traje de pantalón azul perfectamente confeccionado y una maceta que probablemente tenga más posibilidades de conseguir este trabajo que yo.

Por si se trata de una situación de *Jefe Encubierto*, me vuelvo hacia la mujer con una sonrisa. —Soy Laila.

Arquea una fina ceja. —Qué bien.

—Entrevistas de trabajo, ¿eh?

Me acobardo en cuanto las palabras salen de mi boca. Parezco un terrible cómico de los 80. *¿Y qué me dicen de la comida de avión, eh? Puaj.*

No se deja impresionar. Su mirada se desliza desde mi rostro hasta las uñas de mis pies sin manicura, y vuelve para contemplar mi atuendo, como si la primera vez hubiera sido demasiado desagradable para catalogarlo.

Hace una hora me sentía bastante bien frente al espejo del baño. Ahora sobresalgo como un pulgar dolorido con mi americana roja. En un mundo de negros, blancos y beiges profesionales, parezco el botón de emergencia que desearía poder apretar para largarme de aquí.

—No sabría decirte. Es mi primera entrevista de trabajo —esboza una sonrisa, pero es depredadora—. Espero que sea la última.

—Confianza. Eso es bueno. Tienes que manifestar lo que quieres.

Por ejemplo, ahora mismo, yo estoy manifestando que me absorbe el rayo abductor de una nave espacial alienígena.

La curvatura de su labio superior me dice que, si eso ocurriera, la única ayuda que me ofrecería sería una despedida con la mano antes de que desaparezca en el éter. —Tengo una licenciatura en análisis empresarial por Princeton y un máster en Administración de Empresas por Oxford. Eso es un poco más útil que "manifestar".

Trago saliva. —Vaya. Quizá debería bajar a la calle y entregar mi currículum en McDonald's.

En lugar de reírse, asiente como si hubiera dado en el clavo. —Mucha suerte con eso.

Con la cara en llamas, cojo mi bolso y huyo hacia el enfriador de agua que hay en la esquina más alejada de la sala.

Cojo un vaso de papel y lo lleno de agua fría, resistiendo a duras penas el impulso de sumergir la cabeza bajo el grifo. En lugar de eso, bebo pequeños sorbos y me recuerdo a mí misma por qué estoy aquí.

Ante todo, la monstruosidad con hombreras que llevo puesta. El hecho de que no pudiera salir corriendo a comprar una falda y una chaqueta de este siglo y tuviera que sacar esto del fondo del armario de mi madre es la razón *número uno* por la que necesito este trabajo.

Seguida muy de cerca por la razón número dos (que quizá debería ser la razón número uno, pero la negación es mi medicina preferida): Mamá.

No estoy cualificada para este trabajo.

Ni siquiera estoy cualificada para examinar las cualificaciones para este trabajo.

Pero los beneficios son increíbles, y conseguir este trabajo, por imposible que parezca, lo cambiaría todo para nosotras.

—Contrólate, Laila —me regaño en voz baja, justo cuando alguien carraspea detrás de mí.

Un hombre vestido con un traje a medida y el ceño fruncido espera su turno en el enfriador de agua. Me aparto de su camino con una incómoda disculpa.

Una vez que se ha servido su bebida y ha puesto rápidamente la mayor distancia posible entre él y la loca de la esquina, me doy una palmada en la cara lo bastante fuerte como para noquearme.

Por desgracia, sigo consciente.

No estoy hecha para esto. Soy una vergüenza. Acumulo vergüenza sobre el nombre de mi familia, que ya está enterrado bajo montañas de esas cosas.

Cuando me suena el móvil en el bolso, McDonald's empieza a tener muy buena pinta.

Como ninguna enfermedad podría empañar la capacidad inagotable de mi madre para saber exactamente cuándo la necesito, ni siquiera me sorprende leer su mensaje.

MAMÁ: Tú concéntrate en esa entrevista de trabajo. No te preocupes por mí.

Poco probable.

Le devuelvo el mensaje, recordándole que dejé una cazuela en la nevera junto con las instrucciones para calentarla. Últimamente no tiene mucho apetito. Podría jurar que cada día está más delgada.

En cuanto he enviado el mensaje, mi teléfono vuelve a zumbar, esta vez con una llamada.

Padre Negligente parpadea en la pantalla de bloqueo.

Ni de coña voy a aceptar esa llamada ahora mismo.

Resistiendo el impulso de arrojar el teléfono al otro lado de la habitación y montar aún más escándalo del que ya he montado, rechazo la llamada y me escabullo de vuelta a la sala de espera. La sala se ha reducido. Ahora solo esperan tres de los miembros de la élite, entre los que se encuentra la pequeña señorita Oxford-cara-de-culo.

Mientras tomo asiento, las puertas dobles de latón del despacho del Sr. Adamov se abren y sale una de las aspirantes.

Excepto que ya no parece muy esperanzada. Tiene la cara pálida y está al borde de las lágrimas.

La señorita Oxford se incorpora. —¿Cómo ha ido?

La mujer sacude la cabeza miserablemente. —Por lo visto, no estoy "hecha para Adamov Liquor" —le tiembla el labio—. Me dijo que "volviera cuando desarrolle una personalidad".

La pobre mujer huye de la sala de espera, y ahora es el turno de la señorita Oxford. Se levanta, con la piel entre verde y blanca como la tiza.

—Suena a que es un imbécil —declaro—. No querrás trabajar para alguien así.

Se da la vuelta, con los ojos entrecerrados. —No te conviertes en director general de una empresa multimillonaria a los veintiocho años sin ser un imbécil. Son gajes del oficio.

Parpadeo, me estremezco, trago saliva y me desmorono, todo al mismo tiempo. Había oído que era joven, pero hay jóvenes y *jóvenes*. Intento imaginarme como directora general dentro de cuatro años y tengo que disimular mi risa amarga con una tos.

Vuelve a fulminarme con la mirada, y finjo estar buscando algo en el bolso para poder apartar la mirada. Tal vez, si escarbo lo suficiente, encuentre los estudios superiores y las prácticas que debería haber

estado realizando en lugar de una certificación de yoga a medio terminar.

Pero, cuando se va, encuentro algo que estaba buscando. Detrás de mi frasco de analgésicos hay algo elegante y morado...

—¡Ahí estás! —exclamo. En parte con horror, pero sobre todo con alivio.

Justo a tiempo, evito sacarlo a la vista del Sr. Gemelos. Desde luego, no aprobaría que agitara un vibrador morado en medio de su impoluta sala de espera.

Por otra parte, si supiera cuánto tiempo pasé de rodillas buscando esta cosa, quizá lo entendería.

La semana pasada, mamá llegó a casa de improviso, interrumpiendo mi "tiempo a solas" de mitad del día, y lo lancé detrás de mí sin pensar. Cuando volví más tarde para terminar la tarea, no lo encontré.

Aprieto el mango como si estuviera abrazando a un viejo amigo. Diablos, estos días, este vibrador morado es lo más cerca que he estado de tener algún tipo de relación romántica.

Mi vibrador se identifica como masculino y se llama Seth. Tenemos una feliz relación desde hace un año y medio.

Hay que reconocer que era más bien una situación de amigos con derecho hasta que, hace once meses, el chequeo médico rutinario de mamá dio como resultado un diagnóstico de cáncer en estadío 2 que nos dejó sin aire a las dos.

A partir de ese momento, Seth se convirtió en mi principal fuente de consuelo y alivio del estrés. La última semana ha sido un infierno sin él.

La puerta del despacho se abre, y la señorita Oxford pasa a mi lado con una sonrisa fría en la cara, que yo interpreto como una entrevista de trabajo que ha salido bien.

—Srta. Barnes —llama el recepcionista—, usted es la siguiente.

Dejo caer a Seth de nuevo en el fondo de mi bolso como una patata caliente, me deslizo el bolso por el hombro y atravieso las puertas dobles.

Hazlo por mamá, dice la voz en mi cabeza.

Hazlo para no humillarte, dice otra.

Me parece bien.

—Buenas noches —saludo al hombre alto y ancho de hombros que está de pie junto a las ventanas, dándome la espalda. A decir verdad, no me importa. Toda esta entrevista me iría mejor si él nunca se diera vuelta—. Soy Laila Barnes.

Se vuelve, con cierta pereza, hacia mí, y...

Guau.

Es repugnante cómo algunas personas lo tienen todo. Arsen Adamov tiene veintiocho años, es obscenamente famoso, asquerosamente rico... y también, al parecer, tiene una estructura ósea diseñada por los dioses.

Unos ojos verde oliva, brillantes y perspicaces, pasan por encima de mí de un solo vistazo, y estoy segura de que conoce todos mis pecados. Levanta una mano, una mano callosa, una mano enorme, y la arrastra por su cabello castaño despeinado en lo que debe de ser una cámara lenta. Cuando frunce los labios, sé que en algún lugar, quizá en varios lugares, hay novelas románticas dedicadas a bocas como la suya.

Aunque esta entrevista sea un fracaso, al menos tengo una nueva cara imaginaria para Seth.

Sus ojos se entrecierran.

Maldita sea. Sabía que debería haberme quedado mirando las ventanas. *¿Cómo puede odiarme ya?*

—Estás zumbando —su voz es profunda, rica, achocolatada. Revuelve mis pensamientos.

—¿Perdona?

Su labio se curva. —Silencia el teléfono.

—Oh —ya estoy rebuscando el teléfono en el bolso cuando me doy cuenta de que la incesante vibración va acompañada de un suave pero característico zumbido. Un sonido con el que me he familiarizado íntimamente en los últimos dieciocho meses.

Mierda.

—L-lo siento —tartamudeo, buscando a tientas en el bolso a mi ruidoso novio mecánico—. Déjame...

Las envejecidas hombreras de mi chaqueta no son rival para mi pesado bolso, y la correa se desliza por mi brazo. El contenido de mi bolso se derrama por la alfombra como lava corriendo por las laderas del volcán.

Mi teléfono. Tampones. Un caramelo de menta polvoriento.

Pero la estrella del espectáculo es Seth, que rueda, y todavía vibra, debo añadir...

Directo hacia los pies de Arsen Adamov.

Trato de guardarlo, pero es demasiado tarde. Mientras Seth se acomoda contra las puntas de los zapatos del Sr. Adamov, él se agacha y recoge mi vibrador del suelo.

Su elegante alianza de oro parpadea ante mí mientras apaga el vibrador, sumiendo la habitación en un doloroso silencio. Su mirada de ojos verdes se desplaza lentamente hacia mí.

—Bueno... esa es sin duda una forma de causar impresión.

2

ARSEN

Coloco el juguete en el centro de mi escritorio y señalo la silla de cuero situada frente a la mía. —Siéntate.

Sus ojos pasan del juguete a la puerta y viceversa, como si estuviera haciendo cálculos, tratando de averiguar con qué rapidez podría coger sus pertenencias y emprender una audaz huida.

—Los de seguridad te pillarían al salir. No creo que quieras que te cacheen con eso en el bolsillo.

—Estoy mortificada —se deja caer en la silla, sus manos revolotean hasta las rodillas y luego se pliegan sobre su regazo para acabar de nuevo en las rodillas—. Eso nunca, nunca debió ocurrir.

No tiene ni idea. Había estado a punto de ordenar a Malcolm que cancelara su entrevista. No sé cómo ha llegado hasta aquí; su currículum deja mucho que desear. La mujer tiene una licenciatura obsoleta en marketing, y prácticamente ninguna experiencia laboral relevante.

Lo que sí tiene son ojos seductores, piernas kilométricas y un juguete sexual en el bolso. Eso le hace ganar cinco minutos de mi tiempo.

También es idéntica a mi mujer. Eso le hace ganar cinco más.

—Entonces, Sra. Barnes... dígame por qué está aquí.

Intenta desviar su atención del vibrador a mi cara, pero no consigue dar el salto. —¿Lo vas a dejar ahí?

—Sí. Responde a la pregunta.

Se echa hacia atrás un mechón de plumosa melena rubia. Si dejarse el pelo suelto era un intento de ocultar las hombreras de su chaqueta, fracasó. Pero, si llevar las hombreras era un intento de ocultar su cuerpo a mi mirada...

Bueno, eso también fracasó.

—Sr. Adamov… —respira hondo y se lanza a lo que obviamente es un discurso ensayado—, sé que mi currículum debe parecer bastante flojo comparado con el de todos los demás aspirantes que han entrado por su puerta, pero soy muy trabajadora y aprendo rápido.

—Tú y todas las personas con las que me he reunido hoy.

Se encoge en la esquina de su asiento. Un poco más y podría arrodillarse. A decir verdad, no me importaría verla suplicar. —Bueno, a diferencia de todos ellos, yo no tengo vida. Eso significa que puedo dedicar hasta el último segundo de mi tiempo a este trabajo.

—Podría haberlo adivinado —a pesar de mí mismo, las comisuras de mis labios se levantan—. Tu amigo morado no grita precisamente "próspera mariposa social".

Su colorete se vuelve rojo radiactivo. Es bonito. Entrañable, incluso, si yo fuera el tipo de hombre al que le gusta el numerito de la inocencia sonrojada. —Te agradecería muchísimo que no me lo eches en cara.

Ahora soy yo el distraído. *¿A qué parte de ella se lo echaría?*

La observo un momento. Tiene los labios ligeramente entreabiertos y respira nerviosamente. Huele ligeramente dulce. A vainilla, creo. Le

sienta bien.

Con un suspiro, abro su mísero currículum. —No trabajaste nada en el último año.

—He estado trabajando en una empresa llamada "Fresh Start" como empleada temporal. Necesitaba un horario flexible.

—¿Y ya no necesitas un horario flexible?

Vacila, clavándose los dedos en las rodillas mientras se inclina hacia delante. —Bueno, no exactamente. Es que...

—Dices que no tienes vida y, sin embargo, exiges un horario flexible. Dices que tienes tiempo para dedicarle a este trabajo y, sin embargo, pareces reacia a comprometerte con él. Decídete.

—Todo se reduce a lo que necesito más. Ahora mismo, necesito más dinero que flexibilidad —se encoge—. Dios, esto está saliendo mal. Lo tenía todo planeado, pero dejé caer a Seth y me distra...

—¿A quién?

Se queda paralizada como un ciervo ante los focos. Puedo distinguir motas de añil ocultas entre el azul de sus ojos muy abiertos. —...Nadie.

—Dijiste: "Seth".

Sacude la cabeza. —No.

—Dijiste: "Dejé caer a Seth".

Su boca se abre para mentir de nuevo, y luego deja caer la cara entre las manos. —¿Puedes fingir que no has oído eso?

No, no puedo. No solo no voy a olvidar esto, sino que voy a pensar en ello a menudo. Llevo todo el día con entrevistas que me chupan el alma. Este es un divertido punto positivo.

—Esto es una entrevista, Srta. Barnes —le recuerdo—. Responda a mis preguntas o váyase.

Su pecho sube y baja rápidamente, como si fuera a emprender el vuelo en cualquier momento. Por la puerta si es posible; por la ventana, si no.

Pero, si se marcha ahora, se habrá acabado mi diversión. Afortunadamente para mí, la Sra. Barnes no es de las que se rinden. Levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—Seth es... alguien que significó mucho para mí —admite, con las mejillas enrojecidas de una forma que me dice que era más que un amigo. Después de todo, no le pones a tu vibrador el nombre de un *amigo*.

Mis dedos se crispan al imaginarme rodeando con la mano la garganta de ese "Seth" que parece haber causado una impresión tan profunda en la Sra. Barnes. No es propio de mí tener una reacción tan fuerte hacia un hombre al que no conozco. Sobre todo, por una mujer a la que apenas conozco.

La vainilla se está metiendo en mi cabeza.

—Fue mi amor de secundaria —continúa—. Y el primer chico que me besó.

A regañadientes, decido dejar vivir al hombre.

—Debió haber sido un buen beso.

—No fue por el beso. Era un chico dulce. Me hizo sentir especial —hace un gesto de dolor y se aclara la garganta—. De todas formas, me preguntabas por qué hay un hueco en mi historial laboral. Es porque dejé mi anterior trabajo cuando a mi madre le diagnosticaron cáncer.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace casi un año —a juzgar por el nudo en la garganta, no se lo está inventando—. Cáncer de páncreas. Dijeron que lo habían detectado a tiempo, pero llevamos dos rondas de quimioterapia y las cosas no pintan mejor.

—Siento oír eso.

Levanta aún más la barbilla. —No estoy jugando la carta de la compasión; solo respondo a tu pregunta. Mamá necesitaba que alguien la llevara a la quimio todos los días, y no podíamos permitirnos una ayuda a tiempo completo —su voz se suaviza—. Por eso hay un hueco en mi historial laboral.

—Ella es la razón por la que necesitas tanto dinero.

—No pido limosna. Trabajaré duro para conseguirlo. Haré lo que sea si eso significa que puedo darle a mi madre una vida cómoda.

Haré lo que sea. Y, con esas cuatro palabras mágicas, percibo la oportunidad. Todas las posibilidades que se encogieron y marchitaron el día que me vi obligado a deslizar este maldito anillo de boda en mi dedo empiezan a expandirse y florecer de nuevo.

Esta bonita *roza* puede ser la solución que no sabía que estaba buscando.

—No voy a conseguir este trabajo, ¿verdad? —pregunta de repente.

—No, Srta. Barnes. No lo harás.

Asiente, rígida, como si no esperara otra cosa, y se levanta. En su postura hay un orgulloso desafío que me resulta admirable. —Gracias, Sr. Adamov. No le haré perder más tiempo.

Se adelanta y, justo cuando creo que está a punto de ofrecerme la mano, en su lugar coge el vibrador.

Lo cojo del escritorio antes de que pueda hacerlo. —Nuestra entrevista aún no ha terminado.

Se detiene, con la cabeza inclinada hacia un lado, confundida. Tiene las mejillas rojas como rosas. —Acabas de decir que no he conseguido el trabajo.

—No has conseguido *este* trabajo. Pero hay otro puesto disponible. Uno para el que creo que podrías estar excepcionalmente cualificada.

Una sonrisa esperanzada parpadea en su rostro antes de controlarla. —¿Lo hay?

Mierda, nunca he visto sonreír a Natascha, pero si lo hiciera... Ella y esta mujer podrían ser gemelas.

—Se paga bien. Mejor, en realidad. Incluye una cuenta de gastos, un chófer personal y seguro médico para ti y tus familiares directos.

Los ojos casi se le salen de las órbitas. —¿Qué... dónde... cómo estoy "excepcionalmente cualificada" para ello?

—Porque, por lo que veo... —mi mirada se desliza por las curvas de su cuerpo, con hombreras y todo—, tienes las caderas para ello.

Ella retrocede. —¿Qué demonios tiene eso que ver con un trabajo?

—Todo… *si* decides aceptar el puesto.

—¿Qué puesto?

—Mi mujer y yo llevamos casados poco más de un año, Srta. Barnes, y somos... incapaces de tener hijos —camino alrededor del escritorio, girando una y otra vez la alianza en mi dedo anular y deseando, como siempre, poder arrancármela y fundirla—. Me gustaría que fueras nuestra madre de alquiler.

3

LAILA

—Estás de broma.

Está bromeando. Tiene que estarlo.

Está bromeando y esto no es real y yo solo formo parte de un extraño programa de bromas.

Explicaría muchas cosas, entre ellas, por qué Arsen Adamov es guapo como un galán de Hollywood. Y, sinceramente, no estaría tan mal, la verdad. Si dejo que emitan estas imágenes, quizá vea una parte del dinero. Una audiencia nacional viendo mi vibrador brillar sobre la mesa de mi posible empleador podría hacer que me quedara sin empleo en cualquier otro trabajo real, pero el dinero podría mantenernos a mamá y a mí durante el mes siguiente.

Dios sabe que necesitamos toda la ayuda posible en ese aspecto.

Echo un vistazo al despacho, con la esperanza de descubrir alguna cámara oculta tras un pisapapeles de cristal o los libros encuadernados en piel de las estanterías, pero solo me observan los ojos verdes inflexibles de Arsen. No hay ni una sonrisa en su rostro cincelado.

—Estás de broma… —repito—. ¿Verdad?

De todas las teorías que se arremolinan en mi cabeza sobre por qué Arsen Adamov me miraría a los ojos y me pediría que llevara a su bebé, que vaya en serio no es una opción. Francamente, ni siquiera está entre las diez primeras.

Me mira fijamente y niega con la cabeza.

No está bromeando.

Mientras la realidad se derrite a mi alrededor, lo que quiero hacer es darme vuelta y alejarme lo más posible de este hombre, de este edificio y de esta situación. Quiero correr gritando hacia las colinas y alertar a las principales cadenas de noticias.

Una grieta en la Matrix justo por allí. Busca al galán que sujeta el vibrador. No tiene desperdicio.

Lo que hago en su lugar es dejarme caer sobre la silla para no desmayarme como una doncella victoriana.

—Quieres que lleve a tu hijo.

—Así que estabas escuchando. Bien —se apoya en el borde de su escritorio. Está a más de un brazo de distancia y, aun así, es demasiado cerca para sentirme cómoda. Sobre todo, cuando me mira así. Demasiado divertido. Demasiado... *apreciativo*—. Comprendo que es mucho para asimilar.

Lanzo una carcajada amarga. —Esto no puede estar pasando.

—Haré que valga la pena —mi voz está alcanzando notas agudas imposibles, a lo *Alvin y las ardillas*, pero, cuando Arsen habla, es un rumor frío, como un trueno lejano—. Comprendo que el embarazo puede ser una experiencia precaria. Pero ten por seguro que serás compensada. Generosamente.

¿Cuánto cuesta tener el bebé de una desconocida?

Y ¿qué dice de mí que el número que da pueda realmente marcar la diferencia?

Solo en el último año, he empeñado joyas y he vendido algunas de mis prendas más bonitas a una tienda de consignación, de ahí la ropa prestada de hoy. En mis días más oscuros, incluso me metí en algunos sitios de fetichismo de pies para ver cómo era el panorama. No me importa vender algunas fotos de mis cerditos para mantener el techo sobre la cabeza de mamá.

¿Pero esto? Ni siquiera *yo* podría estar tan desesperada.

—Puedo hacer que redacten un contrato —continúa, sin darme espacio para pensar y menos aún para respirar—. Será más que justo para ti.

—P-pero estaría... embarazada.

—Debería haber destacado su capacidad de comprensión auditiva en su currículum, Srta. Barnes.

Sé que es obvio, pero creo que merece la pena repetirlo. Por si acaso en el colegio privado de este hombre se saltaron la clase de Educación Sexual.

—Te daría un salario mensual durante los nueve meses de embarazo. También seguiría dándote un estipendio durante... digamos, diez años más. Me parece justo.

—¿Diez años?

Olvídate de los sitios de fetichismo de pies. Debería haber empezado a alquilar mi útero hace años. Hacer bebés es donde está el dinero.

—También cubriría tus gastos domésticos, incluidas las facturas médicas correspondientes tanto a ti como a tu madre —dice—. Si quieres, incluso puedo recomendarte un excelente oncólogo.

—¡Para! —lanzo los dos brazos al aire como esos muñecos que agitan los brazos a la puerta de un concesionario de coches—. Por favor, por el amor de todo lo que es puro y santo, para. Haces que esto parezca una gran oportunidad...

—Lo es.

—Estaría embarazada —grazno—. Tendría que expulsar de mi cuerpo a un ser humano real y vivo, y luego ¿qué? ¿Entregártelo a ti? Ni siquiera te conozco.

Se endereza, se arregla los puños y vuelve a rodear el escritorio hasta su silla. —Tienes todo el derecho a rechazar mi oferta. Pero el hecho de que sigas sentada aquí me dice que no quieres hacerlo.

Hago una mueca de dolor cuando un rayo me atraviesa la cadera, recorriendo con su guadaña las mismas viejas ramificaciones que siempre recorre el dolor familiar.

Si realmente lo desglosas, el dolor es la única razón por la que sigo sentada aquí, ¿verdad? No es su oferta; *no* puede ser su oferta. Es solo que volver a bajar el tramo de escaleras que subí para llegar hasta aquí sería desalentador, y necesito un descanso. Necesito sentarme en este mullido sillón y respirar.

No tiene nada que ver con Arsen.

Busco en mi bolso los analgésicos. —¿Me das un poco de agua, por favor?

Me mira durante un momento. Un largo, largo momento.

Busque lo que busque, debe encontrarlo, porque asiente y se vuelve para cumplir mi petición.

Mientras él serpentea hacia el carrito del bar de la esquina, yo intento desenroscar la tapa de la botella. La tapa a prueba de niños me dificulta las cosas incluso en mis días buenos, y hoy no es un buen día.

Cuando se acerca con un vaso de agua con gas en la mano, consigo girar la tapa, *victoria*, solo para que mis pastillas salgan volando por todas partes.

—¡Maldita sea!

Me pongo en cuatro patas, recogiendo pastillas frenéticamente en un montón como si mi vida dependiera de ello. Primero, Seth; ahora, esto. Mi dignidad está hecha jirones en este suelo, junto con el resto de mis profundos y oscuros secretos.

De repente, Arsen se arrodilla ante mí.

—Laila —dice mi nombre tan suavemente que creo que me lo he imaginado. Pero entonces, su mano se posa, ligera como una pluma, en mi rodilla—. Déjalo. Yo las recojo.

Levanto la vista y me veo atrapada entre el dolor de mi cadera y esos devastadores ojos verdes. Todo el control motriz abandona mi cuerpo. Mis miembros, mi cara, mis palabras... todo está aturdido, flojo y silencioso. Solo puedo ver cómo recoge las pastillas con sus enormes manos y las vuelve a meter en el frasco. Todas menos una, que me entrega.

—¿Analgésicos?

—Una larga historia —murmuro.

Afortunadamente, no me presiona.

En lugar de eso, me ofrece el vaso de agua con gas. Cuando lo acepto, las yemas de nuestros dedos se rozan y, como la fuente desbordante de gracia y aplomo que soy, retiro la mano tan rápido que el agua resbala por la parte delantera de mi traje prestado.

Toda esta actuación de "torpe boba" se está volviendo aburrida muy rápido. Me gustaría bajarme de esta atracción, por favor y gracias.

Sonrojada, me tomo la pastilla y bebo un largo trago de agua. Cuando termino, me quita el vaso de la mano y se levanta. —Si necesitas irte, no te lo impediré.

Debería marcharme. Es lo que haría cualquier mujer en su sano juicio.

Pero años de salir adelante a duras penas, estresándome por las facturas y los planes de tratamiento y por si mi dedo meñique ligeramente torcido convertiría mis pies en imágenes exóticas o invendibles me han dejado como una mujer muy mal de la cabeza.

Por eso me pongo de pie y me enfrento a Arsen. —Tengo algunas preguntas.

—Pregúntame cualquier cosa.

¿Te has comprado esa mandíbula o eres el favorito de Dios?

Desecho esa pregunta y me meto en una de las muchas más relevantes que circulan por mi cabeza.

—¿Cómo funcionaría? ¿Algún médico de lujo juntaría tu esperma y el óvulo de tu mujer y luego me lo pondría todo dentro?

Es un poco desagradable, pero puede que sea lo mejor. No sería más que una maleta llena de las pertenencias de otra persona. Esto no tiene por qué ser personal. Puede ser frío y clínico.

Un negocio.

Por mamá.

Arsen recupera su trono y se echa hacia atrás, con las manos cruzadas frente a él. —Soy un hombre ocupado, *Roza*. No tengo tiempo ni paciencia para pasar en laboratorios y hospitales.

Roza. Ni siquiera sabe mi nombre y quiere que lleve a su bebé. No hay nada menos personal que eso.

Un negocio.

Por mamá.

—Pero quieres tener un bebé…

—A la antigua usanza. Es sencillo, directo. Los dos somos jóvenes y... —mira el frasco de pastillas que sigo agarrando entre mis dedos

sudorosos—. Sanos. No debería llevar más de un par de intentos lograr el objetivo.

Sacudo la cabeza, convencida de que el dolor persistente que la píldora aún no ha aplastado está alterando mi entendimiento. —Perdona. Cuando dices "a la antigua"...

—No habría más necesidad de coito una vez que estuvieras embarazada, por supuesto.

Se me cae la mandíbula. El pastillero se me resbala de la mano. Cae al suelo y rueda bajo el escritorio de Arsen, pero no intento ir a por él. En este momento hay peces más gordos que freír.

—Esta vez, sé que tienes que estar de broma.

—Deja que te explique...

—No —grito, cogiendo a Arsen y a mí por sorpresa—. Deja que te lo explique yo a ti. El hecho de que haya entrado aquí accidentalmente con un vibrador no significa que vaya a bajarme los calzoncillos por un imbécil rico que cree que puede tener lo que quiera con solo tirar el dinero. Puede que esté desesperada, pero no *tanto* —me coloco el bolso al hombro y lo fulmino con la mirada—. ¡Y tampoco soy una rompehogares!

—Mi mujer y yo no tenemos un matrimonio tradicional, Laila. No la estaría engañando —casi para sí mismo, añade—: Aunque lo hiciera, a ella no le importaría.

—¿Sí? Pues a mí *sí* me importa —me dirijo hacia la puerta, deteniéndome para mirar por última vez a Arsen Adamov.

Me observa pacientemente, como si esperara que estalle mi mal genio. Como si esperara que cierre la puerta y vuelva arrastrándome al escritorio.

Lo miro a los ojos para que entienda exactamente lo seria que estoy siendo. —Gracias por la oferta, Sr. Adamov, pero esta es mi respuesta: *¡Ni de coña!*

4

LAILA

He pasado la última semana desde que salí del despacho de Arsen Adamov sintiéndome muy bien conmigo misma.

¿Pensó que podía lanzarme algo de dinero y esos bonitos ojos verdes suyos y que yo le daría todo lo que pidiera?

Que se joda.

Puede que Arsen tenga todo el dinero del mundo, pero yo tengo amor propio. Y eso no tiene precio.

Pero resulta que el amor propio sí tiene un precio. Ese precio incluye la asistencia sanitaria, el alquiler y un estipendio mensual que cubriría mi coste de vida hasta bien entrada la treintena.

He pensado repetidamente en la proposición de Arsen durante los últimos días, pero nunca con tanta intensidad como anoche, cuando me senté con mi madre en el suelo de linóleo de nuestro cuarto de baño compartido mientras ella vomitaba otra cena.

Un negocio.

Por mamá.

Por eso, cuando el imbécil de los gemelos detrás del mostrador de recepción se levanta y agita un brazo para detenerme en mi cruzada

por el vestíbulo de Adamov Liquor, no le hago caso y aporreo la puerta del despacho de Arsen.

Oigo al recepcionista llamar a seguridad, pero también oigo fuertes pasos al otro lado de la puerta. Un segundo después se abre…

Y Arsen Adamov está delante de mí.

De algún modo, mi recuerdo no le hacía justicia. Es tan ancho que llena el umbral de la puerta, y sus pómulos cincelados minan parte de la determinación que reuní al subir las escaleras.

—Sabía que volverías.

El profundo rumor de su voz me hace estremecer. Lo disimulo con el ceño fruncido. —No hagas que me arrepienta de haber venido.

—¡Sr. Adamov! —el recepcionista aparece, sin aliento, a mi lado—. Se ha abierto paso a empujones. Tengo a los de seguridad en camino. Siento mucho...

—Cancela mi cita de las nueve, Malcolm —Arsen se hace a un lado, dejando el espacio justo para que pueda pasar a su lado sin tocar su cuerpo. De todos modos, siento el calor que irradia—. La Srta. Barnes y yo no debemos ser molestados.

Saludo amistosamente a Malcolm por debajo del brazo de Arsen. Ahora puedo disfrutar de mis pequeñas victorias. Algo me dice que los próximos nueve meses van a ser bastante escasos en ese sentido.

Entonces, Arsen cierra la puerta.

De repente, nada tiene gracia.

Me hormiguea la cadera por haber subido las escaleras. Por suerte, hoy he tenido la precaución de tomarme un analgésico antes de venir.

—Srta. Barnes —Arsen hace un gesto hacia la silla situada frente a su escritorio, la misma silla en la que me senté hace menos de una

semana, cuando le dije que tenía demasiada dignidad para aceptar jamás su oferta. Siento que los últimos restos de esa dignidad se reducen a la nada cuando me dejo caer en la silla—. ¿A qué debo el placer?

—Quiero diez mil dólares al mes —suelto.

—Entrando de lleno en las negociaciones —inclina la barbilla como si estuviera impresionado—. Me gusta tu estilo.

Probablemente por eso no me gusta nada este estilo. Respiro hondo para calmar mi acelerado corazón y vuelvo a empezar. —*Si* acepto tu... emm... "oferta de trabajo", va a ser una inversión enorme, y solo quiero...

—Hecho.

No ha parpadeado desde que nos sentamos. —¿Cómo dices?

—Diez mil dólares al mes —repite—. Hecho.

—¿Ya está? ¿Así de fácil?

—¿Prefieres que me oponga?

Entrecierro los ojos. —No he terminado.

Me hace un gesto para que siga. —Por supuesto, adelante.

—Quiero un seguro médico para mí y para mi madre. Y también tienes que hacerte cargo de todos sus gastos médicos.

Ladea la cabeza. —Fue idea mía.

—Puede que incluso necesitemos una enfermera a tiempo completo —esa idea se me ocurrió anoche mientras frotaba los hombros de mi madre e intentaba ayudarla a volver a la cama.

Deberías ser una chica normal de veinticuatro años, Laila, dijo. *No deberías tener que cuidar de mí.*

No me molesta cuidar de mi madre. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que mi padre le hizo. A nosotras.

Pero estaría bien un poco de ayuda.

—Te lo dije: lo que necesites, lo tendrás.

Tengo la tentación de pedir todos los deseos de mi corazón. *Un estudio de yoga en pleno funcionamiento. Un chef en casa. ¡Un poni! No, ¡un unicornio!*

El peso de toda su atención es aplastante, pero, cuando se pasa una mano por el borde afilado de la mandíbula, me llama la atención su alianza de oro.

—Tenemos que hablar de tu mujer.

Su boca se tensa y cualquier chispa de diversión en sus ojos se esfuma en una bocanada de humo. —Si insistes.

—¿Cuál es el problema con ustedes? No me imagino que a ella le parezca bien que tú... —*te acuestes con otra mujer*—, tengas un hijo con otra.

Por primera vez, no parece estar totalmente bajo control. Es ira y angustia a partes iguales, con una pizca de *¿cómo coño me ha pasado esto a mí?*

—Si quieres saberlo, fue un matrimonio concertado.

—¿La gente todavía hace eso?

—Mi tipo de gente lo hace —endereza un montón de papeles sobre su escritorio—. Fue un encuentro entre dos partes con fines comerciales.

—Dinero —resumo—. Lo hiciste por dinero.

No es que tenga mucha moral para emitir juicios. Estoy aquí ofreciendo mi vientre y el próximo año de mi vida por diez mil dólares al mes. Sartén, conoce al cazo. Ambos de la misma calaña.

Continúo antes de que pueda señalarlo. —¿No querías esperar por...?

—¿Por qué, *roza*? —me mira con una sonrisa divertida—. ¿Por amor? ¿Es eso lo que ibas a preguntar?

—Pues sí. ¿Por qué no?

El matrimonio de mis padres no fue precisamente un ejemplo brillante de santo matrimonio, pero no todos los matrimonios son un basurero. En algún lugar del mundo hay maridos que adoran a sus esposas; padres que se preocupan por sus hijos incluso cuando no hay dinero del seguro colgando sobre el cuerpo canceroso de su ex-cónyuge.

Mi madre es una santa y no puede hacer nada malo a mis ojos. Pero aún me cabrea que le haya contado a mi padre lo de su cáncer cuando llamó la semana pasada, que exige saber sobre su testamento y la planificación de su patrimonio. Lo último que necesita ese tiburón codicioso es carnaza en el agua.

—Porque soy el tipo de hombre que dirige con la cabeza, no con el corazón —dice Arsen con frialdad—. No me interesan los enredos románticos. No quiero las complicaciones ni las responsabilidades que exigiría una relación de verdad. Quiero libertad, aunque tenga que encontrarla dentro de los límites del matrimonio.

—Entonces, cuando has dicho que tu mujer y tú no pueden tener hijos... —tengo tiempo para reconsiderar la pregunta, pero todas las demás normas de corrección han salido por la ventana. ¿Qué líneas quedan por cruzar?—. ¿Lo intentaron siquiera?

Su respuesta es inmediata y descarada. —No tengo ningún interés en estar en la misma habitación con esa mujer, y mucho menos en hacer lo necesario para dejarla embarazada.

Por alguna razón inexplicable, se me pone la carne de gallina. —¿Sabe que sientes eso por ella?

—Ella es muy consciente. Y te aseguro que el sentimiento es muy mutuo.

Frunzo el ceño y me muerdo el interior de la mejilla. Va a ser jirones ensangrentados para cuando consiga salir de aquí. *Si* consigo salir de aquí, claro.

Me aclaro la garganta. —Puede que a ella le parezca bien que te acuestes con otra, pero ¿significa eso que le va a parecer bien criar a un hijo que no es suyo?

La risa de Arsen es profunda y cortante. —En el mundo animal, Natascha sería una de esas madres que se comen a sus crías. No tiene ni un hueso materno en el cuerpo.

—Vale. Entonces, tú no... Tú no... —respiro hondo—. Si tu mujer no quiere participar, ¿esperas que yo sea la madre?

Las palabras se me atascan en la garganta. Seth es la única relación seria que he tenido. Apenas he pensado en el matrimonio, y mucho menos en tener hijos.

Supongo que no hay mejor momento que el presente para contemplar las preguntas más importantes de la vida. Para mi sorpresa, es fácil de responder.

¿Qué clase de madre quiero ser? Adoro a mi madre. Los domingos lluviosos, me dejaba meterme en la cama con ella y veíamos películas inapropiadas para mi edad durante todo el día. El día de paga, me llevaba a tomar un helado.

Pero eso era solo cuando ella no trabajaba. Al principio, mi padre enviaba unos míseros pagos de manutención, pero se agotaron enseguida. Ella pasaba la mayor parte del tiempo intentando ganar lo suficiente para pagar las facturas. Eso me dejaba en casa de amigos o, cuando tuve edad suficiente, sola.

Yo quiero *estar* ahí para mis hijos.

—Tú serías la donante de óvulos —corrige, cortando mis pensamientos—. Como madre de alquiler, una vez que el bebé esté en mis brazos, tu trabajo habrá terminado.

—Ya veo —algo se agita en la boca de mi estómago. Levanto los ojos hacia los suyos—. Es una locura lo que me pides que haga. ¿No preguntarás por qué he vuelto?

Sacude la cabeza. —No hace falta. Has vuelto por tu madre.

Las lágrimas brotan de las comisuras de mis ojos sin previo aviso. Miro hacia abajo, esperando que no se dé cuenta.

Solo oigo el roce de su silla antes de que me entregue un pañuelo. —Si tienes alguna duda, Srta. Barnes, deberías marcharte ahora.

Casi me río. Tengo la cabeza llena de dudas. Pero esas dudas no borran la razón por la que estoy aquí.

Le arrebato el pañuelo de la mano. —Mi madre me crió sola. Tenía dos trabajos para mantenernos a flote y ni una sola vez se quejó. Y ¿cómo se lo pagó el universo? —aprieto la mandíbula—. Le dio cáncer. Lo menos que puedo hacer ahora es asegurarme de que el resto de su vida sea lo más cómoda posible.

Levanto la mirada hacia la suya, sin avergonzarme ya de las lágrimas que cuelgan de mis pestañas.

Son una prueba de amor.

—Redacta el contrato. Estoy preparada.

5

LAILA

—Qué rápido —miro fijamente el sobre de papel manila que me acaba de entregar Arsen. Tiene mi nombre garabateado con tinta negra en una esquina.

LAILA BARNES.

No sé por qué, pero verlo ahí, descarnado y permanente, hace que todo esto parezca cien veces más real.

—Lo hice redactar la semana pasada, después de nuestra reunión —explica Arsen—. Te lo dije: Sabía que volverías.

No sé cómo estaba tan seguro cuando yo no lo estaba en absoluto. Incluso mientras me vestía y me dirigía al centro esta mañana, incluso mientras levantaba la mano para llamar a la puerta de su despacho, no estaba segura de que realmente fuera a hacerlo.

Pero él lo sabía.

De algún modo, lo sabía.

—Verás que lo he cubierto todo. Solo tienes que firmar.

Saco suavemente el contrato del sobre y empiezo a leer. Tiene razón. Ha sido muy minucioso y más que justo. Ridículamente generoso, de hecho.

El contrato asigna veinte mil dólares al mes mientras dure mi embarazo, y luego diez mil mensuales durante diez años después.

—¿Qué es la "asignación de vestuario"? —señalo una cláusula al final de la página.

—Para que puedas actualizar tu armario —responde secamente—. Definitivamente, el rojo es tu color, *roza*. Pero no puedo decir que las hombreras te hagan tanta justicia.

Rubor instantáneo.

Vuelvo a enterrar la cara en el contrato. Paso la página hasta que me detengo en otra cláusula. —¿Detalles de seguridad y protección personal?

—Solo por precaución. Para proteger a mi hijo.

—¿Significa que tendré guardaespaldas? —pienso en el séquito de hombres trajeados que he visto vigilando en el vestíbulo esta mañana.

—Me aseguraré de que su presencia no sea invasiva.

—Estamos hablando de que yo lleve a tu bebé —murmuro—. El *USS No Invasivo* ya ha zarpado.

Leo el acuerdo de confidencialidad, que es bastante sencillo, más o menos se reduce a "*abre la boca sobre cualquier cosa y morirás*", antes de pasar a la última página del contrato.

Esperaba, quizá incluso rezaba, algún inserto furtivo sobre la venta de mi alma al diablo. Una renuncia que indicara que tendría que sobrevivir a base de una dieta de crías de foca y sangre de cachorro. Algo que me garantizara que no podría aceptar el trabajo.

Pero todo es perfecto. Cruces en cada "t" y puntos en cada "i".

Tengo el pecho tenso y nervioso, como si por mis venas corriera café expreso puro.

Señalo las siete palabras en negrita de la última página, ***EL HISTORIAL SEXUAL SE DISCUTIRÁ EN PERSONA***, y casi me trago la lengua al decir: —No procede.

Pero solo con leer esas palabras en presencia de Arsen Adamov queda claro que es sí procede, y mucho.

Nuestro tiempo juntos ha sido ciertamente breve, pero nunca he sido más consciente de él que ahora mismo.

De su olor mentolado, un toque picante.

De su tamaño, imponente sobre mí, más ancho, más grande, más duro y *denso* en todos los sentidos.

Sobre todo de sus ojos, verdes, observadores, llenos de inteligencia y con esa sonrisa siempre presente.

—¿Tomas anticonceptivos? —pregunta de un modo que lo convierte en lo más asqueroso que he oído nunca.

—Los anticonceptivos son algo que tomaría una mujer que tiene relaciones sexuales. Como acabo de decir, no lo hago hace mucho —me río, pero él no parece ni la mitad de divertido que yo—. Seguro que recuerdas a Seth. Él es la mayor parte de mi historia sentimental. Lo ha sido desde hace tiempo.

—¿Y los ligues ocasionales?

Entorno los ojos hacia él. —¿Es eso realmente relevante?

—Teniendo en cuenta que pronto darás a luz a mi hijo, necesito saber dónde has estado. Y con cuántos hombres.

¿De qué clase de orgía cree que acabo de salir? ¿Cuántos hombres?

—He estado exactamente con tres hombres en toda mi vida, con todos los cuales mantuve relaciones serias y el último hace más de dos años —hago retroceder mi irritación y cuadro la mandíbula—. ¿Satisfecho?

—No —dice, y sus ojos se posan momentáneamente en mi pecho—. Pero espero estarlo pronto.

Antes de que pueda pensar en ello, que seguramente es lo segundo más sucio que he oído nunca, saca una pluma Montblanc y me la entrega. —Puedes hacer los honores.

Mi mano temblorosa se vuelve sorprendentemente firme cuanto más me acerco a la línea de puntos.

Toco el papel con el bolígrafo. Un único punto negro.

Toto, ya no estamos en Kansas.

Luego, firmo.

Cuando levanto la vista, sus ojos no están fijos en el contrato como yo esperaba. Me está mirando fijamente con sus ojos verdes insondables.

Me siento como si alguien me hubiera esculpido en gelatina. —¿Y ahora qué?

—Ahora —gruñe—, te quitas la ropa y te meto un bebé.

Vaya.

Se han ajustado las clasificaciones.

Eso es lo más sucio que he oído nunca.

6

LAILA

Mi primer instinto es acurrucarme contra el asiento y pensar cómo ganar más tiempo. Pero la mirada de Arsen me dice que ya ha sido lo bastante generoso. "Más tiempo" no es algo que esté dispuesto a dar.

Me señala con el dedo sin decir nada. Como si tirara de los hilos de mi marioneta, me levanto. Me tiemblan los músculos de las piernas, me vuelan las mariposas del estómago y me pasan cosas atroces entre los muslos.

Pero el dedo torcido de Arsen dice: *Levántate*.

Así que obedezco.

—¿Vamos a hacer esto... aquí? —su despacho es agradable, sin las manchas de agua mohosa ni los vecinos de arriba que bailan claqué a los que estoy acostumbrada en casa, pero no es precisamente romántico. Siento la tentación de preguntarle si tiene una vela.

O tal vez un tranquilizante.

Quiero decir, ya he dado mi consentimiento; ¿de verdad tengo que *recordarlo* también?

—En mi despacho es donde dirijo todos mis negocios —se desabrocha el botón de arriba y me deja ver por primera vez lo que

estoy segura que es un pecho maravillosamente esculpido—. Y esto son negocios.

—Vale —tiro del cuello de seda de mi blusa. Si él se está desnudando, creo que yo también debería hacerlo. Como él ha dicho, esto son negocios. Solo sexo normal y corriente con fines comerciales.

Aquí no hay nada por lo que ponerme nerviosa.

Solo negocios.

Arsen me coge la mano antes de que pueda soltar la seda y me aparta los dedos. —Déjame.

—Puedo hacerlo —chillo—. Hay muchos broches y cremalleras. Es complicado. Sería más rápido si yo...

—No necesito que sea rápido —tira del cuello y abre los primeros botones con facilidad. Sus ojos verdes observan cómo se abre mi camisa como si estuviera paralizado—. Necesito que funcione. Además, me gusta desvestir.

No estoy segura de lo que quiere decir hasta que sus ojos bajan hacia su propio cuerpo... hacia el bulto que presiona la parte delantera de sus pantalones a medida.

Oh.

Me arde la cara mientras me muerdo el labio inferior y dirijo la mirada al techo. Puede que se trate de una transacción comercial, pero su erección es asunto *suyo*.

Pronto será asunto *mío*, pero no necesito quedarme embobada.

—Eso tiene sentido. No se puede hacer un bebé sin eso —señalo en la dirección general de sus pantalones y mi mano roza algo duro. Y largo. Tiro de la mano hacia atrás, como si su pene fuera a morderme—. Dios, lo… lo siento.

Ten un poco de clase, Laila. ¿Es la primera vez que te acuestas con tu jefe para procrear por motivos de trabajo? Cielos, contrólate.

Arsen sigue desabrochándome la camisa. —No lo sientas.

Su mano se desliza alrededor de mi cintura, tirando de mí contra su cuerpo para que sienta cada centímetro de su dureza contra mi estómago. Es un anticipo de cómo encajaremos juntos y, mientras el calor me recorre, decido que, después de todo, quizá no quiera estar inconsciente durante esta parte de la reunión de negocios.

Arsen me pasa la mano por el cuello, abriéndome la blusa hasta dejar a la vista mi sujetador de algodón raído. Se podrían escribir novelas sobre por qué, precisamente hoy, elegí ponerme la ropa interior menos favorecedora.

Si necesitaba una señal de que no creía que esto fuera a ocurrir realmente, es este sujetador. Es abultado y deforme, y la semana pasada tuve que quitarle el aro cuando intentó apuñalarme entre las costillas durante una de las visitas médicas de mamá, así que no tiene sujeción alguna.

Pero Arsen arrastra sus dedos por mis clavículas y baja, curvándose sobre la pendiente de mis pechos hasta que su palma se presiona sobre mi corazón acelerado. Miro hacia abajo para asegurarme de que el corazón no me está atravesando el pecho, y veo un destello dorado.

Su anillo de boda.

La culpa me sube de inmediato por la garganta y de mi boca salen disparadas palabras que no quería decir. —Tu mujer.

No sé por qué lo digo. Quizá solo para recordarle que tiene una, por si se le ha olvidado. Ciertamente yo sí que lo olvidé por un segundo.

Pero Arsen retira la mano como si lo hubiera electrocutado. —Si buscas la forma más rápida de acabar con mi erección, *roza*, la has encontrado.

—¿No le molestará que estemos...? —señalo con un gesto el minúsculo espacio que hay entre nuestros cuerpos—. Es decir, tenemos que hacerlo, pero no tenemos que hacerlo así. No tiene por qué ser...

Sexualmente cargado. Erótico a más no poder. Calientemente ardiente.

Ni siquiera puedo terminar la frase. El miedo a que esto no sea ninguna de esas cosas para él es demasiado real.

Se inclina hacia abajo, y su voz profunda retumba en mi oído. —Tendrá más éxito si lo disfrutamos los dos.

Me relamo los labios. —Éxito... claro. Negocio.

Si sigo diciéndolo, tal vez mi cuerpo lo entienda. Tal vez mis piernas dejen de temblar y mi corazón deje de reaccionar exageradamente. Arsen no hace esto porque quiera; es una transacción. Yo estoy aquí por el dinero, no por él.

Por mamá.

De repente, Arsen me voltea y me aprieta las caderas contra su escritorio. Veo la ciudad de abajo: gente tan diminuta que parecen hormigas, coches que pasan a toda velocidad sin saber lo que ocurre treinta pisos por encima de ellos.

Unas manos fuertes me recogen la falda por encima de la cintura y miro fijamente el tráfico mientras el aire frío me golpea la parte posterior de los muslos.

Esto es normal. He firmado un contrato. Estamos siendo profesionales.

La mano de Arsen acaricia mi culo. Lo que me falta de sujetador, lo compenso con un par de bragas negras de encaje. Me fastidió que fueran el último par limpio de mi cajón, pero quizá, después de todo, la suerte por fin brilla sobre mí.

—Me llevaré esto —comenta Arsen.

Antes de que pueda entender lo que quiere decir, hay un fuerte tirón. Y un desgarro.

Miro por encima del hombro justo cuando Arsen se mete algo negro en el bolsillo delantero. —¿Acabas de...?

—Algo para recordar nuestro trato —explica con una sonrisa burlona.

—¿A quién le costaría recordar esto?

En cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que puede que no sea la primera mujer a la que inclina sobre este escritorio.

Como si su cerebro estuviera en la misma longitud de onda que el mío, me pasa una mano por el culo. —¿De verdad pasaron dos años desde la última vez que te tocó un hombre?

—Eso es lo que te dije cuando firmé el contrato. No mentiría.

Por mucho que lo deseara.

—Entonces, tenemos que asegurarnos de que estás preparada.

Incluso cuando me presiona contra el escritorio y se arrodilla detrás de mí, no sé a qué se refiere. Estoy desnuda de cintura para abajo e inclinada sobre un escritorio. ¿Cuánto más preparada puede estar una chica?

Entonces, Arsen me da un beso entre las piernas.

Me sobresalto, demasiado sorprendida para hacer ruido. Eso cambia rápidamente cuando su beso se convierte en una larga y acariciadora lamida, y suelto un grito lastimero. —Mierda, ¿qué estás haciendo?

—Te lo dije —gruñe, su aliento caliente contra mi piel—. Si lo disfrutas, tendremos más posibilidades de éxito.

Antes de que pueda decirle que quizá no lo esté disfrutando; es decir, entre el corazón acelerado, los temblores y la cabeza nublada, podría estar muriéndome de verdad, por lo que sabemos; presiona su lengua dentro de mí.

Y gimo.

Es decir, *gimo*.

Nunca he sido muy ruidosa durante el sexo, y la triste situación en la que vivo hace que prefiera tirarme por la escalera de incendios a que mi madre sepa lo que ocurre a puerta cerrada.

Pero ahora mismo no podría haberme tragado el sonido ni que de eso dependiera la paz mundial.

Me aferro al borde del escritorio de Arsen y grito una y otra vez mientras me come como si fuera su última comida. Varios de sus archivos caen al suelo mientras me saborea y se burla de mí. Puede que nuestro contrato esté entre ellos.

No es que ahora importe. Lo que está haciendo entre mis piernas me parece mucho más oficial que garabatear mi nombre al pie de una página.

La presión que se acumula en mi interior se libera de golpe y me derrito con ella. Me debilito contra su escritorio mientras me sacude una oleada tras otra.

Vuelvo a la consciencia una eternidad después, jadeando y con la lengua entre los labios, mientras la sensibilidad vuelve lentamente a mi parte inferior.

Casi me olvido de que Arsen está aquí hasta que escucho una cremallera.

—Iré despacio —me asegura, acariciándose a lo largo de mi piel de un modo que me hace temblar de nuevo.

Hizo todo eso sin ni siquiera estar dentro de mí.

¿Cómo voy a sobrevivir a la siguiente parte?

No tengo tiempo de considerar mis opciones antes de que me agarre por las caderas y se alinee con mi entrada. Lentamente, muy lentamente, me llena, y no puedo ver. No puedo respirar.

Un jadeo queda atrapado en mi garganta mientras me estiro a su alrededor.

Y me estiro.

Y me estiro.

Es demasiado, pero entonces, ¿por qué me empujo contra él? ¿Por qué me muevo hacia él, deseando más intimidad, más calor, más de él?

Negocios. Esto son negocios.

Entonces, Arsen empuja dentro de mí hasta el fondo y, santo cielo, esto es algo. Aún no han inventado la palabra adecuada para describirlo.

No me doy cuenta de que estoy gritando hasta que su mano me tapa la boca. —Cállate, *roza*. No queremos que toda la empresa sepa lo que estamos haciendo, ¿verdad?

La respuesta adecuada sería: *No, claro que no.*

La respuesta exacta es: *Ahora mismo me importa un bledo.*

Me toma con caricias largas y suaves. Está siendo suave como prometió, pero los cimientos de mi mundo siguen destrozados.

¿Por qué es *tan* bueno?

Hacía mucho tiempo que no tenía sexo, pero ¿podría haber cambiado tanto? No es como si el sexo recibiera una actualización anual: *la versión 69.1, ahora con la capacidad de lograr una autocombustión por la lujuria descarnada con un solo toque.*

—Oh, Dios… —me muerdo la lengua para evitar que se me escape algo vergonzoso. Muevo las caderas contra el escritorio, lo que es un error. Cada embestida me hace retorcer, ejerciendo presión justo donde la necesito.

Sus dedos me muerden la piel con tanta fuerza que estoy segura de que luego tendré moretones, pero no me importa. —¿Te hago daño?

Su voz es desgarrada, dividida entre el placer y el dolor. ¿Hay alguna posibilidad de que esto sea la mitad de bueno para él que para mí?

Sacudo la cabeza. —No. No, estoy... Esto es realmente... Estoy bien.

Estoy maravillosamente. Trascendental, de hecho. El punto más destacado de mi año sería este momento, repetido una y otra vez.

Es demasiado vergonzoso para expresarlo con palabras. El sexo pagado no debería ser algo destacado. Pero entonces, Arsen presiona dentro de mí más fuerte, más rápido, y decido: *A la mierda la vergüenza.*

Esto es increíble.

Me apoyo en los codos, arqueando la espalda para tomar más de él. Arsen gime. De repente, me rodea el cuello con una mano y me atrae contra su pecho. Me palpa los pechos mientras me llena una y otra vez.

—Dios mío —gimo, dejando caer la cabeza contra su hombro porque creo que se me han licuado los huesos. La única razón por la que sigo en pie es porque él me sujeta.

—Dime que estás cerca —las palabras me calientan el cuello. Creo sentir que sus labios susurran un beso sobre mi punto de pulso, pero estoy tan ida que no puedo estar segura.

Me agito a su alrededor, con el principio de otro orgasmo creciendo en mi interior, y él gruñe. —Mierda, puedo sentirte, Laila.

Esas palabras. Esa voz profunda y sexy.

Es todo lo que hace falta para llevarme al límite.

—¡Arsen...! —jadeo, queriendo que sepa, por motivos de trabajo, que estoy por correrme. Pero no consigo pronunciar el resto de las palabras.

Mi espalda se arquea con la fuerza de mi liberación. Aprieto la cabeza contra su ancho hombro y su mano forma un cálido collar alrededor de mi cuello, inmovilizándome mientras me penetra una y otra vez.

—Maldita sea —gruñe—. Ya casi acaba.

La eficacia suele ser un punto a favor en los negocios, pero Arsen parece... ¿desilusionado? ¿Es eso posible?

Antes de que pueda pensar en ello, su mano me aprieta la garganta y siento un espasmo. Bombea con fuerza, derramando cada parte de sí mismo en lo más profundo de mí.

Me siento tan bien que, por un segundo, olvido lo que estábamos haciendo aquí. Olvido que todo esto era para que pudiéramos tener un bebé.

Por eso quería asegurarse de que lo disfrutara. Porque aumentaría nuestras posibilidades.

Por eso me devoró y me arruinó para cualquier otro hombre... porque, contractualmente, estaba obligado.

Arsen me suelta el cuello, y me agarro a la superficie de su escritorio mientras se desliza fuera de mí.

Porque hemos terminado.

Esto se acabó.

Negocios.

Me bajo rápidamente la falda, ignorando el calor que se filtra por mis muslos, y busco mi camisa. En cuanto vuelvo a ponerme la blusa,

me vuelvo hacia él. —Um... gracias. Por eso. Y por la... oportunidad —me muerdo el labio inferior, demasiado mortificada para mirarle a los ojos—. ¿Me voy, entonces?

Me voy a arrastrarme a un agujero y cuestionar mis elecciones de vida, tal vez.

O quizá ir a escribir cada detalle de esto para poder revisarlo cada noche durante el resto de mi vida.

—No lo creo.

Mi mirada se dirige a la suya, y los ojos verdes de Arsen son negros. Depredadores. Respira con dificultad.

—¿Quieres que me quede...? —susurro con una confusión media esperanzada, media aterrorizada.

Odio que una parte de mí quiera que me diga lo especial que fue esto para él. No negocios, sino algo más.

Que soy algo más.

Arsen no hace nada de eso. Se limita a coger las llaves del cajón de su escritorio y me hace un gesto para que lo siga. —Aún no he terminado contigo, *roza*.

7

ARSEN

—¿A dónde vamos? —Laila se ha mantenido enjaulada en una esquina del coche, lo más lejos posible de mí. No me mira a los ojos, sino que se concentra en la ciudad que pasa por la ventanilla de mi Mercedes.

Pensarías que el sexo rompería un poco el hielo, pero te equivocas. Está tan nerviosa como la primera vez que entró en mi despacho.

Antes de que pueda responder a su pregunta, Dominik se detiene junto al bordillo. —Ya hemos llegado, Sr. Adamov. Bienvenido a casa.

Laila salta del coche como si estuviera ardiendo y se queda mirando el lujoso edificio de apartamentos. —¿Aquí es donde vives?

Me acerco y le toco la barbilla, ignorando cómo se estremece, e inclino los ojos hacia el piso superior. —Ahí es donde vivo.

Sigue parpadeando hacia el ático cuando escucho bajar la ventanilla. Dom inclina la cabeza hacia Laila. —Es guapa.

—No es lo que parece —murmuro.

Dominik se limita a arquear la ceja, mirándome.

Me asomo por la ventana y gruño—: Estoy a punto de darte un puñetazo en la cara, amigo mío.

No podría estar menos preocupado. —Nunca has traído a una mujer aquí —comenta, como si yo no fuera dolorosamente consciente de eso. Entonces, se pone a cantar en un tenor terriblemente desafinado—. "*Times, they are a-changin'...*"

Ni siquiera sabe lo que acabamos de hacer en mi despacho. Aunque la falta de sujetador y el pelo despeinado de Laila podrían delatarlo un poco.

Mi ceño se frunce profunda y violentamente. —Los vigilantes dicen que los Calcagnos estarán esta noche en Midnight Divas. No estoy seguro de que Alessandro vaya a aparecer, pero Enzo seguro que sí. Quiero verlo.

Se pone en guardia, de repente muy serio. —Estoy en eso —luego, sus ojos se dirigen a Laila—. Aunque supongo que iré solo, ya que tú estarás... ocupado esta noche.

—Lleva el coche a casa y vuelve aquí mañana a las ocho —le ordeno, respondiendo indirectamente a su pregunta—. Preferiblemente, sin esa cara de satisfacción.

—¿Esta? —señala su sonrisa—. Solo soy yo, disfrutando de mi papel de segundo de un *pakhan* que, oh, ¿cómo decirlo? se apresura a *poner sus manos a la obra.*

Lo despido con un dedo medio irritado. Dominik se aleja, aún sonriendo.

Laila se queda mirando al portero, que está apostado junto a la entrada. —Te parecerá patético, pero nunca había estado en un edificio con portero.

—Ha sido un día de primeras veces —digo en voz baja—. Añade esto a la lista.

Se pone rígida cuando mi mano encuentra la parte baja de su espalda, pero no se aparta mientras la conduzco al interior.

Laila se queda boquiabierta y jadea ante los adornos sin sentido que se han convertido en el trasfondo de mi vida: las flores frescas que llenan todos los jarrones, el ascensor privado que reluce en latón pulido, la gruesa alfombra persa del vestíbulo.

Una vez que el ascensor nos deposita arriba, se pone de puntillas sobre la alfombra rojo sangre de mi entrada. —¿Me quito primero los zapatos? Esto luce muy lujoso.

—Es lujoso —la empujo hacia el interior de la casa—. Pero más vale que te quites los zapatos en el dormitorio.

Es donde se quitará todo lo demás.

Ella parece oír la parte tácita de esa frase y se pone rígida, pero luego baja al salón hundido y se entretiene demasiado adulando el profundo y afelpado sofá. Una parte de mí siente la tentación de tomarla sobre el brazo del sofá. Tal vez demos media vuelta y nos acerquemos también a la alfombra de piel de oso. Quizá los mostradores de la cocina...

Mierda. No ha pasado ni una hora desde la última vez que estuve dentro de ella, y estoy deseando más.

A riesgo de perder toda apariencia de control, me atengo al plan inicial y la conduzco al dormitorio principal.

Laila cruza la puerta e inspira bruscamente. —Sé que parezco un disco rayado, pero... ¿es *aquí* donde duermes?

—Entre otras actividades.

Dios, me encanta cómo se sonrojan sus mejillas. Es como un juego ver con qué facilidad puedo hacer que su sangre bombee. *Roza*, esta inocente rosita, florece de nuevo una y otra vez, cada vez que la empujo fuera de su zona de confort.

—¿Quieres beber algo? —me sirvo un trago de whisky del carrito del bar.

Da un paso más hacia el interior de la habitación. —¿Debería beber?

—Fue un buen polvo, pero ni siquiera yo puedo dejarte embarazada tan rápido.

El rubor recorre su cuello. Otro pétalo en su pálida piel. Otro punto para mí.

Traga saliva. —Tomaré lo que tú tomes.

En lugar de servirme otro vaso, le tiendo el mío. Mira el líquido castaño antes de olerlo tímidamente. —¡A esto es exactamente a lo que hueles! Hueles a whisky —nada más pronunciar las palabras, se sonroja aún más.

Me encuentro acercándome a su cara, rozando su mejilla con el dorso de mis dedos. —"*Roza*" nunca ha sido más apropiado.

—¿Qué?

La ignoro. —El whisky es para beberlo. Pruébalo.

—A riesgo de repetirme una vez más... en realidad nunca he probado el whisky —admite de repente, mirándome a través de las pestañas—. Debo parecer bastante inculta.

—Mi esposa es prácticamente una sommelier de whisky. Toca tres instrumentos, habla cuatro idiomas y ha viajado por medio mundo —dejo caer la barbilla y la miro a los ojos—. Nada de eso me impide querer arrojarla desde lo alto del Empire State.

A Laila se le tuercen las comisuras de los labios mientras intenta contener una carcajada. —¿Dónde vive?

—Lejos de mí —respondo con un estremecimiento—. Ella se ciñe a su lado de la ciudad y yo al mío, aparte de los desafortunados casos en que nos vemos obligados a desfilar como marido y mujer.

Levanta el vaso hacia los labios, pero sigue sin beber. —Suena fatal.

—Es lo que es. Libertad, más o menos.

—Pero en realidad no —argumenta—. Siempre estarán atados el uno al otro. Incapaces de perseguir nada real con nadie más.

—Ah, pero ese es mi secreto, *roza* —susurro—. No quiero nada real con nadie.

Sus ojos se cruzan con los míos durante un fugaz segundo. Luego, levanta el whisky y bebe un largo trago. Sé lo que va a ocurrir antes de que haya tragado.

—Oh, Dios —jadea, tosiendo hasta que le lloran los ojos.

—El whisky está hecho para saborearlo —me río entre dientes. Le quito el vaso de las manos y le paso la mano por la espalda—. Debes beberlo a sorbos, no de un trago como si fuera una pinta de cerveza.

—Bueno, está claro que no soy una sommelier... —tose—, de whisky ¿Me das un poco de agua, por favor?

Después de terminarse un vaso de agua, se aleja de la hilera de botellas de licor como si pudieran metérselas por la garganta si se queda demasiado cerca. —No estoy segura de que el whisky y yo vayamos a ser buenos amigos.

Me río de nuevo y me acerco a la cama, despojándome de la chaqueta y la corbata. Como siempre, es como despojarse de una máscara que nunca he querido llevar. Aquí no hay cadenas de expectativas de comportamiento.

Ahora estamos en mi reino.

Puedo hacer lo que me salga de los cojones.

Los ojos de Laila me siguen a cada paso. Su garganta sube y baja. Sus manos revolotean juntas y separadas, como un pájaro, gorjeando, sin saber dónde aterrizar o dónde es seguro volar.

Me ve mirándola y aprieta los dedos. —Me pongo inquieta cuando estoy nerviosa.

—¿Qué podría ponerte nerviosa?

Agita los brazos para señalar la situación general. —Tú. Yo. El contrato. Todo.

—¿Te estás arrepintiendo?

El contrato me permite mantenerla en esta habitación y hacer todas y cada una de las cosas en las que no puedo dejar de pensar. Pero si ella no quisiera... podría dejarla marchar.

Podría *intentar* dejarla marchar.

Solo Dios sabe si soy lo bastante hombre para verla alejarse.

—Estoy... No, estoy bien —respira hondo y endereza la postura—. Sé por qué hago esto.

La observo un instante. Su cuerpo se detiene. Ella se queda quieta.

Solo entonces abro el cajón superior de mi mesilla de noche y saco un rollo de preservativos.

—Entonces, podremos deshacernos de estos.

Laila parpadea, y parpadea, y parpadea un poco más. De repente, ya no está tan desafiante y segura. Vuelve a morderse el interior del labio. Me pregunto si se da cuenta de que puedo verlo.

—Bueno, no querríamos... quiero decir, eso parece... un despilfarro, ¿sabes? Pagaste un buen dinero por ellos. Puede que los quieras otra vez. Más adelante. Con otra persona.

Me giro para encender el fuego de la chimenea, y también para evitar que vea el gesto de asco que me recorre la cara. Así no tengo que explicarle lo repugnante que me resulta de repente la idea de tocar a otra persona.

Es solo una mujer.

Una mujer inocente que entró en la oficina equivocada en el momento equivocado.

Pero, ahora que la he probado, hay un animal acechando en algún lugar profundo de mi pecho, que se pone violento ante la idea de que ponga una mano sobre otra alma viviente.

Siento los ojos de Laila clavados en mí mientras enciendo las llamas. El calor aumenta en oleadas hasta que crepita. Cuando está lo bastante caliente, me vuelvo y su piel se vuelve etérea a la luz del fuego.

—No habrá vuelta atrás después de esto, *roza*. ¿Estás preparada?

Otra pausa. Respiración contenida. El fuego me abrasa la espalda, pero el calor no tiene nada que ver con el infierno que arde en mi pecho.

Laila vuelve a agitarse, nerviosa a la luz del fuego.

Entonces, me coge por sorpresa.

Se abalanza sobre mí, me arranca los condones de la mano y me empuja a un lado para ocupar mi lugar frente al fuego crepitante.

Arranca el primer paquete, me mira fijo a los ojos y lo arroja al corazón de las llamas.

Vuelve a hacerlo con el segundo. Y con el tercero. Las llamas bailan en sus ojos azul púrpura. En el último, vacila. Luego, se reafirma. —No hay vuelta atrás.

No espera a que responda antes de lanzarlo.

Con las manos por fin vacías, hace una pirueta lentamente hasta quedar frente a mí. —Y ahora, ¿qué? —susurra.

—Creo que lo sabes.

Asiente y luego vuelve a asentir, como si necesitara una doble confirmación. Mantengo las manos a los lados, aunque quiero

utilizarlas *ahora mismo*.

Con cuidado, se desabrocha los botones de la blusa y se la quita de los hombros. La dobla cuidadosamente y la deja sobre la chimenea. Ojalá supiera por qué la atención al detalle, el cuidado, me resultan tan jodidamente atractivos.

Quizá sea porque es muy diferente de mi forma de actuar.

Laila se retrae.

Yo destrozo.

Yo quemo.

Yo destruyo.

Pero esta inocente criatura es tierna, incluso cuando la situación está tan lejos del decoro que resulta risible.

Sigue con la falda, desabrochándola, doblándola y colocándola encima de la blusa. Observo cada cuidadoso movimiento. Cada gramo de sangre de mi cuerpo se concentra bajo mi cinturón. No tocarla es una agonía.

Todo esto es más que ridículo. La conocí hace una semana, y ahora, su sujetador está hecho jirones en la papelera de mi oficina, y yo he estado dentro suyo sin que haya nada entre nosotros.

Está guapa así. Roja como una rosa, no de nerviosismo, sino con el fuego bailando sobre la pálida piel de sus pechos desnudos. Por un momento perfecto, es alta y hermosa.

Y entonces, por alguna razón que no puedo explicar, veo que la confianza empieza a escaparse de ella como un globo pinchado. Se gira hacia un lado, como si quisiera ocultarme la mitad de sí misma.

Esa es tu señal.

Por fin, *por fin*, me permito tocarla.

Estiro la mano, la cojo por las caderas y la fuerzo a acercarse a mí. Disfruto de la suavidad de su tacto. Disfruto viéndola: sus clavículas afiladas, sus pechos hermosos y turgentes, la tersura de su vientre. Y luego...

Una cicatriz.

Empieza en la cadera y termina en medio del muslo izquierdo. Un tejido grueso y anudado serpentea aquí y allá como un río de llanura. La toco con la punta de un dedo y frunzo el ceño.

Sin embargo, ella ve todo lo que no es en ese ceño fruncido. —Sé que es fea —murmura, poniéndome una mano en la muñeca para intentar apartarme, para ocultármela entre las sombras.

—No —un gruñido retumba en mi pecho—. Es jodidamente gloriosa.

—Sí, claro —sus ojos se empañan de repente—. Si tuvieras una cicatriz como esta, no estarías orgulloso.

Como respuesta, me tiro de la camisa por encima de la cabeza.

Laila se tapa la boca con una mano. —Oh, Dios... Arsen.

Sus ojos recorren mi pecho de arriba abajo, observando la maraña de cicatrices que atraviesan mi torso. El producto de años de duras lecciones.

Levanta una mano como para tocarme de la misma forma que yo la toqué, pero se detiene a medio camino, con los dedos colgando indefensos en el aire entre nosotros.

—Es como si alguien hubiese intentado partirte por la mitad.

—Desde luego que lo intentó.

Unos ojos preocupados se dirigen a los míos. Por fin, me apoya la mano en el pecho, como si intentara sujetarme. —¿Cómo es tu vida que esto puede...? ¿Alguien intentó matarte? ¿Cómo puedes ser tan arrogante al respecto?

—Porque no lo consiguió —pongo mi mano sobre la suya—. Mi corazón sigue latiendo, más fuerte que antes. Estas cicatrices no son feas; son la prueba de que fui lo bastante fuerte para curarme. Para sobrevivir.

Una sola lágrima recorre su mejilla.

—No llores por mí, *roza* —le digo—. Cada una de estas cicatrices son lecciones.

—Algunas lecciones pueden aprenderse sin cicatrices, Arsen. Las cosas no siempre tienen que doler para ser importantes.

No sé si me habla a mí o a sí misma.

Pero, en cualquier caso, esa vieja y familiar sensación me sube por la garganta. *Entiérralo todo en lo más hondo. Mantén esa mierda en las sombras. No pienses en el pasado ni en el futuro, ni en el abuelo ni en esa fría celda de hormigón que te robó los mejores años de tu vida.*

Piensa en esto.

Piensa en ella.

Piensa en los negocios.

La agarro sin previo aviso y caemos sobre la cama en una maraña de miembros. Me trago su llanto con la boca porque, si dice otra puta palabra, podría rebelarme contra esa voz de alcaide de prisión que tengo en la cabeza y hacer cosas que nunca he hecho antes.

No puedo permitírmelo. Por muy tentador que sea, lo correcto es sumergirme en ella y dejar la mente en blanco.

Así que hago exactamente eso. Sus sedosos mechones rubios se abren en abanico sobre mis sábanas. La arrastro hasta el borde de la cama y me hundo en ella con una embestida brutal.

Gimo y recuerdo algo: *Para esto estamos aquí*. No para memorizar nuestros cuerpos ni sumergirnos en nuestros pasados.

Estamos aquí para hacer un bebé.

Negocios.

En todo caso, es aún más difícil recordar ese propósito mientras la penetro una y otra vez. Soy un borrón de sensaciones, perdiéndome en ella, el único pecado imperdonable para un hombre como yo.

En cuanto me corro dentro suyo, me salgo y me alejo a trompicones de la cama.

Laila tiene los ojos entrecerrados. Tiene el pelo revuelto como una corona y el pecho agitado mientras el sudor le recorre los senos.

—¿A dónde vas? —susurra mientras me dirijo a la puerta.

—A la habitación del fondo del pasillo —respondo, permitiéndome una última mirada a la cicatriz de su cadera antes de alejarme de ella a grandes zancadas—. Puedes quedarte esta para ti.

8

ARSEN

Sigo el rastro de su olor a madreselva por el pasillo hasta la cocina.

Restregarme la piel en la ducha para quitarme su olor no ha servido para nada. Una noche aquí y, de algún modo, ya se ha incrustado en cada fibra de mi ático.

Cuando entro en la cocina, está de pie delante de mi cafetera de última generación, con la nariz arrugada.

—*Dobroye utro*.

Se da vuelta cuando hablo, con una mano apretada contra el pecho. —¡Jesús, qué silencioso!

—Todos los depredadores lo son.

Suelta una risita nerviosa. Por lo visto, cree que estoy bromeando.

El silencio se instala entre nosotros. Siento cómo la noche anterior se cuela en la habitación.

Fue un error.

Esta mañana me he mirado al espejo y me he dicho lo que tenía que ser cierto para que esto tuviera éxito: su vida, sus cicatrices, su pasado... nada de eso es asunto mío.

Su *vientre* es asunto mío. Eso es todo.

Me dejé llevar por el calor del momento. Eso no volverá a ocurrir.

Laila se aclara la garganta. —Arsen... sobre lo de anoche. Tus cicatrices...

—¿Tienes hambre? —interrumpo.

—Oh... eh, no. No, estoy bien, pero estaba intentando arreglar esto. Estoy acostumbrada a cafeteras con tres botones.

Me dirijo al armario junto al lavabo y saco un surtido de bolsitas de té. —Elige.

—No bebo té.

—Ahora sí. Y lo harás hasta que nazca mi bebé —le informo—. Firmaste el acuerdo, ¿recuerdas?

Me mira fijo a través de la isla de la cocina. —¿Has puesto como norma que tengo que beber té?

—He establecido la norma de que te comportes de forma que no pongas en peligro al bebé. La cafeína no es buena para mi hijo, así que está prohibida.

Arquea las cejas. —Estás... diferente esta mañana.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir —empujo el té hacia ella.

Entrecierra los ojos un segundo antes de suspirar y señalar el Earl Grey. —Ese, supongo.

Asiento y dejo caer una bolsita de té en agua caliente para que repose. Mientras tanto, me preparo un humeante café expreso.

—Un caballero renunciaría al café en solidaridad con la madre de su hijo.

Doy un sorbo muy deliberado a mi café expreso. —No soy un caballero, y tú no eres la madre de mi hijo. Eres una madre de alquiler. Nada más.

—Claro —murmura. Mira al suelo y coge la taza de té. Pero, cuando la coge, la mano le tiembla tanto que oigo el traqueteo de la vajilla bailando al unísono.

Ignoro el instinto de sujetarle la mano. De retractarme de lo que he dicho.

Es la verdad. No hay razón para retractarse.

Sus dedos forman un ritmo desordenado contra el mostrador de mármol. —¿Y ahora qué?

El peso de esa pregunta me eriza la piel. Me la he follado. En todos los sentidos que importan, mi trabajo con ella ha terminado.

Su vientre es asunto mío. Eso es todo.

—Le diré a mi ayudante que se ponga en contacto contigo —hago ademán de mirar la hora—. Esta mañana tengo una reunión temprano.

—Ah, sí. Vale —se aclara la garganta y se queda mirando la máquina de café como si fuera el único lugar seguro en el que pueden posarse sus ojos.

—Cuando termines el té, Dominik nos espera abajo.

Apenas da dos sorbos antes de dejar la taza. —Ya he terminado. Podemos irnos —me alejo, pero, mientras me voy, juro que la oigo murmurar—: De todas formas, aquí no hay nada por lo que merezca la pena quedarse.



Cuando salimos del edificio, Laila sigue vestida con la ropa con la que me la follé, no una, sino dos veces. Apestamos a los errores de ayer.

Se detiene a unos metros del coche. —Puedo conseguirme un taxi. No hay problema.

Es una buena idea. Debería cogerla, despejarme. Pero me encuentro abriendo la puerta y metiéndola en el asiento trasero. —No. Yo te llevaré.

Obedece sin rechistar y se desliza dentro, pero la única vez que me habla durante el trayecto es cuando le pregunto su dirección.

Veinte minutos después, Dominik se detiene frente a un edificio marrón y ruinoso. Miro por la ventanilla el montón de mierda al que mi madre de alquiler llama hogar.

Estoy experimentando la misma conmoción que Laila sintió ayer al ver el edificio de mi apartamento, solo que al revés.

Es una fea fachada de ladrillo, con ventanas achaparradas y enrejadas, colocadas en ángulos descuidados. La basura se acumula en la acera agrietada. Veo ratas que entran y salen de la boca bostezante e incrustada de moho de una alcantarilla.

—¿*Aquí* es donde vives? —ladro, haciéndome eco exacto de sus palabras.

—Sí. ¿Es eso un problema?

Señalo la escalera de incendios oxidada que apenas se aferra al lateral del edificio. —Si un incendio no te mata, lo hará el tétanos.

Sus labios se aplastan. —Mi madre y yo hemos estado bien en este lugar durante los últimos años. También estaremos bien los próximos.

Antes de que pueda decir otra palabra, salta del coche, me cierra la puerta en las narices y camina a toda velocidad hacia su horrible vivienda.

—Mierda. Una noche contigo y ya está harta —se burla Dominik desde el asiento del conductor—. Eso tiene que ser un récord

histórico.

—Vete a la mierda, Dom —sigo mirando fijamente el edificio, señalando todos los peligros de seguridad que mi hijo tendrá que superar para nacer.

Dominik se da la vuelta, con un brazo apoyado en el respaldo del asiento del copiloto. —Que sensible. ¿Qué les pasó?

—Nada bueno —admito—. Anoche crucé una línea con ella.

—¿Has intentado algo raro con ella? ¿No le van las cosas pervertidas?

—Está enfadada porque esta mañana le recordé la naturaleza de nuestra relación.

—Claaaro... todo el asunto de hacer bebés. Más romántico imposible —Dominik sacude la cabeza—. Aún no puedo creer que hayas conseguido que acceda.

Cada vez me pregunto más si no debería haberlo hecho.

Puede que Laila Barnes sea más complicada de lo que creía.

Salgo de la parte de atrás y subo al asiento del copiloto junto a Dominik. —¿Qué pasó anoche en el club? ¿Apareció Enzo?

—Claro que sí —asiente—. En realidad, Alessandro también. Pero solo se quedó media hora.

—¿Se han reunido con alguien? —hago crujir los nudillos mientras la frialdad familiar y la comodidad de mis obligaciones vuelven a su sitio. La máscara está puesta y el persistente resplandor de mi pecho se desvanece. Ya no huelo a madreselva.

—Solo los personajes estándar: Los lugartenientes de Alessandro, un par de compinches de Enzo. Parecía bastante normal.

—De todas formas, no es probable que hagan negocios en un antro de mierda como Midnight Divas —digo—. Sobre todo, si están

hablando del lanzamiento de Pobeda.

—Vamos. Todos los detalles del lanzamiento se han mantenido en secreto desde el principio. Seguro que...

—No correré el riesgo de subestimar a nadie —interrumpo—. Esa escoria italiana tiene una forma de desviar información a la que nunca deberían poder poner sus grasientas zarpas —vuelvo a crujirme los nudillos.

Dom levanta la ceja. —¿Estás bien, colega? Estás haciendo eso que haces cuando te pones nervioso —me señala los nudillos con la cabeza, por si no me había dado cuenta.

—Solo conduce, hombre.

Se aparta del bordillo mientras yo guardo silencio. Estoy tan nervioso por lo de ayer que mi dosis diaria de espresso, que normalmente no me afecta lo más mínimo, me pone nervioso. Ahora ni siquiera puedo crujirme los nudillos en paz.

—Cuando lleguemos al cuartel general, llama a Miguel de mi parte —ordeno bruscamente.

—¿Miguel? ¿Estás buscando un nuevo inmueble?

—Un lugar de tres dormitorios con baños en suite. En un lugar tranquilo. Preferiblemente con patio.

—No sabía que te dedicabas al paisajismo.

—No es para mí, imbécil.

Dominik me mira de reojo. —Ah. Esto es para la mamá del bebé.

—De alquiler —digo bruscamente—. Quiero que la casa se compre a su nombre.

—Claro, por supuesto. Perdona que te pregunte —dice Dominik de un modo que me hace saber que no está ni siquiera cerca de sentirse arrepentido—, pero he leído el contrato que redactaste la

semana pasada. No se mencionaba la posibilidad de darle una casa propia.

—Acabas de ver esa pocilga —gruño. No permitiré que mi heredero se acerque a ese asqueroso agujero al que llaman "hogar" — suspirando, me reclino en el asiento y empiezo a trabajar para que mi pulso vuelva a su ritmo gélido normal—. Asegúrate también de que la nueva casa esté equipada con cámaras de seguridad. Pero quiero que estén ocultas. Es mejor que ella no lo sepa.

Dominik me dedica una sonrisa cómplice. —Por supuesto, jefe. Lo que tú digas.

9

ARSEN

—¡Maldito imbécil! —grita Natascha, lanzándome un jarrón de cristal a la cabeza.

Esquivo el proyectil con un suspiro y me abro paso por el campo minado de escombros de todos sus intentos anteriores de decapitarme —¿Esta es tu idea de una conversación madura?

Sus ojos se entrecierran en rendijas. —¡Has contratado a una maldita madre de alquiler sin consultarme! ¿Cómo de "madura" esperas que sea, *zasranets*?

—Sabes que necesito un heredero —respondo con un gruñido, llegando rápidamente al límite de mi paciencia—. Y, como la mera idea de follarte me da ganas de arrancarme los ojos con un atizador caliente, decidí que este era el mejor método. Deberías agradecérmelo.

Se abalanza sobre mí, con sus perlas repiqueteando contra su cuello huesudo. —No quiero un bebé contigo.

—El sentimiento no podría ser más mutuo. Este bebé será tuyo solo de nombre. En realidad, no quiero que te acerques a mi hijo.

Sus fosas nasales se agitan, señal inequívoca de que otro jarrón está a punto de salir volando. —Mi padre no aprobará esto. Aún estamos casados, Arsen. Esperará que yo críe al bebé. Todos lo harán.

—Me da igual lo que piensen tú o tu padre. De hecho, Rolan debería estar aquí en breve para una reunión de negocios. Por mí, ponlo al corriente.

Separa los labios sobre los dientes, sus ojos azules chisporrotean. Es una pena, de verdad, toda esa belleza desperdiciada en una mujer como Natascha.

Golpea en el escritorio con la mano. —Mi padre...

—Tu padre es quien acudió a mí —le recuerdo—. Tu padre quería esta alianza más que yo. Tu padre es el que saldría ganando con nuestro matrimonio. Y tu padre es el que perderá si decido que ya no te necesito.

Se queda pálida como un cadáver. Se aleja de mí, apretando y soltando las manos. —¿Qué quieres de mí?

—Lo mismo que siempre he querido de ti: absolutamente nada —me dirijo a mi escritorio y me siento—. Es hora de que vuelvas a tu lado de la ciudad.

Me suelta un último silbido, como es lógico, antes de salir corriendo hacia la salida, con su melena rubia ondulando a su paso.

Por supuesto, no sería la pesadilla que es si no necesitara tener la última palabra.

Se da vuelta, echando humo en la puerta. —Debería agradecerle a esa mujer de alquiler, sea quien sea. Ahora eres su problema.

Cuando la puerta se cierra de golpe, los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo se ríen a carcajadas de mí. Giro la silla hacia la ventana, odiando lo mucho que desearía que mi mujer tuviera razón.

Han pasado dos semanas desde que se firmó el contrato.

Dos semanas desde la última vez que vi a mi madre de alquiler.

Al principio, no fue una elección consciente. Necesitaba un poco de espacio, algo de tiempo para aclarar mis ideas. La noche que pasamos juntos fue... más de lo que esperaba.

A decir verdad, lo único que esperaba era un polvo apresurado en mi despacho y una palmadita en el culo cuando la despidiera.

Pero no fue suficiente. Aún no había acabado con ella.

Necesitaba más.

Así que la llevé a mi casa. Pensé que una noche juntos calmaría mi curiosidad. La luz de la madrugada tiene una forma de revelar lo inconveniente que sería una relación en mi vida. Pero, por la mañana, Laila estaba descalza en mi cocina, oliendo a vainilla y madreselva, sin hacer otra cosa que hacer que volviera a desearla.

La llevé a casa y decidí que, en el momento en que dejara de sentir curiosidad por ella, en el momento en que dejara de desear su presencia, programaría otro encuentro entre nosotros.

Sigo esperando que llegue ese momento.

La puerta se abre de golpe y entra Dominik. Su mirada pasa sobre lo que queda del jarrón destrozado en el suelo. —Ah, así que por aquí estuvo Natascha. Me pareció oler azufre en el pasillo. ¿Qué hacía aquí ese demonio vengador?

—Tarde o temprano tenía que contarle lo de Laila.

—¿Y el edificio sigue en pie? —dice Dominik, sorprendido—. Entonces se tomó bien su inminente maternidad.

Mi teléfono zumba, una alerta de seguridad para decirme que Rolan está aquí. Y, justo después, un mensaje de seguimiento para informarme de que se ha entretenido en una conversación con su hija.

—Jodidamente perfecto —murmuro.

Dominik lee el mensaje por encima de mi hombro y resopla. —¿Tienes miedo de que comparen notas sobre tu guapa madre de alquiler?

—Natascha no sabe una mierda de Laila. Y pienso mantenerlo así.

—Protector —reflexiona.

—Práctico —respondo—. Cuando nazca ese bebé, Laila saldrá de mi vida. La parodia es que Natascha no lo hará.

—¿Está ya embarazada?

—No. Solo follamos aquella noche.

Frunce el ceño. —¿Pero no desde entonces?

Su confusión está justificada. Le pago para que sea mi madre de alquiler; follármela está literalmente en la descripción del trabajo.

—He estado... ocupado.

—No has estado *tan* ocupado —dice—. Está bien que te guste, ¿sabes?

—No soy un adolescente, Dom. No tengo un puto enamoramiento.

Mi segundo al mando se encoge de hombros. —Lo entendería si así fuera. Es tu tipo: inteligente, divertida, lo bastante estrafalaria para ser interesante.

—¿Desde cuándo sabes tanto sobre Laila?

—Tú fuiste quien me puso sobre la pista de Laila. Me doy cuenta de las cosas.

—Pues date cuenta de menos —ordeno, irritado—. Tu trabajo no consiste en conocerla. Tu trabajo consiste en observarla. Desde la distancia. Lo suficientemente lejos como para que los detalles personales sean demasiado borrosos para distinguirlos.

—Alguien se está volviendo muy territorial —murmura en voz baja.

Volteo mi silla. —Que Dios me ayude, Dominik...

—Vale, vale —levanta las manos en señal de rendición, retrocediendo hacia la puerta. —Ya me callo.

Está casi en el pasillo, con la puerta medio cerrada detrás de él, cuando le ladro—: Tráela a mi apartamento esta noche.

El imbécil reprime una sonrisa, que muere rápidamente en cuanto Rolan lo empuja para entrar en mi despacho, sin mirar ni una sola vez a Dominik.

—¡Arsen! —retumba Rolan—. Acabo de enterarme de la buena noticia.

Dominik levanta una ceja, y yo asiento, confirmando que está bien que se vaya. Luego, dirijo mi atención al padre de Natascha. —¿Buena noticia?

—Se ha desvelado el secreto —ocupa el asiento que Dominik acaba de dejar libre—. Natascha acaba de informarme de que pronto serán padres.

Me reclino en mi asiento. —Ah, con que eso te contó.

—No estaba muy contenta, pero ya se le pasará —me asegura, como si me importara una mierda—. Debo decir que ojalá tuviera tu ingenio.

—¿Cómo es eso?

—¡Un vientre de alquiler! —se da una palmada en la rodilla carnosa —. Una genialidad. Natascha no solo evitará el calvario del embarazo y el parto, sino que tú asegurarás tu legado y mantendrás las manos limpias. No hay razón para implicarse emocionalmente más de lo necesario.

—Mucha gente no estaría de acuerdo contigo.

—Mucha gente no tiene imperios que dirigir —dice—. Los hijos son necesarios para hombres como nosotros. Llevan el nombre de la

familia y, sin embargo, no sirven para otra cosa durante mucho, mucho tiempo.

Mis cejas se levantan, pero a Rolan le gusta demasiado el sonido de su propia voz como para darse cuenta.

Parlotea—: Los niños son puntos débiles. No son más que puntos de presión fáciles. Lo mejor es distanciarse del proceso. Hacerte inmune a él.

—Hiciste las cosas a la manera tradicional —digo en un tono ácido—, y sin embargo pareces haber evitado cualquier tipo de sentimiento paternal.

Rolan me dedica una sonrisa apreciativa, sin darse cuenta de la mordacidad sarcástica de mis palabras. —No había ninguna razón para involucrarme. Tenía niñeras, internados, tutores personales... Seguro que ya has pensado en eso. ¡Claro que has pensado en ello! —grazna antes de que pueda responder—. Eres un hombre ocupado con todo un reino que gobernar. No tendrás tiempo de jugar a ser papá.

Hago una mueca. Quizá, si Rolan hubiera jugado a ser "papá", su hija no sería la zorra más insufrible que he conocido.

Por mucho que me importe una mierda lo que Rolan piense de mi plan, no quiero llegar a las manos con él. Así que aprieto los dientes y cambio de tema. —Probablemente deberíamos hablar de Pobeda, Rolan. Al fin y al cabo, para eso estás aquí.

—Ah, sí, el lanzamiento...

Antes de que pueda sumergirse en el tema, suena mi teléfono. Por primera vez en dos semanas, el nombre de Laila aparece en mi pantalla. No tengo ninguna foto para acompañarlo, pero es increíble lo detallado que es mi recuerdo de ella. Puedo verla. Saborearla. Olerla.

Se me olvida que Rolan está aquí.

—Er... ¿Arsen? —Rolan golpea ligeramente la superficie de mi escritorio—. ¿Sigues conmigo?

Me impulso para ponerme en pie. —Tendrás que disculparme unos minutos, Rolan.

Su sonrisa se borra. —¿Ocurre algo?

Sí. *Todo.*

Por mucho que me repugne admitirlo, Rolan ha conseguido meterse en mi cabeza. ¿En qué coño estaba pensando al plantearme tener un hijo a estas alturas de mi vida?

No tengo tiempo para ser padre. Oír a Rolan hablar poéticamente de todas las formas de evitar la paternidad me ha dejado muy claro que quiero algo más para mi futuro heredero que un padre al que le importe una mierda.

Puede que nunca sea el Padre del Año, pero quiero ser mejor que el puto Rolan Kiselev. Sobre todo teniendo en cuenta la atroz víbora que engendró su particular forma de ser padre.

Lo despido con un gesto de la mano, ya a medio camino de la oficina. —Vuelvo enseguida.

La llamada se corta y el nombre de Laila desaparece de mi pantalla. Mientras busco una habitación tranquila en la que enclaustrarme, hago balance de la situación.

Solo tengo que romper el contrato y tirarlo al fuego. Seguro que Laila también se sentiría aliviada. Sobre todo, después de cómo dejamos las cosas.

Sin daños, no hay problemas.

Podría ser otra de esas lecciones de la vida: no elijas una madre de alquiler que te atraiga.

La próxima vez, la mujer que elija tendrá dientes de venado, una sola ceja y tanta personalidad como un sacapuntas.

Con un plan preparado, vuelvo a llamar a Laila.

Responde al primer timbrazo. —Arsen —está sin aliento, y vuelvo a estar dentro suyo, a oírla gemir mi nombre mientras se apretaba a mi alrededor. Fue un subidón que nunca había sentido. Un subidón que incluso ahora me recorre las venas.

—Laila —respondo con frialdad—. Supongo que Dominik ya te habrá informado de lo de esta noche, pero mis planes cambiaron en el último momento, y...

—Dominik no me ha dicho nada.

Hago una pausa. —¿No te ha llamado?

—No. ¿Qué iba a decirme?

Pasándome una mano por el pelo, me vuelvo hacia la vista de la ciudad. —Entonces, ¿por qué llamas? —permanece en silencio tanto tiempo que supongo que la llamada se cortó—. ¿Laila?

—Lo siento —respira hondo—. Debería haber planeado esto. Quizá escribirlo o algo así. No se me dan bien las conversaciones serias como esta. Así que lo diré sin más.

Quiere rescindir el contrato. Se echa atrás.

Era mi plan, pero ahora me encuentro extrañamente decepcionado. Mi mente ya está virando hacia la letra pequeña que puedo emplear para mantenerla atada a nuestro trato. No estoy acostumbrado al rechazo, y no lo aceptaré de brazos cruzados.

—Simplemente lo diré. Quitaré la bandita de un tirón, ¿sabes? —balbucea—. Arsen, estoy... estoy embarazada.

Cierro los ojos.

Embarazada. Después de dos putos intentos.

Una nueva oleada de decepción me invade. Esa noche fue el primer y último intento. No volveremos a vernos.

—¿Arsen? ¿Sigues ahí?

Agarro el teléfono con fuerza para no lanzarlo a través de una ventana o clavármelo directamente en el cráneo. —Estoy aquí.

—Felicitaciones —chilla—. Vas a ser papá.

10

LAILA

Cuatro meses después

—¿Segura que estás bien?

Miro a Dominik por el retrovisor cuando dobla la esquina, aunque no sé por qué. No es culpa suya que no sea otra persona.

—Claro que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Lloraste en la consulta del médico.

Si unas cuantas lágrimas han preocupado tanto a Dom, se horrorizaría si pudiera ver lo que he estado haciendo en mi dormitorio cada noche durante los últimos cuatro meses. Es un milagro que el suelo no esté erosionado por toda el agua salada derramada allí.

—Ya hemos dejado claro que soy una gran llorona —hago lo posible por reírme, pero lo máximo que consigo es esbozar una sonrisa tensa—. Son las hormonas.

Y el hecho de que el papá de mi bebe, barra, jefe no quiera saber absolutamente nada de mí. Puede que eso tenga algo que ver.

—Era una cita importante —Dominik mueve las cejas—. Qué emocionante.

Se me aprieta el corazón. —¿Lo es? Tendrías que preguntárselo a Arsen. Es su bebé, no el mío. No es que parezca importarle una cosa u otra.

—Sí le importa.

—¿No acudir a una sola cita médica es la forma en que expresa su preocupación?

—Es un hombre ocupado.

Pongo los ojos en blanco. —Defenderlo hasta la muerte debe estar en la descripción de tu trabajo.

—De hecho, lo está. Pero lo haría de todos modos.

Dejo que mi pelo forme una cortina entre Dominik y yo. A veces, tengo la sensación de que me observa. No como que *me preocupo por ti*. Más bien como *tengo que pasar un informe de todo*.

Lo detesto.

Si Arsen no quiere venir a verme él mismo, no merece saber lo que pasa por mi cabeza.

—¿Quieres parar a tomar un helado en algún sitio? — pregunta Dominik—. ¿Todavía tienes antojo?

Me aguanto otra estúpida punzada de que sea Arsen quien conozca mis antojos, Arsen llevándome a casa después de una cita.

—Mamá volverá pronto de la quimio. Quiero estar allí cuando llegue a casa.

—Evelyn estará con ella.

—¿Y? —espeto—. ¿Solo porque ahora tiene una enfermera a tiempo completo puede dejar de importarme?

Dominik se echa hacia atrás, con las cejas levantadas. —No me refería a eso.

Me muerdo la lengua. —Perdona. Estoy un poco...

Lo dejo ahí. La verdad es que no sé lo que siento ahora mismo. Los últimos cuatro meses han sido una montaña rusa. Cada vez que creo que he entendido la situación, algo sale volando y me golpea en la frente.

Empezó con Arsen soltando su bombita de *no necesito volver a verte ahora que estás preñada*.

Como si solo sirviera para el sexo.

Que es lo que yo acepté, sí. Pero eso no significa que tenga que gustarme.

Entonces, Dominik apareció en mi puerta al día siguiente. *Considérame tu chófer personal durante los próximos nueve meses.*

Y la mayor bola curva de todas: la preciosa casa de tres dormitorios que aún me roba el aliento cada vez que Dominik nos conduce a la entrada.

Es una locura, de verdad.

Me dio una casa, *le importo a Arsen*.

Lleva meses sin dar la cara, *no le importo a Arsen*.

Una y otra vez, una y otra vez. No sé qué creer. Ahora que soy una incubadora humana, apenas sé quién soy.

—¿Laila? —el coche se ha detenido, y Dominik está de pie fuera, con mi puerta abierta. Pero no puedo moverme.

—Dame un minuto.

—Parece que tu madre y Evelyn están en casa —hace un gesto hacia la ventana delantera abierta. A mamá le gusta el aire fresco.

Nuestras ventanas en el apartamento obtuvieron el regalo especial del casero y estaban aseguradas con clavos.

Quiero estar dentro con mi madre. Tacha eso: quiero *querer* estar dentro con mi madre, pero últimamente es difícil estar cerca de alguien. La única persona que entiende exactamente lo que está pasando no quiere reconocer que existo.

—Si necesitas hablar...

—Eres mi chófer, no mi terapeuta —interrumpo—. ¿O es que ahora Arsen también te paga por eso?

Dominik se encoge de hombros. —Puedo intentarlo. Si es lo que necesitas.

Dejo caer la cara entre las manos. —Tu mujer debe odiarme.

—¿Por qué demonios te odiaría Kira?

—Porque últimamente pasas más tiempo conmigo que con ella.

—Sí, pero ella lo entiende. Tú eres trabajo —de inmediato, Dominik suelta un respingo—. Mierda, lo siento. Dije las cosas mal.

Le hago un gesto para desestimarlo. —No lo sientas. Es la verdad.

Dominik se inclina hacia delante, con el brazo apoyado en la parte superior del marco de la puerta. —Tengo suerte, de verdad. No todos los trabajos que me asignan son tan divertidos.

—No mientas por mí —le advierto con el ceño fruncido.

—Sé que probablemente esto suene a frase trillada, pero lo digo en serio, Laila. Ha sido un placer pasar tiempo contigo estos últimos meses. Me gustaría pensar que somos amigos.

—Es una amistad bastante desigual. Tú lo sabes todo de mí, pero yo no sé nada de ti.

—Ya conoces a mi mujer.

—Sé que *tienes* mujer. Sé que se llama Kira. Eso es todo.

—¿Quieres saber algo personal? —se muerde el labio inferior para ocultar una sonrisa—. Kira está embarazada.

—¡No puede ser! ¡Felicitaciones, Dom!

Se pasa una mano por el pelo, sonriendo ahora. —Sí. Fue inesperado. Los dos queremos tener hijos, pero no pensábamos intentarlo hasta dentro de un par de años. Pero a veces la vida sucede sin planearla.

Y a mí me lo dices.

—Entonces —insta Dom—, ¿estás lista para voltear ese ceño fruncido y entrar?

—Me duelen los pies.

Sus ojos se entrecierran. —¿Por qué le das largas?

—Porque si entro ahí, mamá me va a preguntar por el sexo del bebé. Luego me preguntará, *otra vez*, si estoy segura de querer dar a este bebé en adopción. Y tendré que explicarle, *otra vez*, por qué hago lo que hago.

Todo son mentiras. Mentiras de las más gordas.

La boca de Dominik se ablanda en las comisuras. —Me gusta tu madre. Es una buena mujer.

—Es la mejor —mi pecho se estremece, incómodo—. Por eso hice lo que hice. Su vida es mejor ahora. Tenemos enfermera y asistencia sanitaria. Es más feliz.

—Pero tú no lo eres.

No me extraña que no sea una pregunta. Puede que Dominik quiera ser mi amigo, pero sigue siendo empleado de Arsen. Y no necesito que informe de esto a su jefe.

—Tienes razón, estoy dando largas —empujo la puerta y salgo—. Es hora de ser una niña grande y entrar ahí.

—Laila...

—Gracias por traerme, Dom. Y felicita a Kira de mi parte —antes de entrar, me doy vuelta, arqueando una ceja—. Si pregunta, estoy bien. Llevo las cosas como una profesional. Soy la viva imagen de la estabilidad emocional y psicológica. ¿Entendido?

Suspira y me hace un saludo a medias. —Entendido.

Voy arrastrando los pies hasta la puerta principal y me planteo volver a salir cuando me invade el olor a filete con patatas. Últimamente, mi falta de apetito rivaliza con el de mamá. Creo que Evelyn empieza a tomárselo como algo personal.

—Cariño, ¿eres tú? —llama mamá desde la cocina.

Está en la isla central mientras Evelyn se afana en los fogones. Me dejo caer en el taburete junto a ella y le beso la mejilla. —¿Qué tal la quimio?

—Un festival de risas habitual —dice mamá—. Ojalá pudiera ir todos los días.

—¿Tan mal estuvo?

Me da unas palmaditas en la mano. —Solo estoy siendo infantil. Ha estado bien. Incluso he hecho algunos amigos en la quimio.

Evelyn destapa la sartén y se vuelve hacia nosotras. —Es la Srta. Popularidad del hospital. Hasta se ha puesto un nuevo apodo.

—Vamos, no me dejes en suspenso. ¿Cuál es el apodo?

Mamá parece un poco avergonzada. —Oh, no es para tanto...

—Caracortada —anuncia Evelyn.

Se me cae la mandíbula al piso y mis ojos se desvían hacia el lado cicatrizado de la cara de mamá. Ya estoy tan acostumbrada que apenas me doy cuenta.

Hasta que algún imbécil tiene la osadía de sacar el tema.

—¿Quién demonios te llama así? —exijo, saltando de mi taburete—. ¡Se supone que este hospital es el mejor! Por eso acepté que te transfirieran el tratamiento...

—Cariño, estás exagerando —Mamá fulmina a Evelyn con la mirada —. Hay un niño que está en quimio conmigo. Tiene doce años y le gustan las películas de mafiosos. Es un encanto.

—¿*Un encanto*?

—Ser un mafioso grande y malo es mejor que ser una vieja enferma. Lo dijo como un cumplido.

Durante mucho tiempo, no creí que nadie pudiera mirar mis cicatrices o las de mamá con otra cosa que no fuera horror. Hasta Arsen.

Oigo su voz en el fondo de mi cabeza. *Estas cicatrices no son feas; son la prueba de que fui lo bastante fuerte para curarme. Para sobrevivir.*

Mamá ha sobrevivido a muchas cosas en su vida. No se me escapa la ironía de que la única batalla que no le deja ni una sola cicatriz es la que podría perder.

—Caracortada —murmuro, sacudiendo la cabeza—. Ridículo.

Se ríe entre dientes y me da unas palmaditas en la mano. —¿Qué tal la cita con el médico?

—Bien.

Hay un instante de silencio antes de que me dé un codazo en el costado. —¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que me vas a dar? Ya estás de veinte semanas. ¿No te han dicho el sexo?

Apretando los dientes, me arranco la tirita. —Es una niña.

Jadea. —¡Oh, cariño...!

—Mamá, por favor. No tiene sentido que te pongas así. No me voy a quedar con el bebé.

Cruza las manos sobre el regazo. Tuerce la boca y sé que intenta evitar hablar.

Decido ponérselo más fácil. —Entonces, ¿qué hay para cenar?

—¿Estás segura? —suelta.

—¡Mamá!

Me mira con ojos muy abiertos y dolidos. —Estamos hablando de un bebé, cariño. De tu bebé.

—Ya hemos hablado de esto. No estoy preparada para ser madre.

—Nadie lo está nunca.

—Ya tenemos bastante con lo nuestro.

—Un bebé alegraría nuestras vidas. Me daría algo que esperar. Te daría alguien a quien amar, después de...

—No hay "después" —insisto—. Solo existe el "ahora". Y ahora mismo, estás aquí. Fin de la historia.

—Cariño...

—¡Evelyn! —llamo, interrumpiendo a mamá—. Creo que se te quema la sopa.

Mientras Evelyn vuelve corriendo a la cocina para comprobar que su sopa está perfectamente, suena el timbre de la puerta. —Voy yo —anuncio, evitando la mirada de mamá al salir.

Sin embargo, cuando abro la puerta, no hay nadie.

Solo un pequeño paquete en el centro de la alfombra de bienvenida.

La cojo y tiro de la cinta de seda que sujeta la caja. El envoltorio se despliega como una flor. Apropiado, teniendo en cuenta lo que yace en el cojín de felpa del interior...

Un pequeño colgante de oro...

En forma de rosa.

ARSEN

—¡Qué guapa! Me asombra que puedas mantenerte en pie con esos diamantes alrededor del cuello, Natascha.

Reconozco la fuente del cumplido lastimero sin necesidad siquiera de asomarme. Sustituye "drogas" por "diamantes" y Lorraine Henley es el equivalente humano de un perro rastreador de primera categoría.

La propia Lorraine está empapada de llamativos diamantes de champán, que solo distraen un poco de sus rasgos de caballo y su físico de poste de alambrada.

—¿Fueron un regalo de tu marido? —insiste la mujer, pasando un dedo por el collar de Natascha, como si no pudiera mantener las manos quietas.

Natascha sonríe con timidez. —A Arsen le encanta colmarme de sorpresas.

La codorniz a la parrilla que acabamos de consumir para cenar corre el riesgo de volver a subir. Solo hay una mujer a la que he colmado de regalos en los últimos cuatro meses, y no está en este salón de baile.

Les doy la espalda a las dos brujas y busco un rincón tranquilo donde pueda sacar mi teléfono y desaparecer antes de que nadie se atreva a acercarse a mí.

—¡Arsen! Ahí estás —no debo estar consiguiendo mantener enterrados mis sentimientos, porque Dominik salta hacia atrás como si acabara de escupirle fuego—. ¿Ya estamos socialmente agotados?

Estaba agotado incluso antes de ponerme el esmoquin esta noche. Lo que queda ni siquiera cuenta como estar agotado. Quiero estar en cualquier otro sitio menos aquí.

—Kira odia estas cosas, así que la dejé en casa. No parece que vayas a ser mejor compañía —Dom se une a mí en las sombras—. ¿Dónde está tu media naranja?

—Mi media naranja podrida —corrijo—. Anda por ahí, vendiendo lo poco que tiene que ofrecer y mintiendo a quien quiera escucharla sobre lo locamente enamorados que estamos.

Dominik la observa de pie junto a la llamativa escultura de hielo cargada de gambas frescas. Está rodeada de una multitud de hombres mayores, todos los cuales miran sus diamantes o sus pechos. La visión no despierta nada en mí.

Si la quieren, que se la queden.

Cuando ya no puedo mirar más, me vuelvo hacia Dominik. —¿Y bien? ¿Vas a obligarme a preguntar?

La mandíbula de Dominik se tensa. —¿Te habría matado venir hoy?

Mi segundo ha dejado más que claros sus sentimientos sobre mi acuerdo con Laila, pero eso no le impide refrescarme la memoria.

—Conoces las condiciones de nuestro acuerdo.

—Ha ido sola a todas las citas con el médico.

—Has estado con ella —es una de las únicas personas a las que confiaría esa responsabilidad.

—Pero no es a mí a quien quiere allí.

¿Lo ha dicho ella? Me pregunto.

—Precisamente por eso mantengo las distancias. Ir enviaría un mensaje equivocado.

—¿Que te preocupas por tu hija? Vaya, qué horror.

—Que yo... —me interrumpo en mitad de la frase, con los ojos fijos en él—. ¿Hija?

Dominik asiente. —Vas a tener una niña. Felicitaciones.

Pues que me aspen. Por alguna razón, la posibilidad de tener una niña nunca se me ha pasado por la cabeza. Podía imaginarme un niño pequeño que se pareciera a mí. Pero ¿una niña con el pelo rubio y los ojos azules de Laila?

Estoy jodido.

—La consulta médica ha ido perfectamente —añade—. Es una bebé sana.

Observo a Dominik, esperando que ofrezca alguna información sobre Laila. ¿Cuál fue su reacción ante la noticia? ¿Se emocionó? ¿Preguntó por mí?

Pero está claro que Dom no dirá ni pío, así que asiento. —Bien. Es todo lo que necesito saber.

Dominik suspira. —Arsen…

—Perdona, Dom —lo interrumpo cuando Lucio Galotti se dirige hacia Natascha—. Será mejor que vaya a refrenar a la endemoniada antes de que se vaya de la lengua con la persona equivocada.

Esquivo a Dominik y me abro paso serpenteando entre la multitud hacia Natascha y Lucio.

La última vez que lo vi, se mofó de mí cuando pasé junto a los barrotes metálicos de su celda. *Saluda a tu abuelo de mi parte, molodoy volk*.

Qué diferencia pueden marcar un afeitado al ras y un traje bien hecho.

—Lucio —saludo.

Si se sorprende al verme, no lo demuestra. —Arsen Adamov, en carne y hueso. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Cinco años y cuatro días.

—¿De verdad llevas ya cinco años fuera? —sonríe como si no deseara que yo siguiera atrapado en una jaula—. Increíble.

—Tenía la impresión de que no saldrías hasta dentro de cuatro más, por lo menos.

Se pasa una mano por la cabeza calva y tatuada. —Me soltaron antes. Buen comportamiento.

—Lo dudo.

Lucio se ríe. —Ya, ya, Arsen. No puedes seguir guardando rencor. De eso hace ya toda una vida. Simplemente cumplía órdenes.

Natascha se aclara la garganta y mira entre los dos. —Supongo que se conocen.

—Somos conocidos —explico a regañadientes—. De la cárcel.

Su pecho deslumbrante se sonroja de un malva intenso. No puedo culparla. Nunca hablo de lo que pasó allí.

—Tal vez, ahora que los dos hemos salido, podamos ser amigos —sugiere Lucio con una sonrisa encantadora—. Al fin y al cabo, tu abuelo y yo éramos muy amigos.

—Es una razón de sobra para mantener las distancias.

Natascha parece ahora totalmente confundida. —Yeremy Adamov era un gran hombre. Mi padre habla muy bien de él.

—¿Lo conociste personalmente? —pregunto.

—Bueno, no, pero...

—Entonces, considérate afortunada. Vamos, Natascha. Es tarde y ya estoy harto de este circo —le dirijo a Lucio la más pequeña de las inclinaciones de cabeza—. Lucio.

Se pliega limpiamente hacia un lado con una ligera inclinación. Cómo han cambiado las tornas. Por otra parte, es mucho más fácil intimidar a un preso de diecisiete años que enfrentarse al multimillonario *pakhan* de la Bratva Adamov.

—¿Nos vamos de verdad? —sisea Natascha—. ¿Ahora?

—Deja de quejarte y sígueme.

Deja de lloriquear y sí me sigue, pero echa humo en silencio mientras la conduzco fuera del salón de baile, caminando lo bastante rápido como para que no nos puedan echar el lazo en una conversación innecesaria.

En cuanto estamos en el ascensor, golpea la barandilla dorada con la mano. —¡La estaba pasando bien!

—Creía que odiabas venir a estas cosas conmigo. O eso es lo que dices.

—Compré este collar especialmente para la ocasión —protesta—. Y el vestido también es nuevo.

—Me alegra saber que mi dinero, ganado con tanto esfuerzo, tiene un buen uso.

—Por favor. Tu dinero viene del abuelo al que tanto pareces odiar.

La fulmino con la mirada, aunque sea culpa mía. He revelado una llaga al admitir mi antipatía por Yeremy. Cuanta más información tenga Natascha, peor será su compañía.

Me trago una réplica y digo entre dientes. —Pasaré por Riviera Heights. Te dejaré.

Gedeon nos espera abajo en el Bugatti. Aparte de Dominik, Ged es el único otro *vor* de mi círculo íntimo en quien confío plenamente. Por eso está frecuentemente de guardia con Natascha.

También es la razón por la que recibe una prima mensual especial desde que me casé con ella.

En cuanto estamos en el coche, desaparezco en mi teléfono, ignorando deliberadamente cómo Natascha me mira fijamente. Esa mujer no ganará ningún premio a la sutileza, eso seguro.

—¿No vas a preguntarme cómo la he pasado esta noche? —suelta al fin.

Sin levantar la vista, exclamo—: ¿Alguna vez lo hago?

—Tres personas me preguntaron si íbamos a tener un hijo. La noticia está circulando.

—Ya me lo esperaba.

—Podrías haberme preparado. Apenas sabía qué decir.

—Di que vamos a tener un bebé mediante un vientre de alquiler porque el ambiente ardiente y sulfuroso de tu útero lo hace inhóspito para la vida humana. Todo el mundo se lo creerá.

Jadea. —Tú... tú...

—¿Imbécil? —proporciono generosamente—. ¿Cabrón? ¿*Mudak*? Elige. Cualquiera me sirve. Probablemente, también las merezca.

Me responde arrebatándome el móvil de la mano. —¿Qué demonios estás leyendo con tanta intención?

Se interrumpe a mitad de la frase, la furia aumenta a medida que lee. No pienso arrancarle el teléfono. Hace mucho tiempo que aprendí que participar en payasadas juveniles con Natascha es una batalla perdida. Ella siempre ganará.

Dominik tiene un dicho al respecto: *Nunca luches con un cerdo. Ambos acaban cubiertos de mierda, pero solo el cerdo lo disfruta*. Nunca ha dado más en el clavo.

—Estás leyendo sobre *ella* —escupe con una mueca de disgusto.

Me sorprende el tono posesivo de su voz y la curvatura dolorida de sus labios. —Estoy investigando. Es mi madre de alquiler.

—*Nuestra* madre de alquiler, *cariño* —me espeta—. Lleva en su vientre a nuestro futuro bebé... una niña, ¿eh? Me imagino que la putita ni siquiera pudo darte un niño.

Mi mano se crispa, tentada de rodear su garganta solo para darme un momento de paz.

—Aclaremos una cosa —suelto entre dientes—. Esta bebé es *mi* hija.

—¿Crees que quiero tener algo que ver con esta mocosa probeta? —se ríe a carcajadas—. Me basta con que la cuiden niñeras y criadas. Y, en cuanto sea lo bastante mayor, pienso enviar eso a un internado en algún lugar muy lejano.

Eso.

—No participarás en la toma de decisiones. *Si* mi hija va a un internado, yo decidiré cuándo y dónde.

—¿Cuál es la alternativa? ¿Quedarnos con la niña aquí? Si vamos a desfilar como una familia como Dios manda, eso significaría que me vería obligada a pasar algún tiempo con la pequeña bestia. Así es como has diseñado este modelo de familia nuestro.

La fulmino con la mirada, intentando que sus palabras no me afecten. Sin inmutarse, vuelve a acariciarse los diamantes.

—Puede que hayas sido capaz de convencer a todo el maldito mundo, incluido mi padre, de que esta mierda de la gestación subrogada es inteligente. Puede que incluso seas capaz de

obligarme a afirmar que esta niña es mía. Pero ahí se acaba todo. No seré su madre.

Me tira el teléfono y se echa los mechones rubios por encima del hombro mientras se vuelve hacia la ventana.

—Ah, y si se espera de mí que responda a preguntas sobre esta niña para apaciguar a la sociedad y mantener la farsa, voy a necesitar un aumento de mi asignación mensual —me mira por encima del hombro, sus ojos brillan triunfantes—. Es justo.

Guardo el teléfono en el bolsillo y me quedo en silencio, mientras una decisión empieza a tomar forma en mi cabeza.

Por mucho que me repugne admitirlo, Natascha tiene razón. Nuestra fachada de matrimonio se extenderá a mi hija cuando nazca. Lo que significa que, me guste o no, tendré que someter a la niña a mi esposa de pesadilla.

Lo que a su vez significa una cosa más: Natascha se ha quedado demasiado tiempo en mi mundo.

12

ARSEN

Cuatro meses después

Entro en mi despacho justo cuando Gedeon enciende otro cigarrillo y Dominik se sirve un vaso de ginebra.

—Si vas a hacer esto en mi despacho, más vale que tengas buenas noticias para mí —advierto.

Dominik se da la vuelta con una sonrisa. —En realidad, tenemos grandes noticias. Por eso esto... —levanta el vaso—, es una bebida de celebración.

Gedeon no parece muy seguro. Es un fumador nervioso. Ha intentado dejarlo, pero cuando su mente da vueltas, un cigarrillo es lo único que le calma.

Pongo mis ojos en él. —¿Qué coño está pasando, Gedeon?

Da una calada. —Alessandro quiere una reunión. Nuestras fuentes afirman que está pensando en ofrecer una tregua.

—Buenas noticias —repite Dominik, levantando su copa.

—¡Es una puta trampa, Arsen! —exclama Gedeon, ignorando a Dominik—. No puedes hacer tratos con los italianos. No puedes confiar en ellos.

Dominik se burla. —Es una puta reunión. No te hará daño oír lo que tiene que decir.

—El lanzamiento de Pobeda lleva en suspenso casi un año. ¿No crees que el momento es un poco sospechoso?

Aunque lo sea, Dominik tiene razón: es una oferta tentadora. La paz podría ser agradable ahora que pronto traeré una nueva vida al mundo.

—Los italianos no han hecho ningún movimiento evidente…

—Quizá porque se traen entre manos una jugada mayor —interrumpe Gedeon—. Una que implica a Laila.

Me cae un peso en el estómago. —¿Qué tiene que ver Laila con todo esto?

Dominik lanza una mirada de advertencia a Gedeon. Ged le devuelve la mirada y ambos fruncen el ceño a medida que pasan los segundos.

—Será mejor que uno de ustedes empiece a hablar —gruño cuando el silencio se alarga demasiado.

Gedeon es el primero en ceder. —Circulan rumores sobre tu heredero.

—¡Exactamente, rumores! —dice Dominik—. Putos *rumores* de mierda, G. No podemos tomar decisiones basándonos en todas las mierdas que suelta la fábrica de rumores.

Levanto la mano y ambos hombres se callan. —¿Han mencionado el nombre de Laila?

—No —me asegura Gedeon, y por fin respiro hondo—. Pero se habla de quién es la madre de tu hijo: si es Natascha, un vientre de

alquiler o si tienes una amante.

Me acerco a la ventana y contemplo el horizonte. En algún lugar sobre el puente y el laberinto de edificios, Laila está acurrucada en un capullo creado por mí.

¿De verdad han pasado ocho meses enteros desde que la vi? Apenas puedo creerlo. Han sido los ocho meses más rápidos y lentos de mi vida.

—También ha surgido el nombre de Natascha. El hecho de ser tu mujer la hace vulnerable —ante mi encogimiento de hombros indiferente, Gedeon continúa—: Lo que significa que, si el nombre de Laila sale a la luz, ella también será un objetivo.

—Aumenta inmediatamente la seguridad en torno a la casa.

—Ya está hecho —dice Dominik—. Puede que no crea los rumores que corre Gedeon, pero Laila es una buena persona. Merece que la protejamos.

Él y Laila se han acercado en los últimos ocho meses. Por eso ya no puedo hablar de ella con Dominik. Sabe cosas de ella que me gustaría saber a mí, y nunca me deja olvidarlo.

—¿Y Natascha? —pregunta Gedeon—. ¿No deberíamos aumentar su seguridad?

—Natascha no será mi problema durante mucho más tiempo —camino alrededor de mi escritorio y saco los billetes de avión en primera clase que compré para ella y su equipo la semana pasada.

—¿Aceptó? —Gedeon jadea, con los ojos desorbitados.

Dominik silba suavemente. —*Pum*, la bruja malvada ha muerto. Por fin.

—No está muerta. Solo fuera del país. Laila dará a luz el mes que viene —digo—. Quiero a Natascha lo más lejos posible antes de que nazca mi hija.

Gedeon sigue mirando las entradas. —No puedo creer que me perdiera esa rabieta. ¿Cómo conseguiste que accediera?

Recojo los billetes y me dirijo a la puerta para tener por fin la conversación que he estado posponiendo. —Te avisaré cuando lo averigüe.

—¿Podemos ir? —suplica Dominik—. Por favorcito… Por fis… Por f…

Les cierro la puerta en las narices. Algunas cosas están hechas para saborearlas a solas.



La sonrisa de suficiencia de Natascha se marchita mientras estudia los billetes. —Son de ida.

—Una vez que te vayas, no volverás —le informo—. A partir de ahora, París es tu casa.

Se le desencaja la mandíbula. —Toda mi vida está aquí.

—Ir de compras y prostituirse no es una vida, Natascha. Aunque lo fuera, puedes hacer todo eso en París.

Me tira el billete a los pies. —Vete al infierno.

—Siempre puedo hacer que te envíen a Rusia.

Sus ojos parpadean hacia el billete que acaba de desechar. —Mi padre...

Pongo los ojos en blanco. —A tu padre le importa una mierda dónde estés o lo que hagas mientras se beneficie de nuestro matrimonio. ¿O creías que de verdad se preocupaba por ti?

Natascha se muerde el labio inferior. Las ruedas de su cabeza giran tan rápido que espero ver humo. —¿Se trata de *ella*?

—Sí. A mi hija le conviene poner tanta distancia contigo...

—No hablo de la mocosa. Hablo de *ella*, de la mujer.

Laila. Su nombre casi sale de mi boca antes de que me detenga. No voy a enviar a Natascha a Francia con el nombre de Laila en la lengua.

No es digna de pronunciarlo.

—Ella no es asunto tuyo.

Natascha se estremece al notar el hielo en mi tono. —¿Te la sigues tirando? Oigo los rumores que circulan por ahí, pero pensé que...

—¿Qué rumores?

Se me encoge el pecho.

Si hasta Natascha ha oído los rumores... ¿quién más los ha oído?

Natascha rechaza la pregunta y se agacha para recoger el billete del suelo. —No importa. De todos modos, prefiero vivir en París antes que compartir el mismo espacio aéreo que tú y tu pequeña zorra — se vuelve hacia la puerta, pero se detiene, echándose el pelo rubio por encima del hombro—. ¿Y mi paga?

Dios, no tiene vergüenza. Si no se mostrara inusualmente cooperativa, tendría mucho que decirle. Pero me muerdo la lengua.

—Tu paga seguirá siendo la misma. A menos que sigas hablando — añado—. Entonces, no seré tan generoso.

—Bien —levanta la barbilla—. ¿Me acompañas fuera, Arsen? ¿Por última vez?

Parece que le importan las apariencias hasta el amargo final. Pero acompañarla hasta el coche es bastante fácil de digerir cuando sé que es la última vez. Abro la puerta de mi despacho y la acompaño al pasillo.

Juntos, Natascha y yo nos dirigimos a los ascensores.

En algún punto entre los pisos treinta y uno, empieza a acribillarme a preguntas importantes: *¿De qué tamaño es el apartamento de París? ¿Seguirá teniendo un chef privado? ¿Puede abrir líneas de crédito a nombre de Adamov?*

—Quiero un ático de dos habitaciones —me dice mientras llegamos al coche—, con techos altos y vistas a los Campos Elíseos.

Le abro la puerta. —He organizado...

Pero mi voz queda ahogada por el chirrido de un disparo. Tan fuerte y tan cerca que me zumban los oídos. Me agacho, protegiéndome detrás del coche mientras suenan gritos y la gente se dispersa.

Hay otra ronda de disparos. Pero, cuando me vuelvo para arrastrar a Natascha detrás del coche conmigo, la encuentro aferrándose a sus cadenas de oro...

Que ahora son de un rojo sangre resbaladizo.

Tiene los ojos muy abiertos y la piel pálida. Por una vez, no parece enfadada ni molesta.

Parece aterrorizada.

Su cuerpo se balancea y, de repente, está en el suelo. Mi equipo se cierra a nuestro alrededor, lo que me permite arrastrarme hacia Natascha. Intenta hablar, pero se está ahogando en sangre, con gorgoteos procedentes del lugar donde la bala se le enterró en el cuello.

Mientras su mano me araña la camisa, la agarro y aprieto. —Tranquila. Tranquila. Te vas a poner bien.

Mentir es lo único que puedo hacer por ella ahora.

13

LAILA

—Pensé que ya las había tirado.

El ramo, ciertamente hermoso, está en un precioso jarrón de cristal que Arsen me regaló en algún momento del segundo trimestre. Antes de que pueda poner el "regalo" donde corresponde, mamá extiende un delgado brazo para detenerme. —Lo hiciste, pero yo las salvé de la basura. Me gustan.

—¿Te gustan los sobornos? —arqueo una ceja—. ¿Te gusta ver regalos sin sentido de un hombre que no se molesta en aparecer a menos que quiera algo de ti?

No se me escapa que el jarrón de cristal también era una especie de soborno, pero al menos los sobornos de Arsen tienen un alto valor de reventa. Las flores que envió mi padre no valen nada y, por lo tanto, están perdidas.

Mamá suspira, pero no discute mientras arranco los lirios del jarrón por segunda vez y arrojo el ramo chorreante por la ventana abierta.

—Te estás poniendo dramática —me dice una vez que mi respiración se estabiliza. Estar embarazada de ocho meses significa que solo mirarme los dedos de los pies me deja sin aliento—. Está intentando enmendarse.

—¿Sabes qué es dramático? Abandonar a tu mujer y a tu hija porque no podías soportar sus horribles desfiguraciones, *eso* sí que es dramático. Y *eso* —digo, señalando con un dedo hacia la ventana—, ha sido un vago intento de volver a ganarse nuestra simpatía para poder robarnos el poco dinero que tenemos.

—Solo son flores.

—Con él no existe "solo" nada, mamá. No se puede confiar en papá —me duele la pierna. Con una mueca de dolor, me dejo caer en el borde de su cama—. Nos dejó tiradas después del accidente. Todo porque "no podía afrontarlo". La rehabilitación, las visitas al médico, las sesiones de terapia... todo era "demasiado para él". Pero ni siquiera estaba en el coche con nosotras.

—Entiendo por qué estás enfadada.

—Lo que no entiendo es por qué tú no —acaricio mi cadera y muslo con el pulgar, intentando expulsar parte del dolor que no ha hecho más que empeorar cuanto más me parezco a una sandía sobre zancos—. ¿Cómo puedes defenderlo?

—No le defiendo a él; defiendo a la versión de mí que lo eligió. Que lo quería.

—¿Sigues sintiendo algo por él? —casi me da miedo preguntarlo, pero tengo que hacerlo. Su respuesta determinará si tengo que pedirle a Dominik que dirija todas las futuras entregas de flores directamente a la basura.

No podemos permitirnos que mi padre vuelva a meterse en nuestras vidas ahora.

Entorna la cara y me da un manotazo en el brazo. Por primera vez en semanas, meses, incluso, mamá parece ella misma. —¡Claro que no! Esa parte ya está superada. Pero creo que está buscando un cierre y... bueno, quizá a mí tampoco me importaría tenerlo.

—Divorciarte de él ya fue suficiente cierre —murmuro.

Sonríe, pero está tensa. Quizá debería haber dejado las malditas flores.

Antes de que pueda disculparme, mamá demuestra que siempre será la persona más grande, es decir, emocionalmente, porque, de nuevo, tengo forma de sandía. —Siento haber recuperado las flores, Laila. Es que siempre me han gustado los lirios.

Oigo lo que ella no dice. *Recuerda cuánto me gustan los lirios.*

Por un segundo, lo entiendo perfectamente. Érase una vez, mi madre tenía a alguien que conocía sus flores y color favoritos. Alguien que conocía su pedido cuando salían a comer. Alguien que adivinaba lo que iba a decir antes incluso de que lo dijera.

Nunca me ha pasado, pero seguro que es algo difícil de dejar.

Demonios, solo la promesa de eso puede ser difícil de soltar. Lo sé de primera mano.

—Entonces te compraré lirios —me pongo en pie, sacudiéndome la repentina nube de tormenta que se forma sobre mi cabeza—. No necesitamos nada de él.

Mamá abre la boca para decir algo, pero entonces me agarro el estómago y jadeo. Los ojos de mamá parpadean hacia mi barriga, donde mi hija está ocupada dando patadas.

No. *Su* hija. *Su* bebé.

La bebé que abandonaré dentro de un mes y que no volveré a ver.

No "mía".

Mamá frunce el ceño y parece más vieja de lo que nunca la he visto. —¿Cómo estás?

—Estoy genial —afirmo con falsa alegría—. Mejor imposible.

—Sería normal que tuvieras dudas.

—¿Dudas sobre qué? —me encojo de hombros—. He elegido una pareja maravillosa para este bebé. Tendrá una vida estupenda.

Eso es lo que me digo a mí misma, al menos. Por la noche, cuando me asaltan las dudas y me planteo huir como una loca y empezar de nuevo, solo yo y la pequeña judía saltarina que llevo en el vientre, me digo que ella será más feliz con Arsen y su mujer. En su mundo.

Mamá me coge la mano. —Laila, me preocupa que...

—Tienes las manos frías —le suelto la mano y le subo la manta hasta los hombros—. ¿Por qué no te echas la siesta un rato?

Me doy cuenta de que quiere discutir, pero en realidad está cansada. Si no conociera la causa, agradecería la rápida salida de esta conversación. Tal como están las cosas, últimamente duerme más siestas de lo que está despierta, y sé que se nos está acabando el tiempo.

La acomodo en la cama. Cuando apago las luces, ya tiene los ojos cerrados. Atravieso la silenciosa casa y salgo por la puerta trasera.

Hay un árbol junto a la valla trasera, con ramas que se extienden por casi todo el césped. Se ha convertido rápidamente en mi parte favorita de mi nuevo hogar.

Antes me acomodaba con las piernas cruzadas contra el tronco, pero eso ya no es posible hoy en día. Si llego hasta el suelo, no hay ninguna posibilidad de que vuelva a levantarme. En lugar de eso, me siento en un banco que Dominik trajo para mí y contemplo la casa que me gané a costa de mi hija.

Le dije a mi madre que iba a dar al bebé en adopción porque me parecía una verdad a medias, pero, cuanto más se acerca la fecha del parto, más tengo que reconocer el resto.

No voy a dar a mi bebé en adopción: voy a vender a mi hija.

Quizá he sido demasiado dura con mi padre todos estos años. Claro que nos abandonó a mamá y a mí cuando las cosas se pusieron

feas, pero tampoco es que me esté ganando ningún trofeo como madre.

—¿Un penique por tus pensamientos? —Dominik aparece de la nada, como siempre. Juraría que acecha en las ramas más bajas de los árboles, esperando a dejarse caer silenciosamente junto a mí.

—Tendrás que soltar algo más que un penique si quieres oír lo que pienso.

Se echa la mano a la espalda. —¿Qué tal una...?

—Si es otro regalo suyo, no te molestes —digo bruscamente—. No me interesa.

—Es una magdalena. Y no es de Arsen; es de Nina's Deli —me pone la magdalena de fresa delante de las narices—. También sé que es tu sabor favorito.

Se la arrebato de la mano. —Gracias, Dom.

Me deja disfrutar de un singular bocado antes de sumergirse en mi triste estado. —¿Cómo ha ido hoy la cita de tu madre?

—Los médicos no pueden hacer nada más por ella —practiqué decirlo antes en el espejo, pero las lágrimas siguen llenándome los ojos. Me las froto con rabia.

—¿De verdad han dicho eso?

—Según los médicos de lujo que Arsen dijo que eran los "mejores del país", lo más que se puede hacer ahora es mantenerla cómoda —la magdalena, tan dulce al principio, ahora me sabe a arena en la boca, y la dejo caer sobre mi regazo—. Es solo cuestión de tiempo.

Dominik exhala suavemente. —Lo siento muchísimo, Laila.

—Es una sensación extraña, saber que pronto estaré sola —enhebro los dedos, y mis manos están frías ahora igual que lo estaban las de mamá—. Mi padre es un desperdicio de espacio, mi madre se irá

dentro de seis u ocho meses, e incluso mi bebé... —me aclaro la garganta y reformulo—. Se llevará a su bebé y solo quedaré yo.

Dominik abre la boca, pero le detengo.

—No lo hagas. Mentir lo empeora.

Nos sumimos en un largo y fácil silencio. Al principio me resistía, pero Dominik se ha convertido realmente en un amigo. No lo digo, pero también lo echaré de menos.

—¿Dom? —le pregunto. Se vuelve hacia mí. Sus ojos vidriosos sugieren que está en otra parte. Me pongo una mano en el vientre —. ¿Crees que será un buen padre?

—No tengo que mentir sobre eso en absoluto —dice, poniendo una mano sobre la mía y acariciándola suavemente—. No le faltará de nada, Laila. La protegerá con su vida.

Después, no decimos mucho.



CUANDO OSCURECE, Dom me acompaña de vuelta a la casa, aunque no entra.

Lo único que he hecho hoy ha sido ir a la consulta de mi madre, pero me meto en la cama más agotada de lo que recuerdo. Cojo la almohada de embarazo que apareció en mi cama hace unos meses sin ni siquiera una nota que me explicara de dónde venía y la abrazo.

Cuando las cosas se ponen sombrías, como ocurre a menudo hoy en día, puedo o no envolverme en la almohada y fingir que me abraza un hombre. Un hombre que no miente ni se va ni pide nada excepto abrazarme.

¿Qué puedo decir? Mis relaciones más exitosas han sido con objetos inanimados.

Considero un signo de crecimiento personal no haberle puesto nombre a esta.

Aunque tuviera energía para sacar a Seth del cajón y reavivar las cosas, todo lo relacionado con el pequeño vibrador barato me recuerda a Arsen. No puedo tocarme sin imaginar la mano de Arsen sobre mi piel, sus labios entre mis piernas, su voz en mi oído.

Engancho una pierna sobre mi almohada de embarazo, otra cosa que me recuerda a Arsen, ya que fue él quien me regaló la maldita cosa. También la habría tirado por la ventana si no fuera tan cómoda. Ahora que soy un planeta con forma humana, la comodidad es algo que no puedo permitirme tirar.

En realidad, ni siquiera es culpa de la almohada. No puedo estar sola sin pensar en Arsen... sin ver su cara en mi mente.

Me doy vuelta para mirar por la ventana. Las cortinas siguen abiertas y puedo ver el tenue reflejo de mi nueva habitación contra el cristal oscuro.

Las lágrimas llenan mis ojos. La soledad del día finalmente es demasiado para mantenerla a raya. Y, mientras mi visión se nubla, juro que veo su mirada verde en el cristal.

Cierro los ojos con fuerza, pero entonces escucho un ruido. Un suave *toc toc toc* contra el cristal.

Abro los ojos y sigue ahí.

Pero esta vez, me devuelve la mirada.

—Arsen.

14

LAILA

Debo estar soñando.

Mis sueños con Arsen suelen implicarlo ya en mi cama, no trepando por mi ventana, pero supongo que no me importa una fantasía de ladrón de vez en cuando.

Me abalanzo hacia la ventana, con el corazón alojado en la garganta. Incluso mientras la levanto, espero que desaparezca. Espero despertarme. En lugar de eso, Arsen echa una pierna por encima del alféizar y se mete dentro.

—Tenemos una puerta principal muy bonita, ¿sabes? Deberías saberlo: tú la pagaste.

La primera vez que lo veo en ocho meses, ¿y *esa* es mi frase inicial?

¿La primera vez que *me* ve en ocho meses y se arrastra por mi ventana?

Menuda pareja hacemos.

Por muy ingeniosa que sea mi frase de entrada, Arsen no sonríe. Está demasiado ocupado mirándome el estómago como si nunca hubiera visto nada igual.

Aún no me he acostumbrado a mi nueva forma, que es esférica, así que cruzo los brazos sobre el abdomen como si pudiera esconderme.

—Arsen, ¿qué haces aquí?

Sus ojos se levantan y encuentran los míos como un misil que busca el calor, lo cual es acertado, porque mis mejillas arden de calor.

Me alegro de que las luces estén apagadas.

Me alegro de que no pueda ver cuánto me afecta su presencia.

—Tenía que venir —respira, y puede que, después de todo, siga soñando. *En realidad está aquí para verme. Quiere verme.*

Entonces, mira por encima de mis hombros, escudriñando la habitación como si esperara que alguien más estuviera al acecho. —Tienes que venir conmigo.

Tacha eso. Quiere secuestrarme.

Esta fantasía en particular se desarrolló más rápidamente de lo que hubiera pensado.

—¿De qué estás hablando?

Se dirige a mi armario y lo abre de un tirón. —Haz la maleta.

Mis manos se aprietan sobre mi estómago de forma protectora. —Han pasado meses, literalmente meses, de silencio, ¿y ahora apareces en mitad de la noche y esperas que haga las maletas y me vaya contigo?

—No tenemos tiempo para discutir. Confía en mí.

Lanzo una carcajada amarga. —Eso es lo último que pienso hacer en la Tierra.

¿Cuántas veces me he sentado bajo el árbol del patio trasero y he planeado lo que le diría a Arsen si tuviera la oportunidad? He ensayado despotricar y sollozar sobre cómo me usó y me descartó, o golpearlo con un ceño que diga *no estoy loca, solo decepcionada*. En los días oscuros, suplicaba que se anulara el contrato, que los dos resolviéramos algún tipo de custodia compartida.

Pero ahora, está aquí, delante de mí, y no puedo articular ni una sola palabra.

Lo peor es que no está aquí porque se siente abrumado por echarme de menos. O porque se arrepiente de no haber estado ahí para su propia hija.

Está aquí porque espera chasquear los dedos y salirse con la suya.

Pues *que se joda*.

Enciendo la lámpara junto a la cama y parpadeo ante la repentina claridad. —Soy tu madre de alquiler, pero eso no significa que puedas entrar en mi vida y... —me giro hacia él y jadeo—. Dios mío, estás sangrando —todo lo que iba a decir se me escapa mientras corro hacia él—. Estás cubierto de sangre. Estás herido...

—Estoy bien —dice.

—¡¿Bien?! —lo agarro del brazo, girándolo hacia la luz. La sangre le recorre los antebrazos y le empapa las mangas—. Esto no es estar bien. Hay sangre por todas partes. Tienes que ir a un hospital.

¿Por eso está aquí? ¿Se ha hecho daño y quería verme?

—Estoy bien porque no es mía.

Me quedo fría. Sus ojos verdes están encapuchados, pero claros. No está débil por la pérdida de sangre ni desvaneciéndose hacia la inconsciencia.

No es su sangre...

Lo que significa que pertenece a otra persona.

Y, si Arsen está aquí y necesita que me vaya, debe significar que la casa ya no es segura. Lo que significa...

Retrocedo a trompicones, sacudiendo la cabeza. —Dominik no.

Sus ojos se entrecierran. —Eso te molestaría, ¿verdad?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Claro que me molestaría! Dominik es mi amigo.

—¿Eso es todo lo que son? ¿*Amigos*? —lo dice como si fuera una palabrota. Como si nunca hubiera tenido un amigo.

Diablos, quizá así sea.

—¿A ti qué te importa? Estás casado.

—Ya no.

Pasan demasiadas cosas demasiado deprisa. No puedo seguir el ritmo.

—¿Dónde está tu esposa?

Extiende los brazos ensangrentados como si esa fuera toda la prueba necesaria. —Muerta.

La posibilidad de que Arsen sea el responsable ni siquiera se me pasa por la cabeza. Tampoco la posibilidad de que esté mintiendo.

Instintivamente, tiendo la mano hacia él. —Lo... lo siento mucho, Arsen.

Se echa hacia atrás. —No necesito que lo sientas. Necesito que hagas la maleta.

—¿Cómo murió?

—La asesinaron solo por ser mi esposa, lo que significa que tú... —se le quiebra la voz y exhala con dificultad antes de volver a empezar—. Podrías ser un objetivo, y necesito sacarte de esta puta casa, Laila. Ahora mismo.

¿Asesinato? ¿Objetivo? Me siento mareada.

Probablemente debería haber hecho esta pregunta hace mucho tiempo, pero... —¿Quién demonios eres?

—Esa es una explicación para otro momento. Ahora mismo...

Hace un movimiento hacia mí, pero me aparto bruscamente. —No iré a ninguna parte contigo hasta que sepa exactamente quién eres y por qué tenemos que irnos.

Sus ojos verdes chisporrotean y se agrietan. Sus manos se aprietan como si planease cogerme en brazos y estrujar mi culo preñado a través de la ventana con o sin mi cooperación. —De acuerdo. ¿Quieres una explicación? Soy Arsen Adamov, director general de Adamov Liquor...

—Eso ya lo s…

—Y *pakhan* de la Bratva Adamov, el mayor cártel de esta ciudad —termina.

Siento como si algo se cerrara alrededor de mi garganta. —¿Tú... diriges una *banda*?

—Mis enemigos han matado a mi mujer esta noche. Es muy probable que ahora te busquen a ti.

—Pero no soy tu mujer —chillo—. Ni siquiera te he visto desde que...

No termino. Lo que hicimos es grande y evidente entre nosotros.

Arsen me mira el vientre. —Llevas a mi heredera.

—Debo estar soñando —susurro, estallando en mí una carcajada maníaca—. Esto no es más que un sueño muy realista y pronto me despertaré y... ¡*ay*! —grito mientras me agarra del brazo y me retuerce hacia él.

—No estás soñando, *roza*, pero esto podría convertirse en una maldita pesadilla si no me escuchas. Estás en peligro y mi hija también. Ahora... —me acerca más, clavando sus ojos en los míos—. Haz una puta maleta antes de que la haga por ti.

Consigo meter exactamente tres cosas en un petate antes de que las manos me tiemblen demasiado para continuar. Arsen cierra la cremallera y se lo echa al hombro.

—A la mierda. Enviaré a alguien a por el resto de tus cosas más tarde. No tenemos tiempo.

—¡No puedo irme sin más!

—¿No acabas de oírme?

—¡Te he oído! —le digo—. Pero mi madre está aquí. Si estoy en peligro, entonces ella...

—Tu madre estará bien. Nadie tiene interés en ella. En cualquier caso, tengo seguridad vigilando la casa.

—No puedo desaparecer en plena noche sin dar explicaciones. Se preocupará.

—Se sentirá peor si estás muerta, Laila —me agarra del brazo y tira de mí hacia él—. No te veré morir como a Natascha.

Me duele el corazón por él, por todo lo que ha pasado.

Pero yo también he pasado por muchas cosas.

—Voy a hablar con mi madre antes de irme contigo —insisto.

De nuevo, su mano me aprieta el brazo y estoy segura de que está a punto de envolverme en el edredón y arrastrarme fuera de la habitación.

En lugar de eso, me suelta. —Hazlo rápido.

Se pasa una mano ensangrentada por el pelo y un reloj de oro parpadea en su muñeca. Un reloj de oro de valor incalculable, manchado de sangre. La sutileza en el simbolismo es para los putos pájaros, por lo visto.

Las pruebas han estado ahí todo el tiempo, pero yo solo veía lo que quería ver.

—¿Arsen? —dudo en la puerta. Sé la respuesta incluso antes de preguntar, pero tengo que oírselo decir—. Eres un hombre peligroso,

¿verdad?

—No para ti, *roza* —sus ojos verdes están envueltos en sombras—. Nunca para ti.

15

ARSEN

—¡Hermano! —Dominik jadea mientras contesta al teléfono—. Valentin dijo que hubo un... Dijo que Natascha…

—Está muerta —las palabras son un hecho. Una verdad objetiva. Odiaba a Natascha, pero su muerte debería despertar *algo* en mí, ¿no? Debería importarme que se haya ido. Debería interesarme—. Su cuerpo está siendo trasladado a Adamov Place mientras hablamos.

—Vale... entonces, ¿dónde demonios estás?

Miro hacia la puerta. Solo han pasado un puñado de minutos desde que Laila fue a hablar con su madre, pero me parece que han pasado horas. Quizá debería haberla arrastrado por la ventana como quería. Habría sido más rápido.

—Estoy con Laila.

—¡Jesús, Arsen, podría haberlo hecho yo! Rolan va a esperar verte en la casa. Va a esperar que estés con el cuerpo de su hija, *tu mujer*.

Me estremezco. Natascha aún daba sus últimos suspiros cuando yo estaba planeando cómo llegar hasta Laila.

—Esto es más importante.

—Hermano... —Dominik baja la voz—. Entiendo que hay que trasladar a Laila, pero primero tenemos que ocuparnos de esta mierda.

—Para eso están Gedeon y tú. Vayan a Adamov Place y espérenme allí. Estamos de camino.

—¿Estamos?

—La llevo conmigo.

El silencio está plagado de todas las cosas que Dominik no dice. Afortunadamente, se muerde la lengua. —Nos vemos en un rato.

Cuando cuelgo, Laila aparece por fin en el porche. Tiene los ojos hinchados, aunque una bufanda de punto oculta la mayor parte de su rostro.

Caminamos sin decir palabra hasta el coche. No se resiste cuando le paso el cinturón de seguridad por el vientre y se lo abrocho.

Es la primera vez que me permito mirarla de verdad. No sé si me sorprende o me complace ver que, a pesar del embarazo, tiene exactamente el mismo aspecto que recordaba. Los mismos preciosos ojos azules que esconden toques morados. Los mismos labios rosados y carnosos que ahora están curvados en un ceño.

Es como si no hubiera pasado el tiempo. Recuerdo cada detalle de ella.

Sentarse a su lado ahora es como respirar hondo tras horas bajo el agua.

Entonces, se oye un resoplido, un sollozo ahogado.

—Lai…

—¡No! —estalla, dirigiendo su atención hacia mí—. No tenías derecho a presentarte así sin avisar.

—Yo tampoco recibí un *aviso,* precisamente.

Natascha, desde luego, no lo recibió.

Su mandíbula se tensa. —Tuviste ocho meses para decirme quién eras en realidad.

—No fue relevante hasta ahora.

—En realidad, fue relevante en el momento en que me ofreciste el trabajo —sus manos se aprietan alrededor de los bordes de su asiento—. Te estoy entregando a mi hija. Merezco saber a quién se la doy.

Abro la boca para decir algo, pero no tengo nada que decir en mi defensa.

Tiene razón.

—Quería mantenerte al margen de esa parte de mi vida —admito en su lugar.

—Mi madre es una enferma de cáncer sin posibilidades de recuperación, Arsen. No se merece que la despierten en mitad de la noche para decirle que su única hija está en peligro porque decidió dar en adopción a su bebé a la gente equivocada.

Una palabra equivocada capta mi atención. —¿Adopción?

Las mejillas de Laila enrojecen. —Tenía que decirle algo. No es como si pudiera ocultar lo que me pasa cuando estoy gigantesca —se recoge el pelo detrás de las orejas. Parece plateado a la luz de la luna—. Y luego he tenido que inventarme alguna historia esta noche para explicarle lo que demonios esté pasando ahora, pero está confundida. Está asustada. Y ya está tan enferma....

—Podrás explicárselo todo mañana, cuando la mude a mi casa.

—¿Nos mudamos *a dónde*?

—Es el lugar más seguro para ti en este momento. Necesito tenerte cerca. Por la bebé.

Espero que discuta. Al principio ni siquiera le gustaba la idea de que Dominik fuera su seguridad, aunque está claro que ha cambiado de opinión al respecto. En lugar de eso, empieza a hacer peticiones. —También hay que trasladar a Evelyn.

—¿A quién?

—La enfermera de mamá. Pensaba que sabías su nombre, teniendo en cuenta que eres tú quien le paga el sueldo.

Mis manos se aprietan alrededor del volante. —¿Necesito que alguien más se mude a mi casa? ¿Algunos amigos tuyos? ¿Un par de gatos callejeros y una roca de mascota? No tenía ni idea de que dirigía un puto orfanato.

Espero que me regañe por ser cruel, despiadado y mentiroso, pero no dice ni una palabra. Cuando la miro, sus ojos están fijos en la mansión que se perfila a lo lejos.

Adamov Place se perfila a la luz de la luna. Es inquietantemente hermosa en la oscuridad, y Laila se fija en cada detalle mientras recorro el largo camino. Aguilones que se elevan en la noche, bosquecillos de árboles que salpican la propiedad como atalayas. Fuentes que chorrean agua negra. Cuando pasamos junto a los guardias de seguridad adicionales apostados a lo largo del perímetro, se protege el vientre con las manos, como si fueran a hacerle daño si yo lo ordenara.

No hablamos mientras aparco, salgo y la conduzco por los escalones de la entrada y atravieso la casa.

Nuestros pasos repiquetean contra la escalera de mármol. Laila se agarra a la barandilla y jadea cuando ya hemos subido la mitad de la escalera, pero cuando le pongo una mano en la parte baja de la espalda, se aparta de mi contacto.

Mujer testaruda.

Al final del pasillo, empujo una puerta y la hago pasar. —Tu habitación.

Me abstengo de decirle que mi habitación está situada justo al lado. También omito que hay una entrada oculta que comunica las dos habitaciones, lo que me da acceso directo a ella si alguna vez lo necesito.

Supongo que ya ha recibido suficiente información nueva por una noche.

—Si necesitas algo, llama al ama de llaves, Polina. Ella se asegurará de que tengas lo que necesites.

—¿Puede tranquilizarme? También estaría bien una promesa de que no he jodido irreversiblemente la vida de mi hija —murmura Laila—. Porque ahora mismo estoy bastante dudosa al respecto.

—Laila...

El áspero timbre de mi teléfono interrumpe lo que iba a decir. Quiero ignorarlo y quedarme aquí con ella. Quiero asegurarme de que está bien, aunque no tengo ni idea de por qué. Pero es el nombre de Rolan el que parpadea en mi pantalla de bloqueo, y no puedo eludir mis responsabilidades para siempre.

—Tengo que irme.

—¿Cadáveres que enterrar? —dice entre dientes.

La ignoro porque no está del todo equivocada. —Intenta dormir esta noche. Hablaremos por la mañana.

Estoy a medio camino de la puerta cuando la oigo jadear. Me doy la vuelta y está doblada, agarrada al brazo de una silla para no caer de rodillas.

—Laila —me precipito hacia ella, pasándole un brazo por la cintura para estrecharla contra mi cuerpo.

—No pasa nada —hace un gesto de dolor—. No es nada... Una falsa alarma. El médico dijo que podría ocurrir más cerca de la fecha prevista del parto.

—¿Estás segura?

Ella asiente, entrecerrando los ojos a pesar del dolor. —Se me pasará. Solo... necesito... respirar.

Cuento sus respiraciones a medida que se esfuerza por respirar, mientras su frente se llena de sudor. Poco a poco, me suelta el brazo.

—¿Estás bien? —pregunto cuando su respiración vuelve a la normalidad. Mi corazón se acelera.

—Te dije que lo estaría —murmura, mirándome. Ha recuperado parte de su color.

Está preciosa. De hecho, resplandeciente. Sus labios se separan y sus ojos azules se abren de par en par. Estamos mucho más cerca de lo que pensaba, pero no tengo prisa por alejarme.

De repente, se aparta de mí. —¡Ay!

—¿Te he hecho daño? —No sé cómo. Apenas la estaba tocando.

—Es... la bebé. Es una pateadora.

—¿Está pateando ahora mismo?

Laila me estudia con las pestañas bajas. Algo tácito pasa entre nosotros. Luego, lentamente, coge mi mano aún ensangrentada y la coloca contra su vientre.

Un segundo después, lo siento. Un suave empujón contra la palma de mi mano.

Mi hija.

—Por Dios. Es real —respiro.

—Ella siempre ha sido real, Arsen —Laila me dedica una sonrisa melancólica—. Solo que tú no estabas allí para verlo.

16

ARSEN

—¿Qué hace mi hija aquí? —escupe Rolan en cuanto atravieso la puerta.

El cuerpo de Natascha tiene un aspecto extraño bajo el resplandor artificial de la luz del cobertizo. Alguien ha limpiado la sangre, pero las cadenas de oro están manchadas de rojo, y nada puede ocultar el enorme agujero en la garganta que le abrió la bala.

—Esto no es apto para ella. Aquí es donde se trae a los delincuentes y a las ratas para sacudirlos antes de matarlos.

Tiene la cara hinchada y la papada caída. Pero no es la pena lo que lo tiene alterado.

Es que se despertó de un sueño profundo con la desagradable noticia de que su tarjeta para salir de la cárcel murió.

—Otets... —Feliks pone una mano tranquilizadora en el hombro de su padre. A pesar de que Natascha y él eran gemelos, siempre ha sido todo lo contrario a su hermana en cuanto a temperamento. Tranquilo y callado, contento con permanecer en la periferia. Por eso ha sido tan fácil olvidarlo—. Otets, deberíamos llevar su cuerpo a casa.

Rolan se sacude de encima a su hijo y vuelve sobre mí con un gruñido. —Es tu mujer, Arsen. Debería estar dentro de tu casa en un

lugar de honor.

Hace un buen trabajo interpretando al padre afligido, pero lo conozco demasiado bien como para creérmelo. Su dolor no es por Natascha, sino por todo lo que perderá ahora que ella ya no es la esposa de Arsen Adamov.

—Deberías haberla protegido —me acusa cuando permanezco inmóvil y en silencio ante su ira—. ¿Qué clase de hombre, qué clase de *pakhan*, no puede proteger a su propia mujer?

Antes de que pueda responder, Dominik se me adelanta. —Cuidado, viejo. Estás entrando en aguas peligrosas.

Los ojos muy abiertos de Rolan pasan de Dominik a mí. —Esto es una conspiración, ¿no? Tú planeaste esto. Siempre has querido deshacerte de ella. Esto es una estratagema para quitártela de en medio y poder follarte a la puta que has dejado embarazada.

Esta vez, me muevo antes que Dominik.

En un instante, tengo a Rolan inmovilizado contra la pared por su gordo cuello. Siento su pulso retumbar contra mi palma.

No se equivocaba sobre la finalidad de este cobertizo. Ha visto muchos interrogatorios y la insonorización es excelente.

Nadie lo oiría gritar.

Feliks da medio paso hacia delante, más por obligación que por verdadero deseo de meterse en la refriega. Tiene la sensatez de retroceder un instante cuando frunzo el ceño en su dirección.

Los ojos de Rolan se desorbitan cuando le aprieto el cuello.

—Demasiado —advierte Dominik detrás de mí.

Está hablando con Rolan, pero yo lo oigo como si me lo dijera a mí en su lugar. Sé lo que parece: estoy defendiendo el honor de mi madre de alquiler. Ya hay rumores sobre mi relación con Laila, y una mierda como esta no hará más que validarlos.

Con pesar, lo suelto antes de ahogar la vida de sus pulmones. Se desploma contra la pared, jadeante.

—Estás conmocionado por la muerte de Natascha, Rolan, así que no te recriminaré por este arrebato —me trago la rabia que aún se arremolina bajo la superficie—. Pero créeme cuando te digo que me tomo muy en serio mis obligaciones como *pakhan*. Ella estaba bajo mi protección, y los hombres responsables de la muerte de Natascha tendrán que rendir cuentas.

Rolan se masajea la garganta y lanza una mirada sucia a Dominik antes de mirarme a mí. —Si la estabas protegiendo, ¿cómo se escaparon los bastardos que hicieron esto?

—Si te hubieras molestado en detenerte lo suficiente para hacer las preguntas importantes en lugar de lanzar acusaciones, podría haberte dicho que uno de los tiradores está sentado a unos metros, en una de mis celdas.

Rolan y Feliks se ponen rígidos como perros al olfatear. —¿Uno de ellos está aquí?

Sin pronunciar palabra, hago un gesto a Dom para que saque al hombre.

En cuestión de segundos, un hombre enjuto con una barba fibrosa y sanguinolenta se arrodilla ante nosotros. Dominik lo sujeta por el cuello.

Rolan escupe a los pies del hombre. —¿Por qué mi hija?

—Tenemos razones para creer que este *mudak* trabaja para Alessandro Calcagno —le informo.

El hombre ni siquiera mira a Rolan. Me mira con los ojos entrecerrados mientras nos vomita un chorro de italiano. No necesito hablar el idioma para saber que no está precisamente cantando nuestras alabanzas.

Rolan golpea por la espalda al bastardo. El crujido de carne contra carne resuena en el aire sofocado del cobertizo. —Escoria italiana. Habla en inglés para que podamos entender lo que tienes que decir.

—¡*Coglione*!

Eso se traduce fácilmente. Rolan saca su pistola y la aprieta contra la frente del hombre. —Vuelve a decirme eso y te volaré los putos sesos.

—¡Otets…!

Rolan se da la vuelta, apuntando con el arma a su propio hijo. —Tu hermana yace muerta ante ti y tú te quedas ahí parado. ¿Qué clase de hombre eres? Un puto inútil.

—Rolan —apenas alzo la voz y, sin embargo, resuena como no lo hace la voz de Rolan, ni siquiera cuando grita—. Guarda el arma antes de que te hagas daño.

—¡Quiero respuestas! —protesta.

—Mis hombres pasaron horas interrogándolo. No se quebrará.

—Entonces, ¿por qué sigue vivo?

—Pensé que debías tener el honor de matarlo.

Rolan no duda. Da media vuelta y aprieta el gatillo antes de que el italiano pueda siquiera inmutarse.

El cuerpo del hombre apenas ha tocado el suelo cuando Rolan ha vuelto a arremeter contra mí. —Hará falta algo más que matar a un sicario de poca monta para apaciguarme.

—Esto es solo el principio —le prometo—. Los italianos pagarán por este ataque.

Rolan me fulmina con la mirada. Tiene ante sí dos opciones. Observo cómo la rabia tuerce su rostro... y toma la equivocada.

—¿Por qué debería confiar en ti? Nunca quisiste casarte con Natascha —gruñe—. ¿Por qué iba a importarte vengar a una mujer a la que odiabas?

Detrás de él, Feliks cierra los ojos. Sabe lo que se le viene encima, aunque su padre esté demasiado borracho de venganza para darse cuenta.

—Tu hija era una pesadilla a la que no deseaba someterme. Pero acepté porque los beneficios de una alianza contigo superaban los inconvenientes de un matrimonio con ella —explico con frialdad—. Pero, a pesar de ello, Natascha era mi esposa, y solo por esa razón fue atacada. Un ataque contra ella es un ataque contra mí, y no lo toleraré. Siempre protegeré a las personas que me son leales.

Es un código por el que elegí vivir y morir durante mis cinco años en prisión. Desde el momento en que puse un pie allí, fui un objetivo. Los hombres pensaron que se harían un nombre reduciéndome.

Pocos llegaron lejos.

Pero, por muy estrechos que fueran los muros que construí a mi alrededor, una tormenta que azote el tiempo suficiente encontrará la forma de atravesarlos.

Me estaba duchando cuando vinieron a por mí. Desnudo, solo, indefenso. Tenía la soga alrededor del cuello y el cuchillo en la yugular antes de que pudiera girarme para ver quién lo empuñaba. Habría muerto sobre aquel linóleo mugriento de no haber sido por un desconocido que decidió ayudarme.

Si no hubiera intervenido Jasper.

—¿Por qué lo has hecho? —tosí después, con los cuerpos esparcidos por el suelo a nuestro alrededor, la sangre escurriéndose por los desagües, espumosa de jabón.

Jasper escupió en dirección a los cuerpos. —Cuatro contra uno no está bien. Lo único que demostraron es que son demasiado débiles

para luchar contra ti como hombres. Vinieron como perros. Así que los masacramos como a perros.

Esperaba que intentara alguna movida ahora que estábamos solos, ahora que estaba débil y estaba en deuda con él. La navaja que arrebató a mis posibles asesinos aún estaba a su alcance. Habría sido fácil.

En cambio, Jasper me tendió una mano. —Tranquilo. Prefiero tenerte como aliado, hermano.

En el presente, Rolan traga saliva. Parpadeo para alejar los recuerdos de la prisión y me centro en él. —Soy un hombre de palabra, Rolan Kiselev. Si permaneces leal a mí, yo permaneceré leal a ti. Por mi honor.

Su pecho se agita, pero da un paso atrás con cautela. —Entonces, me iré.

—Haré que trasladen el cuerpo de Natascha a tu casa. No pienso negarme a la petición de una madre en duelo de recuperar el cuerpo de su hija.

Rolan frunce el ceño, pero Feliks habla antes de que lo haga su padre. —Te lo agradecemos, Arsen. Mi madre te lo agradecerá.

En cuanto la puerta se cierra tras ellos dos, Dominik se vuelve hacia mí. —Tenemos que vigilarlo ahora.

—Siempre hemos tenido que vigilarlo.

—Sí, y eso era cuando tenía fichas en el juego. La alianza se mantiene, pero ha perdido su pieza de trueque ahora que Natascha está muerta. Sabes tan bien como Rolan que si se convierte en más problema de lo que vale, cosa que el viejo bastardo definitivamente hará, encontrarás un nuevo socio en un instante.

—O una nueva esposa —Gedeon entra en la habitación, apoyándose en la puerta. Suspira ante el italiano muerto que se está enfriando

en el centro de la habitación—. Siempre hay otro desastre que limpiar.

—Arsen tiene un heredero. No necesita una esposa —Dom se vuelve hacia mí—. ¿Cierto?

Les doy la espalda a los dos, pensamientos intangibles recorren mi cabeza. La muerte de Natascha cambia las cosas. Se han despojado de los grilletes que antes me ataban.

Ahora me toca *a mí* decidir qué ocurre a continuación.

LAILA

Me despierto cuando vibra mi teléfono.

En realidad, es imposible despertarse cuando nunca te has dormido, así que es más exacto decir que el teléfono está interrumpiendo mi ocupado pasatiempo de mirar al techo sin comprender cómo demonios he llegado hasta aquí.

Embarazada.

De la bebé de un criminal.

La *heredera* de un criminal, si Arsen se sale con la suya. Lo cual, si la historia sirve de indicio, probablemente hará. La prueba está ante mis ojos: Estoy en su casa, a kilómetros de mi madre, con Dios sabe cuánta gente malvada detrás de mí, y dolorida porque no se me ocurrió coger la almohada de embarazo antes de que me sacara de mi casa.

Arsen Adamov siempre se sale con la suya.

Me doy vuelta con un gemido y cojo el móvil. Cuando veo el nombre de Dominik, siento la tentación de tirarlo por la ventana. Pero, por muy mentiroso que sea, es lo más parecido que tengo a un amigo ahora mismo, así que atiendo.

—Si llamas para disculparte, llegas ocho meses tarde.

—Buenos días a ti también —suspira Dom—. Arsen me advirtió que estarías de mal humor.

Se me pone la piel de gallina con solo la mención de su nombre. Dominik ha evitado decirlo los últimos ocho meses. Simplemente me molesta.

Supongo que no tiene sentido evitar a ese elefante ahora que estoy en casa de Arsen.

La verdadera ironía es que pasé ocho meses esperando verlo, y ahora, estoy totalmente aterrorizada de que vuelva a irrumpir por mi puerta.

—¿Te avisó de que iba a secuestrarme anoche de mi cama? Porque no me avisaste. Tampoco mencionaste que el *padre de mi bebé es una mente criminal*.

—Se me habrá olvidado —tararea, sin una pizca de molestia—. Pero te llamo para avisarte que voy a buscar a tu madre y a su enfermera.

Me debato entre hacer que Dominik se explique y el pánico que me sube por el pecho ahora que realmente voy a vivir con Arsen. Va a traer aquí a mi madre y a Evelyn, y vamos a vivir aquí hasta que...

Hasta no sé cuándo.

—¿Cuál es su plan, Dom? ¿Por qué hace esto?

Hay un momento de vacilación, y sé inmediatamente dónde está la lealtad de Dominik. No sé por qué me sorprende. Dom siempre ha sido sincero sobre lo que siente por Arsen: confía en él. Implícitamente.

¿Yo? Algo menos que eso.

—No voy a interponerme entre ustedes.

—Claro que no —resoplo—. Eso sería imposible, ya que estás tan metido en el culo de Arsen que probablemente ni siquiera puedas

ver la luz del día.

Se ríe. —Encantadora como siempre, princesa Laila. Cada día me recuerdas lo que Arsen debió de ver en ti.

Sé lo que Arsen vio en mí: Vio a una mujer tan desesperada como para vender su vientre. Y, basándose en nada más que en el hecho de que ni siquiera me molesté en pedir sus antecedentes antes de que me inclinara sobre su escritorio, me leyó como a un libro.

—Al menos dime qué piensa hacer con mi madre.

—Cuando la llevemos a la casa, le pondremos un sombrero gracioso, le colgaremos cascabeles de los pies y la convertiremos en nuestra bufona personal de la corte.

—¡Dom!

—Bueno —se ríe—, ¿qué clase de pregunta es esa? Arsen la trae a casa porque tú quieres tenerla cerca. La trae porque está enferma y quiere que esté cómoda.

Sé que a caballo regalado no hay que mirarle el diente, pero quiero destrozar las mandíbulas de este caballo y hacerle una inspección dental completa.

—Pero ¿por qué? —presiono—. ¿Porque murió su mujer? Eso no tiene nada que ver conmigo. Puedes vigilarnos a mamá y a mí en casa. No tenemos por qué mudarnos aquí.

—Es demasiado tarde para eso. Cuanto más cerca estés de Arsen, más segura estarás. Ahora —dice, cambiando claramente de tema—, te llamaba para darte la oportunidad de avisar a tu madre y a Evelyn que estoy en camino. Así que, cuanto más tiempo pases pinchándome en busca de respuestas que no vas a obtener, menos tiempo tendrás para explicarles que un hombre muy guapo está a punto de derribar su puerta y cargarlas en una furgoneta sin matrícula.

La conversación que mantuvimos anoche mamá y yo fue bastante mal. Estaba aturdida por los medicamentos para dormir y apenas podía concentrarse en mí. No ha dejado de llamarme en toda la mañana, lo que significa que probablemente pensó que había alucinado todo.

—De acuerdo. Pero esto no ha terminado.

—Contigo, nunca termina.

—¡Y coge mi almohada de embarazo! —ordeno—. Y mi abrigo amarillo. Y también mi esterilla de yoga.

Se ríe. —Como he dicho... nunca termina.

Dom cuelga y ni siquiera tengo unos minutos para ordenar mis pensamientos antes de llamar a mi madre. Puede que se estuviera riendo, pero sé que no bromeaba: si no lo hago rápido, echará abajo la puerta principal y la meterá en la parte trasera de la furgoneta, quiera ella ir o no.

El teléfono suena y suena, y me preocupa que Dom me haya ganado y ya esté allí. Pero por fin contesta mamá. —¿Laila, cariño? ¿Por qué llamas? —la confusión en su voz me hace saber que aún cree que estoy en la habitación de al lado.

—Vale —suspiro—. Esto va a parecer una locura, pero déjame terminar y luego...

—¿Qué está pasando?

Suspiro. —No estoy en casa. Estoy en casa de Arsen Adamov. Él es el...

—¿El padre adoptivo? —suelta—. ¿Por qué estás ahí? ¿Cuándo te fuiste? Anoche estabas aquí.

Nunca le habría dicho el nombre de Arsen si hubiera sabido que era un criminal. Gracias a Dios, mi madre es analfabeta tecnológica y

sigue pensando que Google es una palabra bonita que dicen los bebés.

Por otra parte, si lo hubiera buscado, quizá habríamos averiguado con quién estaba asociado con tiempo suficiente para huir y salvar a mi bebé.

Cierro los ojos y me concentro en el aquí y el ahora. Puedo dejar los *y si* para las muchas, muchas horas que probablemente pasaré sola en esta habitación, contemplando mi futuro.

—Es una historia muy larga, y te la explicaré cuando llegues, pero...

—¿Llegue a dónde?

—Mamá, lo siento mucho, pero no hay tiempo para preguntas.

¿Es así como se sintió Arsen al intentar sacarme de mi habitación anoche? Odio empatizar con él en absoluto.

—La casa nueva está... llena de... moho —suelto de repente—. Moho negro. Toneladas. Una cosa realmente asquerosa. Y Arsen está preocupado por la salud de la bebé, así que me va a trasladar aquí. También ha ofrecido que Evelyn y tú se muden aquí. Mientras la casa está... en mantenimiento.

Jadea. —¿Dónde está el moho? ¿Quién hizo las pruebas?

—No hay tiempo para preguntas, ¿recuerdas? Alguien está en camino para recogerlas a ti y a Evelyn ahora mismo. Se llama Dominik.

La oigo vagamente a ella y a Evelyn hablando de fondo antes de que su voz vuelva a entrar por la línea. —¿Es ese el hombre guapo que está en la entrada?

Reprimo un gemido. Dominik saldría volando con lo hinchado de su ego si pudiera oír eso.

—Así es —le digo—. Puedes confiar en él, y hablaremos más cuando llegues, ¿vale?

Hace un par de años, mamá habría atrincherado la puerta principal contra Dominik y exigido respuestas. No me habría dejado colgar el teléfono sin una explicación completa y varias correcciones propias a la disposición de la vivienda. Sospecho que un jacuzzi habría sido una de sus prioridades.

En este momento, no tiene energía.

En cierto modo, estoy agradecida por ello. Facilita las cosas.

En otros aspectos, me rompe el corazón.

—Está bien —cede, capto el cansancio en su voz—. Hasta pronto, Laila.

En cuanto cuelgo el teléfono, el dolor me sube como un cohete por la pierna. No suelo estar tanto tiempo en la cama, y a mi cadera no le gusta nada.

Con cuidado, masajeo la articulación enfadada hasta que se apacigua y puedo ponerme en pie. Entonces, entro en el cuarto de baño, que, horrorizada, veo inmaculado y precioso. Casi lloro cuando descubro el teclado empotrado en la ducha que cambia la posición de la ducha de lluvia a chorro, masajeando nudos en el cuello y los hombros que ni siquiera sabía que tenía.

Una vez duchada y vestida, con uno de los tres cambios de ropa que Arsen me permitió anoche, me siento preparada para explorar más allá de mi habitación.

La casa es enorme: techos abovedados, pasillos anchos, puertas dobles que dan a todas las habitaciones. Y, sin embargo, es acogedora. Maderas cálidas, tejidos exuberantes. Parece un castillo de cuento... si los cuentos tuvieran que ver con redes de crimen organizado y procesos de entrevistas de trabajo poco convencionales.

Llego hasta el final de la escalera antes de oír pasos procedentes de la dirección opuesta.

Una mujer alta sale por una puerta arqueada. Lleva gafas redondas y el pelo blanco como la nieve recogido en un severo nudo en la base de la cabeza. Tengo miedo de que me golpee en los nudillos con una regla y me envíe a mi habitación a rezar el rosario como castigo por vagabundear.

Entonces, sonríe y se transforma. —Tú debes ser la señorita Laila.

—¿Polina? —Me arriesgo a adivinar.

—¡Mi reputación me precede! Igual que la tuya —sonríe a mi barriga —. Va a ser maravilloso tener una bebé en casa. ¿Me permites?

Alarga la mano hacia mi vientre, y estoy demasiado sorprendida para pensar siquiera en rechazarla.

En cuanto su mano roza mi vientre, se sobresalta. —¡Vaya! Me está saludando —Polina se inclina, dirigiéndose ahora a mi vientre—. Hola a ti también, princesita.

—¿Sabes que voy a tener una niña?

—Pues claro —dice Polina, aparece una pequeña arruga entre sus cejas—. Arsen me lo dijo en cuanto se enteró. Estaba muy emocionado.

Hago lo posible por no reírme en su cara. —¿Arsen? ¿Arsen Adamov? Estamos hablando del mismo hombre, ¿no?

—Lo admito, no es el hombre más fácil de leer, pero lo conozco desde que llevaba pañales. Me he aprendido todas sus mañas.

Polina parece muy simpática. ¿Sabe ella que es un criminal?

Me hace un gesto para que la siga por el pasillo. —Su madre, que en paz descanse, me contrató y diseñó esta casa. Esta casa y Arsen fueron sus singulares pasiones en la vida.

—¿Supongo que ha fallecido?

—Cuando Arsen solo tenía trece años —Polina se lleva una mano al pecho, como si pensar en ello aún le rompiera el corazón—. Cáncer. Algo horrible. Arsen era muy unido a ella.

La piel de gallina recorre mis brazos.

Arsen perdió a su madre de cáncer y no me lo mencionó.

Tampoco es que se molestara en mencionar nada más, pero esta me parece una omisión bastante flagrante. Sé que para él solo soy un vientre, pero puede entender por lo que estoy pasando mejor que casi nadie, y decidió que no merecía la pena mencionarlo.

O no le interesaba relacionarse conmigo. Eso es quizás lo más probable.

Polina me guía por la casa, hablándome de las ampliaciones y renovaciones a lo largo de los años: una cancha de baloncesto cuando Arsen tenía diez años, un solárium en la parte de atrás cuando su madre estaba más enferma. Luego, me obliga a sentarme en un taburete junto a la isla de la cocina y me llena el plato de huevos, fruta y tostadas.

—Mantendré todo esto caliente para cuando lleguen tu madre y su enfermera —me dice Polina—. Egoístamente, estoy encantada de tener cerca un par de ancianas más con las que hablar. Arsen trabaja mucho, y Natascha no era buena compañía ni siquiera cuando se pasaba por casa.

—¿Natascha es, era, la mujer de Arsen?

—Desgraciadamente —se estremece—. No debería hablar mal de los muertos, pero nunca me gustó esa mujer. Sé que todo era por negocios, pero seguía sin entender por qué Arsen estaba con ella. Pero ¿tú? Eso tiene mucho sentido —sus ojos brillan al mirarme—. Arsen me habló de ti, pero no mencionó la belleza que eres.

Me atraganto con el té: hace ocho meses que no tomo café y aún no me he acostumbrado a este asqueroso sustituto aguado. —Arsen y

yo no estamos juntos. Es que... Bueno, es complicado.

Me hace un gesto de desdén. —Lo sé todo sobre su acuerdo, Laila. No tienes que ocultarme nada.

Hago un doble gesto de confusión. Sabe lo de nuestro trato, ¿pero sigue mirándome como si ya llevara vestido y velo?

Una de nosotras está confundida, y no creo que sea yo.

—Hablando de secretos —digo, cambiando de tema—, mi madre no lo sabe todo sobre mi acuerdo con Arsen. Cree que Arsen va a ser el padre adoptivo de mi bebé. No sabe que es el padre biológico.

Polina frunce el ceño. —¿Cuándo piensas decirle la verdad?

—Nunca, si puedo evitarlo —la culpa se me retuerce en el estómago y unas lágrimas calientes me escuecen en las comisuras de los ojos —. No quiero decirle que voy a vender a mi hija.

Polina lo entiende de inmediato. Me agarra la mano. —Eso no es lo que estás haciendo, Laila.

—Es exactamente lo que estoy haciendo —digo—. Sabía lo que hacía cuando firmé ese contrato, pero mi madre necesita el dinero. Quiero que esté cómoda, y no quiero que sepa lo que tuve que hacer para conseguirlo.

Polina me palmea el hombro. —Eres una hija maravillosa, Laila.

—Solo que no soy una buena madre —murmuro.

LAILA

Cuando Polina me dijo que me sintiera como en casa, no estoy segura de que se refiriera a esto.

Pero ¿qué sentido tiene estar al borde del secuestro y obligada a vivir en casa de Arsen Adamov si no puedo husmear un poco? Merezco hurgar en algunos de los esqueletos de su armario. O, bueno, quizá no "merecer", sino más bien...

Mira, solo voy a hacerlo. Eso es todo.

Sin embargo, ahora que estoy aquí, mirando el armario cerrado que tengo delante, estoy un poco menos entusiasmada con esa decisión. No sé hasta qué punto me siento cómoda con la idea de que haya sangre, vísceras reales y los huesos de sus enemigos escondidos para que nadie los encuentre. Si quedo traumatizada al descubrir esqueletos reales y literales, solo podré culparme a mí misma.

Hasta ahora, sin embargo, la mayor parte del despacho de Arsen ha sido sorprendentemente inocua. Libros encuadernados en cuero, un globo terráqueo cosido a mano del Viejo Mundo, un carrito de bar cargado con una vasta colección de botellas de whisky... por si quedaba alguna duda sobre en qué espacio estoy exactamente.

—Si no quisiera gente en su despacho, lo mantendría cerrado —murmuro, acercándome al armario.

Mis dedos rodean el pomo... justo cuando zumba mi teléfono.

Salto hacia atrás como si los esqueletos de dentro vinieran a por mí y cojo mi teléfono. En cuanto lo hago, pienso que el ejército de huesos podría haber sido la opción más segura.

PADRE NEGLIGENTE: hola hija cómo te va. no me has devuelto las llamadas.

Nunca le he devuelto las llamadas, pero es la primera vez que le importa.

Me tiemblan los dedos de ganas de decirle exactamente dónde puede meterse su falsa preocupación por mí, pero me controlo. Por el bien de mi madre, al menos.

Me manda algún mensaje más mientras yo sopeso con cuál de las educadas iteraciones de "vete a la mierda para siempre, por favor" quedarme.

PADRE NEGLIGENTE: estaba en el vecinDAri0 y pensé en pasar a ver como estaba Marie, pero no parecía haber nadie.

PADRE NEGLIGENTE: quiero verla. a ti también. Solo avíSame una hora. Llevaré esos bollos de crema que tanto te gustan.

Suspiro. Leer los mensajes pidgin de papá, tipo *recién descubrí cómo enviar mensajes, pero no sé nada de mayúsculas o gramática*, me da un dolor de cabeza sin remedio cada vez. Y, más allá de eso, solo Charles Barnes pensaría que hacer las paces es tan sencillo como presentarse con bollos de crema.

Cualquier día es bueno para que nos estafen por unos dulces.

Entonces, me dan un empujoncito en las costillas. Me llevo una mano al estómago y suspiro un poco más, como si no hubiera hecho suficiente últimamente.

La diferencia entre papá y yo, incluso ahora, es asombrosa. Aún no he conocido a esta niña y ya quiero cuidar de ella. Quiero lo mejor para ella.

¿Hubo algún momento en que mi padre sintiera eso por mí?

Por primera vez, me permito considerar que mamá tenía razón. Quizá solo quiere un cierre. Enmendarse.

Mi teléfono vuelve a zumbar.

PADRE NEGLIGENTE: no te pongas dificil Laila. se que tu madre kiere verme. se adult4.

PADRE NEGLIGENTE: No me voy a ninguna part3.

Pensándolo bien, quizá sea realmente un vago bueno para nada, cuyo talento consiste en manipular y luego decepcionar a todas las personas que conoce.

No voy a ninguna parte. ¿Es una amenaza? Lo parece. Me imagino que deja los signos de puntuación para cuando quiera hacerse el duro.

Me meto el teléfono en el bolsillo e intento concentrarme en la tarea que tengo entre manos: invadir la intimidad de Arsen.

Una parte de mí espera que el armario esté cerrado, pero se abre enseguida. En lugar de huesos polvorientos y partes del cuerpo cortadas cayendo, me encuentro con una avalancha de...

¿Aseos?

No hay otra palabra para describirlo. Encuentro al menos veinte bolsas de plástico, cada una pulcramente llena de cepillos de dientes, pasta dentífrica, maquinillas de afeitar, desodorante, crema de afeitar. La parte trasera del armario está empapelada con pilas de papel higiénico que se tambalean, y una papelera rebosante de champús y acondicionadores en miniatura, como si Arsen hubiera estado asaltando los baños de los hoteles.

—Así que es un acumulador —murmuro—. Tenía que tener un defecto en alguna parte.

Porque ser el violento jefe de una organización criminal no es suficiente defecto.

Cojo una de las bolsas y examino su contenido. Arsen vive en una mansión con un ama de llaves y devotos compinches como Dominik rondando por ahí, a los que nada les gustaría más que hacer una carrera a medianoche a la farmacia para comprarle gel de baño perfumado con lavanda. ¿Para qué iba a necesitar algo así?

Suenan voces en el pasillo y me asusto. El paquete se me resbala de la mano y me aplasta el dedo gordo del pie. *¿Con qué ha llenado estas botellas, con acero líquido?* Siseo de dolor, pero vuelvo a meterlo todo rápidamente en el armario para asegurarme de no dejar rastro.

Entonces, salgo corriendo al pasillo con toda la inocencia con que una persona puede salir corriendo y cierro la puerta del despacho tras de mí. Solo entonces reconozco quién está hablando.

—¡Mamá! —doy la vuelta a la esquina del vestíbulo y me encuentro a Evelyn empujando la silla de ruedas de mi madre y a Dom dando tumbos detrás de ellas como una mula de carga.

Le hago un gesto a mamá para que se quede en la silla, pero ella se empeña en levantarse y me rodea con un brazo. —Hola, cariño. Dominik y Polina nos estaban enseñando la casa. ¿No es increíble?

—Asombrosa —resueno, fingiendo entusiasmo—. Sí. Prácticamente el paraíso.

—El Sr. Adamov quiere que todos estén cómodos. Esta es su casa todo el tiempo que quieran —Dominik me lanza un guiño.

Todo el tiempo que él quiera, es más bien.

—Es muy generoso por su parte. Pero... —Mamá frunce el ceño—. No vi ningún signo de moho en nuestra casa. Evelyn y yo miramos

por todas partes. ¿A quién encargó el Sr. Adamov que hiciera las pruebas?

Dominik abre mucho los ojos y me mira en busca de ayuda. Me trago una sonrisa. Le he mentido a mi madre más que suficiente en los últimos ocho meses. Ahora le toca a él.

—Buena pregunta. ¿*Quién* hizo las pruebas, Dominik?

—El moho es un... un síntoma —tantea—. Es un síntoma de un problema mayor. Que es... los cimientos. Están agrietados.

Mamá frunce las cejas. Debe pensar que estamos todos chiflados para creernos eso.

Dominik continúa. —Así que, sí. Tenemos que afianzar los cimientos y rellenar las grietas. Luego secar la casa. Y también, probablemente... fumigar. Es complicado, es lo que intento decir, pero ten por seguro que tenemos a nuestros mejores hombres trabajando en ello. Mientras tanto, Arsen quiere que estén seguras y cómodas aquí. Quiere lo mejor para la bebé. Ahora mismo, eso significa tenerlas fuera de esa casa.

Al parecer, esas son las palabras mágicas. De repente, mi madre se relaja. Me sonríe con firmeza. —Por supuesto. Tenemos que hacer lo mejor para la bebé.

Debería estar agradecida de que no esté haciendo más preguntas y agujereando esta endeble mentira, pero solo es porque Dominik encontró la solución mágica. Mi madre hará lo que sea para proteger a la bebé que vendo.

Es más de lo que puedo decir de mí misma.

—¿Pero estás seguro de que no somos molestia? —Mamá mira más allá de Dominik, entrecerrando los ojos para ver más de la casa—. ¿Qué piensa la Sra. Adamov de todo esto?

Escaneo las posibles mentiras a gran velocidad.

La Sra. Adamov está fuera del país por negocios.

La Sra. Adamov vive en el extranjero y el Sr. Adamov se reunirá con ella allí cuando nazca el bebé.

La Sra. Adamov es nocturna; en realidad, es un vampiro. Solo sale a vagar por los pasillos cuando todos los demás duermen. Y se alimenta de la sangre de los niños huérfanos. En realidad, esa es la razón por la que adoptan: hay que asegurar la cadena alimentaria.

—La Sra. Adamov ha fallecido recientemente —responde Dominik antes de que yo pueda hacerlo. Luego, como una ocurrencia tardía, añade—: Tristemente.

Mamá y Evelyn giran hacia mí, con dos miradas de horror en sus rostros. —Laila, ¿sabías algo de esto?

¿Sabía yo que Dominik era tan tonto como para soltar bombas como esta durante la maldita visita introductoria a la casa?

No, claro que no.

—Yo... erm... acabo de enterarme. Anoche —*cuando todo lo demás falla, di la verdad*.

Mamá sigue entrecerrando los ojos como si pudiera ver a través de mí, mientras Evelyn lleva la mano al bíceps de Dominik. —Por favor, acepta nuestro más sentido pésame.

Dominik le hace una media reverencia formal. —Transmitiré el mensaje al señor Adamov.

Mamá sigue concentrada en mí, rastreando cada parpadeo de emoción en mi rostro, cuando Polina entra en la habitación con exquisita sincronización como el ángel de la guarda que es.

—Señoras, permítanme que las acompañe a sus habitaciones.

Mamá y Evelyn están tan asombradas por la aparición de más personal doméstico que siguen a Polina sin dudarlo.

En el momento en que desaparecen al doblar la esquina, me vuelvo contra Dominik. —¡¿Qué demonios?!

Se encoge de hombros. —Tenían que enterarse en algún momento.

—Ese punto no tenía por qué ser ahora. Acaban de entrar literalmente por la puerta.

No me sostiene la mirada. De repente, las juntas de las baldosas a nuestros pies son mucho más interesantes. —Sí, bueno... Siendo las circunstancias lo que son, lo mejor es arrancarse la venda, ¿sabes?

—No, no lo sé.

A decir verdad, no sé nada. Qué hacer o cómo hacerlo o dónde se supone que debo almacenar este montón creciente de pensamientos y emociones sin procesar sobre toda la locura que llueve sobre mí sin cesar. No tengo ni idea de cómo manejar el asesinato de la mujer del padre de mi hija el día antes de que mi madre y yo nos mudemos a su casa. Nadie vivo sabe cómo manejar eso. Excepto quizá Arsen.

—¿Dónde está? —pregunto.

Dominik sabe de quién hablo. —Planeando el funeral. Por eso estoy aquí. Quería que tu madre recibiera una cálida bienvenida.

Pongo los ojos en blanco ante la frase, obviamente ensayada. —No seas ridículo. No le importa conocer a mi madre. Deja de intentar que parezca que yo le importo un bledo.

—Laila, sí que le importas. Claro que le importas —Dom parece ofendido en nombre de su jefe, pero yo no me creo esa sarta de sandeces.

Puedes engañarme una vez y será por mi culpa.

Pero ¿engañarme docenas y docenas de veces, repetidamente, durante ocho meses seguidos? Pues...

—Quiero hablar con él, Dom. ¿Dónde está?

—Ahora mismo no está.

—¡Dominik! —grito. Se estremece, pero se mantiene firme—. Mi madre va a tener más preguntas y tengo que pensar qué decir. ¿Le diremos que Natascha fue asesinada? ¿Está implicada la policía?

—¿Por qué demonios iba a intervenir la policía?

Habla como un verdadero criminal.

—Por el amor de Dios, Dom… la mujer de Arsen fue asesinada. La policía tiene que intervenir.

—Esto es asunto Bratva, Laila. Nos ocupamos de las cosas en casa.

—Excepto que Arsen no está "en casa". Está ocupado haciendo peligrosas y crípticas estupideces mafiosas. Y yo estoy varada aquí, embarazada de ocho meses de su hija, intentando guardar sus secretos, que, por cierto, se están acumulando —masajeo el dolor de cabeza que se me está formando en las sienes—. Nunca debí aceptar nada de esto.

—Ya ha pasado el momento de cambiar de opinión, Laila —su voz es suave pero firme—. Mintió, sí, pero intentaba protegerte.

—¿Hablas siempre por él? —frunzo el ceño—. ¿O se presenta alguna vez para hablar por sí mismo?

—No. Solo estamos nosotros dos —Gedeon entra en la habitación y adopta una postura al lado de Dom—. Dominik habla por Arsen la mitad del tiempo, y yo me encargo del otro cincuenta por ciento.

Entrecerrando los ojos, me quedo entre los dos secuaces de Arsen. —Eso no va a funcionar conmigo. Nada de esto lo hará. Ve a decirle a tu jefe que puede que sea un hombre peligroso y que ustedes, payasos, pueden corretear en su nombre como gallinas con la cabeza cortada, pero que yo no le tengo miedo. Dile que no puede evitarme para siempre. *Hablaré* con él. O si no...

¿O si no qué? No tengo ni idea.

Pero suena muy bien.

Pero antes de que Dominik pueda reírse de mí o cualquiera de ellos pueda agarrarme por los brazos y arrojarme a cualquier calabozo que Arsen tenga sin duda escondido bajo su mansión, salgo furiosa de la habitación.

Apenas he recorrido la mitad del pasillo cuando oigo sus voces en voz baja detrás de mí.

—Esto va a ser un desastre —suspira Dominik.

—No podemos hacer nada —responde Gedeon—. Está decidido.

Sí, pienso con tristeza. Eso es lo que me preocupa.



—*Roza*...

No puedo estar soñando. Acabo de encontrar una postura cómoda y apenas he empezado a quedarme dormida. Lo que parece haber sido la señal para que esa voz profunda y sensual empezara a murmurarme al oído...

Abrazo la almohada con más fuerza, rezando como una loca para que Arsen piense que estoy durmiendo y se vaya.

Hoy quería hablar con él.

Ahora solo puedo pensar en él metiéndose en la cama a mi lado, acurrucando su fuerte y cálido cuerpo a mi alrededor mejor de lo que podría hacerlo cualquier almohada de embarazo. Lo que significa que necesito que se vaya. Ahora mismo. Antes de que mi cuerpo hormonado cometa el error crucial de dejar que Arsen se acerque demasiado.

—Despierta, *roza*. Te necesitan abajo.

Aprieto los ojos con más fuerza. *Vete. Vete. Ve...*

—¡Eh! —me quejo, abriendo los ojos mientras me arrancan el edredón y con él la almohada que tengo bajo la cabeza.

Arsen está de pie junto a mi cama, con la manta en el puño, y sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo.

Con las mejillas encendidas, intento subirme las sábanas para ocultar que llevo una camiseta blanca ondulada y un pantalón de chándal, ropa que estoy segura que pertenece a Arsen.

El fisgoneo de ayer por la tarde me llevó a otra habitación y a otro armario lleno hasta los topes de ropa pulcramente doblada y sin estrenar. Pantalones de chándal, sudaderas, camisetas y calcetines. Es como si hubiera encontrado una prenda que le gustaba y hubiera comprado suficiente para toda la vida. Ni siquiera puedo culparlo: estos chándales son suaves como la mantequilla. Por eso no pude resistirme a coger un conjunto para mí.

—¿Tienes algún extraño fetiche por despertar a las mujeres en mitad de la noche o algo así?

No esboza ninguna sonrisa. —Vístete.

—Te preguntaría por qué —refunfuño, rodando hasta el borde de la cama y levantándome de un salto—, pero estoy teniendo un *déjà vu*, lo que significa que probablemente te comportarás como siempre y no responderás a ninguna de mis preguntas.

Se vuelve hacia la puerta, pero al hacerlo vislumbro su rostro. Está demacrado y pálido. Parece que no ha dormido en años. —Te lo explicaré cuando estés vestida y abajo.

—¡Una explicación! ¡Hurra! —exclamo sarcásticamente—. Lo único que me costará es una buena noche de sueño. ¿De verdad que esto no puede esperar hasta mañana?

Me ignora y señala una bolsa de ropa que cuelga del respaldo de una silla. —Te he traído algo para que te pongas. Si quieres.

Con esa afirmación tan vaga, desaparece.

Frunzo el ceño, me acerco a la silla y abro la funda. —Pero ¿qué...?

Estoy mirando un vestido blanco. Un vestido blanco *precioso*. La parte superior es de encaje y la falda de tul en capas. La cintura de corte imperio es lo bastante alta para que quepa mi barriguita.

Me planteo ponérmelo, aunque solo sea porque un vestido tan bonito merece ser llevado, pero eso sería seguirle el juego. Y ya no saltaré solo porque él me lo diga.

Me cepillo los dientes y me peino, pero luego bajo las escaleras en chándal con el ceño fruncido.

Solo para encontrarme frente a tres hombres, ninguno de los cuales es Arsen.

Dominik y Gedeon están a un lado, negándose a mirarme. No conozco al tercer hombre, pero es bastante fácil deducir la esencia general.

A mamá y a mí nunca nos gustó mucho la religión, pero eso no significa que no reconozca a un cura cuando lo veo.

—¿Qué está pasando?

Dominik me echa una ojeada y me repasa. —¿Eso es lo que llevas puesto?

—Estaba durmiendo hace cinco minutos —quizá por eso he tardado hasta este momento en darme cuenta de que todos llevan trajes a juego—. ¿Qué está pasando?

Dominik palidece. —¿Aún no te lo ha dicho?

—¿Decirme qué?

Cuando nadie responde, el sacerdote me dedica una sonrisa de disculpa. —Soy el padre Orlov, querida. Estoy aquí para... —su mirada pasa de mí.

Antes de que Arsen diga una palabra, sé que ya está en la habitación. Lo siento como un rayo eléctrico que me recorre la columna vertebral.

Su mano me aprieta la parte baja de la espalda mientras me conduce hacia los hombres reunidos. —Ha venido a casarnos, Laila. Es hora de decir "sí, acepto".

LAILA

—¿Quién se casa?

He oído a Arsen, pero debo haber entendido mal. Es imposible que me despertara en mitad de la noche para casarnos.

Pero me empuja hacia lo que ahora me doy cuenta de que es un altar improvisado en medio del salón. Sábanas blancas colocadas sobre un marco de madera construido a toda prisa. Alguien incluso se tomó la molestia de colocar jarrones con rosas blancas en el estrado. Qué detalle.

—Nosotros —retumba Arsen—. Tú y yo.

Miro a Dominik, que vuelve a estar completamente fascinado por las juntas de los azulejos. Entonces, suelto una carcajada. —Vale, de acuerdo. Ja, ja. Muy gracioso. ¿Qué hacemos realmente aquí?

—Preguntando obviedades, por lo visto.

Vuelvo a asimilar la habitación, la decoración y los trajes, y me golpea como un mazazo en el pecho. Apenas puedo respirar.

Habla en serio.

Me separo de él. —Estás mal de la cabeza.

—Se trata de tu seguridad, Laila. Intento protegerte.

—Eso no le salió muy bien a tu primera mujer. ¿Ya se le ha enfriado el cuerpo?

—Nació fría.

Siento que los ojos se me van a salir de las órbitas. —¿Estás haciendo bromas? Está muerta, literalmente aún no está enterrada, ¿y tú la insultas?

¿Hay algo sagrado para este hombre?

—Respira...

—¡No, respira tú! Tendrás mucho tiempo para respirar hondo a partir de este mismo segundo, porque no me voy a casar contigo.

Me doy vuelta para salir corriendo de la habitación, pero al girar, un dolor abrasador me recorre la pierna. Hago una mueca de dolor y me agarro el muslo mientras caigo de rodillas, golpeándome con fuerza contra el suelo de piedra.

De todas las veces que mi cuerpo roto me ha traicionado, esta tiene que ser una de las peores.

Al instante, Arsen está allí, agarrándome del codo para evitar que me caiga de bruces mientras una nueva oleada de calambres musculares me desgarra. —¿Qué ocurre?

—Todo —me lo quito de encima y aprieto los dientes contra el dolor.

Sé que no lograré subir las escaleras, no sin estirarme bien y echarme una siesta de unas ocho horas, así que me pongo en pie con dificultad y cojeo lo más rápido que puedo hacia las puertas del patio.

En cuanto respiro el aire fresco, siento que es la decisión correcta.

Necesito aire. Espacio. Distancia.

Por instinto, atravieso el césped y me dirijo al sauce que hay junto a la valla, arrastrando tras de mí la pierna que no me sirve para nada.

Me dejo caer en una silla, pero incluso cuando mi respiración se ha estabilizado, el viento que sopla entre los árboles y el búho que me llama desde las ramas más altas no me ayudan a relajarme.

—Laila...

Y ahí está ahora el origen de todos mis problemas. —Vete.

—No.

—¿Estás loco? —me abalanzo sobre él. Abre la boca para responder, pero yo sigo—. Ya sé la respuesta. Lo estás. Tienes que estarlo. Porque tu mujer acaba de morir y ya estás tomando otra. Literalmente, *casándote* con otra. Contra su voluntad. Es un comportamiento demencial de manual. Los científicos deberían estudiarte.

—Tomaré nota de tus preocupaciones.

Resoplo. Si existiera un departamento de Recursos Humanos para Arsen Adamov, les echaría una bronca y media. Las carpetas no podrían contener mis quejas.

—Además —añado—, si quieres casarte, se supone que primero tienes que arrodillarte.

Mete las manos en los bolsillos del traje. Incluso en la oscuridad, puedo ver lo bien que le queda. Contrasta como una línea limpia contra el cielo azul de medianoche. Oscuridad sobre oscuridad—. No habrías estado de acuerdo.

—¡Correcto! Lo que me lleva a otra parte vital de una boda: el consentimiento.

—El problema es —gruñe— que no te gusta dar tu consentimiento, ni siquiera cuando tu vida está en juego. ¿Se supone que debo sentarme y dejar que te hagan daño porque eres demasiado cabezota para dejar que te ayude?

—No soy cabezota; simplemente no me gusta que me secuestren y me casen a la fuerza. Supongo que soy así de extravagante.

Deja escapar un suspiro cansado. —Ahora ya sabes quién soy, Laila. Soy un hombre poderoso con un imperio poderoso. Eso conlleva complicaciones.

—Complicaciones para ti —aclaro—. No quiero tener nada que ver con nada de esto.

—Entonces, nunca debiste firmar ese contrato —se pasa una mano por el pelo y me doy cuenta de que no puede ser la primera vez. Por muy pulido que sea su traje, lleva el pelo despeinado. Y sus ojos son oscuros.

No creo que Arsen haya dormido en días.

Su mandíbula se mueve de un lado a otro mientras me mira a los ojos. —Estás embarazada de mi hija. Eso te expone a un riesgo único. Un matrimonio legitimaría nuestro vínculo y te daría más protección.

—Lejos de mi intención seguir insistiendo en este punto, pero ¡a Natascha no le ha servido de nada!

Algo parecido al dolor destella en su rostro antes de escarmentarlo. —Fui negligente con su seguridad. Más de lo que debería. Su muerte... —se detiene un segundo—. Es mi culpa.

Malditas sean todas mis partes blandas, pero me encuentro simpatizando con él. Parte de mi lucha, no toda, pero sí una parte crucial, desaparece. Me desplomo sobre el banco. —Debió ser duro para ti verla morir.

Levanta la barbilla, tan orgulloso y desafiante como nunca lo he visto. —La muerte es inevitable para todos nosotros. No tiene sentido perder el tiempo entristeciéndose por lo que siempre iba a llegar.

—¿Y tu madre? —suelto—. Estabas triste cuando murió, ¿verdad?

Se queda paralizado. —Polina no debería haberte hablado de ella.

Ahora no es el momento adecuado para esta conversación. Pero, de nuevo, es difícil encontrar tiempo para hablar con Arsen. Es ahora o nunca.

—Has pasado por lo mismo que yo estoy pasando ahora —digo en voz baja—. Podrías habérmelo contado. Habría estado bien saberlo.

Arsen contempla el jardín. —Los médicos a los que las remití a ti y a tu madre fueron los mismos que trataron a la mía.

—Dijeron que no podían hacer nada por ella. Dijeron que es solo cuestión de tiempo.

Se balancea sobre sus talones. Sus manos permanecen firmes en los bolsillos. —Entonces, lo siento.

—Oh, no finjas que ahora tienes sentimientos —replico, repentinamente irritable de nuevo—. Este pequeño y sincero momento que acabamos de compartir no cambia nada —me levanto de un salto, ignorando el dolor de cadera—. Sigo sin querer casarme contigo.

Se cruza delante de mí antes de que pueda dar un solo paso por el camino de grava que conduce a la mansión. La luz de la luna dibuja líneas duras en cada plano cincelado de su rostro.

—Me da igual quién demonios seas, no me vas a obligar a esto, Arsen Adamov.

Me preparo para lo que debe venir a continuación: su ira, su crueldad, su frialdad, su *harás lo que yo te ordene.*

Entonces, su mano me presiona el estómago, suave como un beso en la mejilla. —No pretendo obligarte a nada, Laila Barnes. Dentro de cinco minutos, entrarás conmigo y aceptarás voluntariamente casarte conmigo.

—A menos que planees realizar una lobotomía récord en el césped, no hay forma de que eso ocurra.

—Se va a hacer. No requiere cirugía.

Sonríe, y las estúpidas mariposas de mi estómago alzan el vuelo, esas zorritas volubles e infieles.

—Dime: ¿por qué iba a elegir casarme contigo?

—Porque... —se acerca un paso más, su olor se arremolina a mi alrededor, el calor se desprende de su piel—. Es la única forma de que formes parte de la vida de esta bebé.

Se me cae el estómago. El corazón me da un vuelco. Siento un zumbido en los oídos que no estaba ahí hace un segundo.

Creo que son campanas de boda.

Porque, después de todo, parece que nos vamos a casar.

20

ARSEN

Laila tiembla como una hoja con mi sudadera prestada. No deja de mirar a Dominik como si fuera a sacarla del altar y alejarla de todo esto.

Si el padre Orlov no acelera el ritmo, puede que decida suspenderlo todo.

—Padre —lo interrumpo cuando empieza con otro versículo de la Biblia—, vayamos al grano.

El padre Orlov palidece, pero cierra su Biblia. Sus labios se mueven en silencio, probablemente elevando una plegaria por mi pobre alma arruinada. No le diré que hace tiempo que es una causa perdida.

A decir verdad, no estoy seguro de por qué le pedí que estuviera aquí. Mi madre siempre tuvo la esperanza de que me casara por iglesia, pero no soy de los que creen que los muertos velan por nosotros. Aunque mi madre esté ahí arriba en alguna parte, le daría demasiada vergüenza presentarse a esta puta farsa.

El padre Orlov pone los documentos legales delante de Laila. —Es hora de firmar, querida.

Se muerde el labio, mirando el papel como si fuera a morderla si se acerca demasiado. —Supongo que esto lo hace oficial.

—Solo a los ojos de la ley —dice el padre Orlov con ayuda—. Pero los votos que vas a repetir lo harán oficial a los ojos del Señor.

—No estoy segura de que el Señor esté viendo esto —murmura, inclinándose para firmar con su nombre al pie de la página.

El padre Orlov aparta los papeles de Laila en cuanto ha firmado y me los presenta. —Arsen.

Firmo sin vacilar, con mi garabato barriendo la página. —Creo que podemos prescindir de los votos.

El padre Orlov parece horrorizado. —¡Tienen que hacerlo! Las promesas que se hacen el uno al otro ante el Señor son... son todo lo que es el matrimonio. Nunca... no puedo firmar este papel sin...

—Di tus votos y saca al pobre hombre de su miseria —refunfuña Dominik desde detrás de mí.

—¿No has recibido el memorándum, padre? —bromea Laila miserablemente, frotándose la barriga—. Arsen no es del tipo tradicional.

Hasta ahora, el padre Orlov ha hecho un notable trabajo ignorando las pruebas de nuestras relaciones prematrimoniales, pero su rostro se enrojece cuando sus ojos pasan del vientre de Laila a mi cara. Si lo presiono demasiado, podría convertir esta boda en un funeral.

—Que sea rápido —suspiro—. Es tarde.

—¿De quién es la culpa? —dice Laila en voz baja.

—De alguien que nos desprecia a los dos, por lo visto.

Vuelvo los ojos hacia el sacerdote de rostro pálido mientras se aclara la garganta. —¿Aceptas, Arsen Adamov, a esta mujer como legítima esposa? —pregunta el padre Orlov—. ¿En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte los separe?

Laila está mirando al suelo, escondida tras su cortina de pelo dorado como el sol. En un impulso repentino y estúpido, alargo la mano y la cojo.

¿Quiere que sea tradicional? Pues sí. Puedo ser tradicional.

Sus ojos se abren de par en par hacia los míos y, mira tú por dónde... Tengo mi propia novia ruborizada.

Me encuentro con su mirada. —Sí, acepto.

Arquea una ceja en señal de desafío. ¿Es posible objetar en tu propia boda? Sabiendo lo que sé de ella, no me sorprendería.

Pero, cuando el padre Orlov le hace la misma pregunta a Laila, ella se limita a encogerse de hombros y asentir. —Claro, ¿por qué no?

Oh, esta pequeña diablesa. No puedo enfadarme, no aquí, no ahora, no así. Estoy dejando demasiado claro dónde están mis botones y lo fácil que es para ella presionarlos.

El padre Orlov carraspea de nuevo y da un paso atrás. —Los declaro marido y mujer. Arsen, puedes besar a tu novia.

Detrás de mí se oye un bufido incrédulo, seguramente de Dominik, mientras Laila sacude la cabeza.

No tengo por qué seguir el juego. Podría acabar con esto ahora sin hacer más daño a mi renuente novia. Pero el monstruo que hay en mí es codicioso.

Así que gruño—: Claro, ¿por qué no?

Y entonces, la reclamo.

Acorto la distancia que nos separa antes de que Laila pueda negarse. Le rodeo la espalda con un brazo y le acaricio la mejilla con una mano.

El arrepentimiento es instantáneo. En el momento en que jadea contra mis labios, su boca llena se separa para permitirme un mejor

acceso, la bestia que creía haber domado vuelve a ser salvaje. Una noche con ella no fue suficiente. Puede que un millón de noches con ella no sean suficientes.

Este pobre sacerdote es testigo de la unión más impía jamás realizada.

Arrastro el cuerpo de Laila contra el mío, la niña que hemos creado protegida entre los dos, y voy más profundo. Introduzco mi lengua en su boca, saboreándola por primera vez en demasiado tiempo.

Espero a que me arañe la cara o me meta una rodilla entre las piernas. Que bufe, que grite, que luche. En lugar de eso, su mano aferra el cuello de mi camisa... y tira de mí para acercarme.

Acepto, dice su tacto. *Acepto a este hombre*.

Estoy a segundos de destrozarla por completo en esta desvencijada excusa de altar... cuando alguien tose.

La lengua de Laila baila sobre mi labio inferior y sus dedos serpentean por mi cuello, pero me obligo a romper el beso. La agarro por las caderas y la echo suavemente hacia atrás, asegurándome de que se mantiene firme antes de soltarla y alejarme.

Tiene los ojos vidriosos y los labios hinchados. Hice bien en alejarme tanto tiempo. Lo que hay entre nosotros es demasiado turbio. Demasiado peligroso para tocarlo.

Sería mucho más fácil si pudiera odiar a Laila como odiaba a Natascha.

Se lleva una mano a los labios. —Yo...

Su voz se entrecorta y deja escapar la frase sin terminar. Luego, se da vuelta y echa a correr.

Pero ya es demasiado tarde. El daño ya está hecho.

Dominik se cruza en su camino y le pone la mano en el hombro. —¿Estás bien?

Si responde, no la oigo. Se apresura a salir de la habitación sin mirar atrás.

El padre Orlov está más que dispuesto a dejar atrás este caos. Aprieta su Biblia como si nunca hubiera visto a unos paganos tan endemoniados.

Puede que tenga razón.

Lo acompaño a la puerta. —Gracias por estar aquí con tan poca antelación, padre.

—Gracias por concederme el... honor —echa un último vistazo a la casa—. La última vez que estuve en esta casa, tu madre aún estaba con nosotros. Me alegra ver que la has dejado como ella quería.

—Padre, no hace falta decir que lo que ha ocurrido aquí esta noche...

—…Es confidencial —termina—. Lo comprendo. No tienes que preocuparte por mí.

Está a medio camino de salir por la puerta cuando se vuelve. —Tu madre era una buena mujer, Arsen. Le habría alegrado saber que te casó un sacerdote. Siempre fue muy importante para ella.

Inclino la cabeza y lo miro marcharse. Si mi madre tenía razón y existe una vida después de la muerte en la que pueda vigilarme, espero que estuviera mirando hacia otro lado.



Cuando vuelvo a entrar, oigo voces bajas en el salón. Gedeon y Dominik están muy juntos, hablando en voz baja. Sus voces se cortan cuando entro en la habitación.

—No se detengan por mí —exclamo—. De hecho, suban y despierten a Laila. Seguro que a ella también le encantaría participar. Ya que son todos tan unidos.

Las manos de Dominik se cierran en puños. —¿Por qué coño te enfadas conmigo?

—Ya está bien —Gedeon se interpone entre nosotros—. Es tarde. Ninguno de nosotros ha dormido en mucho tiempo. Quizá deberíamos aplazar esta conversación hasta...

—¡No le has avisado! —estalla Dominik—. ¡La sacaste de la cama sin ninguna explicación y la obligaste a casarse!

—Mi mujer no es asunto tuyo.

—Puede que tengas razón —escupe—. Pero mi amiga es asunto mío.

Ahora yo también tengo las manos cerradas en puños. —¿Qué intentas decir?

—Que conozco a Laila un poco mejor que tú y que no tenías por qué hacer esto —se inclina hacia ti, siseando entre dientes—. Habría aceptado casarse contigo si le hubieras dado algo de tiempo.

—Sabes que no podemos permitirnos ese lujo.

Resopla. —Lo que sé es que lo hiciste así para poder fingir que todo esto formaba parte del plan y que ella no significa nada para ti. Pero buena puta suerte con eso ahora. Esa mujer es tu esposa, y vas a tener que enfrentarte a tus sentimientos tarde o temprano.

Tarde.

Elijo tarde.

—Vete —gruño—. Tu trabajo ha terminado por esta noche. Vete a casa y duerme un poco. Por tu bien, olvidaré que ha tenido lugar esta conversación.

Dominik frunce el ceño, dispuesto a seguir discutiendo. Pero Gedeon vuelve a interponerse entre nosotros. —Seguro que Kira se pregunta dónde estás, Dom.

—Sí... Sí, me voy —se da la vuelta para marcharse y está casi en la puerta antes de girarse—. Laila no es Natascha, Arsen. No se distraerá con dinero y cosas bonitas. A ella no le importa esa mierda. Le importan las personas. Si la dejas, tú también le importarás.

Oigo lo que Dom *no* dice.

Que yo le importe a alguien es un juego peligroso. La mayoría de la gente que juega acaba perdiendo.

Espero a que la puerta se cierre a lo lejos antes de volverme hacia Gedeon. —¿Cuánto han bebido mientras Laila y yo no estábamos?

Gedeon se ríe. —No lo suficiente para justificar ese discurso de despedida, si es lo que te preguntas. Creo que fue sincero.

Sí. Eso es lo que me temía.

—Ellos son amigos —suspira Ged—. Estás acostumbrado a hacer las cosas de una determinada manera, y lo sabemos. El problema es que llevamos ocho meses vigilando a Laila. Es... simpática.

—No la até al altar. No le apunté con una pistola a la cabeza. Estaba aquí porque quería.

Porque quiere estar en la vida de nuestra hija.

Lo que significa que estará en *mi* vida.

—Oh, no me jodas —me arrastro una mano por la cara—. Quizá podría haber manejado las cosas de otra manera, pero Laila sabe quién soy.

—¿Pero sabes *tú* quién es *ella*? —me pone una pesada palma en el hombro—. Creo que ya es hora de que dejes de usarnos a Dom y a mí como intermediarios y conozcas a tu mujer.

—Normalmente no quiero pegarte a ti y a Dom la misma noche.

Levanta las manos como si no le importara. —Es tu noche de bodas, hermano. Deberías estar arriba con tu nueva esposa. No aquí abajo discutiendo conmigo.

—Este matrimonio no es a largo plazo, Gedeon. Es solo una medida temporal para garantizar su seguridad. No es de verdad.

Gedeon se encoge de hombros. —Eso no significa que puedas pasarte todo el matrimonio evitándola. De hecho, esto podría funcionar mucho mejor si no lo haces.

Miro hacia la escalera que lleva a la habitación de Laila.

Odio cuando tienen razón.

ARSEN

La puerta está cerrada, pero un flujo constante de insultos sale por el hueco que hay debajo. Me preocupa a medias que esté demasiado ocupada llamándome "pomposo y desagradable hijo de puta" como para acordarse de respirar.

Llamar a la puerta me parece inútil, no hay forma de que me oiga, así que empujo la puerta para abrirla.

El pelo rubio de Laila ondea alborotado mientras se gira para mirarme. Tiene el teléfono sonando en la mano. Se ha subido las mangas de la camisa extragrande hasta doblárselas por los codos. —¿Qué haces aquí?

—Es nuestra noche de bodas.

El teléfono se queda en silencio y ella frunce el ceño. —¿Se supone que eso significa algo? La última vez que lo comprobé, era una boda falsa.

Cierro la puerta tras de mí. —La boda no fue falsa. Ahora estamos legalmente unidos.

Abre la boca, con otra réplica preparada y lista para ser lanzada, pero su teléfono vuelve a sonar. Lo mira y sus labios se curvan de asco. —Maldito cabrón testarudo.

De pronto, me doy cuenta de que Laila podría haber estado maldiciendo a otra persona.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre en mi vida ahora mismo? —suelta una carcajada sin gracia—. Es mi padre. No para de llamar y mandar mensajes. Lo bloqueo, pero encuentra otra forma de ponerse en contacto conmigo. Así que seguimos jugando a este estúpido juego de mierda. Y yo sigo pensando en tirarme de un puente.

—Supongo que no están en buenos términos.

—No hay "términos". No desde que nos abandonó cuando yo era una niña. Eso fue todo para mí. Habría cortado felizmente con él —tiene el teléfono en la mano y vuelve a pasearse por la habitación—. Pero mi madre y su enorme corazón...

Frunzo el ceño e intento seguir el ritmo, pero me distrae la forma en que Laila ha empezado a cojear a mitad de su perorata.

—No puedo creer que le dijera que tiene cáncer —gruñe—. ¿En qué estaba pensando? Ahora nunca nos dejará en paz.

Hace una mueca de dolor y se detiene el tiempo suficiente para masajearse la pierna con el puño, directamente sobre la cicatriz que he visto de cerca. Ni siquiera sé si se da cuenta de que lo está haciendo.

—Ahora envía flores y tarjetas —arruga la nariz—. Es repugnante.

—Quizá intenta disculparse.

—¿Cómo puede ser ingenuo un hombre de tu profesión? —sisea—. No viene porque esté preocupado por ella; viene porque quiere recuperar su maldita casa.

Se deja caer pesadamente en el mullido sofá que hay frente a su cama y estira la pierna llena de cicatrices.

—Mamá se quedó con la casa en el divorcio —explica mientras se clava los nudillos en la cadera—. Charles luchó por ella, pero ni siquiera a un hijo de puta desalmado como él se le ocurrió un argumento convincente de por qué su ex mujer y su hija debían quedarse sin casa. Así que perdió la casa, pero nunca perdió la esperanza de recuperarla algún día —vuelve a hacer una mueca de dolor y se apoya ambas palmas en el muslo.

—¿Te da problemas la pierna?

Ella aparta las manos de inmediato. —No es nada. Me empieza a doler cuando me estreso. Entre tú y mi padre, me sorprende que no me arda literalmente la pierna.

Mira el teléfono que tiene al lado y aprieto la mandíbula. —Dame tu teléfono.

—¿Perdona?

—Quiero leer sus textos.

—No.

—Yo me ocuparé de él por ti.

—Puedo cuidar de mí misma perfectamente, gracias. Lo he hecho toda mi vida.

—Y sin embargo estás aquí —le recuerdo—. En mi casa. En mi cama.

—¿Intentas felicitarte a ti mismo por un secuestro y extorsión estelares? Porque yo en tu lugar no lo haría. Da mala imagen.

Las palabras de Gedeon vuelven flotando a mi conciencia. *Es simpática*. Pero ¿para quién? Seguro que no para mí.

—No seas terca. Preguntarte fue una cortesía —me arrodillo ante ella.

Se pone rígida y se aparta de mí como si acabara de sacar un arma. —¿Qué haces?

—Te vas a hacer daño de la forma en que te pinchas los músculos.

Apartándole las manos, le acaricio con los dedos el muslo hasta la cadera, deseando ver su cicatriz desnuda mientras lo hago.

Un suspiro sale de sus labios ligeramente entreabiertos. —Tú... no tienes que hacer eso.

La ignoro mientras le acaricio la piel con ternura. Noto cómo la tensión desaparece bajo las yemas de mis dedos. —Veré esos mensajes de una forma u otra. Será más fácil si me entregas el teléfono ahora.

—El apaciguamiento nunca funciona. Cuanto más te doy... *uf* —se queda sin aliento cuando golpeo un punto especialmente sensible de su pierna—, más querrás tomar.

En eso tienes razón, roza. No tienes ni puta idea de cuánta razón tienes.

Sigo masajeándole la pierna. —O tal vez quiero ayudarte y sería más fácil si no te opusieras a mí en cada paso del camino.

Sus ojos azules se vuelven acerados, me aleja la pierna y se levanta. —Y una mierda. Es solo otra forma de controlarme. Otra cosa que puedes tener en mi contra.

Asiento y me levanto. —Estás disgustada por el matrimonio.

—¡*Din, din, din*! Señoras y señores, puede que tengamos un genio entre nosotros.

—Te di a elegir.

—¡Pero no me diste tiempo! Lo cual no es justo, porque estaba medio dormida. ¡Y estoy embarazada! El embarazo significa que estoy constantemente emocional. Y... y... ¡no dejabas de mirarme con esos ojos verdes y no es jodidamente justo!

—Qué retorcido soy al casarme contigo mientras tengo los ojos tan verdes.

Se aparta de mí con una mueca, cojeando mientras se acerca a la mesilla de noche. Abre un frasco de pastillas con rabia y luego vuelve a tirar una pastilla con la misma rabia, algo que no sabía que fuera posible hasta ahora. Es extraño lo sensual que resulta ver cómo se sacude la garganta.

Pero el momento no dura mucho. Una vez medicada, se da la vuelta para mirarme a la cara, llena de fuego de nuevo. —¿Cómo demonios voy a explicarle esto a mi madre? Si se lo cuento, ¿tendrás que matarla? ¿Es un secreto?

—No mato a nadie si puedo evitarlo.

—Vaya, ¿no es eso reconfortante? —sigue dando vueltas. Estoy agotado solo de verla. Empiezo a desabrocharme la camisa y ella se queda paralizada—. ¿Qué haces?

—Es tarde y estoy cansado. Me voy a la cama.

—¿Aquí? —se queda boquiabierta.

—¿Dónde más debería dormir?

—Literalmente, cualquier otro lugar sería fabuloso. Natascha y tú ni siquiera vivían en el mismo lado de la ciudad. ¿Por qué íbamos a ser diferentes?

Es una buena pregunta.

No tengo intención de contestar.

Me deshago de la camisa en una de las sillas. Su mirada sigue deslizándose por mi rostro, aventurándose más abajo lentamente antes de volver a arrastrarla hasta mis ojos.

—Fue un error mantener a Natascha tan separada de mí. Era un blanco fácil porque nuestras vidas estaban completamente desconectadas —la idea se me ocurre a medida que las palabras van saliendo de mi boca. Cuanto más digo, más me gusta—. No van a ser solo actos sociales y sesiones de fotos concertadas de antemano,

como ocurría con ella. Mientras estemos casados, tendremos que presentarnos como un verdadero matrimonio. Y eso empieza aquí, en este dormitorio.

—No voy a acostarme contigo —gruñe.

—No con esa actitud —me desabrocho los pantalones—. Quiero que me supliques primero.

Me lanza una almohada. —Sabes, la mayoría de la gente quiere que el sexo signifique algo. No son solo amenazas y juegos de poder.

—¿Oh? Dime entonces: ¿qué significó para ti que nos acostáramos?

Su rostro palidece. Traga saliva y sus hombros se encogen tras sus orejas. —Yo... Tú... Eso era diferente. Teníamos un contrato.

—¿Debo hacer uno nuevo? —avanzo hacia ella y se da cuenta demasiado tarde de que está acorralada entre la cama, la pared y la mesilla de noche. No puede huir—. Puedo ser muy específico, si quieres. *Cláusula 1: En la que nosotros, los abajo firmantes, designamos las posiciones que preferimos...*

De algún modo, Laila frunce el ceño y traga saliva nerviosa al mismo tiempo. La yuxtaposición hace que mi polla salte dentro de mis calzoncillos. —¿Esta es tu versión de coquetear conmigo?

Me encojo de hombros. —Es mejor que luchar contigo. Aunque, a estas alturas, no veo mucha diferencia. Una cosa lleva inevitablemente a la otra.

—*Puaj* —hace una arcada falsa, pero sus ojos vuelven a posarse en mi pecho—. Qué cara tienes...

—Y parece que te cuesta concentrarte en ella —le replico—. Tengo los ojos aquí arriba, *roza*.

—Pues ponte una maldita camisa.

—Llevas mi ropa. ¿Quieres entregármela?

Cruza los brazos para protegerse. —Tienes de sobra. He visto estanterías y estanterías llenas.

Me pongo rígido. Dos días en mi casa y ya está descubriendo mis secretos.

Oculto mi incomodidad tras pasarme una mano por el pelo. —Me gusta estar preparado. Nunca sabes cuándo va a venir alguien a robarte.

—Tú eres el criminal, no yo.

—Buena observación. ¿Qué delito debo cometer esta noche?

Doy un paso hacia ella, y me aleja como un espíritu maligno. —Atrás, Arsen.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de lo que puedas hacer si me acerco demasiado?

—Ahora mismo no me apetece vomitar sobre nadie —dice, pero le tiembla la voz.

Me río entre dientes. —No sabes mentir muy bien.

—Prefiero la verdad. Aquí tienes una: ¡eres un imbécil arrogante! —su pelo se encrespa alrededor de su cabeza en un halo rubio—. Nunca podría hacerte creer que no te deseo, porque tu frágil ego probablemente implosionaría al comprenderlo.

Rozo con las yemas de los dedos el rubor en lo alto de sus pómulos. Sus ojos se dilatan mientras el color de su rostro se extiende bajo el cuello suelto de mi sudadera. *Roza. Mi rosa*. Pétalos en flor en sus mejillas.

Me deja pasmado cada vez.

—Me alejé durante ocho meses porque tenía que hacerlo —admito con voz ronca, sin saber por qué se lo estoy contando—. No porque quisiera.

—¿Por Natascha?

—Porque estabas mejor sin mí cerca —mis dedos abandonan su rostro y se posan en su vientre.

Se le corta la respiración. —Estaba preocupada. Pensé que ella no te importaba. La bebé.

—Claro que me importa —gruño—. Es mía.

—No es solo tu heredera, Arsen; es tu hija. Y un hijo necesita un padre —se le quiebra la voz y quiero romper su teléfono en mil pedacitos. Quiero enterrar a su padre en la tierra por la única razón de que no se dio cuenta de lo que tenía.

—Ya lo sé —me aprieto más. Esta vez, Laila no me empuja hacia atrás—. Y también sé lo que necesitas.

Las manchas azul claro de sus ojos se oscurecen. —No me conoces.

—Todavía no. No del todo. Pero quizá quiera hacerlo.

Nuestra lucha se difumina, desangrándose en otra cosa hasta que nuestros labios se encuentran en algún punto intermedio. Su estómago es solo una leve molestia cuando le agarro las manos y se las aprisiono contra la pared junto a la cabeza. Le separo las piernas con la rodilla y ella gime.

Mientras le quito la ropa, cada roce cálido de su piel contra la mía se siente como un nuevo voto.

Prometo apreciarla.

Poseerla.

Atesorarla.

Darle todo lo que necesita...

Tanto si sabe que lo necesita como si no.

Cuando está desnuda, meto la mano entre sus piernas, acariciándola suavemente mientras ella agita las caderas contra mis dedos. —Tengo la prueba de tu mentira aquí mismo, *roza* —le gruño al oído —. Está goteando por toda mi mano.

En respuesta, golpea sus labios contra los míos.

Saboreo la sangre. —¿Me acabas de morder? —le pregunto asombrado.

Ella arquea una ceja sin un ápice de vergüenza. —Claro que sí. Y sigues aquí. ¿De qué es prueba eso?

—Que casarme contigo no fue suficiente —deslizo la mano por su costado hacia su cicatriz—. Aún tengo que demostrarte que eres mía.

Su pecho se estremece cuando mis dedos trazan la intrincada línea de su cicatriz. De repente, me agarra la mano y se la lleva al pecho. —¿Eso también te hace mío?

Como respuesta, la agarro por la cintura y la hago girar. Laila se agarra a la pared, y comprende lo que está pasando lo suficiente como para arquear la espalda justo cuando le meto la polla.

Se suponía que esto apagaría las llamas que ardían en mi pecho. Debía facilitar las cosas. Pero, con cada caricia dentro de mi mujer, *mierda*, esa palabra es tentadora, el fuego arde con más fuerza, con más intensidad.

No pertenezco a nadie. Nunca ha sido así.

Pero, mientras me entierro en Laila una y otra vez, no me parece la peor idea.

Estira los brazos por encima de la cabeza, con las palmas apoyadas en la pared, y se hunde de nuevo sobre mí. Me deslizo más profundamente con un gruñido. —La licencia era para la ley —jadea —. Los votos eran para el Señor —vuelve a mirar por encima del hombro, con los ojos azules vidriosos—. ¿Para quién es esto?

Ignoro la respuesta que se desliza hasta la punta de mi lengua, y me entierro en ella una y otra vez.

Debería haber ido a mi habitación.

Debería haberme quedado abajo.

Mierda, debería haber cerrado la puerta de mi despacho hace ocho meses y no haber dejado que esta mujer entrara en mi vida.

Pero ya es demasiado tarde para todo eso.

Mi mano se desliza alrededor de su cadera y la rodeo con dos dedos, empujando al ritmo de sus gemidos. Cuando echa la cabeza hacia atrás y se aprieta a mi alrededor, la embisto, derramándome dentro de ella hasta que ambos nos quedamos sin aliento y flácidos contra la pared.

Solo cuando se han desvanecido los últimos temblores me atrevo a respirar de nuevo.

Es para mí, digo en silencio. *No para la ley. No para el Señor.*

Esto es para mí.

ARSEN

—¿Dónde está?

Mi voz aún está espesa por el sueño, y el rico aroma del café expreso que sale de la cocina es como un canto de sirena. Sin embargo, solo tengo una cosa en mente. Lo ha estado desde el momento en que abrí los ojos y encontré frío el lado de Laila de la cama.

Gedeon me saluda con su taza. —Buenos días a ti también. He dormido bien, gracias por preguntar.

—A nadie le importa una mierda cómo hayas dormido, *mudak* —Dominik se vuelve hacia mí con una sonrisa tímida, claramente intentando enmendar la bronca de ayer—. ¿Qué tal tu noche, Arsen? ¿Cansado? ¿Dolorido, tal vez?

—Solo molesto —estoy demasiado cansado para seguirle el juego. Y demasiado orgulloso para admitirlo—. ¿Dónde está mi mujer?

No recuerdo la última vez que compartí la cama con una mujer. Seguro que no recuerdo la última vez que me desperté y deseé que hubiera una mujer en mi cama.

Pero esta mañana me he dado la vuelta, aún medio dormido, y he buscado a Laila. Ni siquiera fue un pensamiento consciente, fue un

instinto. Un impulso primario de encontrar lo que es mío y estrecharlo contra mí.

—No estaba allí cuando me desperté esta mañana —explico cuando mis *vory* siguen mirándome sin comprender. Chasqueo los dedos—. ¿Dónde coño está?

Dominik sacude la cabeza como si estuviera imaginando cosas. —Pasó con su esterilla de yoga hace media hora.

—Tampoco parecía muy descansada —añade Gedeon en voz baja.

Debería haberlo sabido. Laila hace yoga todas las mañanas. Es su rutina.

Por otra parte, lo que hicimos anoche no tuvo nada de "rutinario". Pero si ella se atiene al statu quo, yo también puedo hacerlo.

Le arrebato la taza de la mano a Gedeon y me dejo caer en una de las sillas del patio. —Quiero actualizaciones.

—Actualización: ese era mi café —refunfuña Gedeon.

—Sobre los italianos —exclamo—. O el funeral de Natascha. ¿Ha vuelto a llamar Rolan?

Dominik me hace una seña de descarte con la mano. —Lo tenemos todo controlado. Se supone que estás en la fase de luna de miel.

No nos vamos de luna de miel. De hecho, nunca me he ido de luna de miel. Natascha y yo nos la saltamos en favor de no estar nunca en la misma habitación más tiempo del necesario.

Y Laila prefiere levantarse temprano... y hacer yoga, por lo visto.

—Quiero actualizaciones —vuelvo a gruñir—. Ahora.

Dominik suspira. —He averiguado dónde vive el padre de Laila.

—¿Quién te pidió que hicieras eso? ¿Fue Laila?

Porque no he sido yo, aunque anoche lo pensara en voz alta.

—No necesitabas pedirlo. La ha estado molestando —la mano de Dominik se tensa alrededor de su taza—. Me tomé la libertad de hacerlo.

—Este tipo es un auténtico fuera de serie —asiente Gedeon—. ¿Te ha hablado de él?

Es una pregunta sencilla, pero desencadena un efecto dominó de inseguridad en mi interior. Laila ni siquiera me dejó ver su teléfono anoche, pero ha hablado con otras personas sobre su padre.

Soy su marido.

Debería hablar conmigo.

Yo debería ser la persona junto a la que se despierte.

—Quiero saber lo que saben —respondo, esquivando la pregunta.

—De momento no mucho —dice Dom—. La vi peleándose con un ramo de flores hace meses y quise saber por qué. Al parecer, eran un regalo del bastardo. Ha entrado y salido de la cárcel desde que se divorció de Marie.

—¿Por qué?

—Hurtos, malversaciones, fraudes... tonterías de guante blanco —cuenta Dominik—. Le gusta la buena vida, pero está claro que odia trabajar por ella.

—Por eso está husmeando entre Marie y Laila —completo.

—Está tras la casa —confirma Dominik—. Laila ha sabido mantenerlo a raya. Le he preguntado si necesitaba ayuda para manejarlo, en realidad, varias veces, pero siempre me ha rechazado.

—Creo que por eso dejó de hablarnos de Charles —dice Gedeon—. No quería que nos involucráramos.

—Por desgracia para ella, no me importa lo que quiera —me pongo en pie de un empujón y me dirijo a la puerta, con las palabras de

aquella mentira zumbando en mis labios.

Dominik llama tras de mí—: ¿Qué estás planeando?

—Tengo que presentarme a mi suegro.



Charles Barnes vive a menos de una hora de mí.

Para ser un hombre desesperado por conseguir dinero, vive bastante bien. Su dirección me lleva a una pequeña y ordenada casa adosada en un barrio con ornamentadas jaulas de hierro alrededor de los árboles y familias dignas de un anuncio empujando cochecitos, sorbiendo café, riendo.

—Bonito alojamiento —observa Gedeon, mirando la casa desde su ventana—. Aunque las puertas son baratas. Podría patearla al primer intento.

Aparco en el lado opuesto de la calle y me vuelvo hacia ellos. —Voy a seguir el camino anticuado y llamaré a la puerta. Y quiero que ustedes dos esperen aquí.

—¿Qué estás planeando? —vuelve a preguntar Dominik.

Aún hay un hilo de tensión en su voz. Algún día le agradeceré que salvaguarde los sentimientos de mi mujer.

Ahora mismo, solo es un recordatorio de que él la conoce mejor que yo.

—Pienso hablar con él —digo rotundamente—. Ustedes dos quédense aquí e interfieran si intenta huir.

Atravieso la baja verja metálica y sigo la acera hasta el porche. Cuanto más me acerco, más empiezan a verse las grietas, tanto literales como figuradas. El porche está fracturado y hundido. El

correo se desborda del buzón caído, parte del cual sale despedido por el porche y se amontona bajo un crecido seto a la derecha.

Pulso un timbre amarillento por el paso del tiempo, pero no se oye un tintineo lejano, no hay movimiento en el interior. Así que toco dos veces con una aldaba deslustrada.

Por fin, oigo un barullo de vida al otro lado de la puerta. Una tos sibilante y apagada. Más arrastres.

Al alejarme de la puerta, miro por la ventana arqueada de la izquierda justo a tiempo para ver un ojo que me mira desde detrás de las cortinas de terciopelo corridas. Las cortinas se cierran al instante.

A la mierda.

Plan B.

Me alejo, giro el pie hacia atrás y doy una sólida patada en el centro de la puerta. Como dijo Gedeon, se derrumba como una pancarta de papel en un partido de fútbol.

Me abro paso entre los escombros y entro en la casa. El interior coincide con el exterior: bonito en teoría, pero derruido en realidad. Gruesas capas de polvo cubren cada centímetro de la casa, alteradas aquí y allá por rastros de pisadas arrastradas.

Sigo los sonidos de gruñidos hasta lo que debe ser el salón. La luz del día que se filtra por las rendijas de las pesadas cortinas pinta la habitación con fragmentos de rojo sangriento entre los focos de sombra negra.

Es de una de estas sombras de donde Charles Barnes arremete contra mí, con el atizador oxidado de la chimenea extendido como una espada. —¡Esto es allanamiento de morada!

Resisto el impulso de reírme de su elección de arma. Si me mata con esa cosa patética, merezco morir. —Y tú vas a necesitar algo mejor que eso para detenerme.

Se estremece, pero no baja el atizador. —¿Eres el hombre de Hamlin?

Puedo trabajar con eso.

Me encojo de hombros sin comprometerme.

El sudor se acumula sobre sus cejas. —Oye, le dije a tu jefe la otra noche que le conseguiría su dinero. Te lo juro. Solo necesito más tiempo.

—Hamlin no es un hombre paciente, Charles —no sé una mierda sobre quién es Hamlin, pero el pánico en los ojos del padre de Laila me dice lo suficiente.

Traga saliva. —Me dijo que me daría una semana. Me quedan cuatro días. Cuatro días.

—¿Cuánto vale esta casa? —miro a mi alrededor como si aún no hubiera hecho balance de la casa—. Una propiedad en este barrio tiene que valer algo.

—Este lugar no es exactamente... mío.

Mis ojos se entrecierran. —Estás de okupa.

—Soy ingenioso —dice en lugar de admitir la verdad.

Recuerdo que Laila lo describió como "cabrón negligente". "Ingenioso" se le debió de olvidar al recopilar adjetivos.

Hago un gesto hacia la silla más cercana. —Siéntate, Charles. Charlemos un poco, de hombre a hombre —aprieta con fuerza el atizador y suspiro—. Tráete la chatarra si te hace sentir mejor.

Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano y se une a mí junto a la ventana. La silla cruje cuando bajo, pero Charles permanece de pie, con el atizador colgando a su lado.

—¿Por qué estás aquí? —grazna—. Tengo más tiempo.

—Ya te lo he dicho: Solo quiero charlar un poco. Ahora, siéntate. No volveré a preguntar.

De mala gana, se acomoda en la silla frente a mí, con el atizador entre las rodillas. Una parte de mí espera que intente usarlo. Me daría la excusa que necesito para molerlo a palos.

Un rayo de luz le alcanza la cara y la ilumina. Echo un buen vistazo al hombre.

Tiene los ojos profundos y muy abiertos. Una barba áspera cubre su mandíbula suelta y su cuero cabelludo está desnudo en algunas partes, aunque las canas apenas han empezado a aparecer en lo que le queda de raíces. No tiene mucho en común con su hija.

—Dices que tienes cuatro días más —repito, a lo que él asiente agresivamente—. Pero debes tener un plan. Dime cómo vas a pagar a Hamlin.

Pasa los dedos por el borde de la mesa, con los ojos desviados mientras habla. —Tiene que ver con algunos bienes familiares.

Mis dedos se cierran en un puño. *Todavía no*, me insto a mí mismo. *Contrólate*. —No puedo imaginar que un hombre que ocupa la casa de otra persona tenga una propiedad en alguna parte.

—¡Claro que sí! —Charles se levanta, indignado—. ¡Y es un sitio bonito! Grande. En cuanto me quite de encima algunas de estas tonterías del papeleo, ya sabes, la municipalidad, los permisos, ese tipo de cosas, Hamlin recibirá su dinero. No tardará nada. Está bien.

—¿Y es tuyo?

Eso lo hace dudar. —Lo... será. Mi ex-mujer aún tiene...

—Ah. Es de tu ex.

—Por ahora. Pero está enferma —se agarra a la mesa con una mano, con los dientes rechinando, literalmente rechinando—. Muy

enferma. No estará aquí mucho tiempo. Cuando estire la pata, esa casa será mía.

Mi mandíbula se aprieta con fuerza. *Solo un poco más. Haz que siga hablando. Cavará su propia tumba, si se lo permites*. —¿No tuviste hijos?

Suelta la mesa. Se aparta como si le hubieran picado. —Err... no, tenemos una. Una hija. En realidad, ella es el problema.

Levanto las cejas. Charles parece interpretarlo como un estímulo, porque sigue bravuconeando, sin darse cuenta de que tengo dos puños apretados en el regazo.

—Marie la ha malcriado. Laila no me respeta. Es egoísta y altanera. Llevo meses intentando acercarme a ella y la muy zorra no me deja ver a su madre —frunce el ceño—. Me merezco algo mejor que eso. Hice todo lo que pude por el bien de Laila...

—¿Abandonarla fue por su bien? —interrumpo.

Retrocede, frunciendo el ceño. —No la abandoné exactamente. Tuve que hacerlo... Las circunstancias cambiaron tras el accidente. Fue complicado.

—Supongo que ser un padre negligente siempre lo es.

—Oye —balbucea—, la chica está bien. Según Marie, está preñada y tiene un nuevo *sugar daddy* que se ocupa de ella. No necesita la casa como yo. Además, soy su padre. Me lo merezco.

Mi labio se curva con desprecio. —No eres un padre, Charles Barnes. Eres una puta rata.

Empujo la mesa con fuerza y se estrella contra su estómago antes de que pueda reaccionar. Se cae de la silla y sobre la alfombra, resollando como un pez.

—¿Qué...? Escucha, hombre —balbucea—, te juro que puedo con esto. Puedo con ella. ¡Eh! Quizá si me ayudas pueda conseguir la

casa más rápido. Sí, apuesto a que podemos conseguir que...

Mi pie se precipita contra sus costillas. Se rompe lo que no debía romperse. —Es mejor que dejes de hablar ahora, Charles —le informo con frialdad—. Es mi turno.

Charles me mira con un miedo crudo y animal.

—No te acercarás a Marie ni a Laila. Y, desde luego, no te acercarás a nuestra hija.

Los ojos de Charles se abren de par en par cuando por fin suma dos más dos. Más vale tarde que nunca, supongo. —Tú...

—Así es —confirmo—. Y volveré aquí para clavarte ese puto atizador en el culo si llego a oler tu pútrido aroma cerca de mi mujer. ¿Entendido?

Asiente tan rápido que le tiemblan las mejillas por la fuerza.

—Bien —camino hacia la puerta en ruinas, pero me detengo en el umbral. Charles sigue tirado en el suelo, con el sudor y los mocos chorreándole por la cara y acumulándose en la alfombra—. Ah, y no soy el *sugar daddy* de Laila. Soy su esposo.

LAILA

—Evelyn, ¿podemos darle más analgésicos? —limpio la frente de mamá con la toalla mojada, pero ella sólo gime. No importa cuántas almohadas le ponga o cuántas veces moje esta estúpida toalla, ella sólo se retuerce—. Necesita algo.

Evelyn parece tan impotente como me siento yo. —Hoy no puedo darle más. Ya ha tomado la dosis máxima.

—¿Ha estado así todo el día?

Asiente, con esa profesionalidad desapegada que se apodera de ella mientras apaga las luces. —Los médicos dijeron que esto pasaría, Laila. Tendrá días buenos y días malos. Esperemos que mañana sea mejor.

Le cojo la mano. Tiene la palma húmeda. —¿Mamá? ¿Puedes oírme?

Sus ojos revolotean tras los párpados cerrados, pero llevan horas haciéndolo. No hay señales de que sepa siquiera que estoy aquí.

—Ahora mismo necesita descansar —aconseja Evelyn con suavidad —. Tampoco es mala idea para ti, cariño. Ve a comer algo. Llevas aquí todo el día.

Lo triste es que no estoy segura de haber estado aquí todo el día solo por mamá.

En realidad, me he estado escondiendo.

Tenía que hacerlo, desde que me desperté de la mejor noche de sueño que había tenido en años, solo para encontrarme acurrucada contra el costado de Arsen.

Le dije que no lo quería en mi habitación ni en mi cama y, sin embargo, me desperté pegada a él como un percebe cachondo. No podía enfrentarme a él, no podía enfrentarme a eso, así que me escabullí de la cama y merodeé por los rincones más alejados de la casa hasta que se marchó.

—No tengo hambre.

—¿Cuándo *sí* tienes hambre? —Evelyn me dedica una sonrisa triste —. Me pagan por cuidar de tu madre, pero te daré un consejo gratis: ese bebé quiere que comas, aunque tú no lo quieras.

—Pero...

—Vete, cariño —insiste, haciéndome señas con ambas manos hacia la puerta—. Yo cuidaré de tu madre. Tú cuídate.

Suspiro y me dejo caer en la cocina porque no hay nada más que hacer. Pico sin vida un plato de queso, galletas y fruta hasta que se abre la puerta y entra Gedeon.

—Eh, tú. ¿Qué haces?

—Intentando encontrar la manera de sentirme menos inútil.

Mira por el pasillo hacia la habitación de mamá. —¿Cómo está?

—Nada bien. Ha sido un mal día.

—Quizá podamos pedirle al Dr. Gray o el Dr. Daniel…

—Ya los he llamado a los dos. Me dijeron que la pusiera lo más cómoda posible.

Se calla, y sé que está intentando encontrar una solución. Arsen, Dominik, Gedeon, todos son iguales. Hombres de acción. Nunca se han encontrado con un problema que no puedan resolver. Hasta ahora.

Buena suerte venciendo al cáncer, caballeros. Les deseo lo mejor en sus esfuerzos por intimidar a su páncreas para que funcione correctamente.

—¿Se lo has dicho a Arsen? —pregunta Gedeon.

—¿Qué va a ser capaz de hacer que no hayan hecho los mejores médicos del país?

—Podría estar ahí para ti —dice suavemente—. Necesitas a alguien con quien hablar.

De todas las cosas que pensé que diría, eso nunca se me pasó por la cabeza. Sobre todo porque es manifiestamente absurdo.

—Arsen no quiere hablarme de mi madre moribunda. Apenas quería que la trasladara aquí. Ella es mi premio de consolación por aceptar ser encarcelada en esta casa.

La cara de Gedeon se ilumina de dolor, y me siento mal. En realidad no siento que la casa sea una prisión. Al menos, no todo el tiempo.

Pero, antes de que pueda disculparme, se aclara la garganta. —Arsen quiere verte. Me ha pedido que te envíe a su habitación.

—¿Está en casa? —doy vueltas por la cocina como si Arsen pudiera estar acechándome—. ¿Por qué no ha venido a verme él?

—Ha estado ocupado.

Gedeon no me mira a los ojos, y estoy segura de que hay algo más en esa afirmación de lo que dice. ¿No lo hay siempre?

—Creo que quiere darte algo, si eso te ayuda —añade.

Entrecierro los ojos. —Sí, Gedeon. Me chantajearon para casarme sin amor, pero al menos me llama como a un perro y me da golosinas.

Gedeon exhala un suspiro cansado, como si estuviera tan harto de mi mierda como yo. —No es eso. Simplemente no está acostumbrado a esto, Laila.

—¿No está acostumbrado a qué? ¿A mantener una conversación adulta? ¿A tratar a la gente con respeto básico?

—Matrimonio.

—Uno pensaría que habría adquirido algunas habilidades desde su primer rodeo.

—Nunca quiso casarse con Natascha.

—¡Tampoco quería casarse conmigo! Al menos es coherente.

Gedeon mueve la mandíbula de un lado a otro, debatiendo algo. Finalmente, suspira. —Sé que parece un bruto, pero conozco a Arsen desde hace más de una década. Desde antes de que... —se interrumpe y se aclara la garganta—. La cuestión es que hay más en él de lo que la mayoría de la gente puede ver.

A menos que Arsen se esconda como un payaso de circo bajo sus muchas sombras y capas de "imbecilidad", no me interesa.

—¿Dónde está su habitación?

—¿No sabes dónde...? —sacude la cabeza—. Está justo al lado de la tuya.

Solo puedo suspirar. *Por supuesto que sí.*

Subo las escaleras, debatiéndome entre ir a su habitación o no. Quiero ignorar su petición solo para demostrar algo, pero también quiero ver cómo vive. He estado husmeando por toda la casa, pero su habitación es el premio gordo. El santo grial de *¿quién es realmente Arsen Adamov?*

Decidiendo ser rebelde otro día, me cuelo por la puerta.

La habitación de Arsen es enorme, al menos el doble que la mía. Tiene que serlo para albergar las muchas cómodas, estanterías y armarios que hay en las paredes. Parece un mercadillo.

Doy una vuelta, curioseando entre cajones de desodorante pulcramente ordenados, estanterías repletas de cepillos de dientes y pasta dentífrica, y suficientes sábanas limpias como para abastecer un hotel.

Estoy contando cuántos rollos de hilo dental tiene, casi cincuenta, cuando oigo unos pasos en el pasillo. Cierro el armario y me vuelvo hacia la puerta cuando entra. Sus profundos ojos verdes me encuentran de inmediato.

Es la primera vez que lo veo en todo el día. Me doy cuenta de golpe de lo suave que se veía dormido esta mañana. De lo relajado que estaba.

Ahora, su mandíbula está afilada mientras me empuja un sobre. —Toma.

—¿Qué es esto?

La respuesta se hace evidente cuando lo abro y media docena de tarjetas de crédito caen al suelo a mis pies.

—Vale. Es una colección de tarjetas de crédito. Siguiente pregunta: ¿por qué me las das?

Se tira de la camisa por encima de la cabeza. —Porque eres mi mujer y necesitarás acceso a nuestras cuentas.

—¿*Nuestras* cuentas? —me resisto—. ¿Desde cuándo?

—Desde que añadí tu nombre a ellas esta mañana. Las apariencias son importantes, Laila. La gente tiene que pensar que cuido de ti.

No señalo que muy poca gente verá nunca los detalles de nuestras cuentas bancarias, más que nada porque se desabrocha los

pantalones y pierdo el hilo de mis pensamientos.

Me vuelvo hacia la ventana, con la mirada bien desviada. —De todas formas, la gente pensará que esto es una farsa.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Vaya, no sé... porque encontraste otra esposa al día siguiente de perder a la primera. Eso no dice mucho de nuestra conexión romántica.

—No había amor entre Natascha y yo. Eso lo sabía todo el mundo.

—Así que quieres convencer a la gente de que esto es... —me muerdo el labio, intentando elegir mis palabras con cuidado—, ¿una relación amorosa?

Espero que se ría, pero responde con seriedad. —Esa es la idea.

En contra de mis mejores instintos, me vuelvo de nuevo hacia él, haciendo todo lo posible por mantener la mirada al norte de su cuello. —¿Por qué?

—Porque si piensan que te quiero, supondrán que quemaría la ciudad para vengarte. Eso hará que se lo piensen dos veces antes de atacarte.

Ah. Ya lo he entendido. Es un escudo. Las emociones serán siempre y para siempre una herramienta que Arsen esgrime, no algo que realmente sienta.

Dios, debe ser bonito.

—Vale, pues gracias por este regalo, supongo —me encojo de hombros—. O lo que sea. Me voy a mi habitación.

—Creía haber sido claro anoche —gruñe—. Eres mi mujer. Dormirás conmigo.

—Lo curioso de esto es que resulta que hemos estado durmiendo casi uno encima del otro desde que llegué aquí. ¿Sabías que mi

habitación está justo al lado? Pues claro que yo no.

Me mantenía cerca. Jugando conmigo antes de que me diera cuenta.

No puedo bajar la guardia. Lo próximo que sabré es que habrá cerraduras en el exterior de las puertas y él tendrá la única llave.

—A partir de ahora, esta es tu habitación —está delante de mí en calzoncillos y nada más, pero bien podría estar en una reunión de la junta directiva con un traje de tres piezas. Tiene el control absoluto.

Son los tatuajes, me digo. *Los tatuajes y las cicatrices. Hay un aura en ese tipo de cosas.*

—Sé a qué estás jugando, Arsen —me acerco, con los ojos entrecerrados—. No se trata de guardar las apariencias ni de protegerme. Solo necesitas sentir que puedes controlarme. El jefe grande y fuerte, diciéndole a su mujer qué hacer, a dónde ir.

La vena de su mandíbula se crispa, pero no dice nada en su defensa.

—Pues tengo noticias para ti: No me controlarás.

Quería hacer un acto dramático de rebeldía al estilo hollywoodiense, pero mi actuación debe necesitar algo de trabajo, porque las palabras suenan débiles incluso a mis oídos.

La verdad es que Arsen ha tenido el control en todo momento desde que nos conocimos, y ambos lo sabemos.

Le dije que nunca aceptaría su trato y, sin embargo, aquí estoy, embarazada de ocho meses de su bebé.

Le dije que nunca me mudaría a su casa y, sin embargo, mis cosas están sin empaquetar en la habitación de al lado y mi madre se muere en el piso de abajo.

Le dije que nunca compartiría la cama con él y, sin embargo, me desperté con la cabeza sobre su pecho y la mano apretada contra sus abdominales. Abdominales que parecían lo bastante buenos

como para comérselos en ese momento (y en este momento, también).

Estoy librando una batalla perdida.

Suspira y se pasa los dedos por su espeso pelo. —Es hora de prepararse para ir a la cama, *roza*.

Entrecierro los ojos. —Lo haré en cuanto vuelva a mi habitación.

—Toma —ofrece, acercándose—, déjame ayudarte.

Extiendo un brazo para impedir que se acerque demasiado. —Para. Para, Detente y aléjate, por favor y gracias. Solo... retrocede para que pueda pensar.

—¿Es abrumador cuando estoy tan cerca de ti? —sus ojos verdes son vibrantes, casi hipnóticos. Juraría que sus pupilas se arremolinan, invitándome a acercarme, aunque intente retroceder.

Sí, respondo en silencio. *Devastadoramente.*

No lo digo en voz alta porque no tengo energía para mentir.

Arsen se da cuenta. Lo ve todo. —Es evidente que estás agotada. Si insistes en ser testaruda, no me dejas otra opción.

—¿Qué significa eso...?

No me da tiempo a contestarle antes de coger con una mano una de sus impolutas camisetas blancas de una estantería cercana y levantarme del suelo con la otra.

Es cálido y sólido, y mi cuerpo se derrite contra él incluso cuando grito—: ¡Suéltame!

Lucho patéticamente mientras me baja la cremallera del vestido. Intento darle patadas, pero soy demasiado torpe y lenta y, como él ha dicho, estoy agotada. Y él es demasiado fuerte. El aire frío envuelve mi cuerpo mientras mi vestido se agita hasta caer al suelo. Solo entonces me suelta.

Salto fuera de su alcance, temblando en ropa interior, y agarro la almohada más cercana que encuentro para sostenerla sobre mí como una armadura de combate. —Si no tuviera las manos ocupadas ahora mismo, te mostraría lo que pienso de ti.

Saca la camiseta. —¿Quieres ponerte algo? Aquí tienes.

—No —gruño sarcásticamente—. Quiero pasearme con una almohada delante del pecho el resto de mi vida.

Su mano permanece extendida. —No tienes que luchar contra todo, Laila. Algunas cosas no vienen con condiciones. De hecho, la mayoría no lo hacen.

—¿Qué es esto? —exijo, sin tragarme sus estupideces ni un segundo —. ¿Algún extraño movimiento de poder? ¿Forma todo esto parte de un plan diabólico? Primero me dejas embarazada. Luego me atraes a tu casa y me obligas a casarme. Y ahora, ¿quieres vestirme con tu ropa? ¿Soy como una muñeca Barbie para ti?

Tiene la audacia de parecer aburrido. —¿Quieres la camiseta o no?

Ignoro su pregunta y lo miro a los ojos. —Dime la verdad: ¿firmar en esa línea de puntos significó que vendí mi alma al diablo?

Suspirando, deja caer la camisa al suelo y se acerca a la ventana. Aprovecho para admirar la musculatura de su espalda. Realmente es una obra de arte. —¿Supongo que yo soy el diablo en este escenario?

—Estoy dispuesta a apostar que eres el diablo en la mayoría de los escenarios.

—Ahora solo intentas adularme.

Un pequeño escalofrío me recorre la espalda. No es del todo desagradable. —Arsen…

—Ha sido un día muy largo, Laila. Duerme con tu ropa, con mi ropa... desnuda, por lo que a mí respecta —se gira a medias y sus

ojos recorren mi cuerpo, dejando calor por donde pasan. Tengo la impresión de que puede ver a través de la almohada a la que sigo aferrada—. No me importa. Pero *dormirás* en esta habitación.

Miro alrededor de la habitación en busca de alguna escapatoria. El sofá del rincón servirá. —Me quedo con el sofá.

Espero que discuta, pero Arsen se limita a encogerse de hombros. —Que así sea. Más espacio para mí.

Luego, cierra las persianas, se mete en la cama y cierra los ojos.

Permanezco allí, insegura, irreflexiva, cansada hasta los huesos de formas que ni siquiera sabía que podía estar cansada. La almohada que tengo en las manos está tibia por el calor de mi cuerpo, y nunca me he sentido más vulnerable.

Capto un destello de verde divertido. Los ojos de Arsen, brillando en la oscuridad. —¿Quieres que me haga a un lado o sigues montando en cólera?

Me alejo de él a pisotones, arrancando la camisa del suelo. En cuanto me hundo en los cojines del sofá, la lámpara de la mesilla de Arsen se apaga.

Permanezco tumbada en la oscuridad durante mucho tiempo antes de ceder finalmente al cansancio.

Sin embargo, este sueño no es tan bueno como el de anoche.

Es demasiado solitario para eso.

LAILA

Cuando el camión de reparto pasa por la entrada, casi choco con Dominik al intentar llegar a la puerta.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —pregunta.

Me inclino a su alrededor, chillando cuando veo el baúl en la base de los escalones. —Estoy esperando un paquete.

—¿Es tuyo? —silba largo y bajo—. Es enorme. ¿Qué es?

—Por fin hago lo que quiere Arsen —sonrío—. Me dijo que gastara su dinero, así que, como la esposa obediente y atenta que soy, eso es exactamente lo que hice.

Dominik suspira miserablemente. —Paz. Lo único que quiero en esta casa es un poco de paz. ¿Es mucho pedir?

—Probablemente —le doy una palmada en la espalda—. ¿Te importaría cogerlo por mí?

—Llevar tus paquetes de un lado a otro parece tarea del marido. Como el tuyo está estacionándose ahora en la entrada, quizá pueda hacerlo él.

Vuelvo a mirar más allá de Dominik y, efectivamente, el coche de Arsen está llegando al garaje. —Mierda. ¡Date prisa, Dom! Coge el paquete. ¡Muévete, muévete!

—¿Qué soy, tu mula de carga? —refunfuña mientras se agacha y se echa el paquete a los brazos—. Jesús, María y José, esta estúpida cosa pesa mucho. ¿A dónde lo llevo?

—Mi habitación. *Nuestra* habitación —corrijo con una mueca—. Y date prisa. No quiero que Arsen lo vea todavía.

Se detiene en la base de la escalera, arqueando una ceja. —Si hay una bomba aquí dentro, me van a despedir. Lo sabes, ¿verdad?

—Nada de lo que hay en esa caja hará que te despidan —le aseguro. Luego, chasqueo los dedos—. Pero yo lo haré si no pones un poco de ánimo en ese paso.

Murmura algo sobre "falta de respeto" en voz baja, pero estoy demasiado concentrada en que ese paquete desaparezca de la vista antes de que Arsen entre como para preocuparme. Me disculparé con Dom más tarde. Mi rama de olivo será ofrecerle una magdalena de red velvet y quedará como nuevo. El hombre es fácil en ese sentido.

¿Arsen? No tanto.

Espero en la base de la escalera, con el oído atento en dirección al garaje, hasta que oigo las señales reveladoras de Arsen introduciendo su código de seguridad y sus llaves cayendo en el cuenco de la cocina. Solo entonces subo corriendo.

Estoy en el rellano superior cuando oigo la voz de Arsen llamándome desde abajo. —¿A dónde vas?

—Dom me trae un paquete.

Arsen suspira y, cuando me asomo por la barandilla, parece agotado. Más cansado de lo que nunca lo he visto. Una pequeña parte de mí se pregunta si no debería cancelar todo esto.

—No me dijiste que ibas a pedir nada.

Y, justo así, esa pequeña parte de mí se despoja de su empatía y empieza a cantar el resto: *¡Hazlo! ¡Haz que pague!*

—Hay muchas cosas que tú no me cuentas —subo el resto de la escalera, pero, al doblar la esquina, veo que Arsen me sigue.

Resisto el impulso de frotarme las manos y reírme con malicia. Lo tengo exactamente donde quiero.

Dominik, sin embargo, no está ni cerca de donde yo quiero. En cuanto atravieso la puerta, chillo. —¿Qué demonios estás haciendo?

Se arrodilla junto al paquete y retira lentamente los envoltorios que lo mantienen cerrado. —No puedes traer una caja gigante a esta casa sin que la revise seguridad —resopla como si yo fuera la mujer más tonta del mundo.

Teniendo en cuenta lo que está ocurriendo ahora, puede que no se equivoque.

—Dom —respiro—, no quieres abrir eso. Créeme cuando te digo que no quieres ver...

Pero ya es demasiado tarde. Dom levanta la tapa de la caja y se cae literalmente de culo, como si hubiera cocodrilos vivos dentro. —¿Qué coño es esto, Laila?

—¡Es privado! Se suponía que no ibas a ver nada.

Cruzo la habitación corriendo, o andando a paso ligero, pues correr está fuera de lugar a estas alturas del embarazo, e intento cerrar la tapa de golpe.

Pero Dominik, cabezota que es, la mantiene abierta. —¿Qué está pasando? ¿Escondes algo bajo esto... bajo todos... esos?

Escanea el contenido de la caja como si tuviera visión de rayos X. Pero no la tiene. Si la tuviera, sabría que este paquete es exactamente lo que parece. El único Caballo de Troya que hay aquí mide 30 cm y viene con un vibrador incorporado.

—¿Qué haces con un paquete lleno de juguetes sexuales? —Dominik parece querer fundirse con el suelo. Ya somos dos—. ¿O es en realidad una bomba? —respira hondo antes de meter una mano en el baúl y remover el contenido como si estuviera haciendo la sopa más incómoda del mundo.

—¡Saca la mano de ahí! —le agarro del codo y tiro, pero es como la espada en la piedra. *Solo quien consiga sacar el brazo de Dominik del paquete podrá salvarlo de la muerte por vergüenza*—. Arsen está en el pasillo. Estará aquí dentro…

—¡¿Viene Arsen?! —finalmente, Dominik saca el brazo de un tirón.

El problema es que sigo agarrada a su muñeca, y su mano está sujeta alrededor de un consolador negro obsidiana con detalles plateados veteados. Era de alguna línea romántica monstruosa de edición especial. Grandes críticas. Gran precio.

El resto ocurre a cámara lenta.

Dominik y yo nos volvemos juntos hacia la puerta.

Arsen entra en escena.

Sus cansados ojos verdes contemplan toda la sórdida escena.

—¡A-Arsen! Acabo de cargar... —Dominik me señala con la mano que aún sujeta el consolador.

El pene de silicona se agita acusadoramente en mi dirección.

Se pone mortalmente pálido. —Lo único que hice fue subir el paquete. Pensé que podría ser una bomba.

La mirada de Arsen podría asustar al trueno de los cielos. —Dominik —escupe—. Fuera.

Dominik deja caer instantáneamente el consolador al suelo y huye hacia la puerta. —Nada podría hacerme más feliz —se lanza al pasillo como si las paredes se cerraran a su alrededor.

Por desgracia, no me lleva con él.

Nada de esto ha salido bien. El plan era que Arsen me encontrara examinando mis compras. Yo diría algo tímido sobre que necesito compañía para mis noches solitarias en el sofá, y Arsen se molestaría porque me he gastado su dinero en una caja de juguetes sexuales.

Fue infantil y mezquino y, ahora que lo pienso, más que estúpido, pero de eso se trataba.

Pero ahora no hay nada burlón o juguetón en el aire entre nosotros.

Él.

Luce.

Furioso.

Arsen es una nube de tormenta que se cierne sobre mí, y estoy esperando a que caiga el rayo. Que se desate sobre mí para que yo tenga una excusa para devolvérselo. Pero se limita a mirarme. No al consolador, no al paquete, solo a mí.

—¿Por qué estaba Dominik aquí contigo... y eso? —sus ojos se desvían hacia la caja.

Le juré a Dominik que nada en la caja haría que lo mataran, pero eso es porque ni siquiera yo podría haber soñado lo que está ocurriendo. Ni siquiera yo, en mis momentos más mezquinos, podría haber imaginado los violentos celos que recorren actualmente a Arsen.

Quería que Arsen se enfadara, pero esto... esto podría ser incluso mejor.

Aun así, no puedo dejar que Dom cargue con la culpa. —Fue un malentendido. Dominik pensó que podría haber introducido una bomba para intentar asesinarte.

Arsen mira la caja con renovada curiosidad. —¿Lo has hecho?

—No, a menos que tenga forma de pene o venga con cinco velocidades de lamido diferentes.

Su mandíbula se tensa. Algo indescifrable parpadea en su rostro. Entonces, justo cuando creo que por fin va a estallar la tormenta que hay en él, se da vuelta y se quita la camisa, encogiéndose de hombros. —Lo que te haga feliz.

¿En serio? ¿Eso es todo?

Miro el consolador que yace inerte en el suelo. No me he gastado dos mil dólares en juguetes sexuales de alta gama para obtener esa respuesta tan poco convincente.

Más que molestar a Arsen, quería que reaccionara. Quería atravesar su exterior pétreo y distante y echar un vistazo a su interior.

Por una vez, quería que Arsen Adamov se sintiera real.

—Si de verdad quieres mi felicidad... —me deslizo el tirante del vestido por el hombro hasta que el material se menea por mi cuerpo hasta el suelo—. Entonces no te importará que pruebe mis nuevas adquisiciones, ¿verdad?

Arsen no se da la vuelta. Se limita a colgar la camisa en el armario y me hace un gesto tenso con la cabeza. —Si es necesario.

Mi corazón se acelera mientras vuelvo a subirme a la cama. Es una idea terrible. Se suponía que debía detenerme. Se suponía que ahora estaríamos luchando. Si tenía suerte, pelearíamos lo suficiente como para que se hartara de mis tonterías y me enviara de vuelta a mi habitación.

Pero Arsen ni siquiera me mira.

No le importa.

Me dejará masturbarme en su cama sin mirarme siquiera.

Por mucho que quiera reírme de esto y considerarlo una broma, la excitación está creciendo en mi estómago. Además, me niego a que

me vea estremecerme.

Así que me tumbo en la cama y tiro las bragas al suelo. Soy consciente de que probablemente me parezco más a una ballena varada que a otra cosa, pero, cuando Arsen por fin se voltea, sus ojos están oscuros y encapuchados.

Se desabrocha el cinturón. —Ha sido una pérdida de dinero. No te va a satisfacer.

Muevo las caderas, dejando que la punta del consolador me acaricie la piel. —¿Qué sabes tú de satisfacerme?

Podría escribir el libro sobre el tema, pero de ninguna manera se lo voy a decir.

—Porque sé que estás acostumbrada a cosas más grandes.

—Menudo hombre —suspiro—. Siempre piensas que se trata de quién es más grande. No es así. Se trata… *mmm*… de lo que haces con lo que tienes.

Aún tengo los ojos cerrados, pero oigo a Arsen acercarse. Su mirada me eriza la piel. Y tengo completa conciencia de que quiero sus manos sobre mí.

Empujo el consolador más adentro de mí y suelto un gemido muy intencionado. *Estrellas del porno, jubílense. Laila Barnes está aquí para robar el espectáculo.*

Cuando abro un ojo, Arsen respira con dificultad.

—¿Te vas a quedar ahí mirando? —jadeo.

Asiente. —Quiero ver en qué te has gastado mi dinero. Enséñamelo, esposa.

Entrecierro los ojos, atrapada entre el deseo de volver a hundir el consolador dentro de mí o arrojárselo a su estúpida cabeza.

Me hundo en el pozo y trato de perderme en la sensación; trato de olvidar que Arsen está a medio metro observando cada segundo. Pero es imposible. Porque incluso con los ojos cerrados, es su cara la que veo en mi mente.

Abro más las piernas y empujo más adentro. Me lo imagino deslizándose entre mis piernas, su lengua sobre mi piel. Ahora mismo, si me arrancara este consolador y me follara él mismo, lo dejaría quemar todo el paquete.

Cuanto más me acerco al orgasmo, más deseo verlo.

Cuando no puedo resistirlo ni un segundo más, abro los ojos y veo a Arsen de pie a mi lado, con la polla apretada en el puño.

—Sigue adelante —gruñe—. No te detengas.

—¿O qué?

—¿Qué quieres de mí, *roza*? —lo dice como si yo fuera una plaga enviada para destruir su casa. Como si pudiera hacer cualquier cosa para hacerme desaparecer.

Pero cuando vuelvo a mirarlo a la cara, su mirada está hambrienta. Jodidamente voraz, en realidad. Su mano se mueve cada vez más deprisa, bombeándose ante mí.

Se acerca un paso más a la cama. —¿Quieres que te toque?

Sí. Más que nada. Por favor, por el amor de todo lo que es bueno, correcto y justo, tócame.

Pero niego débilmente con la cabeza. —Para eso está el juguete.

Su mandíbula se aprieta y mi pequeño y mezquino golpe da en el blanco, pero me doy cuenta demasiado tarde de que mi objetivo ha cambiado. Ya no quiero alejar a Arsen.

Quiero arrastrarlo más cerca.

—¿Así es como quieres jugar, pequeña *roza*? —sus labios se curvan en una oscura sonrisa.

Se quita los calzoncillos, y en cierto modo odio que no estuviera bromeando. *Estoy* acostumbrada a que sean más grandes.

Mi monstruoso consolador no tiene nada que hacer contra la bestia que tiene entre las piernas. Pero, en lugar de tocarme, Arsen solo se toca a sí mismo.

Aunque no todo es malo, ¿verdad? Podría haber abandonado la habitación. Podría haberse marchado y haberme abandonado para que acabara, o no, por mi cuenta.

Pero no lo hizo.

Se quedó.

Quizá hasta pueda convencerme de que es porque no soportaba marcharse.

Ahora utilizo el consolador con movimientos largos y profundos, metiéndolo y sacándolo a la velocidad del bombeo de Arsen. Estamos desafiantemente separados, pero totalmente sincronizados, con los ojos fijos el uno en el otro mientras avanzamos hacia el clímax mutuo.

—Tan cerca —jadeo, arqueando la espalda—. Estoy tan cerca.

En el momento de la verdad, mi mirada se desliza hasta su rostro: sus intensos ojos verdes, el cuadrado de su mandíbula, los pómulos afilados.

Eso está muy bien. Pero es lo que veo en el fondo de sus ojos lo que me lleva al límite. Solo por un momento, el más leve indicio, el más pequeño destello perceptible...

De un hombre que está a punto de perder el control.

Eso es lo que yo quería. Esa es la humanidad por la que estaba tan desesperada.

Cuando lo veo, acabo con fuerza. Espasmos en todo el cuerpo, chispas que rebotan por todas las terminaciones nerviosas. Siento que voy a prender fuego las sábanas. Todo este maldito edificio podría arder en llamas a mi alrededor y, sinceramente, no estoy segura de si me daría cuenta.

Pero, cuando por fin abro los ojos, descubro que mi entorno permanece prácticamente inalterado. La habitación está intacta. Arsen está de pie junto a mí. Está completamente vestido, perfectamente aseado.

Y cualquier signo de que pudiera estar a punto de quebrarse hace tiempo que desapareció.

—Puedes poner a prueba mi paciencia todo lo que quieras, esposa. Juega conmigo, ponme a prueba... no importa —dice fríamente—. Siempre te recordaré exactamente a quién perteneces.

Se marcha y yo me desplomo de nuevo sobre el colchón, confundida y agotada.

Cuando me despierto unas horas más tarde, Arsen no está allí.

Tampoco el paquete.

25

ARSEN

—¡Espera, Otets! —la voz de Feliks Kiselev se arrastra por el pasillo hasta mi despacho—. Esto va a salir mal. ¡Para!

—Parece que tienes visita —observa Gedeon cuando se abre la puerta de mi despacho.

Rolan entra furioso con Feliks pisándole los talones. Los sigue un disgustado Malcolm. Da un último y débil golpe en el brazo de Rolan, pero el viejo se lo quita de encima con un codazo.

—Señor, no puede... —los ojos de Malcolm se desvían impotentes hacia mí—. Sr. Adamov, intenté detenerlos. Simplemente irrumpieron. Sin cita previa, no…

—¿Es verdad? —ruge Rolan, abriéndose la chaqueta para que todos capten el destello de una pistola en su cadera.

La mano de Gedeon se mueve hacia su propia arma, pero le dirijo una mirada de advertencia. No será necesario.

Sin embargo.

—Malcolm, puedes retirarte por hoy.

Mi ayudante frunce el ceño ante los Kiselev antes de salir de la habitación. En cuanto la puerta se cierra, los labios de Rolan se curvan despectivamente. —¿Es cierto? —repite.

Gedeon se acerca. —Vigila tu tono, Kiselev.

Feliks pone una mano en el hombro de su padre. —Otets, esta no es la forma correcta de...

—¡Suéltame! —brama, apartando de un manotazo la mano de su hijo—. Vuelve a tocarme y te enterraré junto a tu hermana. ¿Cómo te atreves a reñirme?

Feliks vacila, pero Rolan solo tiene ojos entrecerrados para mí. —Te lo preguntaré una vez más, Adamov: ¿es verdad, mierda? ¿Has tomado otra esposa?

No necesito responder. Me limito a mirarlo a los ojos.

El hombre entra en combustión. —¡Natascha no lleva ni una semana muerta! T-te... atreves…

—¿"Atreverme"? —me río en su cara—. No me atrevo, Rolan. Lo *hago*. Soy el *pakhan*. Como me recordaste una vez, tomar esposa es mi deber como líder de la Bratva Adamov. Esa es la lógica que me presentaste antes de ofrecerme a tu hija.

—Se suponía que esta mujer era tu madre de alquiler, pero estuviste engañando a mi hija con esta puta todo el tiempo. Fuiste tú quien la mató, ¿verdad?

—Otets... —advierte Feliks.

—No pasa nada, Feliks —camino tranquilamente alrededor de mi mesa mientras el cielo se enrojece a nuestras espaldas—. No tenía ningún interés personal en tu hija, Rolan. Llegamos a un acuerdo: Yo vivía mi vida y ella era libre de vivir la suya. No tenía motivos para quererla muerta.

—Pero... el bebé... —suelta—. Ese bebé es en parte Kiselev.

Está perdiendo su punto de apoyo. Estos son sus últimos intentos desesperados de detener la caída libre de su familia.

Sería repulsivo si no fuera tan lamentable.

—Mi bebé no tiene nada que ver con tu hija.

—Entonces, la niña será un bastarda —escupe.

—Si no recuerdo mal, tú mismo fuiste el bastardo nacido de la amante favorita de tu padre. ¿No es cierto, Rolan?

Se encoge como si lo hubiera abofeteado.

Pero aún no he empezado a infligir dolor.

—Siempre investigo. Me gusta conocer a mis enemigos. Y definitivamente conozco a mis aliados, reales o imaginarios —me crujo el cuello perezosamente—. En cualquier caso, mi hija no será una bastarda. Sobre todo, ya que me casé con su madre.

—¿Así que lo admites? —presiona Rolan—. Masacraste a mi hija para quitártela de en medio y poder casarte con tu puta.

—He sido muy paciente contigo hasta ahora, Rolan. Pero llama puta a mi mujer una vez más y me aseguraré de que te reúnas con tu hija en el infierno.

Palidece, los puños palpitan. —Tú la mataste...

—¡*Otets*! —grita Feliks, levantando la voz por primera vez desde que lo conozco—. ¡Ya basta!

Rolan saca su pistola y apunta a su hijo. —¡Te he dicho que cierres la puta boca!

Tengo que elogiar a Feliks: el hombre ni se inmuta. —No vamos a hacer esto aquí —dice con frialdad.

—¿Te vas a quedar ahí parado mientras te apunto con una pistola a la cara y me das órdenes? —Rolan gruñe—. Un segundo. Eso es todo lo que haría falta para acabar con tu miserable vida. Un puto segundo.

—Pero entonces, ¿quién limpiaría tus desaguisados, padre? —Rolan se pone colorado, pero su hijo tiene más que decir—. Sabes que no

puedes culpar a Arsen de la muerte de Natascha. Podrías haber *evitado* la muerte de Natascha. Quizá por eso estás tan enfadado.

—Calla, muchacho.

Intervengo en la refriega. —Rolan, baja la maldita pistola. Estás haciendo el ridículo.

—¡Esto es entre mi hijo y yo!

—Salvo que estás en mi despacho, en mi territorio —lo miro fijo hasta que, con un gemido estrangulado, baja el arma—. Bien. Ahora dime: ¿cómo se podría haber evitado la muerte de Natascha?

—Esa no es tu...

—No hablaba contigo —interrumpo, cortando a Rolan en mitad de la frase y dirigiendo mi atención a Feliks. Puede que sea la primera vez que me dirijo a él. También es la primera vez que se muestra medianamente útil.

Traga saliva, luego se aclara la garganta y se yergue, alto y orgulloso. —Alessandro Calcagno lleva meses intentando ponerse en contacto con nosotros.

Rolan frunce el ceño en dirección a Feliks. —Esa información no debes compartirla, maldito *mudak*. Te callarás o... —se calla en el momento en que la fría boca de mi pistola presiona su sien.

—Eres tú quien va a tener que callarse, Rolan —le ordeno—. Una palabra más y apretaré el gatillo.

Traga saliva, pero se calla.

Luego de un momento, Feliks continúa—: Mi padre rechazó la petición de reunirse con Calcagno. Entonces, hace aproximadamente un mes, Alessandro prometió que, si no lo escuchábamos, no tendría más remedio que meterse con nuestra familia. Mencionó a Natascha por su nombre.

Eso son noticias para mí. Una noticia importante. —¿Te avisaron del atentado contra Natascha?

—¡Miserable bastardo! —grita Rolan a su hijo—. Voy a...

Pero lo que iba a hacer Rolan se pierde en el ensordecedor sonido de un disparo.

Mi disparo.

Rolan cae al instante, pintando mi alfombra con sus sesos.

—Le avisé —enfundo la pistola con un suspiro y me vuelvo hacia Feliks—. Al menos ya no te interrumpirán.

Feliks mira fijamente el cadáver de su padre. —Tú... tú lo mataste.

—¿Tienes algún problema con eso?

Inhala.

Exhala.

Entonces—: No. En absoluto.

—Bien. Ahora, decías...

—Mi padre piensa... *Pensaba*... —Feliks traga saliva—. Pensaba que Calcagno solo alardeaba. Que intentaba asustarlo. Estaba seguro de que Natascha estaría protegida por el hecho de ser tu mujer. Le dije más de una vez que tenía que informarte de la amenaza. Todo el mundo sabía que Natascha y tú vivían separados, que era vulnerable. Pero él estaba más interesado en centrarse en Pobeda y el lanzamiento. No creía que mereciera la pena perder el sueño por la amenaza contra Natascha.

—Tonto —hago una mueca—. Esto se podría haber evitado.

—Los Calcagnos te la tienen jurada desde que se anunció Pobeda —la voz de Feliks es uniforme, pero sus ojos se clavan en el cuerpo de

su padre cada pocos segundos—. Quieren detener el lanzamiento. Creen que te dará demasiado poder.

—Ah. Así que por eso se acercaron a ustedes. Intentan romper mis alianzas —tomo un pañuelo de papel de mi escritorio y me limpio una mancha de sangre de la parte posterior de los nudillos—. Hoy me has sorprendido, Feliks. Las aguas tranquilas son profundas. Nunca pensé que te enfrentarías a tu padre.

—Nunca fue un padre para mí —el veneno de su voz vuelve a sorprenderme.

—Bueno, ahora tienes la oportunidad de ser el hombre al mando —digo—. Eres oficialmente el jefe de los Kiselev, con mi bendición.

Sus hombros se cuadran con determinación. —Yo... supongo que sí.

—La alianza entre los Kiselev y la Bratva Adamov no tiene por qué acabar con Rolan. Siempre que seas leal.

—Puedo hacerlo.

Sonrío, tendiéndole la mano. —Entonces, espero con impaciencia nuestro próximo encuentro, Feliks.

Su apretón de manos es seguro, firme. Con una reverencia, sale de la habitación.

Gedeon espera a que los pasos de Feliks se hayan desvanecido antes de volverse hacia mí. —Pues que me jodan. Solo tú puedes repartir asesinatos y obtener lealtad a cambio.

Sonriendo, camino alrededor del cuerpo de Rolan. —Cuando te hayas desecho del cuerpo, reúnete conmigo en la entrada. Esta noche saldremos por la ciudad.

—¿Algún sitio en concreto?

—La Passione.

Es el club más exitoso de Alessandro Calcagno en el centro de la ciudad. Creo que hace tiempo que deberíamos hacerle una visita.

Su rostro se descompone en una sonrisa hambrienta. —Excelente.

ARSEN

—¿Cómo que ahora vas a La Passione? —la voz de Dominik retumba por los altavoces del Escalade—. ¡Alessandro está allí esta noche!

Gedeon se tapa los oídos. —Otra octava más alta y solo los perros podrán oírte, Dom.

—Esta noche tienes la Gala Barnaby —me recuerda Dom.

—*Blyat'* —lo había olvidado.

—Hoy te he llamado tres veces —se queja Dominik—. Todas las cuales has ignorado.

—Estaba ocupado.

—Ocupado evitándome, querrás decir. No tengo nada que ver con ese maldito paquete, Arsen.

Gedeon se levanta como un suricato. —¿Qué paquete?

—¡Intentaba asegurarme de que era seguro! Si hubiera sabido que estaba lleno de consoladores gigantes, nunca habría...

—¿Qué me he perdido? —grita Gedeon.

—¡Basta!

Sé que Dominik no tuvo nada que ver con la maniobra de Laila, pero ahora mismo no puedo pensar en nada de eso. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para gastar energía imaginando a Laila tumbada en mi cama, con las piernas abiertas, los labios entreabiertos...

Me aclaro la garganta. —¿Cuántos asientos tengo en esta maldita gala? ¿Puedo saltármela?

—Dos mesas enteras. Y no, a menos que quieras ofender a todos los mejores y más brillantes de la sociedad, por no hablar de algunos importantes contactos comerciales.

Mierda. —Bien. Estaré allí. Llegaré tarde, pero estaré allí.

—¿Piensas llevar a...?

—¿Quién? —gruño.

Sé exactamente el nombre de quién está a punto de salir de sus labios, y no puedo oírlo. No puedo recordar el aspecto que tenía debajo de mí, retorciéndose, gimiendo.

Si lo hago, ignoraré toda responsabilidad que tenga delante y me dirigiré a ella en su lugar.

—Nada. No importa —murmura Dominik—. Nos vemos en la gala.

La línea se corta y Gedeon mira. —¿Voy a oír alguna vez la historia, o...?

—No.

Suspira, pero es lo bastante sabio como para saber que no debe discutir. —De acuerdo. ¿Cuál es el plan?

Aparco junto al bordillo a media manzana de La Passione. —Quédate en el coche y haz que Valentin y Matvey lleven mi regalito a la parte trasera del club en cuanto lleguen.

—¿Vas a entrar ahí solo? —Gedeon empieza a sonar como Dominik.

—Este es el negocio más próspero de Alessandro. Empezar una mierda conmigo a la vista de sus clientes perjudicaría sin duda sus márgenes de beneficio. No correrá el riesgo.

Gedeon se muerde el labio. —Aun así...

—Es importante que Alessandro sepa que no me intimida. Mándame un mensaje cuando lleguen Valentin y Matvey.

Le dejo en el Escalade y me dirijo a grandes zancadas hacia el club.

Hay una larga cola de gente fuera, deseando que el huraño portero los deje pasar. Me ubico delante de todos ellos, ganándome unas cuantas quejas y algunas sonrisas de las mujeres que estaban al principio de la cola, que sin duda esperan alcanzarme dentro.

En algún momento de mi vida, puede que me entretuviera con ellas.

Ahora, no podría importarme menos.

El portero extiende un brazo cuando me acerco. —¿Estás en la lista?

—Siempre estoy en la lista —respondo—. Arsen Adamov. Te aconsejo que no me hagas esperar.

El portero parece haber visto un fantasma. Se echa a un lado y me hace pasar, murmurando algo sobre "informar al Sr. Calcagno de mi llegada".

Atravieso rápidamente las puertas y entro en el club, evitando el sudor, el sexo y el caos de la pista principal en favor de la sección VIP.

Cuando llego al final de la escalera revestida de terciopelo, una preciosa morena de pelo corto y de punta se materializa ante mí. —Sr. Adamov, soy Annabelle, la anfitriona de la velada. Don Calcagno...

—¿Supongo que sabe que estoy aquí?

—Por supuesto. Don Calcagno lo sabe todo —su vestido de lentejuelas capta las luces parpadeantes de la pista de baile. Parece un pez plateado—. Te pide que lo esperes en su mesa privada. Tardará unos instantes.

En otras palabras, tardará al menos media hora. No puede moverse contra mí en un lugar público como este, pero puede obligarme a esperarlo.

Le saldrá el tiro por la culata. He estado en la puta cárcel. No tengo ningún problema en esperar.

Me pido un whisky y saco el móvil. Ahora que tengo unos minutos para mí, mi mente vaga hacia el único lugar al que no la he dejado ir en todo el día.

ARSEN: Tengo un evento esta noche. Espero que estés lista en una hora. Haré que te envíen un vestido a casa.

Ni siquiera un minuto después, mi teléfono vibra. Me siento como un adolescente cachondo mientras vuelvo a revisar mis mensajes de texto.

LAILA: Sí, Amo. Enseguida, Amo. ¿Desea su Alteza algo más?

ARSEN: Sabes, no odio cómo suena eso.

LAILA: Claro que no. Porque eres un puerco.

ARSEN: Podrás ver qué tanto lo soy en el evento de esta noche. No lleves ropa interior.

No me doy cuenta de que estoy sonriendo al teléfono hasta que un posavasos de cuero se desliza delante de mí. Levanto la vista y ahora me encuentro sonriendo sin querer a la anfitriona.

Coloca mi bebida delante de mí, inclinándose lo suficiente para ofrecerme una vista no solicitada de su escote. —Su bebida, Sr. Adamov. Cortesía de Don Calcagno.

—Gracias —mi sonrisa se marchita—. Eso es todo.

Su aplomo vacila, como si esperara que aceptara la invitación que obviamente me está haciendo. —Avísame si necesitas algo más.

No necesito nada de ella. Me vuelvo hacia mi teléfono mientras zumba.

LAILA: ¿A qué acontecimiento me estás arrastrando? ¿A una flagelación pública? ¿Una operación a corazón abierto a tus enemigos, sin anestesia?

ARSEN: Una gala benéfica. No tan sangrienta como tus sugerencias, pero igual de dolorosa.

LAILA: ¿Es una organización benéfica para hombres ricos con egos frágiles? Debe de ser una causa muy cercana a tu corazón.

ARSEN: Una gala benéfica para financiar un ala del St. Francis Memorial, en realidad.

LAILA: ¿El hospital?

ARSEN: No. El club de striptease. También está cerca de mi corazón.

LAILA: Eres divertidísimo.

ARSEN: Este acontecimiento es importante. Así que espero que te comportes lo mejor posible esta noche.

Los tres puntos aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer. Es bonito imaginarla frunciendo el ceño ante el teléfono, debatiendo qué decirme.

LAILA: Dime dónde está el paquete e iré.

ARSEN: Vendrás esta noche a pesar de todo, roza.

Doy un sorbo a mi bebida, disfrutando demasiado de esto.

LAILA: Qué listo eres. ¿Es eso lo que quieres oír?

ARSEN: "Es usted muy listo, Amo" sería mejor, pero eso podemos trabajarlo esta noche. En la gala.

LAILA: ¿Por qué estás tan seguro de que obedeceré?

ARSEN: Porque creo que eres una mujer inteligente, Laila. Una que sabe elegir sus batallas.

Tengo los pulgares sobre el teclado, esperando su respuesta, cuando llega Alessandro Calcagno con su séquito.

—Arsen —Alessandro levanta los brazos como si fuéramos a abrazarnos—. Qué maravilloso...

Levanto un solo dedo, manteniendo la mirada fija en mi hilo de texto con Laila.

ARSEN: Si no llego a tiempo, entra sin mí. Pero quédate cerca de Dominik.

Pulso *Enviar*. Solo entonces me pongo en pie y le ofrezco la mano. —Discúlpame por eso, amigo mío. Tenía algunos asuntos que atender. Ya me entiendes.

Alessandro intenta recomponer el ceño, pero no consigue ocultar su irritación. —Por supuesto —hace un gesto al hombre más joven que tiene al hombro. Otro heredero que se esconde detrás de su padre. Mis enemigos se reproducen como conejos. Alguien debería enseñarles el valor de un preservativo—. Recuerdas a mi hijo, Enzo.

—Me alegro de volver a verte, Enzo —todos sabemos que estoy mintiendo, así que paso al acto principal—. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos que he venido con un regalo para ustedes dos.

—¿Qué se celebra?

—La muerte de mi mujer.

Enzo se adelanta inmediatamente. —No sé lo que has oído...

—No escucho cotilleos ociosos, Enzo —le interrumpo—. Pero los hechos son difíciles de ignorar.

Alessandro finge sorpresa. —Venir a mi club y acusarme de asesinar a tu encantadora esposa es atrevido incluso para ti, Arsen.

Inclino la cabeza hacia un lado. —¿Siempre has sido un mal mentiroso, o estás perdiendo la práctica con la edad?

De repente, el fingimiento se desvanece. Su rostro se tuerce en una horrible mueca. —¿Qué me delató?

—Nadie que la conociera la describiría jamás como "encantadora".

Se ríe con malicia. —No te equivocas. Por lo que veo, te he hecho un favor.

—Intentaste hacerme parecer débil.

Enzo se inclina para susurrar algo, su voz baja al oído de su padre, pero no lo suficiente como para que yo no oiga casi cada palabra. —...No creo que este sea el lugar apropiado para tener esta conversación, papá.

—¿De qué tienes miedo, Enzo? —se burla Alessandro—. Arsen está aquí para darme las gracias, ¿verdad, amigo mío?

—Eso es exactamente lo que he venido a hacer. De ahí el regalo. Está fuera del club. En las bolsas para cadáveres.

Alessandro arquea las cejas, sorprendido.

—¿De verdad creías que no habría represalias para los hombres que mataron a mi mujer?

Se lanza hacia mí, pero Enzo lo retiene.

—Hoy han muerto unos cuantos —continúo—, así que estarán frescos. Aunque no puedo decir lo mismo de los siete. Tendrás que moverte rápido si no quieres que el hedor moleste a tus clientes.

—Supongo que crees que con esto estamos en paz —no se me escapa el destello de esperanza en sus ojos.

—Difícilmente.

—No querrás empezar una guerra total conmigo —refunfuña—. No tan cerca del lanzamiento de Pobeda. Hay una forma de que coexistamos.

—Lo dice el hombre que ordenó matar a mi mujer.

—He oído por ahí que *tu mujer* está viva y bien. Y embarazada. No has tardado mucho en sustituir el cadáver, ¿verdad? Todos salimos ganando, ¿no te parece?

Enzo se mueve torpemente de un pie a otro. Su dinámica parece algo más funcional que la relación de Rolan con Feliks.

Pero no por mucho.

—¿Qué quieres realmente, Alessandro? —le pregunto.

—Pues una amistad duradera, por supuesto —sus ojos brillan como los de un ave rapaz—. Y dominio sobre Temple District.

— Temple District es donde hago más negocios.

Se encoge de hombros. —Haces negocios en todas partes, Arsen. Y se te da bastante bien. Renunciar al control de Temple District no te perjudicará realmente.

—No, pero podría perjudicarte a ti —dejo caer mi falsa sonrisa—. Vuelve a acercarte a mi familia, Calcagno, y demoleré la tuya. Y, si metes siquiera un dedo meñique del pie en Temple District, te lo seccionaré y te meteré el muñón ensangrentado por la puta garganta.

Luego lo rodeo y salgo de la sección VIP.

Estoy casi en las puertas cuando Enzo me alcanza. —Se ha olvidado la cartera, Sr. Adamov.

La cartera de piel que tiene en la mano no es mía, y estoy a punto de decírselo cuando susurra—: Fue mi padre quien ordenó el asesinato de tu mujer. Le aconsejé que no lo hiciera.

—Está claro que no te escucha.

Enzo suspira. —Cuanto más mayor se hace, más se resiste a mis aportes.

—Si no te haces cargo, lo hará otro.

—Estoy dando pasos —admite vagamente—. Pero estoy esperando el momento adecuado.

Hm. Interesante. Puede que Alessandro esté perdido, pero aún puede haber esperanza para el hijo.

—Pero no esperes demasiado —advierto—. Una vez que las cosas se ponen en marcha, es difícil cambiar su trayectoria.

LAILA

Responder a los mensajes de Arsen fue mi primer error.

Resulta que mi increíblemente guapo marido también puede ser gracioso, lo que demuestra que Dios sí que tiene favoritos. *Guarda algo de carisma para el resto de nosotros, imbécil.*

Mi segundo y tercer error fue ponerme el vestido y los tacones que me mandó y apretar mi culo de embarazada en un coche, solo para venir a hacer malabares delante de un montón de gente rica a la que no tengo ningún deseo de conocer.

—Quiero irme a casa.

Me asomo por las puertas dobles que dan al salón de baile, pero no veo a Arsen por ninguna parte. Tal vez aún no me haya visto. Tal vez, cuando se dé cuenta de que no voy, sea demasiado tarde para ir a buscarme y pueda esconderme en casa.

Toma eso, Amo.

—Lástima —Dominik me saca las uñas de la manga de su chaqueta —. Arsen ya está dentro. Te está esperando. Ya estoy bastante metido en su lista de mierda.

—Me importa un bledo lo que espere. No quiero entrar ahí, Dom. No sé cómo lidiar con... —agito un brazo para abarcar la finura general

—, *esto*. La ropa elegante, la gente elegante.

—Si te hace sentir mejor, estás sensacional.

Me miro en los espejos del vestíbulo. La tela lila fluye elegantemente sobre mi barriga. El diseño de hombros descubiertos es lo bastante bajo como para mostrar un sutil escote y los nuevos diamantes que llevo en el cuello.

—Bien. Reconozco que mi aspecto es... pasable. Pero no me siento yo misma —saco un pie de debajo del vestido, enviándome una punzada de dolor directamente a la cadera—. Tampoco siento los dedos de los pies.

Los tacones de aguja Ferragamo de cinco centímetros son preciosos, pero tienen un precio, y lo estoy pagando con intereses.

Dominik extiende un codo. —Por eso me tienes a mí.

—No hay salida, ¿verdad?

—No, a menos que creas que puedes correr con esos tacones.

Con esa opción totalmente fuera de mi alcance, enlazo mi brazo con el de Dom y dejo que me lleve hacia los lobos.

En cuanto entramos, las miradas giran en nuestra dirección. Deambulamos por la sala, sonriendo mientras buscamos a Arsen.

—Cuando vea a tu jefe —murmuro—, le patearé el culo.

Dominik se ríe entre dientes. —Pagaría un buen dinero por ver eso. Sobre todo delante de este público.

—¿Quién es toda esta gente?

—En pocas palabras: en esta ciudad no se hace nada sin que lo diga una de las personas de esta sala.

—Ah, así que un puñado de don nadies —cuando veo un enorme cartel que destaca la causa de esta noche "*Matar el Cáncer*", me

detengo bruscamente y mi brazo se suelta del de Dominik—. Pensé que esta gala era para financiar otra ala del St. Francis Memorial. Eso dijo Arsen.

No mencionó el cáncer.

Lo recordaría.

—Lo es. Un ala especializada, dedicada a los enfermos de cáncer.

Se me cae la mandíbula. —¿Lo sabía?

—Teniendo en cuenta que querían ponerle su nombre a toda la maldita ala, voy a suponer que sí.

—¿Por qué le pondrían su nombre al ala? —pregunto, temiendo conocer ya la respuesta.

Guapo, divertido *y* cura el cáncer. Tu clásica triple amenaza.

—Él paga la mayor parte de las facturas, pero no se lo digas a nadie —susurra Dominik—. Odia dar discursos. Nuestro amigo Arsen hace su mejor trabajo tras bastidores.

También prefiere quedarse tras bastidores cuando se trata de su historia personal, al parecer.

—¿Sabe la gente de aquí lo de su madre?

No me imagino que estuviéramos aquí ahora mismo si lo supieran. Lo último que querría es hablar de su madre toda la noche.

Dominik se tensa. —¿Te ha hablado de ella?

—Polina lo hizo. Al menos un poco. ¿Pudiste conocerla?

—No. Murió antes de conocernos —se aclara la garganta y mira más allá de mí—. Ah, ahí está. Y no es demasiado temprano. Vamos pequeña saltamontes, sin prisa pero sin pausa.

Distraída, sigo a Dominik entre la multitud. Entonces, veo también a Arsen y...

Vaya.

Casi se me doblan las rodillas al verlo. Ese hombre podría hacer que Adonis pareciera un adolescente infestado de granos.

Lleva un traje azul noche con una camisa marfil, sin corbata. Todos los demás llevan esmoquin negro, pero de algún modo parecen poco vestidos en comparación con él. Está bronceado, tatuado, reluciente, impecable. Sobresale por encima de la multitud. Todos los ojos que pasan sobre él vuelven para repetir, repetir y repetir.

No parece reparar en nosotros. Está demasiado ocupado cautivando a la pequeña multitud que se agolpa a sus pies.

Hay una rubia preciosa a su derecha, pendiente de cada una de sus palabras. Lleva un vestido que haría que Jessica Rabbit pareciera conservadora. Su vientre plano me hace ser aún más consciente de mi enorme barriga mientras me balanceo para unirme a una multitud a la que claramente no pertenezco.

Los ojos de Arsen me recorren. —Laila. Estás aquí.

Me tiende el brazo y, por lo visto, se espera que me acerque a él. Mi misión en la vida es complacer a la gente, así que hago lo que me pide el Amo y me escabullo más cerca. Su mano se apoya en la parte baja de mi espalda, tirando de mí contra su pecho mientras me da un casto beso en la mejilla.

—A todos, les presento a Laila Adamov, mi esposa.

Un murmullo de interés recorre el grupo de personas.

—¿Esposa? —Jessica Rabbit me lanza una mirada mordaz—. Vaya, qué sorpresa.

Arsen no ofrece ninguna explicación aparte de mi presentación, y Jessica Rabbit aparte, este grupo es demasiado educado para preguntar. Al cabo de unos minutos, se separan, pero siento sus ojos clavados en mí mientras se desvían por la sala.

—Tú sí que sabes lanzar una bomba —le digo.

Sonríe con satisfacción. —Me gusta causar impresión.

—¿Quién es? —pregunto, sin poder evitar hacer un gesto hacia Jessica Rabbit.

—Elenor Martinsen. Su padre es dueño de una cadena de casinos. Cuando no se comporta como una niña inmadura con un fondo fiduciario, es modelo.

—Claro que sí.

Arsen me engancha un dedo bajo la barbilla y fuerza mi mirada desde Elenor Martin-lo-que-sea hacia él. —Estás preciosa, *roza*. Los diamantes te sientan bien.

Sonrojada, me aparto de su contacto. —La gente nos mira.

—Te están mirando a ti, Laila. Y, sinceramente, no puedo culparlos.

Entrecierro los ojos. —¿Es este el tipo de canción y baile que debería esperar de estas funciones? ¿Serás dulce conmigo toda la noche para que tus amigos no sepan que es una mentirota?

Resopla de risa. —No arruines la ilusión. Es nuestro pequeño secreto.

Estoy a punto de preguntar si realmente estoy viendo a Mick Jagger en el bar cuando Arsen gruñe en voz baja. —Debería saber que no debe presentarse en uno de mis actos benéficos.

—¿Los Rolling Stones? —entonces, sigo su mirada y lo veo observando a un hombre rubio con una estructura ósea impecable y púas plateadas en los mocasines—. Supongo que no es amigo tuyo.

Arsen frunce el ceño. —Es Matthew Cole. Ha estado intentando meter Adamov Liquor en sus bares del distrito industrial.

—Eso suena bien. Más bebidas vendidas, más dinero, ¿no?

Arsen me acerca un poco más. —Normalmente, tendrías razón. Pero el alcohol que ofrezco es tan popular como es por su exclusividad. No se puede encontrar en todas partes. Solo algunos bares y hoteles de la ciudad ofrecen Adamov Liquor. El nombre tiene cierto prestigio.

—¿Y los bares de Matthew Cole no están a la altura?

—Tengo normas que mantener. Que algo sea popular no significa que sea bueno.

—A Laila del instituto le habría encantado ese consejo —murmuro.

Alguien aparece justo en ese momento y roba la atención de Arsen. Chillo algo sobre el baño y me separo de él en busca de un rincón tranquilo donde esconderme un rato. Doy un rodeo para inhalar un cóctel de gambas, pero, justo cuando reanudo mi búsqueda de un santuario, un cuerpo de esmoquin me bloquea el paso.

—Bueno, hola —Matthew Cole me mira de arriba abajo descaradamente—. No creo que nos conozcamos.

Me trago lo que me queda de gamba en la boca y cojo la mano que me ofrece. —Laila Barnes.

En lugar de estrecharme la mano, se la lleva a los labios. —Es difícil dejar de apreciar una cara nueva en estos viejos y cansados círculos. Soy Matthew Cole.

Siento el momento en que Arsen nos localiza como un cambio en el campo magnético. Pero me obligo a mantener la mirada en el hombre que tengo delante. —¿Vienes a muchos de estos eventos?

—A todos, por desgracia. Son bastante aburridos. A menos, claro, que conozcas a alguien que *también* prefiera estar en cualquier otro sitio. Entonces puede ser divertido —me guiña un ojo como si no nos hubiéramos conocido hace quince segundos—. Puede que seamos almas gemelas, Laila.

—¿Qué te hace pensar que no quiero estar aquí?

—Porque te he estado observando durante la última hora. No te reíste histéricamente con el chiste tonto del alcalde Klein sobre el amaño de las elecciones, no felicitaste a su mujer por sus perlas y no parecías nada impresionada cuando Jerry Hunnam presumía de su nueva mansión en el Valle.

—Oh. Bueno, tienes razón en que me importa una mierda la lista de invitados —admito—. Pero sí me importa la causa.

—Puede que seas la única persona aquí a la que le importe.

—A Arsen y a mí.

Su sonrisa se vuelve un poco fría. —Arsen Adamov no está aquí para curar el cáncer.

Me encojo de hombros y cojo otro cóctel de gambas. —No malgastaré saliva intentando convencerte de lo contrario.

—¿Estás aquí con él?

—¿Qué te parece, Cole? —interrumpe Arsen, interponiéndose entre Matthew y yo.

—Adamov —hace una mueca Matthew—. ¿Cómo demonios te las has arreglado para conseguir la cita más guapa de aquí?

Arsen hace ademán de rodearme con el brazo. —Casarme con ella me ayudó.

A Matthew casi se le salen los ojos de las órbitas. —¿Desde cuándo?

—Hace poco. Queríamos hacerlo antes de que naciera nuestra hija —Arsen me roza el cuello con un beso. Intento zafarme de él, pero me agarra con más fuerza.

—Pues bien —Matthew levanta su copa—. Felicitaciones.

Arsen bebe un pequeño trago sin apartar los ojos de los del otro hombre. —¿Cómo va el negocio?

Matthew se levanta hasta alcanzar toda su estatura. —De maravilla. Te lo has perdido de verdad.

—Intentaré sobrevivir a la decepción. Ahora, si nos disculpas, tengo que presentarle mi mujer a Stuart.

La sonrisa cortés de Matthew se convierte en un ceño fruncido cuando Arsen me lleva.

—Stuart Roundhouse es su competidor directo —explica en un susurro divertido.

—¡Arsen! Estás metiendo el dedo en la llaga a propósito.

—Bien merecido se lo tiene ese cabrón por intentar meterse con mi mujer.

Ignoro la satisfacción que me producen sus palabras. —¿Sacamos una regla y empezamos a medir pollas ahora, o lo dejamos para más tarde? ¿Quizá después de la competencia de pulso?

Ignora mi pinchazo y gira sobre sí mismo, deteniéndose frente a mí. —Lo estás haciendo muy bien. Parece que perteneces a este grupo.

Doy un bocado a mis gambas, pero apenas puedo disfrutarlo porque Arsen parece fijado en mi boca mientras mastico. —Sí, bueno, una vez superados los nervios iniciales, me di cuenta de algo: no me importa lo que esta gente piense de mí.

Arsen alarga la mano y me pasa un rizo suelto por detrás de la oreja. —Realmente no, ¿cierto?

En realidad no es una pregunta. Lo dice en voz baja, casi como si hablara consigo mismo.

No puedo explicar por qué me parece el mayor cumplido que me ha hecho nunca.

LAILA

—Hay que ser muy valiente para comer en uno de estos eventos. Yo nunca podría. Admiro mucho tu independencia.

Jessica Rabbit vuelve a estar a mi lado, armada con una sonrisa brillante y una capa fresca de pintalabios. Yo, mientras tanto, tengo una cola de gamba colgando de la boca.

No es que importe. Me comí el pintalabios a los diez minutos de cruzar las puertas.

Trago un bocado de comida apenas masticado mientras ella reclama el asiento a mi lado sin invitación. —Sí, bueno, cuando tengo hambre, como. Llámame icono feminista.

—Claramente —sus ojos contemplan la carnicería de platos y vasos vacíos que tengo delante. Lo único comestible que queda es una hoja de lechuga marchita—. También admiro que no te preocupe el aumento de peso innecesario. El embarazo es la excusa perfecta para soltarse.

Sin más, se me quita el apetito. Esta perra es muy buena en lo que hace.

Aparto mi plato. —Elenor, ¿verdad?

—Elenor Martinson —dice, subiéndose el corpiño como si su insano escote fuera un complemento. *Elenor Martinson, Su Pechugona Real* —. Me habría presentado antes, pero los buitres estaban dando vueltas. Todo el mundo quiere conocerte.

Finjo una risa, mirando a mi alrededor en busca de Arsen o Dominik o cualquiera que pueda salvarme de esta conversación. Pero no hay caballeros blancos a la vista. Podría tirar de la carta del embarazo y excusarme para ir al baño, pero solo de pensar en volver a ponerme en pie me desmayo. Mi cadera lleva una hora gritándome que me muera.

—Tiene sentido. Quiero decir... ¡¿Arsen Adamov, casado, no una, sino dos veces?! Y tan poco después de la trágica muerte de su esposa, nada menos —suspira desconsoladamente, pero la simpatía momentánea desaparece casi tan pronto como empezó y tiene una mirada calculadora. Apostaría dólares a que lo siguiente que sale de su boca es alguna mierda del tipo asesinato premeditado—. Bueno, su *primera* esposa, al menos.

Has acertado, Lai. Buen trabajo.

Ni siquiera intento ocultar que volteo los ojos. —Sí, soy su segunda esposa. Qué vergüenza. Oh, el horror —hago un gesto de desdén con la mano—. Si estás aquí para hacerme sentir mal por eso, sobrestimas enormemente lo mucho que me importa tu opinión.

Sus finas cejas se arquean, sorprendidas. —¿Qué quieres decir?

—O estás aquí para hacerme sentir mal por el hecho de que Arsen tuviera una vida antes de que yo lo conociera o, en el mejor de los casos, no eres más que otro buitre en busca de la primicia. Pero con las tetas más grandes y la nariz mejor operada.

—He venido para ser amable —sisea—. He venido porque estás comiendo gambas sola. Parecías patética.

Sonrío dulcemente. —No te sientas mal por mí. Las gambas eran mejor compañía.

Empuja la silla hacia atrás y se levanta. —De acuerdo. Por mí puedes pasar el resto de la noche sola.

—No me amenaces con pasar un buen rato.

Se aleja resoplando y se pasa el pelo rubio por encima del hombro. Casi me siento mal, pero cuando me doy cuenta de que sus tacones son cinco centímetros más altos que los míos, pero sus tobillos son esbeltos y no están hinchados, ese sentimiento desaparece.

Se oye una risita oscura justo detrás de mí. —Menudo espectáculo —los ojos de Arsen brillan divertidos.

—¿Cuánto tiempo llevas merodeando por ahí?

—Desde que Elenor se sentó.

—Simplemente perfecto —ocupa el asiento que acaba de dejar libre la bruja y le lanzo una mirada sombría—. No ha sido uno de mis mejores momentos.

—Al contrario, me has parecido extraordinaria —entorno los ojos hacia él, esperando el remate del chiste. Pero él se limita a sonreír—. Te mantuviste firme. Es difícil hacerlo con Elenor.

—Pasas mucho tiempo de calidad con Jessica Rabbit, ¿verdad?

—¿Te molestaría que te dijera que sí?

—¿Te molestaría que te dijera que me da igual?

Nos miramos fijamente, enzarzados en una especie de empate, aunque por mi vida que no sabría decirte lo que está en juego en esta pequeña escaramuza.

Finalmente, aparto la mirada, hurgando nerviosamente en el mantel. —Habría pensado que elegirías a alguien un poco más estimulante intelectualmente con quien pasar el tiempo. Probablemente hablar con esa mujer sea como jugar al tenis con una pared de ladrillo.

—Estoy aquí contigo, no con ella, ¿no?

Pincho una mancha de comida en mi plato. —Le dirá a todo el mundo que tu nueva mujer es una zorra colosal.

—Bueno, le dijiste que preferías hablar con una gamba muerta. Puede que no se equivoque.

—Touché —bebo un sorbo de agua—. No debería haber dejado que me afectara. Le echo la culpa a los tacones.

—¿Qué les pasa a tus tacones?

Me levanto el dobladillo del vestido y le enseño mis tobillos horriblemente hinchados. Incluso puedo ver las marcas rojas como puñales, cortesía de cualquier genio de Ferragamo que haya decidido fabricar tirantes con lo que parece ser alambre de espino.

—No es para tanto —insisto cuando veo que su cara se transforma en esa mirada tormentosa de *Arsen está a punto de hacer algo*, que tan bien conozco. —Nada que un largo baño mañana no pueda arreglar.

—Deberías haber dicho algo —me agarra el pie por debajo de la mesa.

—¿Qué haces? Estoy bien.

—No estás bien; te duele. Déjame ver tus pies.

—No, a menos que me pagues con dinero contante y sonante, colega —intento sonreír, pero Arsen no está de humor para bromas. Da otro golpe por debajo de la mesa—. ¡No, de verdad! No pasa nada. Ni siquiera son mis pies. Los tacones me lastiman la cadera.

Sus ojos se oscurecen y me doy cuenta de que, de algún modo, he empeorado las cosas.

—Así es el dolor crónico —bromeo débilmente—. Siempre aparece en los momentos más inoportunos. Pero estoy acostumbrada, así que...

Me agarra bruscamente la pierna derecha y la arrastra hasta su regazo. A pesar del estruendo de su boca, sus manos son suaves sobre mi tobillo mientras me libera el pie de su trampa para osos de diseño.

—¿Así está mejor?

Dios, sí. Mucho.

—No puedo estar descalza aquí —gimo. Dirijo una sonrisa temblorosa a algunos invitados curiosos antes de volverme hacia Arsen—. Me quitaré los zapatos cuando estemos de camino a casa, ¿vale? Ahora no es el momento adecuado.

Intento echar la pierna hacia atrás, pero el dolor me sube por la cadera. No puedo detener la mueca de dolor a tiempo.

—Todavía te duele —acusa.

—No. Estoy de maravilla. Nunca mejor. Suéltame en la pista de baile y te lo demostraré.

Intento zafarme de su agarre, pero su mano se desliza por debajo de la abertura de mi vestido y me sube por el muslo.

—¡Arsen! Estamos en público.

—¿Qué se siente?

—Como un delito menor —pero mi indignación se ve invadida por el impulso de suspirar de alivio.

Arsen trabaja con dedos fuertes en el nudo de músculos que hay a lo largo de la parte superior de mi muslo y mi cadera. —Te he tenido demasiado tiempo de pie.

Le diría algo descarado sobre cómo podría ponerme de rodillas en su lugar, pero mi boca ha abandonado el barco en favor de dejar que todo mi cuerpo disfrute de la calidez y la comodidad de sus manos.

Arsen perdió su vocación: debería haber sido masajista. Lleva tocándome apenas un minuto, si acaso, y ya se me está pasando el dolor de la cadera. Mis pies han dejado de palpitar. Incluso el martilleo de las sienes se ha atenuado.

Probablemente por eso, cuando me pasa el pulgar por el pliegue de la cadera, pierdo la noción de dónde estoy y *gimo*.

Tampoco es sutil. Pongo todo mi empeño. El sonido es profundo y sincero. Y el "control de volumen" no es una de sus virtudes.

En cuanto sale de mis labios, abro los ojos. Sé que todavía hay gente hablando y riendo y que la música sigue sonando, pero la habitación bien podría estar en completo silencio.

No me atrevo a mirar a mi alrededor para ver quién me observa, pero sé que lo hacen.

—Dios mío —hundo la barbilla y espero que mi pelo oculte mi vergüenza—. Por favor, dime que alguien más ha hecho ese sonido.

—Alguien más hizo ese sonido.

—¡Mentiroso! ¡Eso es aún peor! Ay, Dios —dejo caer la cara entre las manos—. Saca la mano de mi vestido. No puedo ser la mujer que casi llega al orgasmo en público.

—¿Ese gemido era eso? —solo bromea: sabe cómo sueno cuando llego al orgasmo de verdad—. Supongo que no conozco mi propio poder.

—Eso no es lo que... digo que es lo que la gente *cree* que pasó.

—Y ahora no habrá quien los disuada. Vas a ser la comidilla de la fiesta —bromea Arsen mientras sus dedos se deslizan entre mis muslos.

—¿Qué haces? —aprieto las piernas, intentando que no entre aunque cada fibra de mi ser se muere por dejarle continuar—. La gente me está mirando.

Arsen está tan cerca que no puedo apartar la mirada para confirmar mi teoría. Solo puedo sostenerle la mirada. —Que se queden mirando.

—Arsen…

—Eres mi mujer —gruñe—. Es mi deber cuidar de ti. Si quiero meterte la mano en el vestido, lo haré. Si quiero hacer que te corras aquí mismo, en medio del salón de baile, también puedo hacerlo. Y puede que lo haga.

—No lo harías —respiro, medio desafiante, medio incrédula.

—Mírame.

ARSEN

Laila suelta un gemido de dolor cuando la levanto del coche y la meto en casa. Decido que voy a demandar a quienquiera que haya diseñado esos malditos zapatos. —Ya casi hemos llegado.

—No voy a conseguirlo. Déjame en el suelo. Esperaré a que pase.

—No...

—Por favor, Arsen. No quiero moverme más.

La incomodidad en su voz es casi demasiado para mí. Abandono la idea de subir las escaleras y giro hacia el salón. —Al menos te voy a sentar en el sofá.

Hace una mueca de dolor cuando la bajo, y otra cuando tengo que moverle la pierna para apoyarla en un cojín.

Pero finalmente suspira. —Así está mejor.

—¿Puedo ofrecerte algo?

Sacude la cabeza. —Ahora solo hay que esperar. Vete arriba. Yo dormiré en el sofá esta noche.

Me alejo de ella sin decir nada más. Cuando vuelvo unos minutos más tarde con un gran cuenco lleno de agua caliente y una esponja, sus ojos se abren de par en par.

—Arsen, no hace falta que hagas esto.

—No estás acostumbrada a que te cuiden, ¿verdad?

No contesta. No lo necesita. La forma en que se pone rígida cuando le subo el vestido y dejo al descubierto su cadera dice lo suficiente.

Su cicatriz destaca, roja y furiosa contra su piel pálida.

—¿Te duele ahora?

—Si me quedo quieta, no. Si me muevo, respiro o incluso pienso en moverme o respirar, entonces es como si alguien me estuviera marcando con un atizador caliente. Así que, en resumen... más o menos.

Le aplico la compresa caliente en la parte superior del muslo, pasándola por una franja de piel, luego por la siguiente, luego por la siguiente, hasta llegar a la cadera. Sus labios se entreabren y los ojos se le ponen en blanco.

—Vale —concede tras un largo suspiro—. Eso sí que sienta bien.

—No tenías que llevar esos zapatos —miro los Ferragamo que he tirado a la alfombra. Voy a quemarlos más tarde y voy a disfrutar haciéndolo, maldición.

—Quería hacerlo. Eran bonitos. Nunca había tenido unos zapatos tan bonitos.

—Si solo era eso, deberías habérmelo dicho. Podría comprarte el par de zapatillas ortopédicas más caro que fabrican —su mirada me dice que esa idea no le gusta tanto como yo desearía. Odio verla sufriendo. Sobre todo cuando es culpa mía—. Al menos podrías haberme dicho que te molestaba la cadera. No te habría tenido tanto tiempo de pie si hubiera sabido que te causaría problemas.

Intenta quitarme la compresa de las manos. —Yo me encargo a partir de aquí, Arsen. Ya puedes irte.

Ignorándola, remojo la compresa en el cuenco de agua tibia y vuelvo a aplicársela. Pasa los primeros minutos fingiendo obstinadamente que la molesto con mis tiernos cuidados. Luego se le ponen los ojos pesados.

Pronto se cierran y ella respira suavemente.

Me planteo trasladarla arriba, pero lo pienso mejor. Es la primera vez que parece cómoda en toda la noche.

Cojo el cuenco de agua y vuelvo a la cocina. Pero me detengo en seco cuando la puerta del frigorífico se cierra con un chasquido y una mujer sale de detrás. Lleva una bufanda naranja brillante alrededor del cuello y una cicatriz rasgada en el lado izquierdo de la cara. Va desde el ojo hasta la comisura de los labios.

—Tú debes ser la madre de Laila. He oído hablar mucho de ti.

—Y tú debes de ser Arsen Adamov. No he oído casi nada sobre ti. Aunque no por falta de intentos.

—Tienes la franqueza de tu hija.

Y sus ojos, observo. Cuando Marie sale a la luz, su mirada azul brillante me estudia con curiosidad.

—Solo he venido a buscar algo de beber —intenta levantar su vaso de leche, pero se tambalea ligeramente, agarrándose al borde de la isla. Sin pensarlo, la cojo del brazo y la ayudo a sentarse en un taburete.

—Dominik me dijo que esta noche saldrías con mi hija —comenta mientras se acomoda. Sus ojos se dirigen al cuenco de agua y a la esponja que hay junto a él—. Ha estado fuera mucho tiempo. ¿Está bien?

—Ahora está dormida en el sofá.

—No es una sorpresa —sus labios se fruncen—. No debería estar mucho tiempo de pie, pero siempre se pasa. No quiere que la

compadezcan.

—No puedo culparla por ello. Yo soy igual.

La poca luz que hay en la cocina parece acumularse en sus ojos. Están cansados, pero incluso en la penumbra, ven cosas. Es perceptiva.

—Siento tu pérdida —dice después de estudiarme un rato.

Tardo demasiado en recordar por qué me consuela. Entonces—: Ah, sí. Gracias. La muerte de Natascha fue una sorpresa.

—Parece que lo llevas bien —hay un tono inconfundible en su voz.

—No estoy seguro de si Laila te lo ha contado, pero mi mujer y yo no teníamos el matrimonio más feliz.

Marie toma por fin un sorbo de su leche. —Lo único que me dijo es que los dos deseaban desesperadamente tener un hijo.

—Yo era el que quería un hijo —digo—. Mi mujer... no tanto.

—Es una pregunta personal, pero me estoy muriendo, así que puedo ser entrometida: ¿por qué te casaste con ella?

Dudo. —Quizá deberías hablar de esto con Laila.

—Estoy hablando *contigo*. Quiero saberlo. Sobre todo porque mi hija sigue decidida a que adoptes a su bebé a pesar de todos los cambios. Debes gustarle.

Esa es una forma de describirlo. Si Laila estuviera aquí, tendría miles de otras que ofrecer en su lugar.

"Adopción" tampoco me parece una palabra correcta. Esto no es eso. Es demasiado frío y burocrático para explicar los extraños sentimientos que siento por la mujer acurrucada en mi sofá. Esa palabra no cubre lo que sentí al hacer ese bebé con ella. Lo que siento cada vez que mi piel toca la suya, incluso ahora.

Marie bebe otro trago largo, y veo cómo giran los engranajes de su cabeza. Cuando deja el vaso sobre la encimera, toma una decisión. —Conozco a mi hija, Sr. Adamov...

—Arsen —corrijo—. Por favor.

—Conozco a mi hija, Arsen. Laila pone cara de valiente. Siempre intenta hacer lo correcto. Es muy independiente.

—Créeme, me he dado cuenta.

Marie se levanta para acariciarse la cicatriz con un dedo. —Pero es una máscara. Una forma de autopreservación. Es sensible, profundamente vulnerable a sus inseguridades...

—También me he dado cuenta —digo—. Se avergüenza de sus cicatrices, aunque no debería.

Marie se tensa. —¿Te ha hablado de su cicatriz?

Probablemente pagaré por este poco de honestidad más adelante. Pero ¿qué demonios? Hemos llegado hasta aquí.

—Yo mismo la he visto.

—Hm. Es reservada sobre sus heridas. Si te las ha mostrado, debe confiar en ti.

—Me está dando a su bebé —señalo.

—Ya sé por qué lo hace —regaña Marie con ligereza—. No cree que pueda ocuparse de mí y del bebé al mismo tiempo. Siente que no tiene otra opción.

—Tu hija es una mujer fuerte. Sabe lo que hace.

—¿Cómo podría saberlo? Nunca ha tenido que renunciar a un hijo. Está hipotecando su futuro para cuidar de mí durante unos breves e infelices meses.

—No se arrepentirá de haberte cuidado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Paso un dedo por el borde de la encimera de mármol. Es fría y dura al tacto, cosa que agradezco, porque ahora nada en mi vida me parece tan sólido. —He estado donde está Laila. Perdí a mi madre hace años, y nunca me arrepentí de nada de lo que hice por ella. Esa es la ventaja de tener una buena madre: hace cualquier cosa por ti, así que le devuelves el favor con la misma moneda.

Las manos de Marie se enroscan distraídamente alrededor de su vaso. —¿Cómo ha pasado, si se puede saber?

—Cáncer.

—¿Sufrió al final?

—Muy poco. La perdimos rápidamente.

Marie asiente, con el borde de la bufanda naranja sobre la clavícula. —Eso es lo que espero: rápido y fácil. No quiero sufrir y tampoco quiero que Laila me vea marchitarme —suspira—. Esperaba que, tras el accidente, hubiéramos alcanzado nuestra cuota de mala suerte en una vida. Parece que no. Empiezas a preguntarte si tiene fin, o si tocar fondo es algo que la gente se inventa para consolarse.

Después se queda callada. Yo también. Nos quedamos sentados en la oscuridad de la cocina, dos personas que nunca deberían haberse cruzado, respirando y cavilando, ambos con nuestros pensamientos en la mujer torturada del salón.

—¿Tienes algún dolor como el de Laila? —pregunto cuando queda claro que Marie no va a llenar el silencio.

—Ninguno en absoluto. Mis cicatrices son puramente cosméticas. Y he aprendido a amarlas —se toca la mejilla izquierda—. Por supuesto, eso es fácil de hacer, teniendo en cuenta que mis cicatrices no entorpecen mi vida cotidiana. Pero Laila... Su dolor nunca desapareció del todo. No puede correr ni estar mucho tiempo de pie. Supongo que por eso encontró el yoga.

—¿Cómo ocurrió el accidente?

—Quizá deberías preguntarle a Laila sobre esto.

—Te lo pregunto a ti.

Nuestras miradas se cruzan. Si le sorprende mi franqueza, no lo demuestra. —Estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado. Nos llevaba a casa bajo la lluvia. Llovía a cántaros. Un chaparrón, como se suele decir. Apenas podía ver medio metro delante del coche. Laila me suplicaba que parara e intenté tranquilizarla, pero estaba distraída. El coche derrapó —me tenso, esperando a que los ojos de Marie se aclaren, esperando a que el recuerdo deje de reproducirse en su mente—. Nos deslizamos hacia un terraplén y chocamos con un árbol al fondo.

Me estremezco como si lo estuviera viendo delante de mí. He estado en cámaras de tortura y he visto a hombres gritar mientras morían sin pestañear... ¿pero esto? Esto duele de una forma que no puedo comprender.

—Nos despertamos en el hospital en habitaciones separadas. No podía ver por un ojo y no sabía dónde estaba Laila. Fue el momento más aterrador de mi vida.

Tengo el nombre de Charles en la punta de la lengua, pero no quiero hablar del hombre que abandonó a Laila. Prefiero saber de la madre que sigue intentando cuidar de ella. Hasta el amargo final.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso.

—Fue una prueba por la que tuvimos que pasar como familia. La primera de muchas —murmura.

—¿Soy otra prueba?

No rehúye mi mirada. —Todavía no lo sé, Arsen. Pero no te ofendas demasiado. Algunas pruebas están destinadas a rompernos; otras pueden hacernos. Puede que tú seas una bendición disfrazada.

—No sé lo que soy para Laila. Pero puedo decirte esto: Me aseguraré de que esté cómoda y segura. Y haré lo mismo por la bebé que lleva dentro.

—Supongo que es todo lo que puedo pedir —se termina lo que queda de leche y se pone en pie—. Ahora, si me disculpas, voy a intentar dormir.

—Ha sido un placer conocerte por fin, Marie.

Me ofrece una sonrisa. No sé si es sincera o dolida, recelosa o agradecida. Parece que ella tampoco.

En cuanto Marie se va, me vuelvo hacia la puerta oscura que da al salón. —Ya puedes salir, Laila. Sé que estás ahí.

30

LAILA

Podría correr.

Si soy rápida, podría volver al sofá y fingir estar dormida antes de que Arsen entre en el salón.

El problema es que no soy rápida. Incluso antes del accidente, era la chica más lenta de la clase de gimnasia. Hay una razón por la que la gente como yo llama "ejercicio" a los estiramientos y la respiración profunda.

El otro problema es que estoy *furiosa*.

Doblo la esquina cojeando. —No tenía ni idea de que tú y mi madre fueran tan buenos amigos.

—Me gusta tu madre —se limita a decir.

Mi pecho se hincha como un globo. De algún modo me siento más ligera, como si importara lo que Arsen piense de mi madre. Cosa que no importa. En absoluto. ¿Por qué debería importarme si a mi marido le gusta la mujer más importante de mi vida?

—Le preguntaste por el accidente. Eso es furtivo incluso para ti.

—No más furtivo que tú hablando con Polina de mi madre.

Joder. Odio cuando las acciones tienen consecuencias. Intento encontrar las palabras para disculparme por escarbar en su pasado, pero eso sería otra mentira. No lo siento.

También dudo que él lo sienta.

Estoy preparada para meter la cola entre las piernas y fingir que este momento nunca ha ocurrido cuando Arsen pregunta—: ¿Cuándo piensas decirle la verdad?

—¿Sobre el accidente? —frunzo el ceño—. Ella estaba allí, así que sabe...

Sus ojos se posan en mi vientre y su voz se vuelve cortante. —No voy a adoptar a tu bebé, Laila. Es mi hija. No fingiré lo contrario.

Suelto una carcajada sorprendida antes de darme cuenta de que habla en serio. —No puedo decirle la verdad sobre... —hago un gesto salvaje entre nosotros, buscando y sin encontrar una palabra que encapsule esta enmarañada red que hemos tejido—. *Esto*.

—Puedes hacerlo. Solo que no quieres.

Solo Arsen puede reducir este complicado embrollo en una breve frase. Puede que esté donando alas contra el cáncer a los hospitales, pero el espectro completo de las emociones humanas sigue estando un poco fuera de su alcance. Tendré que explicárselo.

—¿Crees que me gusta mentirle a mi madre? —siseo—. ¿Crees que algo de esto es fácil para mí? Si le digo parte de la verdad, entonces tengo que decírsela toda.

Asiente como si todo eso fuera perfectamente razonable. —Deberías hacerlo. Merece oírla.

—¿De verdad crees que ayudaría a mi madre, enferma terminal, saber que vendí mi cuerpo, por no hablar de mi bebé? Nunca volvería a mirarme de la misma manera. No sería capaz de...

—Para —pone su mano sobre la mía. Me quedo inmóvil y lo miro con recelo—. Respira hondo.

Pero no puedo respirar. Tengo el pecho apretado: la verdad sale de mí a la fuerza, lo quiera o no.

Así que bajo la cara para ocultárselo, porque, maldita sea, cuando me mira así, siento que estoy completamente desvinculada de la realidad. —No puedo decirle la verdad, Arsen. Se avergonzará de mí.

—O quizá no —replica—. Ahora estamos casados. He hecho de ti una mujer honesta.

Intenta hacer una broma, pero nada de esto parece gracioso. El ambiente es pesado. Dentro de unos meses, seré huérfana, divorciada y madre negligente, observando la vida de mi hija desde fuera.

—Esto es solo temporal.

En lugar de negarlo, se encoge de hombros. —Quizá tu madre no necesite saber esa parte.

—Pensé que eras el defensor de no mentirle.

Se levanta. —Entiendo que quieras protegerla. Pero nunca te arrepentirás de haber sido sincera con ella. Créeme.

—¿Hablas por experiencia? Es difícil imaginarte siendo totalmente sincero con alguien.

Su mandíbula se aprieta. —Hablo desde el arrepentimiento.

Oh.

—No estoy dispuesto a dejar que nadie piense que el bebé que llevas en el vientre no es mío —me informa, dándose la vuelta para marcharse—. La elección es tuya, pero las opciones son estas: Se lo dices tú o se lo digo yo.

~

Mamá se agarra a la almohada como si quisiera estrangularla. No me sorprendería que fingiera que soy yo. —A ver si lo he entendido bien: ¿Arsen no va a adoptar al bebé?

Me preparé para repetir esta historia más veces de las que me gustaría, sobre todo porque ni siquiera quería hacerlo una vez, pero ya la he explicado tres veces y mi madre sigue mirándome con los ojos muy abiertos y la piel de cera.

No sé si es porque está enferma o por mi inesperada bomba de verdad. Probablemente un poco por ambas.

—No. Es decir, sí, va a criar al bebé como si fuera suyo, pero solo porque... —hago una mueca, con los ojos en el techo, porque la verdad no se hace más fácil—, es su bebé. Va a ser el padre porque es el padre. Biológicamente.

—¿Pero no fue un rollo de una noche?

Me arde la cara. Debería ser ilegal mantener este tipo de conversación con tu madre. Quizá debería haberme negado y dejar que Arsen le contara la verdad. Habría sido menos traumático para todos.

—Define "rollo de una noche" —gruño—. En realidad, no lo hagas. Pero es complicado. Solo fue una noche, pero eso formaba parte del trato.

—El contrato.

Me da un vuelco el estómago y aprieto los ojos para cerrarlos. —Sí, firmé un contrato de antemano. Fue una transacción comercial. Hice un trato para quedarme embarazada de un hombre al que apenas conocía y, ahora, te lo cuento. Y, ya que estamos siendo totalmente transparentes, quiero que la Tierra me trague entera en este mismo instante.

Me agarra la mano con las dos suyas. —No me has mirado a los ojos ni una sola vez desde que entraste aquí, dulzura.…

Abro un ojo. —¿Has oído lo de "*quiero que la Tierra me trague entera*"? Estoy… *muy* avergonzada.

Me dedica una sonrisa comprensiva. —Eres mi hija. Nada de lo que hagas podría avergonzarme.

Un recuerdo se pone en movimiento. Mi primer día de vuelta al colegio después del accidente. Mamá se ofreció a quedarse atrás mientras yo caminaba delante de ella. *Es la primera vez que tus amigos me verán con la cicatriz. No quiero avergonzarte.*

¡Eres mi madre! Nada de lo que hagas podría avergonzarme. La cogí de la mano y tiré de ella por la acera conmigo, ignorando las miradas y los susurros.

—¿Te acuerdas de eso? —susurro, con los ojos llenos de lágrimas.

—Claro que sí —me aprieta los dedos—. ¿Te acuerdas de aquel niño con el pelo rizado?

—El que se puso a llorar —pongo los ojos en blanco. Incluso ahora me hierve la sangre—. Nunca había tenido tantas ganas de darle una patada a un niño de cuatro años.

—Nada de eso me molestó, cariño. ¿Sabes por qué? Porque nada de eso te molestaba. Aceptaste mis cicatrices y yo acepté las tuyas —se estira y me da un beso en la frente—. Nada ha cambiado.

Quiero aceptar su amor y seguir adelante, pero la vergüenza aún se arremolina en lo más profundo de mí.

—Pero esto es algo más que las cicatrices de un accidente ajeno a mi voluntad —digo suavemente—. Tomé esta decisión. Elegí aceptar la oferta de Arsen y tener su bebé... aunque sabía que estaba casado.

—Con una mujer a la que no amaba.

La miro nuevamente. —¿Te ha dicho eso?

—No con tantas palabras, pero soy más perspicaz de lo que parezco. Por eso supe que te pasaba algo, aunque no quisieras hablar conmigo —me guiña un ojo disimuladamente.

Me invade más culpa, caliente e implacable. —Lo siento. No debería haberte evitado. Pero no quería decirte la verdad y estaba cansada de mentir. Fui una cobarde.

—Eres muchas cosas, Laila Barnes, pero cobarde no es una de ellas —parece ofendida por mí—. Eres testaruda, te fijas en tonterías, tu voz cantarina puede hacer que los pájaros caigan muertos del cielo...

—Caramba, mamá, no te pases con los elogios...

—Pero eres amable, Laila Barnes —continúa—. Eres inteligente e ingeniosa. Sobre todo, eres muy valiente. Por eso supe que pasaba algo. Por eso supe que algo pasaba entre ustedes dos.

Retiro la mano. —¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de Arsen, Laila —suspira, una sonrisa curva las comisuras de sus labios—. Lo quieres.

Me pongo en pie de un salto con una carcajada salvaje. —No. No. Eso no es lo que... Quiero decir, sí, he venido aquí para hablarte del padre del bebé, pero esto no va de él y de mí. De él y de mí. De *nosotros*. Porque no hay un "nosotros". Solo estoy yo, aquí, y luego, a una distancia respetable, él.

Su sonrisa se ensancha, malinterpretando deliberadamente cada palabra que sale de mi boca. —Sé que tu padre y yo no te dimos el mejor ejemplo. Seguro que hicimos que el amor diera miedo. Pero abrirte a la posibilidad del amor merece la pena.

Lanzo los dos brazos al aire. —¿Quién habla de amor? Yo no. Esto no tiene nada que ver con el amor.

—Tienes esa mirada cuando hablas de él, Laila.

—Las asociaciones empresariales platónicas tienen brillo propio, dicen.

—Y después de cómo habló de ti... —mueve la cabeza con un suspiro de felicidad—. Me parece obvio que el sentimiento es mutuo.

Doy vueltas por la habitación, riéndome como si estuviera medio trastornada. Creo que lo estoy. O voy camino de estarlo.

Pensé que mi madre se horrorizaría y se avergonzaría de mí, pero en lugar de eso, intenta hacer de cupido del papá de mi bebé y yo.

Decirle que, de hecho, estamos técnicamente casados está totalmente descartado. Se le ocurrirían todo tipo de ideas retorcidas y de cuento de hadas.

—No es por esto por lo que he venido —digo, deteniéndome por fin lo suficiente para mirarla a la cara—. He venido a contarte la verdad sobre el padre del bebé, pero nada más ha cambiado. Arsen y yo no estamos juntos.

Se me hace un nudo en la garganta sin motivo. Es un hecho: Arsen y yo no estamos juntos. No hay motivo para sentir nada al respecto. Pero hay un millón de buenas razones para no llorar por ello delante de mi cansada y delirante madre.

Aprieto la mandíbula, conteniendo las lágrimas. Tras oponer una buena resistencia, obedecen a regañadientes.

Mamá me estudia durante unos instantes. Sé que puede ver a través de mí. Es la única persona que siempre puede hacerlo. Siempre lo ha hecho. Siempre lo hará. Al menos hasta que...

Vaya, han vuelto las lágrimas.

—No tienes que explicármelo todo, cariño —dice finalmente—. Confío en que sabes lo que haces.

Me trago otra carcajada*. Eso es nuevo para mí. Porque no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo.*

—Pero tengo una pregunta, y me gustaría que respondieras con la mayor sinceridad posible.

Suspiro y me arrodillo frente a ella para cogerle la mano. —Adelante.

Inclina la barbilla y me mira a los ojos. —¿Cómo te sientes sobre la bebé?

Mi mano libre se enrosca alrededor de mi estómago al instante. Mamá sonríe, comprendiendo el gesto mejor que cualquier otra cosa que yo hubiera podido decir.

—Mamá... —susurro, con la voz temblorosa.

—Quieres ser su madre, ¿verdad?

Asiento, sobre todo porque es la única respuesta que consigo dar sin sollozar.

Podría contarle la promesa que me hizo Arsen. Es la apertura perfecta. *¿Adivina qué? Al final voy a ser su madre. Solo tuve que casarme con su padre para conseguirlo.*

Pero no puedo. Todavía no. Quizá nunca.

Porque aún me aterroriza que se retracte.

ARSEN

—¿Qué clase de reunión de junta empieza a las siete? —murmura Gedeon, acariciando su taza como un marinero mareado.

—Tómate el café y deja de quejarte. Hoy tenemos mucho que hacer.

—"Orden del día de la reunión, punto número uno: evita hablar con tu propia mujer" —hace la mímica de marcar una casilla—. Listo.

Le dirijo una mirada fría. Gedeon no tiene filtro por las mañanas antes de haber tomado su primera dosis de cafeína. —Duerme en mi cama. Así es difícil evitarla.

—Aun así, es más difícil mantener una conversación cuando la persona que tienes al lado está inconsciente.

—Buen punto. ¿Quieres echarte una siesta hasta que lleguemos a la oficina? ¿O te doy un puñetazo en la cara para acelerar el proceso?

Resopla antes de dar un gran sorbo. Luego, se reclina en su asiento y cierra los ojos. —De todas formas, ¿para qué es esta reunión?

—Pobeda. Por fin. Ya he tenido bastantes retrasos por un año. La destilería se pondrá en marcha este año, aunque tenga que abrir las puertas yo mismo.

—Ojalá lo hicieras. Estoy agotado —doy un fuerte giro a la derecha y Gedeon tiene que dar un empujón para evitar que se le derrame el

café por el regazo.

Me trago una sonrisa y continúo. —La directora de marketing que contraté está haciendo un gran trabajo. Rebecca ha captado a un montón de mecenas de alto nivel para que se afilien a la destilería. Con sus inversiones, vamos a ser imparables.

—Si tienes a tu niña prodigio en el trabajo, ¿para qué es esta reunión tan temprana, entonces?

—Para discutir la fecha de lanzamiento. Quiero adelantarla.

—¿Qué? —grita Gedeon—. ¿Crees que estamos preparados?

—Tenemos que hacer una demostración de fuerza y de que nada puede detener a la Bratva. Tengo una nueva esposa, un bebé en camino y una nueva aventura empresarial que nos pondrá la industria del licor en bandeja de plata. Alessandro Calcagno no va a saber qué lo golpeó.

—Sobre todo si atacas al amanecer —dice Gedeon—. Probablemente siga durmiendo.

A medida que nos acercamos al edificio, me doy cuenta de la frecuencia con que zumba el teléfono de Ged. No para de mirarlo, riéndose y tecleando respuestas. No me habla, así que no me importa lo que esté haciendo. Solo estoy agradecido por un viaje en coche silencioso.

—Tengo que reconocerlo —comenta Gedeon cuando entro en el aparcamiento—. Tu chica es divertida.

Piso el freno tan fuerte que casi sale volando contra el salpicadero.

—¡Eh! Aquí hay café caliente.

—¿Estás mensajeándote con Laila?

—Sí. Manda memes geniales.

Aprieto los dientes, resistiendo el impulso de arrancar el teléfono de la mano de Gedeon para poder leer sus mensajes. La edad y la experiencia me han ayudado a desarrollar cierto control sobre las tendencias más impulsivas de mi personalidad. El encarcelamiento también ayudó.

Pero sigo sin poder evitar preguntarme—: ¿Qué hace levantada a estas horas?

—Está haciendo una sesión de yoga por la mañana temprano con algún fisioterapeuta, creo. Anoche fue demasiado para ella. Le dije que esos zapatos eran una idea terrible, pero ¿me escuchó? No, señor, no me hizo caso.

—¿Sabías que le molestarían? —me detengo bruscamente en la plaza de aparcamiento, y Gedeon sisea mientras le cae más café por la barbilla.

No me disculpo mientras salgo del coche y entro en el edificio.

Gedeon viene a toda prisa detrás de mí, secándose la suciedad de la cara. —No puede llevar tacones. Lo sabe, pero se los puso.

Puede que Laila lo supiera, pero ¿cómo coño lo sabía Gedeon?

—¿Por qué ni tú ni Dominik dijeron nada?

—Lo hicimos, pero ella insistió en ponérselos. Dijo que era "parte de su disfraz" —resopla.

Sin embargo, nada de esto me hace gracia.

Entramos en un ascensor y las tres personas que ya estaban dentro salen rápidamente. Una decisión inteligente por su parte.

Las puertas se cierran y el ascensor se arrastra por las plantas, pitando alegremente al pasar por cada una de ellas. Gedeon está de pie frente a mí, con aspecto de alguien que merece un puñetazo.

—No a *ella* —me enfurece tener que dar explicaciones—. ¿Por qué no *me* has dicho nada? La próxima vez que sepas que algo va a

incomodarla, deberías informarme.

Lo cual es necesario, porque no lo sé.

Porque puede que conozcas a mi mujer mejor que yo.

Suspira. —Es decir, puedo hacerlo... pero le dará un ataque si acudimos a ti.

Arqueo una ceja. —¿Te parece que me importa una mierda?

—Lo dice el hombre que nunca ha estado en el extremo receptor de su actitud —dice—. No es bonito.

Por suerte para Gedeon, las puertas del ascensor se abren con una última campanada. Salgo volando, dispuesto a enterrar la cabeza en los negocios y olvidarme por completo de mi mujer, que parece tener mejor relación con mis *vory* más cercanos que conmigo.

Gedeon y yo entramos directamente en la sala de juntas, donde ya me espera mi equipo. Un poco mareados, pero presentes y preparados.

No me molesto con los "holas" y "qué tal". Nunca me han servido de mucho. Me lanzo a trabajar y dejo mis pensamientos sobre Laila bien lejos.



La reunión va bien, pero me distrae la incesante comprobación del teléfono por parte de Gedeon. Cada vez que su boca esboza una sonrisa, me dan ganas de voltear la mesa. Cuando terminamos, mi paciencia se agota peligrosamente.

Gedeon comete el error de seguirme hasta mi despacho. —Ha ido muy bien, ¿no crees? —mira hacia atrás por encima del hombro y saluda con la mano a Rebecca cuando pasa por el pasillo antes de cerrar la puerta—. Puede que este año podamos lanzarlo.

—¿Cómo coño ibas a saberlo? Estuviste encadenado a tu teléfono toda la reunión. Distraías a todos.

—No más de lo habitual.

Apretando los dientes, me sirvo otra taza de café, resistiendo el impulso de añadirle algo más fuerte. —Quizá sea solo tu presencia lo que me irrita.

—Estás celoso, ¿verdad? —mis ojos se clavan en los suyos tan rápido que él vacila e intenta dar marcha atrás—. Eh, lo que quiero decir es que... pareces estar...

Llega otro *ping* del teléfono de Gedeon, y aun teniéndome delante, lo comprueba.

Yo estallo.

El autocontrol es para los pájaros y la gente con mejores amigos. Como mi amigo es un pesado, le robo el teléfono.

Estoy preparado para ver los memes graciosos que mencionó antes, tal vez incluso algunas indirectas hacia mí. Lo que no espero es ver una foto de Laila.

Mi mujer.

En brazos de otro hombre.

Ella está completamente vestida y él también, pero la tiene doblada en una postura indecorosa mientras él está de pie detrás de ella, con las manos en las caderas y una suave sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Qué coño es esto?

Gedeon traga saliva. —Es Tyler. Es el fisioterapeuta de Laila. Ya te lo he dicho antes.

—¿Ve a un fisioterapeuta?

—Desde hace cinco meses, sí —dice Gedeon—. Nos dijiste que le consiguiéramos lo que necesitara, así que contratamos a uno cuando el embarazo empezó a afectarle a la cadera. Tiene muy buenas críticas en Google.

¿Por qué coño no sé todo esto?

—¿Con qué frecuencia lo ve?

—Una vez a la semana. Hoy no es su cita habitual, pero supongo que pidió una sesión extra después de lo de anoche.

—Deberías habérmelo dicho antes.

—Nos dijiste que nos encargáramos —frunce el ceño—. Dijiste que "no necesitabas saber nada de Laila ni de su vida cotidiana".

—¡Eso era antes, maldita sea! Eso fue cuando... —*cuando intentaba que no me importara... del mismo modo que debía seguir intentando que no me importara ahora*—. Ya no es solo mi madre de alquiler. Es mi maldita esposa.

Gedeon levanta las manos. —Te entiendo, pero...

—Dile a Tyler que puede tomar sus estupideces de fisioterapia y... —frunzo el ceño y me trago la rabia—. No te preocupes. Yo me encargo.

—No puedes matar al hombre por hacer su trabajo, Arsen.

—Eso —escupo, señalando con el dedo su teléfono y la foto del hombre que envuelve a mi mujer—, no puede ser trabajo de nadie.

Si es así, me he equivocado de profesión.

—¿Cuál es el plan, entonces? —pregunta Gedeon—. ¿Vas a impedir que tenga contacto con otro hombre que no seas tú?

No es la peor idea.

—Al menos no enviaría mensajes de texto a mis soldados mientras se supone que están de servicio.

—Asegurarme de que tiene lo que necesita es mi deber —responde —. Según tus órdenes. No sabía que ser miserable al mismo tiempo también formaba parte de los requisitos del trabajo.

Lo fulmino con la mirada. —¿Estás diciendo que te gusta estar de servicio con Laila?

—No lo sé. ¿Estás diciendo eso? —se encoge de hombros—. Casarte con ella fue todo por negocios, dijiste, pero no parece que la odies. Al menos, no todo el tiempo.

Ignoro su irritante argumento y cojo las llaves de mi escritorio. —Envíame los datos de este *mudak* Tyler.

—Si tanto problema tienes con las amistades masculinas de Laila, ¿puedo sugerirte una alternativa?

—No.

—Dile a Dominik que invite a Kira —dice de todos modos—. También está embarazada. Pueden estrechar lazos y, por ejemplo, pintarse las uñas la una a la otra o tener peleas de almohadas en lencería o lo que sea que hagan las mujeres para divertirse. La cuestión es que puede ser bueno para Laila. Me manda mensajes porque no tiene a nadie más con quien hablar.

Se encoge ante la expresión de mi cara.

Sé que tiene razón, pero me gustaría que no la tuviera.

Solo deseo que Laila hable conmigo en su lugar.

LAILA

Me detengo ante la puerta del gimnasio, esperando que Dominik me la abra como hace siempre, pero permanece cerrada.

Miro hacia atrás. Dom ni siquiera está detrás de mí como supuse. Se ha detenido junto al capó del coche, clavando la punta del pie en una grieta del asfalto y negándose a mirarme a los ojos.

—¿No vienes con nosotros? —pregunto.

Ni siquiera es que quiera que entre conmigo; es que Dom siempre lo hace. Es mi sombra acosadora, y ya casi ni me fijo en él.

Arsen me dijo una vez que me acostumbraría a los guardias. Supongo que tenía razón.

—Hoy no —Dom me hace señas para que siga—. Adelante.

Suelto una exclamación burlona y miro al cielo, lo que hace que Dom se prepare y se lleve la mano a la cadera, donde sé que guarda una pistola. —¿Qué pasa?

—Oh, simplemente supuse que el mundo debía de estar acabándose. Solo así se me ocurre poder librarme de ti.

—Divertidísimo —su mano se relaja y entrecierra los ojos—. Hasta luego, Laila.

—¿En una hora?

—Sí, claro —vuelve a subir al Wrangler y, cuando abro la puerta, ya está saliendo del aparcamiento.

Ignoro las rarezas de Dom porque aún me duele mucho la cadera. Incluso después de las manos mágicas de Arsen la otra noche y de una sesión extra con Tyler ayer, llego cojeando al estudio.

Tyler suele esperarme en la recepción, pero hoy el moderno vestíbulo con paneles de madera está vacío.

—¿Tyler? —llamo, cojeando alrededor de una higuera y asomándome por las ventanas esmeriladas de su estudio.

El estudio siempre está vacío cuando estoy aquí. Es parte del acuerdo. Arsen paga a Tyler lo que solo puedo suponer que es una cantidad ingente de dinero por alquilar todo el edificio durante mis sesiones. Por eso Tyler siempre está dispuesto a despejar su agenda y reservar una sesión extra conmigo.

Hoy, sin embargo...

Silencio.

Una de cada dos luces está apagada, y las que permanecen encendidas están atenuadas, de modo que la habitación está envuelta en una neblina lúgubre. El suelo acolchado está vacío y la camilla de masaje se ha desplazado a lo largo de la pared de espejos.

—¿Tyler...? —lo intento de nuevo, adentrándome más en la habitación.

Si no fuera ya la protagonista de una tragedia en curso, supondría que estoy en una película de terror. Estoy de pie en el centro del estudio, con visiones de un asesino armado con un cuchillo atravesando la habitación en mi dirección, cuando oigo que la puerta se cierra tras de mí.

Me doy la vuelta demasiado deprisa, con el corazón martilleándome en el pecho y el dolor clavándose en mi pierna, para ver a...

—¡Arsen! —exhalo, la inminente amenaza de muerte es más que suficiente ejercicio cardiovascular por hoy—. Me has dado un susto de muerte.

Estoy tan aliviada de que sea él y no un asesino enmascarado que tardo un segundo en darme cuenta de la cualidad depredadora de sus ojos. Su mirada está enfocada como un láser.

Es cierto, casi lo olvido. En términos de número de asesinatos, Arsen probablemente aventaja a todos los villanos de las películas de terror.

Me alejo de él un paso instintivamente. —¿Qué haces aquí?

No lo he visto desde la noche de la recaudación de fondos. Dormimos juntos la mayoría de las noches, aunque solo lo sé porque su olor a madera impregna las sábanas todas las mañanas. No es que lo vea nunca en la cama conmigo.

Arsen cierra la puerta del estudio tras de sí. —Estoy aquí por ti.

—¿Por mí? —frunzo el ceño, mirando a mi alrededor—. ¿También haces fisioterapia aquí? ¿Dónde está Tyler?

Arsen da pasos lentos y decididos hacia mí. Se mueve como una pantera, firme y seguro. —Tyler está en una cafetería al final de la manzana, con órdenes estrictas de no volver aquí en la próxima hora.

—Pero mi cita... —me detengo, intentando comprender qué hace Arsen *aquí*—. Necesito...

—No lo necesitas para nada —gruñe—. No necesitas que te toque. No necesitas que te haga sentir bien. Para eso estoy yo.

Me río en su cara. —No tenía ni idea de que fueras fisioterapeuta de formación. ¿Y ginecólogo? ¿Haces citologías? O... espera, oye, ¿qué

tal se te da la odontología? Esta muela me ha estado molestando muchísimo.

Sus ojos parpadean hacia la mesa que hay junto a la esquina. —¿Te gustaría empezar con unos ligeros estiramientos, o empezamos con un masaje?

La sola mención de la palabra me hace revivir la forma en que sus manos recorrían mi cadera y bajaban por mi muslo... y entre mis piernas.

Aprieto los muslos y planto las manos en las caderas. Más que nada para no rodear con ellas el grueso cuello de Arsen. —Detén esto. Haz entrar a Tyler.

—Tyler ya no puede acercarse a ti.

—Tienes que estar de broma.

—No sé por qué te ríes, *Roza*. Ver a otro hombre tocar a mi mujer no es una broma para mí.

Respiro hondo y me froto las sienes con las yemas de los dedos. —Me estás dando dolor de cabeza.

—Puedo ayudarte con eso.

—¿También eres neurólogo? —espeto.

Es un crimen que tenga tan buen aspecto con nada más que una camiseta blanca y unos pantalón de chándal gris oscuro. Ni siquiera me importaría que decidiera acechar en un rincón durante mi cita para que pudiera echarle miradas furtivas mientras me estiro.

Pero esa no es la cuestión, ¿verdad?

—Tyler es un profesional. Me toca para poder ayudarme. No hay nada remotamente íntimo en ello.

Sobre todo, porque Tyler es el equivalente humano de un rodillo de espuma, en lo que respecta a mi libido. Hace que mi cadera se

sienta mejor, pero no hace nada por ninguna otra parte de mí.

De algún modo, el control de ese motor en particular está firmemente en manos del único hombre que nunca podré tener.

—Las fotos que he visto discrepan.

—¿Qué fotos? —en cuanto las palabras salen de mi boca, sé exactamente de qué fotos habla. Durante mi última sesión, Dominik estaba merodeando por el borde de la sala, riéndose a carcajadas de algo que se negaba a divulgar.

Mis labios se fruncen. —Voy a matar a esos dos. Dominik y Gedeon no deberían enviarte fotos durante una cita. Si quieres enfadarte con alguien, enfádate con tus hombres.

—No se trata de...

—No, no lo es —asiento. Me acerco a él y le meto un dedo en el músculo imposiblemente duro que hay bajo su camiseta blanca. No quiero distraerme con su cuerpo, así que mantengo la mirada fija en su cara. Su rostro arrogante, sexy y molesto como el demonio—. ¡Se trata de *ti*! Te comportas como un...

—¿Un marido preocupado? —interviene.

—Yo hubiera dicho "un imbécil celoso".

Una oleada de ira le desgarra la cara. —No tengo celos de nadie. Simplemente soy posesivo cuando se trata de mis cosas.

—¡No soy una de tus "cosas", Arsen! Y aunque lo fuera, no es que hayas mostrado mucho interés por mí últimamente. ¿Dónde has estado las dos últimas noches? —no espero respuesta. Una parte de mí no quiere saberlo—. ¿O solo te interesas por mí si alguien más lo hace? No me quieres, pero tampoco quieres que nadie más me quiera. ¿Es eso?

—Eres mía para tocarte. Y mía para desearte —se cierne sobre mí, con los ojos envueltos en oscuridad—. Eres mi esposa.

Mi mano se crispa, muriéndome de ganas de abofetearlo en esa cara de suficiencia. —Eso no significa que puedas controlar todos los aspectos de mi vida.

—Tengo un contrato que dice lo contrario.

—¡Uf! —escupo, porque las palabras reales a veces no le hacen justicia a este hombre—. No es posible que pienses que...

Las palabras se me mueren en la lengua cuando me agarra por la cintura y me arroja a sus brazos.

Empujo contra su pecho, pataleo, me agito. Nada de eso me sirve de nada. Se limita a abrazarme con más fuerza.

—Me gustas así: retorcida y peleona. Me parece que estás bien —acerca su boca a mi oreja—. ¿Probamos esa cadera tuya, para ver cómo va tu terapia?

Mi cuerpo se estremece y me digo que es ira. Rabia.

Pero entre nosotros florece un calor que distrae y que tiene otro nombre.

—¿Es por esto por lo que estás aquí? —exijo—. ¿Solo quieres un polvo rápido?

—Nada de esto ha sido rápido —ríe maliciosamente—. Tú te aseguras de ello. Pero para responder a tu pregunta, estoy aquí para asegurarme de que satisfago todas y cada una de las necesidades de mi esposa —su rodilla se desliza entre mis muslos, y no puedo evitar la fricción que me provoca—. ¿Qué necesitas?

—Que te vayas al infierno.

—Cuidado con lo que deseas, Laila. Puede que te lleve conmigo.

Entonces, sus labios chocan con los míos.

Sin más, no puedo luchar, no puedo pensar. Apenas puedo respirar. Empujo contra su pecho, pero mis dedos se distraen con el firme

calor de su cuerpo bajo mis palmas. El lento deslizamiento de su pierna entre las mías desordena mis pensamientos hasta que, Dios me salve, *lo ayudo* a bajarme los pantalones por las caderas.

—No podemos hacer esto aquí —gimoteo.

—Podemos hacer lo que queramos.

Su mano está ahora bajo mis medias, forzándome a separar las piernas. *¿Es esto lo que quiero?* ¿Que Arsen entre y salga de mi vida por capricho, exigiéndome cosas que no estoy segura de que me vaya a dar a cambio?

—No sabes lo que quiero.

Yo no sé lo que quiero, pero no es que pueda decirlo en voz alta. Además, estoy un poco preocupada intentando mantenerme erguida. Me tiemblan las rodillas cuando me pasa un dedo por encima.

—Deja de resistirte —su aliento es caliente contra mi cuello—. Deja de luchar contra mí. Sabes que puedo cuidar de ti.

Por ahora, tal vez. Pero todo es temporal, y no sé qué aspecto tendrá mi vida dentro de un mes o dos, dentro de un año.

Entonces, hunde su dedo dentro de mí, y lo único que existe es el ahora.

Me baja hasta el suelo, y yo tiro los brazos por encima de la cabeza mientras él entierra su cara entre mis piernas.

Arsen me acuna la parte baja de la espalda, levantándome del suelo acolchado para poder tomarme tan profundamente como quiera. No hay ni una sola parte de mí que siga pensando en el dolor de mi cadera mientras me mete la lengua y me come como si realmente se acabara el mundo.

Cuando se retira, mi cuerpo está caliente y líquido.

Cuando Arsen me pone de lado y se desliza detrás de mí, no siento más que calor. Solo queda espacio para el deseo. Odio tener que decírselo a Tyler, pero la fisioterapia no tiene ninguna oportunidad contra lo que Arsen me está haciendo ahora.

—Dime que me deseas, *roza*.

Aprieto los dientes y me empujo contra él, pero Arsen se retira de mi alcance. —Lo haré yo misma si hace falta —jadeo.

Se alinea detrás de mí, sumergiéndose en mí hasta que no puedo evitar jadear. Hasta que dejo caer la cabeza contra su hombro, pidiéndole más en silencio.

—Si hacerlo tú sola fuera suficiente, no estaríamos aquí —susurra contra mi piel—. Solo existo yo, Laila. Dime que solo soy yo.

Debería odiar su acto cavernícola, debería decirle que se lo meta por donde no le da el sol...

Pero no puedo evitar la esperanza de que él pueda necesitar esto tanto como yo. Que, en el fondo, mi madre tenga razón: Arsen Adamov podría quererme tanto como yo a él.

Pero me he quemado demasiadas veces para ser totalmente sincera. Me conformo con una verdad a medias.

—No hay nadie más.

Arsen vacila, su mano me aprieta el muslo con tanta fuerza que me pregunto si no me dejará aquí, sin aliento y deseosa y desvergonzadamente empapada.

Entonces, me penetra de lleno y me hago añicos.

—No puedes huir de la verdad para siempre —me advierte mientras me llena una y otra vez, llevándonos a los dos al límite.

Mientras me caigo a pedazos, lo único que puedo pensar es...

Mírame.

LAILA

—¡Este es precioso! —Evelyn sujeta un bonito vestido rosa contra su pecho, balanceando las caderas de un lado a otro para probar el factor giro. No es que vaya a bailar esta noche ni en ningún momento del futuro posparto.

Mamá arruga la nariz. —A Laila no le gustan los florales. Pero este... —señala un vestido azul noche sin hombros, con una abertura hasta el muslo—. Te quedaría muy bien, Laila.

—Sí, si al menos no pareciera una ballena varada.

—¡Estás guapísima! —regaña mamá—. Además, los hombres no les envían boutiques enteras de vestidos a su dormitorio para una cita nocturna a las ballenas varadas, ¿verdad?

Probablemente Arsen hizo una llamada y enseñó una tarjeta de crédito delante de las narices de algún diseñador lujoso. Si me ha elegido él mismo aunque sea uno de estos vestidos, me comeré varios de los sombreros de paja que cuelgan inexplicablemente del extremo del perchero. *¿Vamos a un salón de baile o a la playa?*

Suspiro, pasando la mano por la vaporosa tela azul. —Es bonito. Ir de compras no es tan divertido cuando estás embarazada de un millón de meses.

Por eso elegí que Arsen enviara las opciones a casa. Al menos así no tengo que arrastrar mi gigantesco culo en público. Además, eso significaba que mamá y Evelyn también podían estar aquí. Incluso Polina se toma un descanso de sus tareas domésticas para ayudarme a tomar una decisión.

—El naranja es tu color, *sladosti* —Polina me tiende un vestido que me hace parecer una mandarina demasiado madura.

Intento aparentar que me lo estoy pensando, pero la expresión de dolor de mi cara es demasiado evidente como para pasarla por alto. Las tres mujeres se ríen y vuelven a sumergirse en los percheros.

Al menos alguien disfruta con el gesto de Arsen.

—¿A dónde te lleva? —Evelyn saca un vestido de baile brillante y un vestido de tirantes a rayas, y los acerca a mi cuerpo por turnos.

—Ojalá lo supiera. No me lo ha dicho.

Si lo hizo, yo estaba demasiado ocupada tumbada en medio del suelo, resolidificándome tras un orgasmo estremecedor, para captar los detalles más sutiles.

A mamá le brillan los ojos. —Me parece muy tierno que quiera sacarte a pasear.

¿Le parecería igual de dulce que la invitación llegara después de haberme comido en plena cita de fisioterapia?

Voy a suponer que no. Por eso la protejo de los detalles más escabrosos de nuestro pequeño acuerdo. Me siento, fingiendo que necesito un descanso, mientras mamá y Evelyn siguen buscando el vestido perfecto.

Polina se une a mí, su voz lo suficientemente baja como para que solo yo la oiga. —Puede que disfrutes... si le das una oportunidad.

—Solo lo hace para guardar las apariencias. Tenemos que parecer un matrimonio de verdad.

—Que lo son.

—Legalmente.

Polina me dedica una sonrisa tímida. —Ustedes dos forman una pareja casada bastante convincente, en mi opinión.

—¿Qué puedo decir? Somos buenos actores —me merezco un Oscar por mi actuación de esta mañana en el estudio. Probablemente pensó que quería acostarme con él.

Probablemente piense que tiene algún tipo de control sobre mí. Como si chasqueara los dedos y yo saliera corriendo, *ja, ja.*

O como si chasqueara los dedos y yo me corriera... varias veces, *ja, ja, JA.*

Me arden las mejillas y me paso nerviosamente las manos por el bulto. —Arsen es un actor especialmente bueno.

Polina me da unas palmaditas en la rodilla. —Eres buena para él, querida. Lo humanizas de muchas maneras.

¿De qué maneras? Me encantaría saberlo. Nada de Arsen me pareció muy "humano" cuando me metió en su coche y me llevó a casa sin que intercambiáramos ni una sola palabra en todo el trayecto. ¿La cita va a ser más de lo mismo?

Quizá debería contagiarme de algo repentino y violentamente contagioso de aquí a entonces. Una buena tos de pecho.

O lepra.

—Bueno, Sra. Barnes... —la dueña de la boutique se levanta del rincón donde ha estado vigilando toda la ropa elegante y se acerca a mí—. ¿Me das una lista de tus opciones?

—Eh... —barajo las opciones: ballena varada, cítricos demasiado maduros, rosal chillón—. Solo el vestido azul, supongo.

—¿Eso es todo? —mira a su ayudante con una ceja arqueada.

Evelyn vuelve a sacudirme el vestido de flores y me dice solo con los labios—: *Este.*

La mujer rechaza su propia pregunta. —No pasa nada. El Sr. Adamov nos dijo que dejáramos cualquier cosa por la que mostraras el más mínimo interés, así que tenemos nuestra propia lista.

—Oh, no. No, está bien. En realidad no es...

—Órdenes del jefe. En realidad, nos dijo específicamente que dejáramos "lo que robara tu atención". Y lo que fuera susceptible de robar la suya, también.

Eso explica la estantería de lencería y trajes de baño casi transparentes que está entrando en mi armario.

—Si tienes cualquier otra necesidad, no dudes en contactarnos —dice.

Mamá y Evelyn se hacen ojitos, ambas derritiéndose en charcos por la "generosidad" de Arsen. Estoy tentada de pedir una máquina del tiempo. Ir sola a la boutique podría haber sido la mejor decisión.

La dueña se va. Mamá sigue sonriendo. —Ha sido muy generoso por su parte.

Casi estoy tentada de contarle lo de la cláusula sobre la ropa de nuestro contrato, solo para borrarle la mirada socarrona de la cara. Técnicamente, si no hiciera esto, podría llevarlo a los tribunales.

—Es Arsen —murmuro en su lugar—. Generoso hasta la exageración.



UNA MIRADA al restaurante al que llega Arsen y sé que voy a salir de aquí con hambre. El nombre es una fusión hispano-alemana con tilde y diéresis sobre el letrero dorado, y las mujeres que entran llevan vestidos lo bastante ajustados como para saber que no

piensan comer ni un bocado. Un palito de pan y se les rompería una costura.

—Y... acción —susurro en voz baja, tirando de la cintura imperio del vestido que elegí.

—¿Qué?

Es lo primero que me dice Arsen desde que me dijo que estaba preciosa en casa. Podría haberle creído: el vaporoso vestido blanco con costuras doradas me hace sentir menos como una criatura marina varada y más como una diosa de la fertilidad.

El problema es que Arsen parece... Arsen.

Lleva una camisa abotonada y unos pantalones ajustados, lo cual es normal, pero la mera oportunidad de mirarlo es como un regalo. Como si esta visión de un hombre guapísimo fuera una disculpa por todo lo malo que hay en el mundo.

Vestido caro o no, no puedo competir.

—Nada —suspiro, mirando por la ventana a la gente que espera para entrar en el restaurante: mi público para la actuación de esta noche—. Vamos.

Arsen me acompaña al interior sin decir palabra, saludando superficialmente con la cabeza a algunas personas, pero la única que recibe toda su atención soy yo.

Su mano permanece en mi espalda baja mientras nos llevan a una mesa en el centro del restaurante. Las cabezas giran en nuestra dirección; se intercambian susurros. Las mujeres de la mesa contigua ni siquiera se molestan en susurrar.

—¿La estás viendo? —ronronea una de ellas.

—Tomaré lo mismo que ella —cacarea otra.

Creo que perdieron el control del volumen en algún momento entre los chardonnays dos y tres, si las copas vacías de su mesa sirven de

indicación, pero Arsen no da muestras de haberlas oído.

Desliza mi silla en la mesa y me abre el menú, ganándose un coro de *awww* de nuestras espectadoras. —¿Qué te apetece?

—Una habitación privada, para empezar —levanta las cejas y le hago un gesto para que se calle—. Lo sé, lo sé. Eso frustraría el propósito de toda esta farsa.

—¿Mal día? Siéntete libre de desahogarte.

—Oh, no seas condescendiente.

Alarga la mano de repente, rozándome la mejilla con los dedos. Tengo que tragarme los nervios alojados en mi garganta. —¿Qué haces?

—Cumpliendo mi papel —su voz es mordaz a pesar de la adoración que brilla en sus ojos—. Desfilar como una pareja felizmente casada solo funciona si no me miras como si quisieras destriparme con el cuchillo de la mantequilla.

—Hm. No creía que fuera tan obvia con mis fantasías.

Se inclina hacia mí, captando mi atención con sus ojos verdes. —¿Eso es todo con lo que fantaseas?

—No. A menudo el tenedor también desempeña un papel —hago una mueca y cojo el menú—. Pidamos y acabemos de una vez, ¿vale?

Me agarra la mano y me frota la muñeca con el pulgar. —Vamos, esposa. No puedo hacer realidad todas tus fantasías si no me lo cuentas.

—¿Tener sexo conmigo forma parte de la fachada? —exijo, arrancando mi mano de la suya—. A menos que estés planeando publicar un vídeo sexual, acostarte conmigo en privado en realidad no sirve para nada.

—Ah, pero sí lo hace, *roza*.

—¿Sí? —exclamo—. ¿Cuál es el fin?

Su boca se curva en una sonrisa que promete mucho más de lo que jamás me atrevería a pedir. —Hacer que te corras es toda la razón que necesito.

Me aparto de él, intentando ocultar el calor que me sube por el cuello. La mesa de mujeres que tenemos al lado ni siquiera parece darse cuenta de que las estoy mirando. Me ignoran en favor de mantener sus ojos clavados en mi marido.

—Si el sexo te resulta confuso, podemos dejarlo —añade a posteriori, como si renunciar a él no le costara nada.

Con mi suerte, puede que sea verdad. Veo su oferta como la trampa que es. Si le digo que quiero dejarlo, le estoy confesando algo que aún no puedo confesarme a mí misma.

Pero, si no nos detenemos, este agujero en el que estoy metida solo se hará más profundo.

—Estoy bien. Nada es confuso.

Me pasa un dedo por la mandíbula, volviendo mi cara hacia la suya. Sus ojos reflejan la vela que parpadea en medio de nuestra mesa. —¿Estás segura? No quiero confundirte. Si estás empezando a sentir...

—No empiezo a sentir nada —interrumpo—. Solo me molesta que hayas secuestrado mi cita con el fisioterapeuta. Y me frustra no poder ser transparente con mi madre. Y estoy... —miro a las mujeres que siguen mirando a Arsen, y las siguientes palabras se las lanzo en voz alta—, *molesta por que la gente no pueda concentrarse en sus propias mesas*.

Al final, experimentando algo rayano en la vergüenza, las mujeres apartan la mirada, burlándose entre dientes de haber sido descubiertas.

Me masajeo las sienes con los dedos, intentando despejar la cabeza, aunque no haya habido ni un solo pensamiento claro ahí arriba

desde el momento en que entré en el despacho de Arsen Adamov, hace ocho meses.

—¿Por qué este sitio tiene unas sillas de mierda? —murmuro—. Me duele la espalda.

De repente, sus rodillas se entrelazan con las mías bajo la mesa. Arsen acerca mi silla y me apoya contra su pecho, abrazándome como si no estuviéramos en medio de este restaurante. Trabaja en círculos firmes y relajantes a lo largo de los doloridos músculos de la parte baja de mi espalda, y yo gimo. —¿Qué haces?

—Estás embarazada de ocho meses —me dice, como si necesitara recordármelo—. Estoy cuidando de ti.

Me siento tan bien que, por primera vez desde que llegamos al restaurante, no me importa quién esté mirando.

Apoyo la cabeza en su hombro, echando un vistazo por el cuello ligeramente abierto de su camisa. Los tatuajes se deslizan sobre su piel, mezclándose con las cicatrices.

Acabo de revelar demasiado sobre lo que me pasa por la cabeza, y quizá por eso susurro—: Nunca me has contado cómo te hiciste las cicatrices.

Las manos de Arsen se congelan en la parte baja de mi espalda, pero, antes de que pueda decir nada, otra voz corta el momento.

—¿Laila?

Levanto la vista, recordando de golpe que no estamos solos, y me encuentro con un hombre que me sonríe por encima del hombro de Arsen.

—Dios mío, ¿Kevin?

La última vez que vi a mi antiguo vecino, estaba flaco, con el flequillo teñido de negro y un piercing en la ceja. Ahora tiene mejor

aspecto, más sano, con los hombros anchos y una camisa a rayas bien planchada.

Salto para abrazarlo, pero Kevin retrocede como si yo empuñara un machete. —¡Estás embarazada!

Me río y me acaricio el estómago. —Un poquito.

Mantiene una distancia prudencial entre nosotros y me da un fuerte abrazo lateral. Se lo devuelvo con alegría, recordando los doce años que pasamos en bicicleta todos los veranos en la calle Lennox comprando helados.

El fuerte y muy claro carraspeo nos separa. Kevin se fija en Arsen por primera vez. —Hola.

Arsen ni siquiera esboza una sonrisa mientras su fría mirada se desliza de nuevo hacia mí. —Deberías sentarte, Laila. No quiero que estés mucho tiempo de pie.

—Oh, lo siento —se disculpa Kevin—. Definitivamente, deberías sentarte. No te quedes de pie por mí.

Dirijo a Arsen una mirada de advertencia antes de convertirla en una sonrisa para Kevin. —En absoluto. Me alegro de estar a tu lado.

Me parece oír a Arsen gruñir detrás de mí, pero no me atrevo a darle importancia.

—Deberías acercar una silla, Kev. Ha pasado demasiado tiempo.

Sus ojos se deslizan hacia Arsen. —Podría... durante unos minutos... pero solo si no interrumpo.

—En realidad... —empieza Arsen.

Le doy una patada por debajo de la mesa. —¡No lo harás!

Los ojos de Arsen se oscurecen, pero hace una señal a un camarero. En cuestión de segundos, aparece una silla para Kevin. Cuando tomo asiento, Arsen me acerca a él.

—Entonces, Arsen —digo, intentando crear espacio entre nuestros cuerpos. Puedo sentir el calor que irradia de él, y no es del bueno—. Este es Kevin O'Neal. Vivíamos en la misma calle de niños. Kevin, este es Arsen Adamov.

Detengo ahí la presentación, pero Arsen tiende la mano a Kevin con una sonrisa en la que tengo motivos para no confiar y añade—: El marido de Laila.

Kevin se queda boquiabierto. —Vaya, no sabía que te habías casado. ¿Cuándo?

—Recientemente —admito, ruborizándome—. Muy recientemente. Ocurrió rápido.

—Un romance de torbellino, ¿eh? —pregunta Kevin, obviamente sin darse cuenta de la tensión que se respira en el ambiente.

—Sin duda ha sido un torbellino —Arsen me pasa una mano por los hombros hasta que mi cuerpo queda pegado al suyo.

—¡Bueno, pues felicitaciones dobles! Me alegro mucho por ti, Lai. Si alguien se merece un final feliz, eres tú.

—Gracias, Kev. Te lo agradezco.

Silba por lo bajo y se reclina en su asiento. —Es que no puedo superarlo. Han pasado... caramba, ¿cuántos años desde la última vez que nos vimos?

—¿Siete? —adivino—. ¿Tal vez ocho?

La mirada de Kevin se vuelve hacia Arsen, tratando de incluirlo porque es justo ese tipo de persona. —Me fui a la universidad, hice algunos viajes y, cuando volví a casa, Laila y Marie se habían ido del barrio —se vuelve hacia mí—. ¿Cómo *está* Marie? Siempre fue un encanto.

Mi sonrisa vacila, pero hago lo posible por retomarla. —Le diagnosticaron cáncer hace un año.

La cara de Kevin se frunce. —Mierda. Laila, lo siento mucho.

Me trago el sollozo siempre presente en mi garganta. La mano de Arsen me rodea los hombros. Sus dedos me rozan el costado del brazo, arriba y abajo, arriba y abajo, a un ritmo constante que me alivia la opresión del pecho.

—Sí. Ha sido un año duro.

—Solo puedo imaginarlo. Mamá y papá aún viven en Peachtree. Siempre han tenido la intención de ponerse en contacto. Es raro pasar por esa casa y saber que ya no viven allí.

—Bueno, mamá sigue siendo la propietaria. Empezamos a alquilarla hace unos años.

—Ya lo he oído —asiente Kevin, con la mandíbula tensa—. ¿Has tenido noticias de Charles últimamente? —se remueve incómodo en su asiento, y su mirada se desliza de mí a Arsen—. Solo lo menciono porque... bueno, he oído algunas cosas sobre él desde que volví al barrio.

El aliento de Arsen me hace cosquillas en la parte posterior de la oreja, pero mantengo la concentración en Kevin. —¿Qué has oído?

—Que está husmeando en esa casa, para empezar.

Resoplo. —Soy consciente. Cree que puede convencer a mamá para que le deje la casa en su testamento, pero no voy a dejar que se acerque.

—¿Después de cómo las dejó el cabrón a ti y a Marie? ¿Después de todo lo que le hizo pasar con el divorcio? —Kevin chasquea la lengua con rabia—. Menudo imbécil.

—No tienes por qué preocuparte, Kevin —interviene Arsen—. Charles no se acercará a Marie, a Laila ni a esa casa. Me estoy ocupando de ello.

La mirada de Kevin recorre a Arsen. —Nadie que yo conozca tiene nada bueno que decir de Charles, así que es bueno saber que está en buenas manos.

Arsen deja caer un beso en mi mejilla. —Así es.

Siento un aleteo en el pecho que no puedo contener. Arsen le ofrece a Kevin una elegante tarjeta de visita negra. —Si sabes algo de él, lo que sea, no dudes en contactarme.

Kevin se mete la tarjeta en el bolsillo. —Lo haré. Pero ya te he robado bastante tiempo. Laila... —se inclina para darme un abrazo logísticamente incómodo, pues Arsen se niega a quitarme el brazo de la cintura—, me ha encantado verte. Felicidades de nuevo a los dos.

En cuanto Kevin desaparece, me doy vuelta. —¿Qué ha sido eso?

—¿Qué parte? —pregunta, empujando su silla hacia su lugar original, lejos de la mía.

El brazo alrededor de mi cintura. El beso en la mejilla. La actuación que nunca, ni siquiera por un segundo, me pareció una actuación.

—Darle a Kevin tu tarjeta —digo en su lugar—. Mi padre no es tu problema.

—Laila —dice, clavándome los ojos aunque no haya nadie cerca para presenciarlo—, cualquier cosa que te afecte es mi problema.

ARSEN

—¿Qué haces aquí? —Gedeon tiene los zapatos levantados sobre mi mesita y una galleta que Polina ha horneado metida hasta la mitad en la boca.

—Por si lo has olvidado, esta es mi casa —le empujo los pies fuera de la mesa—. ¿Dónde está Dominik? Se suponía que iba a traer a Kira hoy.

Echo un vistazo por la ventana delantera, pero el camino de entrada sigue vacío. No ha aparecido ningún coche en los veinte segundos transcurridos desde la última vez que lo comprobé.

Laila no va a volver a ver a Tyler. Y, por muy platónicas que parecieran las cosas con Kevin, no voy a dejar que riegue la tierra de esa amistad en particular. Así que, a menos que quiera que Laila siga enviándose mensajes de texto con Gedeon durante las reuniones, cosa que no quiero, ponerla en contacto con algunas de las mujeres de mi mundo me parece la decisión correcta.

Por suerte, Dominik dijo que Kira llevaba meses acosándolo para que por fin le presentara a Laila. Todos salimos ganando.

—Oooh —canta Gedeon, con cara de satisfacción a punto de estallar —. Ya veo.

—Lo dudo —murmuro—. ¿Por qué estás aquí un sábado?

—De hecho, me invitaron —se está divirtiendo demasiado dando ese dato—. Laila quería un amortiguador por si no congeniaba con Kira.

—¿Y te eligió a ti?

Gedeon se limita a sonreír. —Algunas personas me encuentran encantador.

Quiero arrancar de un puñetazo la sonrisa de la cara de Gedeon. Antes de que la situación se torne violenta, Laila entra en la habitación con unas zapatillas blancas y un vestido amarillo margarita. Tiene unos cortes en forma de rombo sobre las costillas, y me debato entre desear que fueran más grandes y querer tirarle mi camiseta por la cabeza para taparla del mundo.

—¿Ya han llegado? —Laila escanea el camino de entrada de la misma forma que yo, estirándose sobre las puntas de los pies—. Me siento como si fuera a una primera cita.

—¿Y eso es lo que piensas ponerte? —Gedeon hace una mueca juguetona.

—Cállate, Ged —se gira para darle un golpe en el brazo, pero se queda con la boca abierta al verme—. Arsen. ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué todo el mundo me lo pregunta? Esta es mi puta casa.

Antes de que Laila pueda decir nada, Polina asoma la cabeza. —Ya están aquí.

Un aullido de pánico sale de la garganta de Laila, y Polina le da unas palmaditas en el brazo. —No tienes nada por lo que ponerte nerviosa. Kira es maravillosa como tú. Se llevarán muy bien.

Ni siquiera estoy seguro de que Laila la oiga. Está ocupada mordiéndose el labio inferior, lanzando miradas nerviosas en dirección a su "amortiguador".

—Gedeon —ladro—, esta mañana ha habido una anomalía en los sistemas de seguridad. Ve a comprobarla.

—¿Ahora?

—Ahora.

Apenas disimula una mueca de desagrado, pero se pone en pie. Aprieta el hombro de Laila al pasar. —No tardaré.

Laila lo mira como si fuera su último bote salvavidas desapareciendo en el horizonte. Camina arrastrando los pies, jugueteando con el vestido y el pelo.

—¿Necesitas un sedante?

Me mira con el ceño fruncido. —Soy nueva en esto, ¿vale? Nunca me he llevado muy bien con otras mujeres.

—¿Cómo es posible?

Nuestra relación ha sido turbulenta, pero, a juzgar por cómo la adula todo el mundo, soy un caso atípico. Laila es simpática. ¿A quién no le gustaría?

—Tendrías que preguntárselo a ellas —se muerde tanto el labio inferior que me preocupa que le sangre.

Cruzo la habitación y ella está tan concentrada en la calzada que no repara en mí hasta que estoy de pie frente a ella. Le paso una mano por la mejilla. —Le vas a encantar.

Aún estoy admirando el rubor de sus mejillas cuando llegan Dominik y Kira.

Hace un segundo, estaba preocupada por encontrarse con Kira. Ahora, Laila prácticamente corre hacia ella para poner distancia entre ella y yo.

Kira ignora la mano extendida de Laila y va directo a abrazarla. —Me alegro de conocerte por fin. Dominik me ha hablado mucho de ti.

Laila se encoge. —No creas ni una palabra. Es todo mentira.

—Le dije que eres una molestia, sobre todo —Dominik se encoge de hombros.

—Como he dicho... —Laila le frunce el ceño juguetonamente—. Todo mentira.

Kira da una palmada en el brazo de su marido. —No le hagas caso. No ha hecho más que cantar tus alabanzas durante los últimos ocho meses.

Laila mueve las cejas hacia Dominik. —¿Oh? Entonces he cambiado de opinión. Dominik es una fuente de verdad. Ahora quiero oírlo todo.

—Yo también —estoy de acuerdo.

Kira se vuelve al oír mi voz. —Vaya, un raro avistamiento del escurridizo Arsen Adamov. Qué suerte tengo.

—No tienes tanta suerte —sonríe Dominik—. Viene más a menudo cuando está Laila.

Ignoro a mi segundo y le doy un abrazo a Kira. —Me han dicho que debo felicitarte.

Sonríe y se rodea el vientre con ambas manos. —Resulta extraño caminar mientras un pequeño alienígena te da patadas desde dentro.

—Es tan alucinante —dice Laila.

—¡Por fin! Me moría por un poco más de estrógeno por aquí —Kira enlaza un brazo con el de Laila—. Camina conmigo, habla conmigo, Laila querida.

Las mujeres se dirigen al patio mientras Dominik se vuelve hacia mí con una sonrisa cómplice. —Me alegro de verte aquí un sábado.

—Cierra la puta boca.

Dominik se ríe entre dientes. —Cerrándola.

—¿Has investigado a ese *mudak* de Kevin O'Neil que conocimos anoche? —pregunto mientras unas risas se dirigen hacia nosotros desde el patio. Si estamos hablando de negocios, no se nos puede acusar de escuchar a escondidas.

Dominik se asoma al patio, distraído, mientras cuenta lo que sabe. —Trabaja en corporativo. Bancos, préstamos, mierda aburrida sobre la que me quedé dormido leyendo. No está relacionado con nuestra gente. Totalmente limpio por lo que he podido ver.

Debería alegrarme oírlo. Pero hay algo que no me cuadra. —Parecía saber más de Charles de lo que decía.

—Dijiste que él y Laila vivían en la misma manzana. Seguro que son cotilleos del barrio —como no respondo, me da una palmada en el hombro—. No puedes asesinar a todos los hombres con los que entra en contacto, ¿sabes?

—Me subestimas.

—El sistema de seguridad estaba bien —refunfuña Gedeon, encorvándose de nuevo en la habitación—. Solo intentabas librarte de mí, ¿no?

—Únete al club —no me pierdo el guiño que Dominik envía a Gedeon—. Puede que tengas que contar tus billetes pronto, colega. Esta vez voy ganando.

—¿Perdona?

Gedeon fulmina a Dominik con la mirada. —Y dices que soy yo el que no sabe mantener la maldita boca cerrada. Esto fue un golpe bajo.

Dominik lo ignora y me explica. —Tenemos una pequeña apuesta en marcha de que cederás al final de este pequeño experimento y te quedarás con Laila permanentemente.

Gedeon retrocede un paso cuando mi mirada se clava en los dos imbéciles que tengo delante. —¿Apostaron contra mí? —gruño.

—En realidad, aposté por ti —aclara Dominik—. Apuesto por que Laila y tú lo logren. Si lo piensas, Gedeon es el que está apostando contra ustedes dos.

No *hay* "Laila y yo". Una vez neutralizada la amenaza italiana, Laila y yo nos divorciaremos. Seremos los padres de nuestra hija, y ella... permanecerá soltera el resto de su vida, contenta de criar a nuestra hija sin necesitar nunca a otro hombre.

Me planteo explicárselo a mis amigos idiotas, pero no vale la pena. Además, darles explicaciones solo conseguiría que se dieran cuenta de que Laila me importa más de lo que pretendo.

Así que doy media vuelta y salgo al patio.

Detrás de mí, Gedeon golpea a Dominik en la nuca. —Muchas gracias, imbécil.

Me dirijo hacia la piscina, entrecerrando los ojos contra la luz del sol para buscar a mi mujer. Cuando la encuentro, mi mandíbula golpea el pavimento.

Laila ha abandonado el vestido amarillo que llevaba para ponerse un bikini de punto verde oscuro, y no puedo moverme. Gasto toda mi energía mental en contemplar cada centímetro expuesto de su piel: unos pechos perfectos y turgentes apenas cubiertos por las medias copas de la parte superior del bikini, unas piernas largas y delgadas que parecen medir kilómetros. Su larga melena rubia le cae por la espalda en ondas descuidadas.

Pero sigo volviendo a la hinchazón de su vientre, donde lleva a mi hija.

Mi polla se tensa contra mis pantalones, pero, como no hay ninguna posibilidad de liberarme pronto, me acerco a las dos mujeres. Están demasiado absortas en la conversación para verme llegar.

—¿Aún no has tenido uno? —jadea Kira, recogiéndose el pelo oscuro en una coleta alta—. ¡Pues tenemos que cambiar eso!

Laila sacude la cabeza. —No, no, en serio. Eres muy amable, pero no necesito un baby shower.

—¡Pero tienes que tener uno! Es un rito de iniciación para cualquier madre primeriza.

Pero Laila no es una madre primeriza cualquiera.

Este no es un embarazo normal.

La mirada de Laila me dice que está pensando exactamente lo mismo.

Se deja caer en una de las sillas de la piscina y coge la crema solar. —Estoy bien, de verdad. Es totalmente innecesario.

—Pero...

—Creo que Dominik te está buscando, Kira —interrumpo.

Ambas mujeres miran hacia mí, sorprendidas de verme. Pero mi mirada se fija en Laila mientras se extiende crema solar por los brazos.

—¿Ah, sí? —Kira mira hacia donde está Dominik, de pie junto a las puertas, hablando con Gedeon—. Ese hombre es tan malditamente necesitado. Volveré enseguida, Lai.

Laila la despide con la mano, y su sonrisa se borra en cuanto Kira desaparece. Sus ojos están desenfocados y lejanos cuando le arranco el protector solar de las manos.

—¡Eh, estaba usando eso!

Me echo un chorro de crema solar en la palma de la mano. —Date vuelta.

—Puedo hacerlo por mí misma.

—Conmigo cerca, no tienes por qué —giro un dedo impaciente en el aire—. Ahora, gira.

Por un segundo, nuestro tiempo en el estudio de fisioterapia pasa entre nosotros. Las mejillas de Laila se sonrojan. Gracias a toda su piel expuesta, también puedo ver cómo se arrastra por su cuello.

Me siento a su lado. —Bonito bikini.

Se peina el pelo rubio hacia delante para que le tape la cara. —La señora de la boutique lo dejó. Por lo visto, pensó que lo apreciarías.

Tomo nota mental de enviar una propina a esa mujer.

—Pero no me lo he puesto para ti —me mira por encima del hombro para asegurarse de que capto la distinción.

—Claro que no. No seas ridícula.

Le masajeo la espalda y los hombros con la crema solar, resistiendo a duras penas el impulso de tirar del lazo y ver cómo se desprende el trozo de tela.

Si la apuesta que hicieron mis *vory* no pendiera ahora sobre mi cabeza, quizá lo haría. Tal como están las cosas, disfruto de esta pequeña parte de ella que consigo conservar.

—Por cierto, tenías razón.

Mis manos vacilan. —¿Sobre qué?

—Parece muy simpática —inclina la cabeza hacia donde Dominik y Kira se están riendo de algo—. Dominik está realmente enamorado de ella. De verdad… *ay*.

Dejo caer las manos. —¿Estás bien?

—Bien —se ríe, señalándose el estómago—. La agresión viene de dentro de la casa.

Miro hacia abajo, hacia su vientre, y tengo que volver a mirar para asegurarme de que veo lo que creo que veo. —¿Eso es una huella?

—Una locura, ¿verdad?

Me coge la mano sin previo aviso y la presiona contra su estómago, donde la impresión acaba de desaparecer. Un segundo después, hay otra patada. Y otra.

—Creo que te está saludando.

Levanto la mirada y nuestros ojos se fijan. El púrpura de los ojos de Laila es más brillante que nunca.

—Hola —murmuro, sosteniendo la mirada de Laila.

Nuestra hija da una patada en respuesta.

LAILA

Me siento como una niña pequeña que se entera de que va a ir a Disney World. —¿Kira quiere invitarme a cenar?

No es que conocerla no fuera bien. Es simpática, y estuvimos tumbadas junto a la piscina charlando sobre el embarazo y lo mágico y horrible que es ver cómo te conviertes en un arándano humano al estilo de *Willy Wonka*.

Pero luego se fue, y eso fue todo.

Han pasado unos días sin mensajes ni contacto. Dom ni siquiera ha mencionado a Kira, y yo empecé a pensar que todo era un sueño febril solitario.

—Esta noche en nuestra casa —confirma Dominik—. Kira quiere tengamos una cita doble contigo y con Arsen. Cree que será divertido.

Si fuera una chica normal en una relación normal, estaría de acuerdo; sería divertido. Ahora mismo, sin embargo, soy una madre de alquiler muy embarazada en un falso matrimonio, caminando en la cuerda floja sobre el foso ardiente y arremolinado de incógnitas que es mi futuro.

"Divertido" parece absurdamente optimista.

—¿Nos ha conocido? ¿Qué hay en mí y en Arsen juntos que le grite "diversión"? —Dominik se muerde el labio inferior en un gesto de dolor, y yo suspiro—. No sabe que no estamos casados de verdad, ¿verdad?

—Mi señora es una romántica —explica—. Ella no lo entendería. Además, siempre ha tenido problemas con Arsen. No quería empeorar las cosas.

Levanto las cejas. —¿Qué clase de "problemas"? —mi cerebro se revuelve para idear teorías, pero solo se presenta una opción—. ¿A quién mató Arsen?

—¡Jesucristo! No es para tanto. ¿Crees que Arsen se cargó a la Nana de Kira y yo sigo trabajando para él?

Levanto las manos. —Pues no lo sé. Tal vez.

Sacude la cabeza. —No es nada de eso. Es solo que ya sabes cómo es Arsen. Se presenta como un hombre…

—¿Frío? —adivino—. ¿Aterrador? ¿Sin alma y siempre vigilante como el Ojo de Sauron?

—Distante —termina cortésmente—. Pero contigo es diferente. Quiero que Kira lo vea.

Es un milagro que el sábado no cometiera un desliz y le contara a Kira lo de mi contrato con Arsen. Pero, si pasa más tiempo con nosotros juntos, seguro que se da cuenta. Entonces, la única amiga que he hecho en el último año podría dejar de estar interesada en conocerme.

Dom debe ser capaz de ver la indecisión en mi cara. —Sin presiones. Siempre puedo inventar una excusa si quieres, pero... ya ha empezado a cocinar para esta noche.

Gruño. —Hacerme sentir culpable no está bien.

—Yo no soy el agradable de la relación. Es Kira.

—Vale, pero si esto es en realidad un montaje para un baby shower sorpresa o algo así, te mataré. Lentamente.

—De ninguna manera. No lo permitiría —apoya los codos en las rodillas—. Kira no conoce la situación con ustedes, así que siento que intentara imponer la fiesta del bebé. Arsen me lo contó.

No puedo contener la risa amarga que me sale. —Seguro que le ha parecido divertidísimo.

—¿Por qué iba a ser divertidísimo?

—¿Organizar una fiesta de bienvenida al bebé para una madre que ni siquiera estará presente cuando nazca el bebé? —ignoro la punzada de dolor que siento en el pecho y hago una mueca—. Kira debería organizar una para Arsen, si es que organiza una para alguien.

No puedo mirarlo, pero siento los ojos de Dominik clavándose en un lado de mi cara. —¿Qué quieres decir? Arsen ha accedido a permitirte el contacto con el bebé después de...

—Ni siquiera quiero empezar con la semántica de eso. ¿Acordado? ¿Permitir? ¿Contactar? Aunque supiera lo que significa todo eso en este conjunto de circunstancias tan de nicho, no importaría. Al fin y al cabo, lo que ocurra será según las condiciones de Arsen, a la mierda el contrato. Es su mundo. Todos vivimos en él.

Cierro los ojos y me recuerdo a mí misma que debo inhalar y exhalar. No seré la mujer de Arsen para siempre. Al final tendré que mudarme. Entonces solo podré ver a mi bebé cuando él me lo diga. ¿Y si decide que prefiere no tenerme cerca?

Quiero detenerme ahí, pero ahora que he dejado que algunas preocupaciones se deslicen por el borde de la presa, puedo sentir cómo el resto se precipita fuera de mí.

—No es que tengamos un contrato para esa parte del trato, ¿verdad? —estallo—. Probablemente solo lo dijo para que dejara de

discutir sobre casarnos. El único papel que tengo dice que el bebé que llevo en mi vientre pertenece a Arsen y solo a Arsen.

Un dolor agudo me sube por el costado y me agarro las costillas con una mueca de dolor.

Dominik se apresura a sujetarme. —Te estás alterando por nada.

—Dominik, es mi vida. La vida de mi hija.

—Arsen es un buen hombre…

—No, Arsen es un hombre poderoso —corrijo—. Y los hombres poderosos tienen la costumbre de hacer lo que les da la gana. Incluso, y quizá especialmente, a costa de otras personas.

Dominik abre la boca y vuelve a cerrarla. Se pasa una mano por la cara y finalmente dice—: Es que no lo conoces como yo.

—En realidad, no lo conozco nada —parpadeo para alejar las lágrimas acumuladas en las comisuras de mis ojos—. Pero he firmado un contrato, así que más vale que cumpla mi parte. Dile a Kira que estaré en la cena de esta noche, tanto si Arsen aparece como si no.

—Como he dicho, no lo conoces como yo —dice Dom—. Estará allí.



—¡No puedo creer que vivas justo al lado! —grito cuando Kira abre la puerta—. ¿Cómo no lo sabía?

—Porque has estado conversando con mi marido todo este tiempo, y los hombres son inútiles compartiendo información —Kira pone los ojos en blanco y me abraza—. Chicos. Nunca cambian.

Le devuelvo el apretón, fulminando con los ojos a Dominik por encima del hombro. *¿Ves?* Dice el movimiento de mis cejas. *Te dije que estaría aquí sola. Te dije que no vendría.*

Me regodeo, pero es solo porque es mi único consuelo. Una parte triste y enterrada de mí aún desearía que Arsen estuviera a mi lado.

Dominik me ignora y nos mete a las dos para poder cerrar la puerta.

—No es gran cosa —dice Kira, mirando alrededor de su casa con manos ansiosas y retorcidas—. Pero nos gusta.

La casa de Kira y Dom es probablemente una décima parte del tamaño de la propiedad de Arsen, pero es dulce y acogedora. El primer hogar perfecto para una joven pareja que acaba de formar una familia.

—Es preciosa, Kira. De verdad. Me encanta.

—Ni siquiera puedo atribuirme el diseño —admite Kira, llevándome a su salón—. Arsen nos regaló la casita cuando nos casamos.

—Ha sido... muy amable.

La parte cada vez más cínica de mí se pregunta si no intentaba mantener cerca a sus empleados. No puedes culpar al transporte público de tu retraso si vives a tiro de piedra.

O puede que realmente haya matado a la Nana de Kira y esta casa fuera el consuelo.

Estudio su rostro, intentando captar alguna señal de los complejos sentimientos que Dominik insinuó antes. Pero antes de que pueda ver nada, una voz oscura y sedosa murmura desde la esquina.

—No soy nada si no soy amable.

Me doy vuelta y veo a Arsen recostado en un sillón, con una copa en la mano. —¡Estás aquí!

Dominik me devuelve la misma mirada de *te lo dije* que le lancé hace un momento, antes de entrar en la cocina.

—Claro que estoy aquí —Arsen se desliza y me rodea la cintura con un brazo—. Nos han invitado.

Kira nos observa atentamente, así que me hundo más al lado de Arsen. Para mantener las apariencias.

Aprieto una mano contra su pecho e ignoro el temblor de mis dedos. —Bueno, sí. Solo supuse que esta noche estabas ocupado. Eso es todo.

Arsen me abraza más fuerte. —Nunca estoy demasiado ocupado para ti, mi querida esposa.

Nuestras miradas se cruzan durante unos segundos de más. El hormigueo en mi cadera no tiene nada que ver con el dolor, y todo que ver con la forma en que me sujeta.

Lo suficientemente apretado como para ser posesivo.

Lo suficientemente suave como para ser cariñoso.

Antes de que pueda entender demasiado por qué Arsen está aquí, Kira da una palmada. —Ya que están aquí, ¿por qué no les enseño mi habitación favorita de toda la casa?

—Muéstranos —salgo corriendo tras ella, sobre todo para ponerme fuera del alcance de Arsen. Me gusta demasiado permitir que su mano se quede dónde está.

Pero, en cuanto entro en la habitación favorita de Kira, se me revuelve el estómago.

La habitación del bebé es tan preciosa y acogedora como el resto de la casa. Hay una cuna y una mecedora con un mural de un bosque en la pared y detalles pintados a mano en los cajones y estanterías. Puedo ver a Kira y Dom en esta habitación, con su bebé en brazos. Ya han puesto tanto amor aquí dentro; está impregnado en la madera, en los suelos, en el aire mismo.

—Vaya —respiro, con un nudo en la garganta—. Es perfecta, Kira.

—Estoy segura de que la tuya será el doble de encantadora.

La sonrisa que me dedica me hace desear que la suave y blanca alfombra bajo mis pies se abra y me trague entera.

Abro la boca para decir... maldición, *algo*, aunque no tengo ni idea de qué, cuando Dominik asoma la cabeza por la puerta. —Vamos. La cena está lista.

—Solo quería enseñarles el...

—Y se lo has enseñado —interrumpe Dominik—. Ahora quiero enseñarles mi risotto antes de que se enfríe.

—¿Por qué estás tan estresado con este risotto? —se burla Kira, siguiéndole por el pasillo hasta la cocina—. ¿Me estás engañando con el Chef Ramsey, o algo así?

Les oigo discutir juguetonamente durante todo el camino. Pero Arsen sigue aquí conmigo, absorbiendo todos los detalles de la habitación. Su rostro es ilegible.

—Es preciosa, ¿verdad? —consigo decir con la garganta apretada.

Cuando me mira, hay algo en sus ojos, aunque no sabría cómo plasmar en una palabra ni a punta de pistola. —Es una habitación — dice al fin.

Luego, se marcha.

LAILA

—Literalmente, no puedo comer ni un bocado más —gimo, caminando de un lado a otro de la pequeña cocina como si eso pudiera ayudarme a sentirme menos como una hormigonera humana—. Este bebé ocupa demasiado espacio dentro de mí. No hay más espacio.

—Bueno, chica, será mejor que hagas sitio —Kira abre el horno y saca un humeante pastel de manzana—. Tenemos postre.

—Pensé que nos habías invitado para ser amable, no para asesinarme mediante una comida deliciosa.

Se ríe. —No hay mejor manera de morir que esa.

Tan llena como estoy, me inclino a estar de acuerdo.

Kira abre el congelador y saca un envase de helado de vainilla, y yo me fijo en la colección de fotos que tienen clavadas en la nevera.

Suelto una carcajada y señalo con el dedo una foto de Dominik. —Esa barba candado debería ser delito.

Se ríe a carcajadas. —¿Verdad? Si me dijera que por eso estuvo en la cárcel, me lo creería. Horrendo. Casi se la afeito mientras dormía.

Me ahogo con la lengua. —Lo siento. ¿Cárcel?

—Cumplió dieciocho meses de condena —inclina la cabeza hacia un lado, y en su rostro aparecen preguntas que no quiero que haga—. Allí conoció a Arsen. ¿No sabías que...?

Siento que se me va el color de la cara, pero hago mi mejor imitación de una esposa despreocupada y profundamente implicada que no está escuchando información sobre su marido por primera vez. —Lo sabía... lo de Arsen. Lo sabía. Solo que no sabía que se conocieron así.

La mirada de Kira es interrogante, pero asiente. —Sí, a Dominik tampoco le gusta hablar mucho de ello. Lo pasaron mal allí dentro.

Sus cicatrices...

¿Es ahí donde las obtuvo?

Debería saberlo. Es algo que sabría una esposa de verdad.

—De todos modos, pasé por alto su horrible vello facial e ignoré lo que decían mis padres sobre salir con un delincuente, y mírame ahora. Ahora, todos mis amigos son delincuentes —ríe—. Me ha ido muy bien. Arsen nos dio esta casa, pero también pagó nuestra boda y metió a mi hermano en rehabilitación. Incluso pagó la hipoteca de mis padres cuando tenían problemas, solo porque Dom se lo mencionó de pasada una vez.

—¿Y sigue sin gustarte?

Kira se arremolina contra mí. —¿Quién ha dicho que no me guste?

Culpo totalmente de mi falta de tacto a la sorpresa, pero ni siquiera puedo decírselo a Kira sin admitir que no sé nada de mi marido. —Dominik podría haber insinuado...

—¡Ese hombre es un bocazas! —suelta—. En primer lugar, no quiero que pienses que soy una zorra desagradecida. No es que no me guste Arsen, es que... Es una persona difícil de conocer. Mantiene a todo el mundo a distancia.

Apenas me resisto a levantar las manos al aire y gritar: *Amén, hermana.*

—Pero me doy cuenta de que es diferente entre ustedes —Kira sonríe. Casi puedo ver pequeños corazones de dibujos animados flotando en sus ojos—. En los cinco años que hace que conozco a Arsen, nunca lo había visto tan... normal.

—Normal —respiro—. Sí, así somos.

Kira se ríe y me desliza el helado por el mostrador. —Deberíamos llevar este pastel de manzana a los chicos antes de que mi marido me acuse de dejar que se enfríe. Ramsey puede besarme el culo si cree que me robará a mi hombre.

Arsen y Dominik están tumbados en sofás opuestos, con una botella de whisky sobre la mesa. Sea lo que sea de lo que estaban hablando, se interrumpe en cuanto entramos.

—¿De qué estaban hablando? —se burla Kira—. ¿De lo hermosas, perfectas y celestiales que son sus esposas?

—Siempre —Dominik le deja un beso en la mejilla mientras ella se sienta a su lado.

En la cena, cada uno tenía su propia silla. Arsen y yo nos sentamos uno al lado del otro, con una distancia respetable entre nosotros, y mientras yo fingía que él no era más que un adorno, un jarrón sin vida, poco sexy, que no olía nada embriagador, todo iba bien.

Ahora, sin embargo, nos aventuramos en terreno peligroso. Arsen tiene el brazo estirado sobre el respaldo del sofá, y me hace un gesto con la cabeza para que tome asiento a su lado.

El sillón vacío que hay en un rincón junto a la ventana nunca me había parecido tan apetecible, pero ya he levantado suficientes banderas rojas con Kira esta noche. Así que me siento junto a mi marido.

Arsen se echa hacia atrás, abriendo las piernas hasta que su muslo presiona el mío. Extrañamente, parece normal.

Por el momento, al menos, parece normal. Dentro de una hora, podría desaparecer durante tres días sin decir una palabra. Eso también sería normal.

Por mucho que luche por conseguir algún tipo de equilibrio, Arsen y yo siempre estamos rebotando de un extremo a otro. No puede ser todo para aparentar, ¿verdad?

Parte de ello, las falsas citas nocturnas, los eventos, incluso esta cena, podría ser solo una tapadera. ¿Pero qué me dices de lo atento que está cuando me duele? ¿O la forma en que reaccionó ante Tyler y Kevin?

¿Los celos forman parte de la actuación?

Y no se me ha pasado por alto que no he recibido ni una sola llamada de mi padre desde la primera semana que me mudé a la mansión con Arsen.

Me quedo mirando su perfil, observando cómo habla con Dominik, manteniendo una conversación que no puedo seguir porque el rompecabezas que forma me distrae demasiado.

Kira dijo que no siente que conozca a Arsen, pero que él le dio esta casa y cuidó de su familia. Expresó su cariño por sus amigos de la única forma que sabía.

¿Es eso lo que está haciendo conmigo?

—Bueno, Laila —me dice Kira, sacándome de mis pensamientos—, ¿cómo va la habitación del bebé?

—¡Por el amor de Dios, Kira! —dice Dominik—. ¿Puedes hablar de otra cosa que no sea esa maldita habitación?

—Lo dice el hombre que se pasó una hora obsesionado con si los apliques que elegimos eran más bien de cáscara de huevo o de

concha de ostra —le hace un gesto con la cabeza y se vuelve hacia mí—. Es difícil dejar de pensar en eso, porque hay mucho que preparar.

—Dudo que a un bebé le importen los apliques —murmura Arsen.

—No, eso solo le importa a Dom —ríe Kira—. Pero olvídate de la habitación. Todavía hay pañales, sacaleches, almohadas de lactancia, juguetes, un moisés...

Mientras su lista sigue y sigue y sigue, Arsen se pone rígido.

¿Son nervios lo que percibo? ¿Le empieza a pesar la paternidad inminente? Antes de que pierda los nervios, le pongo la mano en el muslo. Siento una oleada de confianza cuando mi mano se posa.

Esto es bueno.

Es un paso en la dirección correcta.

Puedo cuidar de él como él ha cuidado de mí.

Pero casi inmediatamente después de ese ingenuo pensamiento, la mandíbula de Arsen se flexiona. Ajusta su posición para que mi mano caiga sobre el sofá entre nosotros.

Mantengo la mirada fija en Kira mientras discute qué marca de detergente es mejor para la ropa de bebé.

Porque, si miro a mi marido, se me saltan las lágrimas.

ARSEN

—¿Dónde coño está ese cabroncete? —me revuelvo de rodillas, buscando un tornillo que ni siquiera estoy seguro de que exista.

O puede que sí exista, y no solo la estantería que acabo de construir para mi hija se desmorone en mitad de la noche y la entierre en su cuna, sino que ella acabe encontrando el tornillo en la alfombra y se lo trague.

Dominik y Kira tienen un bosque maravilloso lleno de pañales y chupetes y cualquier otra cosa que necesite un bebé. Mientras tanto, yo tengo una trampa mortal llena de tornillos sueltos.

Paternidad de primera, papá. Buen trabajo.

—Ajá. Te tengo, hijo de puta —recojo el tornillo de donde rodó bajo la cuna y termino de montar la estantería.

Cuando está listo, la cuelgo en un rincón y empiezo a sacar suministros del armario. Cajas y cajas de pañales, toallitas y bodies.

Lleno la estantería, pero ella necesitará más. Los bebés usan... muchos pañales al día. Probablemente. ¿Cinco? ¿Veinte? Estoy repasando una lista de suministros en mi cabeza cuando se abre la puerta.

—¿Arsen...? —Polina está en bata larga, parpadeando contra la claridad.

—No quería despertarte.

Echa un vistazo al caos de la habitación. —¿Estás preparando la habitación del bebé ahora? Es tarde.

Ya lo sé. Ese es el problema.

—El bebé nacerá dentro de unas semanas. Debería haber hecho todo esto hace siglos.

Lo pedí todo, pero luego se quedó en esta habitación, sin tocar. Pensé que tal vez se lo contaría a Laila, que le dejaría diseñar el cuarto del bebé. Pero nunca parecía el momento adecuado, y ahora es demasiado tarde.

He esperado demasiado.

—Ni siquiera pensé en las paredes —las paredes blancas parecen una celda. No puedo creer que no haya encargado papel pintado, ni contratado pintores. ¿Aún hay tiempo? ¿Durante cuánto tiempo son peligrosos los vapores de la pintura?

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Polina.

Le hago un gesto para que se vaya. —Vuelve a la cama. No tiene importancia.

—¿Por eso has vuelto antes de la cena de Dominik? Si es así, parece que puede ser muy importante.

Después del postre, Kira hablaba de sacar un juego o de servirnos a Dom y a mí otra copa mientras ella y Laila preparaban té. Hacía años que no dejábamos que una copa se convirtiera en dos y tres, riendo y bebiendo hasta que salía el sol. Pero, cuanto más tiempo pasaba allí sentado, más sentía la cuenta atrás rondando mi cabeza.

En lugar de eso, me levanté y le ofrecí la mano a Laila. —Tenemos que irnos.

Se le notaba la decepción en la cara, pero Laila dejó que la pusiera en pie. Su mano en la mía me abrasó la piel del mismo modo que lo habían hecho sus dedos en mi muslo. De la misma forma que siempre lo hace su contacto.

Aún puedo sentirlo, aunque llevemos horas en casa.

—¿Conseguiste todo lo que había en la lista que te di? —pregunto de repente.

—Hace meses —dice Polina con calma—. Tal como me pediste.

—Bueno, duplícalo todo. Quiero más.

Polina se mueve hacia el centro de la habitación, con las manos en las caderas. A veces me recuerda tanto a mamá que me duele. —Quizá tú también deberías descansar.

—Estoy bien. No podré dormir hasta que se arregle esta habitación.

—Tienes tiempo.

Sacudo la cabeza. —Todo el mundo piensa eso. Hasta que ya no queda tiempo.

—Estamos hablando de un bebé, Arsen. Por muy preparado que estés, nunca estás lo bastante preparado.

Aprieto la mandíbula y me vuelvo hacia las ventanas. —Buenas noches, Polina.

Acepta mi despido con un suspiro y sale silenciosamente de la habitación.

Sin embargo, no se equivoca: debería irme a dormir. El agotamiento me tira de los hombros, pero estoy aquí y avanzo, y no quiero detenerme. No es únicamente porque Laila me esté esperando en mi cama, pero no es una parte insignificante del motivo por el que sigo avanzando.

Me subo la camiseta sudada por la cabeza y la tiro al suelo, luego vuelvo al trabajo.

Acabo de decidir que la cuna estaría más segura si la alejara de la ventana cuando la puerta chirría al abrirse.

Añado "engrasar las bisagras" a mi lista mental de tareas pendientes. —Te he dicho que te vayas a la cama, Polina.

—Creo que eso hizo.

Me pongo rígido, pero sigo trabajando. No me doy vuelta.

Aun así, Laila susurra, con la voz más cercana que hace un segundo. —No me había dado cuenta... Ya tienes todo lo que ella necesita.

—Ni por asomo —me pongo en pie—. Voy a pedir más.

—¿Más de qué? ¿Cuántas cosas más puede necesitar un recién nacido?

—Me gusta estar preparado —cometo el error de volverme hacia ella. Sus ojos se deslizan hacia mi pecho descubierto y el mapa de cicatrices que recorre mi piel.

—¿Por eso tienes todos esos kits de supervivencia escondidos por toda la casa? ¿Porque te gusta estar preparado?

Elijo ignorar eso. —Deberías estar en la cama.

—No puedo dormir —duda, sus dedos se deslizan arriba y abajo por el marco de la puerta—. Arsen, ¿puedo entrar?

Una parte de mí quiere rechazarla, mandarla a la cama y dejar este rincón de la casa intacto de pensamientos sobre Laila.

Otra parte codiciosa de mí quiere verla aquí. Quiero que ocupe espacio, dejando tras de sí su olor y su recuerdo.

Mi codicia se impone.

—Adelante.

La observo hacer un lento círculo alrededor de la habitación, pasando la mano por encima de la cuna y a lo largo de la estantería que acabo de construir. Finalmente, se detiene delante de mí. —No necesita nada más, Arsen. Has pensado en todo.

—No es suficiente.

—¿De qué tienes miedo? —sus ojos se posan en la cicatriz del centro de mi pecho—. Me doy cuenta de que algo... Esta noche, en la cena, algo te ha molestado. ¿Fue lo de la habitación?

Doy un paso atrás. —Nada me molesta.

—Bien. Nueva pregunta: ¿cómo te has hecho estas cicatrices?

—Es una larga historia.

—No voy a ir a ninguna parte —su mandíbula se mueve y sus mejillas enrojecen—. Al menos, no ahora mismo. Tengo tiempo si quieres hablar.

—No busco un hombro sobre el que llorar, Laila. Tampoco busco un amigo.

—No soy tu amiga —suelta—. Pero soy tu mujer.

Mierda, mis decisiones no suelen morderme el culo tan rápido, pero fue un error dejarla entrar aquí. Ya me la imagino en la mecedora del rincón. La veo acostando a nuestra hija en la cuna. Puedo verla sentada en el asiento de la ventana, amamantando a nuestra bebé.

Como no respondo, Laila se dirige a la puerta.

Creo que se va a marchar, y me debato entre respirar aliviado y arrastrarla de vuelta.

Entonces, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Sé que esto no es real, Arsen. No eres realmente mi marido, y yo no soy realmente tu mujer. Pero... —apoya las manos en el vientre,

acunando a nuestra hija—. Aún puedes contarme cosas. Puedes dejarme entrar.

No respondo, con la mandíbula moviéndose de un lado a otro en un esfuerzo por evitar articular todas las cosas que me niego a decir en voz alta.

No puedo dejarte entrar.

No puedo dejarte entrar porque no puedo retenerte.

—El cuarto de la niña es precioso —dice Laila en voz baja mientras cierra la puerta tras de sí.

38

ARSEN

Mi teléfono suena por tercera vez en otros tantos minutos. Ni siquiera compruebo quién es antes de contestar. —¿Qué pasa ahora, Matvei?

—Jefe, se subió la manga de la camisa para enseñarme sus tatuajes.

Me pellizco el puente de la nariz. —Me da igual que se haya dejado caer en cuatro para enseñarme tu nombre en su culo, hombre. No voy a quedar con alguien de la calle. Consigue un nombre o dile que se largue.

No habrá nombre, porque, quienquiera que esté en la puerta, o tiene un hacha que afilar o un favor que pedir, y su única esperanza de conseguirlo es cogerme desprevenido.

Estuve despierto media noche organizando la habitación de la bebé, así que he bebido demasiados cafés para contarlos, y no estoy de humor para peleas ni para que me adulen para pedir favores.

Estoy a punto de colgar el teléfono una vez más cuando Matvei habla. —No tengo nombre... pero jefe, tiene el mismo tatuaje que tú. La víbora.

Mierda.

Cierro los ojos y busco a ciegas los últimos restos de cafeína en la taza que tengo delante. Voy a necesitarla. —Estaré allí en cinco minutos.

Incluso cuando la verja se abre y el hombre entra a grandes zancadas en mi propiedad, sé que no es posible. Solo conozco a otra persona que tenga un tatuaje de víbora como el mío en el bíceps derecho.

Y se supone que está muerto.

El sol resplandece en las puertas metálicas. Me tapo los ojos con la mano, intentando ver bien al fantasma que camina hacia mí.

—Vaya, vaya —suelta el hombre con voz ronca cuando me ve llegar, abriendo mucho los brazos—. La vida en el exterior sin duda te ha sentado bien.

Se detiene en un trozo de sombra, y por fin puedo bajar la mano para verlo bien.

Tiene la barba larga y enmarañada. Tiene arrugas alrededor de los ojos y la boca que no reconozco, y su pelo largo le cuelga hasta los hombros de su camisa raída a cuadros.

Pero sus brillantes ojos azules no han cambiado. Me atraviesan el pecho.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti. Aunque, teniendo en cuenta que se supone que estás muerto, tienes muy buen aspecto.

Jasper sonríe y diez años desaparecen de su rostro. Cada segundo que pasa se parece más al hombre que recuerdo. —¿Tú también te creíste los rumores?

—No tenía ninguna razón para no hacerlo.

Jasper echa una mirada larga y penetrante a la mansión detrás de mí. —Parece que tenías los recursos para verificarlos si querías.

—Cierto. Quizá era más fácil creer que estabas muerto.

Sonríe con tristeza. —Eso es lo que siempre aprecié de ti, Arsen. Nunca me has mentido.

—Y nunca me has escuchado —le digo—. Entonces, ¿qué haces aquí, Jasper?

Echa los hombros hacia atrás y vuelvo a vislumbrar al hombre que conocí. —Me ayudaste mucho cuando salimos. Sé que ahora puede no parecerlo, pero estaba realmente agradecido.

—Tienes una forma extraña de mostrar gratitud. Te dije que dejaras de juntarte con esa gente. Te dije que acabaría en problemas.

Se encoge de hombros. —Los viejos hábitos no mueren.

—Sí, lo hacen. Y tienes la costumbre de ser imprudente e imprevisible. Así que vuelvo a preguntar: ¿qué haces aquí?

—¿Quieres impredictibilidad? Escucha esto: Tenías razón —sonríe, satisfecho—. Apuesto a que nunca pensaste que oirías eso, ¿verdad?

Exhalo bruscamente. Así que por eso está aquí. —Dejé de apostar por ti hace mucho tiempo, Jas.

—Fuiste el único amigo que hice en este mundo —patea un zapato gastado contra el pavimento—. Me cubriste las espaldas desde el principio. Nos cuidábamos mutuamente. Éramos más que compañeros de celda; éramos hermanos.

—Ahora tengo muchos hermanos, Jasper. Eso ya lo sabes.

—Lo sé —se aclara la garganta y vuelve a bajar la mirada—. Y sabes por qué estoy aquí.

—Me gustaría oírtelo decir igualmente.

Una parte de mí pregunta solo porque no creo que lo haga. Su orgullo se apoderará de él y se marchará. Yo no tendré que tomar esta decisión.

Sus ojos se dirigen a los míos y veo un ápice de aquel viejo orgullo. Pero desaparece con la misma rapidez. —Quiero un lugar a tu lado. En tu Bratva.

—Ya lo intentamos una vez. No acabó bien.

—Entonces era más joven. Testarudo. Orgulloso —recita como si llevara tiempo preparándose para este momento—. Pero he cambiado. Ahora estoy dispuesto a seguir órdenes.

—Pensé que las viejas costumbres eran difíciles de erradicar.

Asiente. —Las mías no cayeron sin luchar, pero asesiné a todas y cada una de ellas.

Me paso una mano por el pelo, considerándolo durante una fracción de segundo. —De acuerdo.

—¿Hablas en serio? ¿Estoy dentro?

—No es tan sencillo —advierto—. Nadie "entra" sin más. Te ganarás tus medallas, como cualquier otro hombre.

Cuadra los hombros. —Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

—Entonces deja tu información a Matvei —hago un gesto hacia mi soldado, que está de pie junto a la puerta con una mirada suspicaz dirigida en dirección a Jasper—. Me pondré en contacto contigo en breve.

Sus manos se crispan, pero en lugar de reaccionar bruscamente ante el desaire percibido, Jasper inclina la cabeza obedientemente. —Esta vez no te defraudaré, Arsen.



—¿Jasper? —ladra Dominik, señalando el tatuaje de víbora que tengo en el bíceps—. ¿Ese es Jasper?

—Sí.

—Está muerto.

—Un rumor —explico—. Uno que lo ayudó a salir del lío en el que estaba metido con los italianos.

Gedeon tose, rociando una fina niebla de whisky en el aire. —¿Los italianos a los que acabamos de enviar cadáveres por la noche? ¿Esos italianos?

Es casi medianoche y es la primera vez que me siento en todo el día. Mis pies me gritan. Responder a la inquisición de mis lugartenientes es lo último que me apetece hacer.

—Lo único que quiere es protección —acusa Dominik—. Intenta salvar su pellejo.

Teniendo en cuenta que todas las decisiones que Jasper ha tomado han sido para salvar su propio pellejo, Dom probablemente tenga razón.

Pero eso no significa que no pueda ser útil también.

—Creo que busca un lugar donde echar raíces. Está buscando un propósito.

Dominik se masajea las sienes. Parece tan cansado como yo. —Arsen, intentaste darle a Jasper un lugar en esta Bratva, y él te cuestionó en todo momento. Se rebeló en las misiones y puso en peligro a tus hombres.

—Yo estaba allí, Dom. Recuerdo lo que pasó.

—Entonces, ¿por qué dejarlo volver a entrar?

—Porque me lo ha pedido —Dominik abre la boca para responder, pero lo corto—. Me salvó la vida. Más de una vez. Me salvó la vida antes de que me hubiera ganado mi reputación. Tenía una diana en la espalda gracias al hijo de puta malvado al que llamaba abuelo. Jasper no ganaba nada apoyándome, pero lo hizo de todos modos.

—Entiendo...

—No, no es cierto. Cuando entraste en escena, Jasper y yo ya nos habíamos ganado el respeto por las malas. No viste lo peor —presiono con la mano la cicatriz que tengo en el centro del pecho—. Pero Jasper sí.

Dominik suspira. —Nada de eso cambia el hecho de que no sirve para seguir órdenes.

Ayer, hace una semana; diablos, hace una hora, habría dicho lo mismo. Pero Jasper me miró a los ojos y me dijo que las cosas son diferentes.

Quiero creerle.

—De todas formas, la discusión es irrelevante, porque aún no se ha ganado su puesto aquí. Cuando lo haga, entonces podremos tener esta discusión —dejo a un lado mi vaso de whisky vacío y me pongo en pie.

—Puede que diga que es diferente, pero las cosas también son diferentes para ti —añade Dominik antes de que pueda irme—. Ahora tienes más gente en la que pensar.

Dom no se equivoca. Hubo un tiempo en que Jasper era la única familia que significaba algo para mí.

Ahora está Laila. Nuestra bebé.

—Si pone a mi familia en peligro aunque solo sea un segundo, está acabado. Lo mataré yo mismo —miro por encima del hombro—. Eso vale para cualquiera.

Dominik suspira aliviado. —De acuerdo, entonces. Como quieras. Pero tengo un mal presentimiento.

LAILA

—En primer lugar, quiero pedirte disculpas —Kira se deja caer en el sofá a mi lado, con un recipiente de comida para llevar extendido en ofrenda.

—Creo que confundes "rollitos de primavera" con "rama de olivo".

No sabía que Kira iba a venir hoy, pero abrí la puerta y tenía comida china en la mano. La única pregunta complementaria que fui capaz de hacerle fue—: ¿Necesitas ayuda para llevar el arroz frito a la cocina?

Agita los palillos como una bandera blanca entre nosotras. —Dominik me ha dicho que las cosas no son exactamente como parecen entre Arsen y tú. No me había dado cuenta, y creo que podría haber hecho que las cosas fueran raras. Con la fiesta del bebé y la charla sobre la habitación. Así que con esto te pido perdón.

Trago un bocado y lo siento como una roca en la garganta. —¿Qué te ha dicho Dominik?

—Dijo que no quería meterse en eso porque no era asunto nuestro.

Arqueo una ceja. —¿Y lo has dejado así?

—Supuse que me lo dirías cuando estuvieras preparada —se pasa la trenza por encima del hombro—. Por eso he venido hoy... por si estabas preparada para decírmelo. Ahora mismo. Con todo detalle.

A pesar de que mi vida parece madera seca y esta conversación es una cerilla encendida empapada en gasolina, sonrío—. Gracias, pero las cosas no son tan terribles como Dominik podría haberlas hecho parecer. Arsen y yo nos precipitamos en este matrimonio, y supongo que aún estamos intentando encontrar un terreno sólido.

No estoy segura de por qué miento. Tal vez sea porque, por mucho que odie mentir a Kira, a una parte de mí le gusta vivir en la fantasía que estábamos tejiendo para ella.

Es como cuando conté a mi clase de sexto curso que mi padre no estaba porque era astronauta en una misión especial a Marte. Era bonito ser una niña que tenía un padre que la quería, aunque solo durara unos días.

—Creo que es normal. Hubo momentos al principio de nuestro matrimonio en los que me pregunté si Dom y yo también nos habíamos precipitado.

—¿Sí?

—Nos fugamos —explica—. Arsen y Gedeon fueron los únicos que asistieron a nuestra boda. No les di la noticia a mis padres hasta una semana después.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Se escandalizaron, pero ya era un hecho, así que no tuvieron más remedio que intentar conocer a mi marido. Lo que a veces pienso que fue otro error —pone los ojos en blanco—. Creo que él recibe más llamadas de mi madre que yo.

Juego con mis uñas. —Pero te cuestionaste las cosas por tus padres, ¿verdad? ¿No por Dom?

—Cierto —me dedica una sonrisa tentativa—. Desde el momento en que le dije que sí a Dom, supe que era el hombre para mí.

Mi corazón da un pequeño salto mortal hacia atrás. ¿Cómo sería eso? ¿Estar *segura*? ¿No ir por la vida plagada de dudas, esperando que el mundo tal como lo conoces se desmorone a tu alrededor? Menudo concepto.

Ya es bastante malo tener que vivir con esas preguntas a todo volumen en el fondo de mi cabeza. Pero incluso cuando intento convencerme de que todo irá bien, tengo un contrato formal que puedo volver a examinar para recordarme qué partes de mi alma he vendido y qué puedo esperar obtener a cambio de ellas.

—Sea lo que sea lo que pasa entre Arsen y tú, estoy segura de que al final todo irá bien —Kira me da una palmada comprensiva en el hombro—. Después de todo, se casó contigo.

—¿Conociste alguna vez a Natascha? Porque Arsen también se casó con ella y, por lo que tengo entendido, "bien" no era una de las palabras que utilizarías para describir su relación.

Kira aparta ese detalle como si nada. —El padre de Natascha prácticamente la obligó, y Arsen era un jovenzuelo que no quiso rechazar la oportunidad de un aliado. Pero nunca quiso tener hijos con ella, ni siquiera mientras estuvieron casados.

Puede que Dominik le haya dicho a Kira que Arsen y yo no somos lo que parecemos, pero decirle que mi útero estaba en venta debió haber sido ir demasiado lejos. Debería decirle la verdad... pero no me atrevo a borrar el brillo esperanzador de los ojos de Kira.

—Los vi juntos, Lai —añade—. Él y Natascha eran tan fríos y distantes. Pero con ustedes dos es diferente. Es más suave contigo. Más cálido. Te toca y te mira cada vez que puede. Hay una chispa que no puedo describir, pero la siento.

Yo también la siento.

Porque, cuando me acerco demasiado, ardo.



Oh, estoy que ardo.

Ardo de rabia, frustración e impotencia, sin que sirva de nada pasar mi reluciente tarjeta de crédito negra.

He pasado los últimos cuarenta minutos rodeada de mantas de bebé y elefantes de peluche y libros que probablemente ni siquiera podré leer a mi hija. No tengo ni idea de por qué pensé que esto ayudaría.

Pensé que organizar el cuarto del bebé me haría sentir mejor acerca de, **agita las manos en general para abarcar toda la maldita situación que es mi francamente increíble vida**, pero en cuanto empecé a cortar en cajas, me di cuenta de lo que estoy haciendo aquí en realidad.

Es un intento desesperado de dejar mi huella. Dejar algún trozo de mí, para que, aunque no pueda estar aquí con mi hija todo el tiempo, partes de mí sí puedan. Cuando Arsen mire alrededor de esta habitación, pensará en mí. No tendrá elección.

Pero no es suficiente.

Cada vez que pienso que Arsen y yo estamos haciendo algún progreso, me recuerda que hay un contrato en vigor y que su amabilidad no es más que tolerancia.

Puede tocarme. *Puede* besarme. *Puede* follarme cómo y cuándo le plazca.

Pero la única vez que me acerco a él, una simple mano en la pierna, me aleja. Dibuja una línea en la arena que no puedo cruzar, pero más tarde, cuando le convenga, dará volteretas desnudo sobre esa misma línea.

El mensaje es claro: *es a mi manera o de ninguna manera.*

Estoy bastante segura de que era una cláusula del maldito contrato. Bah. Debería haberlo revisado palabra por palabra. Debería haber hecho que un abogado lo revisara primero. Debería haber negociado.

En caso de que alguna de las partes sea un imbécil melancólico y la otra se arrepienta de haber vendido a su primogénita, la segunda parte puede retirar su consentimiento, romper el contrato y bailar sobre las cenizas mientras el imbécil melancólico observa... preferiblemente con lágrimas de añoranza en los ojos.

Pero no lo hice y ahora, aquí estoy, atrapada entre una roca y un montón de plástico tosco, girando en espiral ante una audiencia de peluches mientras el dolor se agudiza en mi cadera.

Podría ir a tomarme las pastillas, pero esto me lo he hecho yo. Me merezco este dolor. Así que tal vez merezca…

—Laila.

Me doy la vuelta y veo a Arsen en la puerta, con la mirada perdida en los añadidos que he hecho.

—He decidido añadir algunas cosas nuevas al cuarto de la niña —lo digo como si fuera una coartada. Como si en realidad estuviera metiendo drogas ilícitas en los peluches para enviarlas a través de las fronteras estatales. No es que Arsen tenga mucho problema con ese tipo de cosas...

Los ojos de Arsen se entrecierran mientras cierra la puerta tras de sí. —Te duele la cadera.

—¿Cómo lo sabes?

No se molesta en contestar. La inclinación de su cabeza dice que lo sabe todo sobre mí sin ni siquiera tener que preguntar. —Deberías tomarte un descanso.

Tiene razón, lo que lo empeora todo. —Creo que conozco mi cuerpo mejor que tú.

—¿De dónde ha salido todo esto? —echa un vistazo a la habitación de la bebé y se detiene ante el tapiz que colgué sobre la cuna. Es una puesta de sol con textura, rayas rosas y moradas delante de un sol dorado.

—Tengo derecho a comprarle cosas a mi hija si quiero.

Me mira por encima del hombro. —Alguien busca pelea esta noche.

—Buscas pelea cada dos por tres, así que pensé que era mi turno.

—Nunca busco pelea con mi mujer embarazada —se burla.

—Deja de llamarme tu "mujer". Es mentira.

—Estás cansada, *roza…*

—¡Y deja de actuar como si me conocieras! —le clavo un dedo en el pecho—. No soy tu mujer, ni tu amiga, ni tu *roza*, signifique eso lo que signifique. Ni siquiera soy la madre de tu hija, por lo que a ti respecta. Solo soy un medio para un fin.

Una vena de su frente resalta con crudeza. Es el único indicio de que algo de lo que he dicho ha tenido algún impacto en él.

—Ya estamos aquí otra vez, ¿verdad?

Aquí otra vez, dice. ¡Como si alguna vez nos hubiéramos ido!

—Oh, tonta de mí, olvidé que no puedo arrepentirme de nada. Firmé el contrato y sellé mi destino. Ahora solo tengo que tumbarme —le vuelvo a pinchar en el pecho—,

y dejar que me *jodas*. En más de un sentido.

Mi dedo está a medio camino de otro pinchazo cuando me agarra de la mano y me arrastra hacia él hasta que mi cuerpo está pegado al suyo. —Firmaste ese contrato porque te ofrecí todo lo que necesitabas —sus ojos verdes se encienden—. Dinero, seguridad, cuidados para tu madre. ¿Qué más quieres de mí?

No es una pregunta. La verdad es que no. Y Arsen no espera una respuesta, pero yo tengo una en la punta de la lengua.

Todo.

Eso es lo que quiero.

Todo.

Quiero que me beses como si lo sintieras y que después me digas que lo estás sintiendo, solo para estar segura. Quiero que me hagas el amor mirándome a los ojos y que después me abraces solo para ser amable. Quiero verte sonreír, no arder, y quiero poder cruzarme contigo en el pasillo sin tener que contener la respiración para que tu olor no invada mis fosas nasales y haga que mi cerebro haga locuras estúpidas.

Quiero poder amarte y ser amada a cambio. Eso es todo. Lo quiero todo. Nada más, nada menos.

Nuestras miradas se cruzan y se sostienen, la tensión crepita entre nosotros... hasta que un pensamiento surge en mi cabeza. Es un pensamiento que no pertenece a mi cabeza; a decir verdad, suena casi como si lo hubiera arrancado de la de Arsen.

¿Eso es lo que quieres? dice el pensamiento. *Pues muy bien. Entonces, tómalo.*

Y, antes de que pueda dudar de mi instinto, lo hago.

Aprieto su camisa con las manos y arrastro sus labios hasta los míos.

Siempre preparado, nunca sorprendido, Arsen se tambalea solo un segundo cuando el beso se hace más profundo y perdemos balance. Luego se estabiliza, me acuna la cara con un gruñido en lo más profundo de su pecho y me aprieta la espalda contra la pared.

Rompo los botones de su camisa y él destroza el cuello de la mía para apretarme con besos calientes el pecho y la clavícula. Su pelo

es seda en mis manos, y tiro de él, dirigiéndolo hacia mi cuello y mi boca. Sienta bien tomar el control. Canalizar toda mi ira en deseo.

Tengo la sensación de estar robándole un trocito de él para mí.

Desciendo las yemas de los dedos hasta sus abdominales. Siento los nudos arenosos de sus cicatrices bajo mi tacto, como si leyera el Braille de su vida y me dijera todas las cosas que se niega a decir con sus propios labios.

Beso mi camino a lo largo de los senderos exactos por los que pasaron mis dedos, siguiendo la línea de su cicatriz. Arsen cae hacia delante, enganchándose en la pared con un gruñido sin palabras.

Antes de que pueda caer de rodillas, me levanta de nuevo e intenta girarme para ponerme de cara a la pared.

Pero…

—No. Así no. Esta vez no.

En lugar de eso, aprieto contra sus hombros hasta que estamos en el suelo, yo a horcajadas sobre él con las rodillas alrededor de sus caderas.

Si esto es todo lo que consigo de él, voy a tomar todo lo que pueda.

La forma en que gruñe cuando lo toco: *mío*.

La forma en que sus ojos oscuros se llenan de deseo cuando mi mano se desliza entre nuestros cuerpos, *mío*.

Recojo todas y cada una de sus respiraciones entrecortadas, guardo la visión de sus dientes apretándose cuando lo acaricio, y memorizo la forma en que sus labios se separan cuando me inclino hacia él, casi como si lo deseara tanto como yo. Y por cada gesto perfecto que archivo para mantenerme caliente en los años venideros, lo guardo con una sola palabra ronca: *Mío, mío, mío*.

Un día, demasiado pronto, Arsen Adamov puede arrebatármelo todo.

Pero ahora me toca a mí.

Me deslizo sobre él lentamente, cogiendo cada centímetro de él hasta que nos sellamos. —Mierda —la palabra sale de entre sus dientes apretados—. Laila...

Me trago su nombre, negándome a darle otro trozo de mi alma. Ya ha tomado suficiente. Esto es mío. Le clavo las uñas en el pecho y cabalgo sobre él con fuerza.

Arsen me rodea las muñecas con los dedos, mirándome a los ojos mientras tomo y tomo, más fuerte y rápido, usándolo de la misma forma que él me usa a mí.

Aguanto todo lo que puedo, pero finalmente, cierro los ojos y me corro.

Arsen jadea y siento cómo se retuerce dentro de mí, pero no se trata de él. —Te sientes tan bien, *roza*.

Me da igual.

Aprieto los ojos con más fuerza, cabalgándole mientras me estremezco hasta detenerme.

Cuando abro los ojos, hay sangre en el pecho de Arsen, pequeños cortes de media luna carmesí con la forma de mis uñas.

Me mira en los silenciosos instantes posteriores y, aunque no dice nada, siento que se desmorona. Todo lo que intenté esconder se convierte en polvo que se derrama entre mis dedos antes de que pueda mantenerlo a salvo.

Las lágrimas me arden en el fondo de los ojos mientras me bajo de él y me visto. Cuando salgo, sigue en el suelo, pero no miro atrás.

Arriba, paso por delante de su habitación y entro en la mía.

Me aseguro de cerrar la puerta con llave. No quiero visitas esta noche.

40

ARSEN

—¿Dónde está?

—¿Quién? —Polina está de pie en el salón, quitando el polvo del sofá, de las estanterías y, la mayoría de las veces, del aire vacío que tiene delante. Traga saliva, nerviosa—. ¿Te refieres a Laila?

—Sí, me refiero a Laila. Tenemos que irnos.

En realidad, teníamos que habernos ido hace media hora, pero Laila no estaba abajo. Así que envié a Polina a ver cómo estaba. Habría ido a buscarla yo mismo, pero mi mujer no tiene mucho interés en verme.

La puerta cerrada anoche lo dejó bien claro. Que nadie diga que no capto las indirectas.

He tenido doce horas para reflexionar, y todavía no entiendo qué ha pasado. Un segundo, me besó contra la pared y me montó en el suelo hasta que apenas pude mantenerme en pie. Al siguiente, entró furiosa en su habitación y cerró la puerta tras de sí.

Polina sigue quitando el polvo de nada. —He estado pensando... Hemos pedido suministros más que suficientes para el bebé. No creo que necesites llevar hoy a Laila de compras.

—Anoche dijiste que era una "idea encantadora".

—Sí, bueno... —su cara se frunce como si estuviera chupando algo agrio—. He cambiado de opinión. Laila está embarazada. Y puede que su cadera no se adapte bien a andar por una tienda.

—Entonces, la llevaré yo.

—Creo que está cansada —dice de repente—. La pobre está agotada. Cambia la cita, yo le prepararé un té y todos...

—Polina —estira la mano por encima del sofá y le arrebato el plumero de la mano—. ¿Qué sabes?

Se cierra en banda. Frunce los labios y me mira con un ceño indignado que lleva tanto tiempo haciéndome que probablemente esté grabado en su ADN. —Mi trabajo es limpiar. No debo...

—Has metido las narices en los asuntos de todo el mundo desde el día que entraste por la puerta. No empieces a fingir lo contrario.

Ella levanta la barbilla, pero no lo niega.

—Ahora —continúo—, ¿dónde está mi mujer?

—En su habitación.

Le guiño un ojo. —Te pedí que fueras a buscarla.

—Y me dijo que no iba a salir. Me dijo... —Polina suspira—. Laila me dijo que, y cito textualmente, "tiene un cero por ciento de interés en verte". Dijo que, de nuevo, cito textual, "como te gusta hacer todo lo demás solo, puedes disfrutar de tu propia compañía en cualquier cita que hayas planeado para ella". Dijo...

No oigo el resto de lo que puede haber dicho Laila porque ya estoy a mitad de camino escaleras arriba cuando Polina se da cuenta de lo que está pasando y me llama. —Si estás intentando conectar con ella, deberías...

—Lo que intento hacer —gruño, dándome la vuelta y bajando las escaleras furioso—, es decorar la habitación de mi hija. Eso es lo que haríamos hoy Laila y yo. Eso es lo que está pasando aquí.

No se trata de atraer a Laila fuera de su habitación. O de encontrar algún tipo de equilibrio habitable entre follar y pelear.

Y no se trata de la mirada que vi anoche en los ojos de Laila cuando salió corriendo de la habitación.

Polina arquea una ceja astuta. —Quizá "decorar la habitación de tu hija" debería ser un asunto tranquilo. Algo que Laila y tú hagan aquí en casa. Juntos. Mientras hablan.

Sacudo la cabeza. —No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¡A ella no le importan los grandes gestos, Arsen! —grita Polina de repente—. A Laila le importa la familia. Por eso hace todo esto, para empezar, por su madre. Creo que harías bien en recordarlo cuando hables con ella.

Pateo el plumero escaleras abajo hacia Polina. Cae a sus pies. —Y creo que harías bien en recordar que no hay que quitar el polvo del sofá.

Sus labios se crispan de irritación. Murmura algo en ruso que no puedo oír. Supongo que no está cantando mis alabanzas.

Me doy la vuelta y vuelvo a subir las escaleras. Grita tras de mí—: ¡Tranquilo con ella, Arsen! Está pasando por mucho.

¿*Ella* está pasando por mucho? Tengo a los italianos encima, fantasmas de mi pasado apareciéndose en mi puerta, y soy yo quien cierra un *Buy, Buy, Baby* para poder llevar a mi mujer embarazada a decorar una habitación de bebé.

Y ni siquiera se molesta en salir de su habitación.

Bueno, eso cambia ahora.

Sé que la puerta de Laila sigue cerrada, por eso entro en mi habitación y atravieso el acceso secreto que mi abuelo había ocultado bajo los paneles. Con un movimiento del revestimiento, atravieso la pared y entro en los aposentos de Laila.

Sigue en la cama, con una bata de seda y leyendo un libro como si tuviera todo el puto tiempo del mundo.

Pero, cuando se abre la pared, se levanta bruscamente. —¿Qué...? Oh, mierda, ¿hay otra puerta?

—Conveniente, ¿verdad? —agarro el edredón y lo arranco de la cama—. Levántate. Nos vamos.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. Ponte algo decente.

Se desliza fuera de la cama, con el escote de seda cayéndole sobre el pecho, y planta los dos puños en las caderas. —No.

—¿No? De acuerdo. Entonces, está bien.

Hay un segundo en el que ella no puede creer que yo acceda tan fácilmente. Entonces, la hago girar y la empujo hacia el armario.

—¡Suéltame! —intenta darme un codazo en el estómago, pero la maniobra es torpe y solo consigue rozarme las costillas.

—Cuidado o te harás daño.

Chilla y echa el otro codo hacia atrás. —¡Valdrá la pena golpearte, tú, tú... *acumulador*!

—¿Qué?

Sorprendido, aflojo el agarre y Laila se zafa de mí. Se da la vuelta, con la espalda pegada a la puerta del armario, manteniéndola cerrada. Tiene las mejillas sonrojadas. —Eres un acaparador. Por eso vamos a comprar más cosas para el bebé, ¿no? Como si no tuviéramos ya todo un pasillo de pañales metido en esa habitación infantil.

—Me gusta estar preparado.

—Bueno, hay suficientes pañales ahí arriba como para que un ejército infantil pueda tener una explosión de caca simultánea, y estaríamos totalmente cubiertos. Estás preparado. Así que... —me hace señas hacia la puerta secreta—. Vete. Yo me quedo aquí.

—Yo tomaré esa decisión.

Le brillan los ojos e intenta esquivarme. —Por supuesto. Porque tú eres el que siempre lleva la voz cantante. Eres el Sr. Jefe que le dice a todo el mundo... —Le cierro el paso y me pone las manos en el pecho—. ¡No eres mi dueño! Has pagado por mi útero, no por mi alma.

—Laila —gruño, enjaulándola contra el armario.

—No lo hagas —suelta—. No digas mi nombre así. No actúes como si estuviera loca. Eres tú quien nos obliga a ir a comprar para nuestra hija como si fuéramos normales. Como si no estuviéramos de mierda hasta el cuello. Pero lo estamos, y hoy no quiero fingir contigo, así que vete.

Su respiración es agitada. Nuestros cuerpos se rozan y ella se aparta de mí.

—Tienes que calmarte, Laila.

—Estoy calmada. Ahora, muévete.

Le creería si su respiración no estuviera entrecortada. Si sus ojos no brillaran de lágrimas que no comprendo.

—No.

Sus hombros se hunden mientras se encoge contra la pared. —¿Por qué no?

—Porque eres...

Solo hay una razón, muy fuerte y muy tangible, que se acumula dentro de mi cabeza: *Porque eres mía.*

Pero no es eso lo que digo.

—Porque tenemos que terminar la habitación antes de que te pongas de parto.

—¡Se acabó! —grita—. Tenemos suficientes pañales para nuestros futuros nietos. No necesitamos nada más. Déjame en paz.

Sacudo la cabeza incluso antes de que termine. No estamos preparados. Ni siquiera un poco.

Antes de que pueda decirlo, entrecierra los ojos. —Para alguien que estuvo en la cárcel, seguro que te gusta encerrar a la gente.

Me paralizo.

—Sí —dice, poniéndose un poco más alta—. Ya lo sé. Así que puedes dejar de intentar ocultarlo.

Me vuelvo hacia atrás, arrepintiéndome de repente de haber venido aquí. —No oculté nada. He estado en la cárcel. No me avergüenzo de ello.

—Los criminales nunca se avergüenzan —murmura en voz baja.

—Los niños de diecisiete años tampoco tienen mucha vergüenza.

Observo cómo algo parecido al horror baña su rostro. —Solo eras... ¿Eras un niño?

—Y ya dirigiendo misiones para la Bratva. Ese es el pro y el contra de que tu abuelo sea *pakhan*: te inician joven.

—¿Y tus padres?

—Muertos y desaparecidos —digo desdeñosamente—. La Bratva era todo lo que tenía, pero era joven y los hombres que dirigían la misión conmigo no confiaban en mí; no es que los culpe —esto es lo último de lo que pensaba hablar hoy, y tengo que rebuscar para encontrar las palabras—. La misión fue una chapuza. Me pillaron.

—Pero tu abuelo era poderoso, ¿no? ¿Era como tú? —hace una mueca ante el cumplido indirecto e involuntario—. ¿No podría haberte sacado de allí?

—Tenía tanto poder como yo ahora. Lo utilizó para asegurarse de que yo sufriera.

Se reclina contra la puerta del armario, demasiado atrapada en la historia como para enfadarse conmigo ahora. —¿Cómo?

—Iban a juzgarme como menor hasta que Yeremy Adamov intervino y pidió que me juzgaran como adulto y me trasladaran a máxima seguridad.

Laila presiona suavemente su palma contra mi pecho. —Arsen, yo...

—Así que, sí, me gusta estar preparado. Me gusta saber lo que se avecina. Y no me gusta depender de nadie para nada —me trago el sabor amargo de la boca y retrocedo fuera del alcance de Laila—. Siempre tengo una salida para que no me vuelvan a atrapar.

Es más explicación de la que nadie ha recibido nunca, y espero a que Laila diga... mierda, *algo*. Que me compadezca o se disculpe. No necesito ninguna de las dos cosas, pero es la única forma en que veo que esto va a seguir.

Entonces, como todo lo demás con esta exasperante mujer, hace algo que no espero.

Suelta una carcajada amarga.

—Cierto. Siempre tienes un plan de fuga. Incluso conmigo —me roza y se adentra en la habitación—. No hace falta que me lleves de compras, Arsen. Entiendo lo que está pasando aquí. Puedes irte.

Puede que *ella* entienda lo que pasa, pero yo no tengo ni puta idea.

—Lo de ir de compras es solo un gesto. Estaba... —me aclaro la garganta, dándome cuenta exactamente de lo malo que soy en esto —. Mierda, Laila, intentaba hacer algo bien para variar.

—¿Haciéndome ir de compras para la hija que tendré que dejar atrás? —escupe, cogiendo el edredón donde lo había tirado al suelo y extendiéndolo sobre la cama—. No, gracias.

Dejar. La palabra se asienta como un ancla alrededor de mi cuello. Solo oírla decir suena mal.

—¿Qué estás...? No vas a dejar a nadie.

—Eres un hombre frío, Arsen, pero no eres cruel —dice en voz tan baja que casi no puedo oírla—. Pero es cruel hacerme creer que tengo un lugar en la vida de esta niña cuando no es así.

—¿Quién lo dice?

—¡Lo dice el contrato que firmé! —se da vuelta con lágrimas en las mejillas y las manos pegadas al bulto—. Debería haberlo sabido. Debí... Dijiste lo que tenías que decir para que me casara contigo, y lo entiendo, aunque lo odie.

—No te he mentido.

Ella sacude la cabeza. Ni siquiera creo que me esté escuchando. —No te quedes aquí ahora y actúes como si fuéramos a ser una familia feliz cuando sabes que no lo somos.

Me arqueo hacia atrás, con el calor subiéndome a la cara. —No confías en mí.

—Confío en ti —susurra—. Te creo cuando dices que siempre tienes un plan y que nunca volverás a estar atrapado. Cuando nos divorciemos, harás lo que tengas que hacer para salir limpio, y ni siquiera puedo enfadarme contigo porque estuve de acuerdo con todo.

La resignación de su voz me rompe el corazón negro y helado. —Este bebé es tuyo. No te mentía cuando te dije que podrías estar en su vida, *roza*.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasará cuando te divorcies de mí y tenga que mudarme...?

—No te vas a mudar —gruño, sorprendido por mi propia convicción.

Se le separan los labios y abre mucho los ojos. —Será difícil vivir juntos después de divorciarnos.

Realmente no he pensado en ello. No desde hace mucho tiempo. Hubo un tiempo en que la idea del divorcio sonaba como música para mis oídos, pero ahora...

—Entonces no nos divorciaremos —acorto la distancia que nos separa y le cojo las manos—. Quiero que te quedes aquí conmigo, Laila. Quiero que seas una madre para nuestra hija. Quiero que... seas mi esposa.

—Pero tu... tu plan de fuga... —respira—. Dijiste que no te gustaba sentirte atrapado.

Afloran verdades que no he admitido ni siquiera ante mí mismo.

—No, pero... —enrosco la mano alrededor de su mandíbula, inclinando su cara hacia la mía—. No me he sentido atrapado contigo desde el día en que nos conocimos.

LAILA

—No hace falta que hagas esto —Mamá se retuerce en la silla del salón, negándose a mirarse en el espejo—. Deberías estar descansando.

—Te prometí un viaje a la peluquería y eso es lo que vas a conseguir, que Dios me ayude —corto un mechón de pelo desigual de la parte de atrás—. Aunque sea a una peluquería en la que la peluquera esté demasiado embarazada para agacharse y salgas con peor aspecto del que llegaste.

—Eso es imposible —murmura.

Mamá nunca ha sido vanidosa. Siempre ha sido demasiado robusta para eso, ha estado demasiado ocupada criándome y llevando a nuestra familia sobre sus hombros como para preocuparse por la estética. Pero aún se me rompe el corazón al oír lo bajo que ha caído su confianza.

Como si el cáncer no le hubiera robado bastante.

Me inclino todo lo que puedo, que, para que quede claro, no es mucho, y giro su silla para poder mirarla a los ojos. —Eres preciosa, mamá, y si se te ocurre discutir, te teñiré el pelo de azul. Tengo esa clase de poder.

No puede evitar sonreír. —El azul puede ser divertido. De todas formas, no es que importe. Nadie va a verme.

Giro su silla de nuevo hacia el espejo. —*Yo* tengo que mirarte, y el azul no es tu color. Y no creo que Arsen haya construido un salón en su casa para que empieces a experimentar.

—¿Arsen hizo esto?

Sonrío como una idiota en cuanto menciona su nombre. —Bueno, le comenté que querías ir a la peluquería, pero con los gérmenes y tu sistema inmunitario, no era una gran idea. Lo siguiente que supe... —señalo la silla de la peluquería y el espejo de pie que hay escondido en un rincón del salón—. Es *esto*.

Sus ojos se detienen en mi cara, una pequeña sonrisa secreta se dibuja en sus labios.

—¿Qué? —pregunto cuando no deja de mirarme en el espejo.

—Oh, nada.

—Esa mirada no es "nada" —acuso—. Esa mirada es definitivamente algo.

—Estás radiante, Laila. Y no creo que tenga nada que ver con el bebé.

Mi corazón da un vuelco nervioso, el mismo que ha dado cada vez que he pensado en esta conversación con mi madre. En realidad, el mismo que he dado cada vez que he pensado en este tema durante los dos últimos días.

Lo que me lleva a la inevitable siguiente parte. Es ahora o nunca. —Mamá, he estado esperando el momento adecuado para decirte algo.

—¿Arsen y tú están juntos? —suelta.

—Y quizá no debería haber esperado —me río—. Parece que alguien ha estropeado la sorpresa.

—No, tú me lo dijiste. A tu manera —alarga la mano y tengo que inclinarme para que me acaricie la mejilla. Su mano es fría al tacto y terriblemente fina—. Has estado muy feliz. Además, estaba esperando esto. Lo intuí la primera vez que conocí a Arsen.

—¿Ah, sí?

—Era evidente que le importabas. Y era igual de obvio que estabas enamorada desde el principio. Supuse que esperabas por respeto.

—¿Respeto a qué?

—Su mujer —dice suavemente—. Sé que no tenían la mejor relación, pero aun así... necesitaba hacer el duelo.

Casi me olvido de Natascha, lo que exige algún tipo de castigo impío, estoy segura.

Con castigos o sin ellos, al menos moriré feliz.

Al día siguiente de nuestra charla sincera, Arsen me presentó un contrato actualizado. Uno que me otorgaba los mismos derechos y la custodia sobre nuestra hija tanto si seguíamos casados como si no, aunque Arsen dejó claro que le gustaría seguir casado.

Firmé sin dudarlo.

—Mamá, hay más —admito, girando su silla y sentándome frente a ella—. Esto te va a sorprender...

—Dímelo —su mirada se clava en mí. Todo el amor incondicional de sus ojos me hace sentir aún peor por haber guardado tantos secretos.

—En primer lugar, sucedió rápido. Tan rápido que no estaba pensando. Si hubiera estado pensando, sin duda habrías estado allí. Porque quería que estuvieras allí. Ocurrió tan rápido que me dejé llevar por el momento y...

—Trabajo con tiempo limitado, y tú te lo estás comiendo todo, cariño. Suéltalo ya.

El calor inunda mis mejillas mientras escupo—: Estoy casada. Con Arsen. Arsen y yo estamos casados.

Las manos de mamá se separan de las mías. —¿Casada?

—Sí. Sé que es una sorpresa, pero...

—¿Se fugaron para casarse?

—Bueno...

En realidad, me sacó de la cama y me arrastró a una ceremonia matrimonial sorpresa en el salón. Tú estabas al final del pasillo, pero, como era contra mi voluntad, decidí no despertarte.

—Sí —digo, eludiendo esa mierda de explicación—. Sí, nos fugamos.

No quiero mentirle, pero los espeluznantes detalles de la verdad parecen innecesarios. Sobre todo porque no refleja lo lejos que hemos llegado Arsen y yo.

—Vale, a ver si lo entiendo —levanta las dos manos. No me extraña cómo tiemblan en el aire—. ¿Arsen es el padre de tu bebé y ahora están casados?

Me preparo para el impacto. —Eh, sí. Eso más o menos lo resume todo.

—¡Dios mío! —se levanta de la silla y me agarra, chillando mientras me zarandea excitada—. ¡No me lo puedo creer! ¡Te has casado!

Me pitan los oídos. —¿No estás enfadada?

—¡Oh, cariño! —me suelta una carcajada, aplastándome la cara entre las manos—. Claro que no estoy enfadada. Es una noticia maravillosa.

—Pero me casé —repito estúpidamente—. Y tú no estabas allí.

—Me habría encantado estar allí, estoy segura de que fuiste una novia preciosa, pero me siento muy aliviada.

Decido no decirle nunca que me he casado con la cara hinchada de sueño, llevando un pantalón de chándal de Arsen.

—¿Aliviada?

—He estado preocupada por ti los últimos meses, con lo del embarazo y lo de dejar de lado tu sueño de yoga. Me parece que has tenido que sacrificar muchas cosas —se quita las lágrimas y respira entrecortadamente—. No es ningún secreto que no quería que renunciaras a este bebé. Y ahora no tienes que hacerlo.

Asiento, casi sin creérmelo.

—Ahora, no solo podrás conservar a tu hija, sino que tendrás tu propia familia. Cuando me haya ido, seguirás teniéndolos.

—No vas a ir a ninguna parte pronto —digo con firmeza, esperando que mis palabras lo conviertan en realidad—. Tienes que conocer a tu nieta.

Las lágrimas resbalan por la mejilla de mamá, justo sobre sus cicatrices. —No sabes cuánto deseo eso.

Nos miramos fijamente durante unos largos segundos, un par de desastres iguales, manchados de lágrimas, uno de los cuales tiene un corte de pelo ligeramente peor que el otro.

Finalmente, me froto las mejillas y sacudo la cabeza. —Esto es una tontería. No deberíamos llorar.

—Tienes razón, ¡deberíamos celebrarlo! Mi hija se ha casado. Y pronto voy a ser abuela —jadea, dando una palmada—. Deberíamos organizar una fiesta para la bebé.

—No, no, no —veto rápidamente—. Este bebé ya tiene todo lo que necesita.

—Un baby shower no es solo para el bebé; también es para la mamá. Últimamente lo has pasado mal, pero ahora tienes algo que celebrar. Y lo celebraremos.

Tengo que admitir que la idea suena bien. Pero al ver la tez cérea de mi madre y las ojeras que tiene, no me apetece mucho celebrarlo.

—Después de que nazca —le aseguro—. Cuando te sientas más fuerte.

—Lai…

Un golpe seco en la puerta me interrumpe. Dejo las tijeras y la abro agradecida.

Agradecida, hasta que encuentro a Matvei al otro lado, con la ropa empapada por la lluvia.

—Siento molestarla, señora —dice respetuosamente—. Pero hay un visitante para usted en la puerta principal. No está en la lista aprobada de invitados, así que no lo dejé entrar. Ahora se niega a marcharse.

Aparecer sin invitación y negarse a captar una indirecta es toda la descripción que necesito. Aun así, bajo la voz y pregunto—: ¿Hombre mayor, nariz grande?

Matvei asiente y, mierda, debería haberlo visto venir.

Nada bueno puede ocurrir en mi vida sin que mi padre encuentre alguna forma de estropearlo.

—Enseguida voy.

Me tomo mi tiempo para dar los últimos retoques a mamá antes de meterla en la cama. Si mi padre quiere pasarse sin avisar, lo menos que puede hacer es esperar pacientemente a que le eche a patadas.

Cuando me dirijo a la puerta principal, estoy nerviosa. Este enfrentamiento se ha estado gestando durante meses, y no estaba segura de si llegaría a un punto crítico. No sabía cómo me sentiría cuando llegara el momento. Ahora tengo la respuesta.

Peleona.

Está lloviendo, y le he dicho a Matvei que no necesitaba paraguas, pero de todos modos se arrastra justo detrás de mí con uno.

—Gracias, Matvei —digo antes de atravesar la puerta lateral—. Yo me encargo a partir de aquí.

—Señora Laila...

Levanto la mano. —Quédate cerca si quieres. Si me toca, no dudes en llevártelo. ¿De acuerdo?

Mira a su alrededor como si esperara que Arsen saliera de las sombras y lo despidiera en cualquier momento. —Bien.

Le doy una palmada en la espalda y atravieso la puerta.

Mi padre se ha convertido en un monstruo corpulento y sombrío en mi mente, siempre al acecho, esperando para atacar. Pero, cuando doblo la esquina y lo veo, parece mucho más pequeño de lo que recordaba.

Lleva un grueso abrigo que le queda grande. Tiene el pelo canoso en las sienes y las mejillas tan hundidas que me pregunto si no estará también enfermo.

—Charles —quiero que mi tono salga tranquilo y confiado, pero en lugar de eso emerge un chillido.

Saca las manos de los bolsillos empapados de su abrigo y se vuelve hacia mí, sin mirar siquiera mi enorme barriga. —No me dejaron entrar.

—Necesitas autorización especial para entrar.

—Soy tu padre. Esa debería ser toda la autorización especial que necesito.

Hay tantas cosas de él que me resultan tan familiares. La forma en que se mueve, el sonido de su voz, el modo en que mi corazón se estremece solo con verlo.

Pero nada de eso cambia lo que ha hecho. Lo que es. Quién ha demostrado ser.

—No, no lo eres —digo en voz baja—. Nunca he tenido padre.

Sus ojos se entrecierran. —No seas así.

—No finjas que tenemos una relación.

—Escribí.

—Un par de tarjetas de cumpleaños en las que escribiste mal mi nombre. Yo no me daría palmaditas en la espalda por eso.

Su mandíbula se flexiona. —He llamado.

—Para hablar con mamá.

Sus ojos pasan de mí hacia la casa. —¿Dónde está? ¿Está ahí dentro? No puedes alejarme de mi propia mujer.

El resoplido me sale por la nariz. —La última vez que supe, te divorciaste de ella porque tuvo un accidente de coche que la dejó, ¿cómo lo has dicho?, "*horriblemente desfigurada*".

—¿Quién te ha dicho eso?

No sabía que estaba escuchando. Espero que se muera de vergüenza.

—Si tienes algo de decencia, volverás a meterte en el agujero del que saliste y nos dejarás en paz.

Levanta la barbilla en el aire. —Marie querrá verme.

Hago un sonido de asco y me doy vuelta, dispuesta a dejarlo fuera para que se cueza bajo la lluvia si eso es lo que quiere.

—¡Esa casa es mía! —me grita a la espalda—. Está claro que ya no la necesitas. Te has buscado un sugar daddy.

Me doy vuelta el tiempo suficiente para sacudir la cabeza. —Eres patético —sin embargo, cuando intento alejarme, su mano me aprisiona el brazo—. ¡Ay! Suéltame. Me duele.

Sus ojos oscuros son rendijas de ira. —Escúchame, pequeña...

Pero nunca llega a terminar su frase, porque me lo han quitado de encima. Matvei se habrá tomado a pecho mis palabras.

Pero, cuando me doy la vuelta, me doy cuenta de que no es Matvei quien ha venido a rescatarme.

—Debes tener ganas de morir, Charles.

42

ARSEN

—Tiene que ser que deseas morir —continúo con un gruñido gélido —. Porque un ardiente deseo de morir lo más dolorosa y lentamente posible es la única razón que se me ocurre para que aparezcas aquí de esta manera.

Charles Barnes tiene la cara roja, remueve las piernas en el aire mientras yo lo mantengo en el suelo, a la altura de los ojos. —Déjame... bajar... —grazna.

Una vez que haya exhalado su último aliento, estoy dispuesto a soltarlo como la basura que es, pero Laila me pone la mano en el brazo antes de que llegue tan lejos. —Déjalo ir, Arsen. No merece la pena.

Él no, pero *ella* sí.

Así que, por mucho que me gustaría enterrar a este cabrón a dos metros bajo tierra, prefiero no hacerlo delante de Laila.

—Entra —le digo.

—Lo haré. Contigo.

Tiene la cara hinchada, pasa del rojo al morado. Un minuto o dos más y será peso muerto, literalmente.

Laila se acerca, hace una mueca de dolor y apoya el costado derecho. —Arsen, por favor. Entra conmigo.

Considero mis opciones durante un segundo antes de ver a Laila estremecerse de nuevo.

Luego, de mala gana, lo arrastro un poco más cerca, asegurándome de que ve la amenaza en mis ojos. —Te marchas de esta casa porque mi mujer se apiadó de tu vida. No porque te haya perdonado la vida. Vuelve a tocarla y ni siquiera ella podrá salvarte.

Lo dejo caer y sus piernas se doblan como cerillas. Se desploma en el barro, gimiendo suavemente.

Cojo la mano de Laila entre las mías y la conduzco al interior. En cuanto estamos al otro lado de la verja cerrada, me vuelvo hacia mi mujer. —¿Te ha hecho daño?

Tiene el pelo pegado a la cara por la lluvia. Sacude la cabeza, pero tiene la mano ahuecada sobre el antebrazo.

Aparto sus dedos y me planteo arrancar la puerta de las bisagras y golpear a Charles en la cabeza con ella.

Unas ronchas rojas en forma de huella le envuelven el brazo, se hinchan más y más a cada segundo. —Ese maldito bastardo…

—¡No pasa nada! No es nada —me coge un puño de la camisa y se acerca a mí, el calor de su cuerpo atraviesa mi rabia helada—. Solo... quédate conmigo.

Me cuesta hasta la última pizca de autocontrol mantenerme a su lado. Aprieto los dientes. —Estás temblando.

—Estoy bien. Es solo que no esperaba que apareciera por aquí. Pensé... pensé que podría manejarlo.

Su barbilla se tambalea y se balancea sobre sus pies. Sin mediar palabra, la levanto en brazos y la llevo de vuelta a casa. No discute ni me golpea el pecho con los puños, por lo que sé que no está bien.

La llevo directamente a nuestro cuarto de baño y le preparo un baño caliente. Me mira trabajar, pero sus ojos están desenfocados. Tengo la sensación de que no está realmente aquí conmigo. Cuando el baño está listo, busco los botones de su blusa.

Parpadea. —¿Qué haces?

—Voy a quitarte la ropa y a meterte en la bañera. Estás empapada por la lluvia.

Asiente débilmente, y yo la ayudo a quitarse la ropa mojada y a bajar a la bañera.

Antes de que pueda retroceder, me coge la mano. —¿Quieres entrar conmigo?

Tengo otras cosas que hacer. Tenía que haberme ido hace treinta minutos, pero corrí a las puertas en cuanto supe que Charles estaba aquí. Aun así, me desnudo sin vacilar y me uno a ella en el agua. Laila me hace sitio para que me acomode detrás de ella y se reclina contra mi pecho.

Al cabo de unos minutos, su temblor disminuye y sus hombros se relajan.

—Ahora estoy mejor —suspira.

Le beso el hombro. —¿Cómo está tu cadera?

—Mejor —admite—. Arsen, por favor, no le cuentes a mi madre lo que acaba de pasar. No quiero que sepa que ha aparecido por aquí.

Le saco el brazo del agua. Las marcas son tenues, pero aún están en carne viva y enrojecidas. —¿Cómo vas a explicar esto?

—Ya se me ocurrirá algo. No quiero preocuparla.

—Muy bien —aprieto otro beso en la tierna magulladura—. No se enterará por mí.

—Gracias.

Nos sentamos en silencio durante un buen rato. Hago correr el agua caliente por sus brazos mientras ella se apoya en mi pecho, suspirando suavemente de vez en cuando.

Nunca había experimentado algo así: la paz que nos envuelve. La facilidad de simplemente estar con alguien sin necesidad de llenar el silencio.

Mis manos recorren suavemente su cuerpo, trazan su forma bajo el agua. Cuando llego a su cadera, recuerdo algo que he oído. No puedo evitar romper el silencio.

—Lo que dijiste allí, sobre por qué se fue tu padre... ¿es verdad?

Se gira en mis brazos. —Sí, es verdad —Laila parece tranquila, pero en mi pecho se agita una tormenta—. Se quedó quizá una semana después de que mamá y yo saliéramos del hospital. El día que le quitaron las vendas... fue cuando se fue —dibuja lentos círculos sobre mi pecho, trazando mis cicatrices y tatuajes—. Me desperté y oí voces en el piso de abajo. Escuché desde lo alto de la escalera. Mamá lloraba, pero él estaba frío como una piedra. *"¿Cómo puedo quedarme ahora? Todo está arruinado. Mírate"*.

La abrazo más fuerte. —Es un imbécil, *roza*. Es escoria. Una despiadada excusa de hombre.

—No estoy en desacuerdo —frunce los labios—. Pero, hasta ese momento, seguía siendo mi padre. Al menos estaba cerca. Pensé que eso era suficiente.

—Ser padre es mucho más que estar ahí. Es poner a tu hijo en primer lugar pase lo que pase. Es sacrificar tu felicidad si eso significa garantizar la suya.

Ella sonríe tristemente. —¿Tuviste un padre así?

—Lo hice. Era un buen hombre.

No recuerdo la última vez que hablé de mi padre. De cualquiera de mis padres, en realidad.

Pero Laila presiona.

Y, por alguna razón, parece más fácil con ella aquí.

—¿Cómo eran?

—Papá decía que fue amor a primera vista. Ella era camarera en un bar de cócteles y, en cuanto puso los ojos en ella, eso fue todo. Decía que supo que algún día sería su mujer.

—Vaya —respira—. Así que las comedias románticas no mentían, después de todo.

Me encojo de hombros. —Ya no importa. Ambos murieron jóvenes. Nunca tuvieron su "felices para siempre".

—Sí, lo hicieron. Tú fuiste su final feliz, Arsen —hago una mueca de dolor y ella sonríe—. Perdona. ¿Demasiado cursi?

Le beso la mejilla. —No de ti.

—¿Crees que tu vida habría sido muy diferente si ellos... si ellos no hubieran...?

Sacudo la cabeza. —Habría ido a trabajar para mi abuelo a pesar de todo. De hecho, mi abuelo empezó a sentar las bases para que yo me hiciera cargo mientras mi padre aún vivía.

—Pero ¿por qué tú? ¿Por qué no le pasó las cosas a tu padre?

—Pensaba que mi padre era demasiado blando. Para él, yo era su oportunidad de corregir todos los errores que cometió con mi padre.

Tiene la frente hundida en el pliegue de mi cuello, pero aún noto cómo frunce el ceño. —¿Tu padre quería esa vida para ti?

—No importaba lo que quisiera. Intentó plantar cara a mi abuelo, pero con Yeremy no se ganaba. Tenía el poder de hacer daño a mis padres, y me di cuenta pronto de que era más fácil para mí seguir la línea para que él dejara a mis padres fuera de esto.

Su suspiro se abanica sobre mi piel, suave, cálido y fragante. —¿Te sacrificaste por ellos?

—No era ni mucho menos tan desinteresado como me estás haciendo ver. Era joven y estaba decidido a demostrar lo que podía hacer. No es que no quisiera formar parte de la Bratva. Una parte de mí siempre supo que la heredaría, y quería hacerme un nombre antes.

Me acaricia la cara. —Eres un hombre extraordinario, Arsen Adamov.

—La lealtad no es extraordinaria. Es un requisito. Lo mínimo —las burbujas han desaparecido casi por completo y el agua empieza a enfriarse—. Si un hombre no tiene lealtad, ¿qué tiene?

No contesta. A decir verdad, no necesito que lo haga.

Sé lo que importa.

Sé lo que cuenta.

Al final, la saco del agua y la seco. La ayudo a ponerse el pijama. Cuando está metida en la cama, con los ojos cada vez más pesados a cada segundo que pasa, oigo un golpe seco en la puerta.

Compruebo que no la haya despertado, y luego cruzo la habitación y la abro de un tirón. —¿Qué quieres? —gruño a Dominik—. Laila está durmiendo.

La tensión es evidente en el pliegue de su frente. —Tenemos un problema.

Mis manos se cierran en puños preparados. —¿Es Charles?

—No —Dom sacude la cabeza—. Es Jasper.



Cierro la puerta de Laila detrás de mí y salgo al pasillo. —¿Qué hizo ahora?

Acabo de apagar un incendio, así que obviamente es hora de otro. Conociendo a Jasper, podría volver a la cárcel por cualquier cosa, desde cargos por drogas hasta por agredir a un anciano que pensó que lo miraba mal. Esperaba algo más de él cuando llamó a mi puerta por primera vez, pero si Dominik está preocupado, probablemente haya una buena razón.

Dominik está tenso, se mueve de un lado a otro como si los enemigos fueran a saltar de las paredes en cualquier momento. —Nada.

—¿Estoy perdiendo la cabeza, o no acabas de decirme que tenemos un problema?

—Todavía nada —abro la boca, pero me hace un gesto para que pare—. Sé lo que vas a decir "*estás paranoico, Dom*"; "*dale una oportunidad, Dom*", pero tengo un mal presentimiento sobre este tipo —se pasa una mano por el pelo—. Lo he visitado hoy, como me pediste, y está encerrado en un agujero en medio de la Central de Drogas.

—Acaba de salir de la cárcel. No puedes esperar que esté en el Ritz —le digo—. El hombre necesita dirección.

—Lo que necesita es un cambio de actitud —responde Dominik—. Le falta respeto. No sabe seguir órdenes.

—Eso fue hace mucho tiempo. Era joven. Necesitaba rebelarse.

Dominik aprieta los dientes. —Todos éramos jóvenes. Aunque ahora menos. No puedo creer que estés excusando a ese hombre.

—Es un hermano.

Se remanga la camisa para mostrar el símbolo tatuado de la Bratva Adamov. —Todavía no tiene la marca, Arsen. No es un hermano hasta que su piel tenga este aspecto. Y, para que eso ocurra, tiene que demostrar su valía. Ya ha fallado la prueba una vez. Tenía la impresión de que bastaba con una vez.

Normalmente, eso es cierto, pero...

—Esto es diferente.

Dominik pone los ojos en blanco. —Te salvó la vida varias veces, sí, pero tú salvaste la suya otras tantas. Están en paz. Ya no hace falta que te juegues el cuello por ese maldito imbécil.

—La lealtad no funciona así.

La conversación que acabo de tener con Laila está fresca en mi mente. Si no tengo lealtad, ¿qué tengo?

—Y tratar como una mierda a alguien a quien esperas llamar hermano tampoco es muy "leal" —Dom sacude la cabeza—. Estaba molesto porque fui yo quien apareció hoy para ver cómo estaba. Te estaba esperando. Puede que te sea leal, pero el resto de nosotros le importamos un bledo. No está preparado para la vida en la Bratva.

—Entonces, tendremos que enseñarle.

—Arsen…

—No le daré la espalda a Jasper —ladro, cortando a Dominik—. Igual que nunca te daría la espalda a ti.

Dom se cruza de brazos. —La diferencia es que yo nunca te daría una razón.

Me paso una mano por el cuello. Los efectos calmantes del baño con Laila son ya un recuerdo lejano. Me siento como una cruda y expuesta terminación nerviosa. —Yo fui la primera familia que tuvo Jasper. Tenemos que darle una oportunidad.

—¿Y no se trata de que te sientas culpable por no haber cuidado de él cuando nos enteramos de que estaba metido hasta el cuello con los italianos?

Trago saliva, sintiendo de nuevo el peso de aquella vieja decisión sobre mis hombros. —Yo también he cometido errores.

—Le diste una oportunidad y te escupió a la cara. Expulsarlo y obligarlo a valerse por sí mismo fue muy amable por tu parte. Debería estarte agradecido. Podrías haberlo...

—¿Podría haberlo qué? —gruño antes de que pueda terminar ese pensamiento—. ¿Metido en la cárcel por cometer un error? ¿Como hizo Yeremy conmigo?

—Eso no es lo que yo...

—He tomado la decisión, Dominik. Si no te gusta, pondré a Gedeon a trabajar y podrás irte a cavar putas zanjas. Pero, si decides quedarte con Jasper, tendrás que concederle el beneficio de la duda.

El silencio se alarga hasta hacerse incómodo. Finalmente, Dominik suspira. —Bien. Lo haré yo. Por ti. Pero lo vigilo.

—No esperaba menos.

LAILA

—¿Estás bien? —pregunta Gedeon.

Nos dirigimos al otro lado de la ciudad para mi segunda cita de fisioterapia con una nueva terapeuta, una mujer, como pidió Arsen, y Gedeon no ha dicho ni una palabra desde que me recogió. Normalmente es Dominik quien me lleva, charlando sin parar sobre Kira y acosándome por llevar té en el coche sin tapa de viaje, *como un animal*, dice, pero hoy está ocupado con otro encargo.

No me importa tanto. La tranquilidad ha sido agradable.

—Bien. Solo cansada —intento dejarlo así, pero la verdad ha estado supurando en mi pecho toda la mañana, y se precipita fuera de mí —. Mi madre no estaba muy bien cuando la he dejado hoy. Cada vez más, no parece estar del todo bien. Dice cosas que no tienen sentido.

—Debe ser duro.

Suspiro. —Cada vez que creo que está un poco mejor, ocurre algo que me recuerda que sigue deteriorándose rápidamente.

—Los milagros pueden ocurrir —se encoge de hombros, y percibo un signo de interrogación al final de esa afirmación. Debe ver la confusión en mi cara, porque me mira y se encoge de hombros—. Lo siento. No se me da bien eso del consuelo.

No puedo evitar sonreír. —No pasa nada. Solo necesitaba desahogarme. Siéntete libre de cambiar de tema.

—Bendita seas —dice, agradecido—. ¿Qué tal la nueva fisioterapeuta?

—En realidad, es bastante increíble. Mejor que Tyler, seguro —dirijo mi atención hacia él—. Pero no se lo digas a Arsen. Todavía estoy molesta con él por hacerme cambiar.

—Pero acabas de admitir que ella es…

—No se trata de eso, Gedeon. Arsen no puede tomar decisiones sobre mi vida y luego esperar que las ame todas.

—Pero, hasta ahora, las amas todas.

Le doy una palmada en el brazo. —Oh, cállate.

Se ríe entre dientes mientras se detiene delante del edificio. —¿Hay un baño ahí?

—Nunca aguantaría una cita si no lo hubiera. A esta bebé le encanta darme patadas en la vejiga.

Gedeon me sigue dentro y se mete en el baño mientras espero a mi cita. Cuando termina, atraviesa el vestíbulo y se despide con la mano antes de salir para esperar en el coche, pero la puerta del estudio se abre y sale Brynn con un cliente.

—Asegúrese de hacer los deberes esta semana, señora Cabrera —advierte a la mujer mayor, con sus enormes ojos marrones entrecerrados en juguetona advertencia—. Me daré cuenta si no lo hace.

Gedeon está congelado con la puerta abierta, sus ojos fijos en mi fisioterapeuta mientras ayuda a la Sra. Cabrera a cruzar la puerta y entrar en el aparcamiento.

Sigue ahí de pie cuando ella vuelve a entrar y me saluda. Ni siquiera mira a Gedeon, aunque a él casi se le cae la baba. —Hola, Laila.

Me trago la sonrisa mientras inclino la cabeza hacia mi guardaespaldas. —Brynn, este es Gedeon.

Su sonrisa de vuelta va dirigida más a mí que a él. —¿Qué le ha pasado a Dominik?

—Está ocupado.

—Probablemente estará ocupado durante los próximos meses —interrumpe Gedeon, dejando caer la puerta para poder alcanzar la mano de Brynn—. Me verás más. Ya que traeré a Laila a sus citas y todo eso. Encantado de conocerte.

Es la primera vez que oigo hablar de este plan. Me pregunto si Dominik sabe que va a estar tan ocupado. También me pregunto si Gedeon sabe que respira como un jabalí cuando Brynn le coge la mano.

—Sí... yo también —dice distraída—. Entonces, Laila...

—Bonito tatuaje —interrumpe él, señalando el ruiseñor que tiene justo encima de la clavícula.

Se encoge de hombros. —Es el resultado de una mala ruptura y de una noche de borrachera. No soy una chica de tatuajes.

—Claro, por supuesto que no —Gedeon se lleva la mano derecha a la espalda para cubrirse toda la manga del tatuaje—. Pero te queda bien.

—Eso espero. Me tengo que quedar con él hasta la muerte. Entonces...

—¿Cuándo te lo hiciste?

—¿Qué? —los ojos de Brynn se dirigen hacia mí, como si pudiera amordazar a mi guardaespaldas.

—El tatuaje. ¿Cuándo te lo hiciste?

—Hace mucho tiempo. Tenía diecinueve años y era estúpida.

—¿Así que no fue una mala ruptura reciente?

Comprende todo de golpe y se calla. —Lo siento, tengo que atender a una cliente. No tengo tiempo para...

—No me importa —suelto rápidamente—. Por supuesto, tómate tu tiempo.

Brynn me lanza una mirada fulminante. —Pero a mí me importa. Estoy aquí para trabajar.

—¿Cuándo sales del trabajo? —pregunta Gedeon con valentía—. Porque conozco un sitio estupendo no muy lejos de aquí. Quizá podríamos...

Brynn levanta una mano. —Deja que te detenga ahí mismo. Eso no va a ocurrir.

Gedeon parece avergonzado por primera vez en su vida. —¿Qué no va a ocurrir?

—Esto —dice, señalando entre los dos—. Tú y yo. No me interesa.

—¿Cómo lo sabes si no has tenido una cita conmigo?

Brynn pone los ojos en blanco. —Sé todo lo que necesito saber sobre los guardaespaldas cabrones y los egos que los acompañan —lo mira de arriba abajo con expresión aburrida—. Ya he salido antes con hombres como tú, ya he pasado por eso, tengo tanto la camiseta como el tatuaje, como ya hemos hablado, pero ahora soy más vieja y más sabia.

Arquea una ceja. —Los amigos con derecho también se hacen mayores y más sabios. Dame una oportunidad.

Juro que veo un atisbo de risa antes de que frunza el ceño. —Sal de mi estudio y déjame hacer mi trabajo, por favor y gracias.

Gedeon abre la boca para decir algo más, pero yo salto entre ellos, empujándolo literalmente hacia la puerta.

—Laila...

—Cállate —siseo, bajando la voz—. Vete ahora y hazte el interesante. Hablaré de ti.

Sonríe. —¿Lo prometes?

—Lo juro por el meñique.

—Dile que tengo tres hermanas. Y que se me dan muy bien los niños. Cuido de mis sobrinos todo el tiempo —grita mientras sigo empujándolo hacia la puerta del edificio—. Ah, y dile que sé cocinar. Y que soy hábil en casa. Háblale también de tatuajes, ya que tengo unos cuantos que tapar. Y...

—Vete, Ged. Yo me encargo de esto.

Con una última sonrisa pícara lanzada por encima del hombro hacia Brynn, se marcha y por fin puedo cerrarle la puerta en las narices.

Cuando vuelvo a entrar en el estudio, Brynn se está atusando el rizado pelo castaño. —Algunos hombres no saben recibir un no por respuesta, ¿eh?

—Sí. Gedeon puede llegar a ser un poco fuerte, pero en realidad no tenía elección. Crecer siendo el único chico con tres hermanas significó que tuvo que luchar por lo que quería —entorna los ojos, pero yo sigo—. Pero no me malinterpretes, es amable. Sus sobrinos lo adoran.

Suspira. —¿También rescata gatitos de los árboles y enseña a leer a huérfanos analfabetos?

—Si te dijera que sí, ¿aceptarías salir con él? Nunca dejará de molestarme si no lo haces.

Riendo, se dirige al estudio. —Venga. Acabemos con esto.

—¿Mi sesión o la cita?

—Así que cuando dijo: "Hasta la próxima, Laila", ¿había un brillo en sus ojos? ¿Quería decir realmente: "Estoy deseando salir con tu guardaespaldas"?

Suspiro cuando nos detenemos en el quinto semáforo en rojo consecutivo. Gedeon ha estado tan ocupado acribillándome por información sobre Brynn que ha olvidado dónde está el acelerador.

—No tenía brillo en los ojos, pero usó el código Morse para enviarme un mensaje con sus pestañas.

De alguna manera, el coche frena aún más cuando se vuelve hacia mí. —¿Qué decía el mensaje?

—Decía: "Eres patético. Conduce, por favor".

Se vuelve hacia la carretera y se detiene en otro semáforo en rojo. —No tienes gracia, ¿lo sabes? Soy un hombre en apuros. Necesito tu ayuda.

Suspiro. —Le hablé bien de ti y no rechazó una cita, así que creo que vas por buen camino. No literalmente, claro. Literalmente hablando, nos estamos arrastrando por el camino, y puede que nunca lleguemos a casa.

—¿Le has hablado de mis tatuajes?

—He decidido dejar la cosificación para la semana que viene. Hoy me he centrado en que solo matas a la gente por trabajo y no por deporte. Creo que lo aprobó.

—Sé que te estás burlando de mí, pero deseas esto tanto como Brynn. Solo soy el único lo bastante hombre para ser sincero al respecto.

—La confianza de ustedes, los Bratva, no tiene parangón —sacudo la cabeza—. ¿Alguno de ustedes acepta alguna vez un no por

respuesta?

—Por supuesto que no. ¿Cómo crees si no que conseguimos todo lo que queremos? —me guiña un ojo.

Que Dios ayude a Brynn. Este bulldog tiene su olor y no la suelta.

—Brynn es muy agradable —advierto—. Súper segura de sí misma e independiente. Tienes que sentar algunas bases con ella. Si la presionas demasiado, la alejarás.

—Muy bien, sensei, guíame.

Me río a mi pesar. —¿De verdad tienes tres hermanas?

—Sí. Galina, Galya y Galochka. Yo soy el más joven. A las tres les gusta recordarme que fui un desliz.

—Estoy segura de que eso no es cierto.

Resopla. —Hay diez años de diferencia entre Galina y yo. Definitivamente, yo fui un accidente —sin embargo, a juzgar por la sonrisa de su rostro, no se lo toma como algo personal.

—¿Y tienes sobrinos?

—Cuatro chicos y dos chicas. Las chicas son mis favoritas, y, antes de que empieces a sermonearme, si conocieras a mis sobrinos, sabrías por qué. Esos cuatro son demonios de Tasmania. Pero Svetlana y Oksana son ángeles —Gedeon mira soñadoramente por el parabrisas—. Quizá debería llevar flores a tu próxima cita.

El semáforo se pone en verde. Gedeon no arranca.

—Ejem. *Ejem* —finalmente, le doy un golpe en el hombro—. Gedeon, por el amor de Dios, pisa a fondo.

—Mierda —maldice mientras pisa el acelerador y consulta el reloj—. Tienes razón. Tenía que haberte dejado en casa hace siglos.

—¿*Tenías que*? ¿Quién lo dice? ¿Y por qué?

—Arsen te va a llevar a algún sitio —abro la boca para hacerle una serie de preguntas complementarias, pero me interrumpe—. No sé a dónde te va a llevar y, aunque lo supiera, no te lo diría. Solo sé que tienes que vestirte elegante y que tienes que salir dentro de unos veinte minutos.

Tengo el pelo pegado a la nuca por el sudor y llevo unas calzas de embarazada. —¡Gedeon! ¿Cómo demonios voy a estar lista para una noche elegante en veinte minutos?

—¿Pueden ocurrir milagros?

—Esa frase no funcionó la primera vez. Ahora es aún peor —se salta un semáforo en rojo y yo pongo los ojos en blanco, murmurando en voz baja—. Puaj. Hombres.

LAILA

Me siento como Cenicienta, bajando a toda prisa las escaleras mientras corro contrarreloj. Salvo que, en lugar de un zapato, estoy a punto de dejar atrás los jirones de un vestido plateado. Reventaré estas costuras tan estiradas, y Arsen tendrá que ir de puerta en puerta, buscando qué mujer gigantescamente embarazada puede caber en el vestido.

Y seguro que no seré yo.

Porque no me cabe el vestido. Ni siquiera un poco.

Tuve que pedirle a Polina que me subiera la cremallera, y lo hizo en contra de su buen juicio, con no poco sudor y murmurando maldiciones en voz baja. Estoy casi segura de que metió por arte de magia un par de calzas maternales en mi pequeño bolso cuando no miraba, por si acaso respiraba hondo y necesitaba ropa de emergencia.

Pero en cuanto salgo al porche y veo a Arsen esperándome contra el Bugatti, agradezco no haber cedido a las preocupaciones de Polina y haberme cambiado.

Un vestido así está hecho para estar al lado de un hombre como él.

Arsen está guapo con su traje azul marino, obviamente, pero lo que me atrae es su pelo castaño despeinado y su sonrisa hambrienta. —

Estás preciosa —abre la puerta del copiloto y me observa lentamente de la cabeza a los pies, antes de volver al colgante de diamantes negros que llevo en el cuello. Como es habitual en sus regalos, tiene forma de rosa.

Aprieto con una mano el collar. —Gracias por esto. ¿Qué debo inferir de los diamantes negros?

—Solo que son raros y preciosos —me baja al asiento del copiloto y se lleva mis nudillos a la boca para besarme—. Como tú.

Quince minutos más tarde, cuando cruzamos las puertas doradas de algún restaurante de alta cocina del que estoy demasiado aturdida para oír el nombre, no me siento rara y preciosa. Me siento como una salchicha rellena.

Hemos dado dos pasos dentro del establecimiento y ya estoy mirando las mesas de la esquina del fondo, donde podría bajarme discretamente la cremallera de la parte trasera del vestido y dejarlo todo al aire, cuando una pareja se cruza en nuestro camino.

Ella lleva un vestido de cóctel rojo con diamantes brillando en las orejas, el cuello y las manos. Él lleva un traje a medida de tres piezas, con el reloj de diamantes más grande y ostentoso que he visto nunca.

—Frederick —saluda Arsen, estrechando la mano del hombre de mala gana—. Permíteme que te presente a mi esposa, Laila Adamov. Laila, estos son Frederick y Alicia Stewart.

Laila Adamov.

Es la primera vez que oigo mi nombre de ese modo, y es lo bastante surrealista como para que tenga que parpadear de vuelta a la realidad cuando Alicia Stewart dirige hacia mí su mirada evaluadora.

—Qué guapa estás, Laila.

—Es muy generoso por tu parte —me acaricio el bulto.

—Tonterías. Estás radiante —dice amablemente—. Aunque lamento que te impida saborear el fruto del trabajo de tu marido.

La cremallera empieza a clavárseme en el costado, y en el ajetreo para llegar desde la fisioterapia hasta aquí, me ha empezado a doler la cadera. Debe ser por eso que suelto—: ¿Es eso un eufemismo?

Frederick vuelve a escupir en el vaso del que ha estado bebiendo, y Alicia se echa hacia atrás. —Madre mía.

Arsen, por su parte, resopla de risa.

Me arde la cara. —Yo... lo siento. No quería decirlo como ha sonado.

Eso es mentira. La verdad es que sí. Solo que no me di cuenta de que este era el público totalmente equivocado para el humor grosero.

—Si nos disculpan —dice Arsen, poniendo la mano en la parte baja de mi espalda—, tengo que buscar un lugar para que mi esposa se siente.

Consigo despedirme con la mano, disculpándome a medias, antes de que Arsen me dirija hacia nuestra mesa. —Deberías alejar a tu mujer de los humanos civilizados —gimo—. Ha sido mortificante.

—Me pareció entretenido.

—¿Qué ha querido decir? —pregunto, mirando alrededor de la habitación para evitar el brillo divertido de los ojos de mi marido.

—Se refería a que no puedes probar ninguno de los nuevos productos en los que está trabajando Adamov Liquor. Ella y su marido fueron los primeros inversores en Pobeda.

—Oh. *Oh.* Eso tiene mucho más sentido —dejo caer la cara entre las manos—. Debo haber sonado como una completa idiota.

—Desde luego, has causado una impresión.

Me coge de la mano, me ayuda a entrar en la cabina y me sigue. No afloja el agarre de mis dedos. Para mi sorpresa, es algo natural. Fácil. Como si quisiera cogerme de la mano solo porque soy su mujer y puede hacerlo.

Ahora, si al menos mi vestido no cortara el flujo sanguíneo a mis extremidades, podría apreciar este momento.

A medida que avanza la cena, las cosas van cuesta abajo.

Comer empeora aún más la situación, ya de por sí calamitosa, y aunque yo esperaba un rincón sombrío donde mi espalda expuesta pudiera pasar desapercibida, Arsen y yo no podríamos estar más en el centro de las cosas. Si las costuras empiezan a rasgarse, todo el restaurante va a sufrir un espectáculo infernal.

Cuando se reparten los menús de postres, los rechazo.

—Nunca rechazas el postre —comenta Arsen levantando una ceja.

—Estoy demasiado llena —miento. Bueno, más bien el vestido que llevo está demasiado lleno de mí, pero oye, detalles, detalles.

Tensa la boca, pero no insiste, paga la cuenta y salimos a grandes zancadas del restaurante. Cuento en silencio los minutos que faltan para volver a casa. Solo un corto trayecto en coche, y entonces podré quitarme el vestido y ponerme una de las camisetas holgadas de Arsen.

Excepto que, quince minutos después, no estamos cerca de casa. En lugar de eso, Arsen detiene el coche delante de una heladería muy familiar.

—Dijiste que era el mejor helado de pistacho del mundo, si no recuerdo mal —apaga el motor y se vuelve hacia mí con una sonrisa cálida—. ¿Todavía no te interesa el postre?

Mi vestido me está serruchando agresivamente la espalda. Estoy casi segura de que me ha rebanado las dos primeras capas de piel y de que un bocado de helado lo hará atravesar la tercera y la cuarta.

Pero Arsen me mira con algo parecido a la esperanza en los ojos, y no me atrevo a decirle la verdad.

Ignorando el dolor de espalda y de caja torácica, le devuelvo la sonrisa. —Nunca he rechazado un helado de pistacho fresco y no voy a empezar a hacerlo ahora.

Pedimos dos raciones y cogemos una mesa junto a la ventana. Agarro la cuchara con el cuidado de quien está a punto de desmontar una bomba. Apenas puedo respirar.

—¿Estás bien? Luces... extraña.

—Si intentas engatusarme, tendrás que intentarlo más.

Se ríe. —Si es tu cadera…

—No es mi cadera. Es que... —miro mi precioso vestido de diseño y toco la romántica tela con pesar—. El vestido me aprieta un poco.

Sus ojos se entrecierran. —¿Qué tanto?

—Me cuesta un poco respirar, pero por lo demás, estoy... —de repente, Arsen se levanta de su asiento y camina por detrás del mío —. ¿Qué haces? Estoy bien. No tienes que...

Tira, hay un desgarro y, de repente, puedo respirar.

—Por el amor de Dios, Laila —gruñe—, las correas te estaban cortando. Casi sangras.

No me importa que esté frustrado conmigo. Lo único que me importa es el oxígeno. Mis ojos se cierran mientras respiro. —Ya no. Ahora me siento increíble.

—¿Por eso has estado tan incómodo toda la noche? Tendrías que haber dicho algo.

Y yo que pensé que lo disimulaba tan bien. —Estabas de tan buen humor contándome lo de Pobeda y el lanzamiento que no quise arruinar la velada —maldice en voz baja y me baja aún más la

cremallera—. Arsen, a menos que pienses cobrar por este espectáculo, deberías volver a subirme la cremallera.

—Me importa una mierda —sisea—. Deja que la gente mire. Quiero que estés cómoda.

Hay algunos clientes más en el salón, pero hacen un buen trabajo fingiendo ignorarnos.

Arsen acerca su silla a la mía y sube mis pies a su regazo. Tengo los tobillos hinchados y doloridos, y la elevación es otro dulce alivio.

—Ahora —exclama—, cómete el helado.

Me trago una sonrisa. —Nunca había oído que el helado sonara tan amenazante. Parece como si estuviera en problemas.

—No estás en problemas —dice—. Lo que eres es cabezota. Tienes que decirme cuándo estás incómoda para que pueda arreglarlo.

—Ah, ¿y cómo piensas arreglar esto exactamente? —hago un gesto hacia el bulto tan grande que ni siquiera puedo acercarme a la mesa. Mi helado descansa sobre mi estómago.

—Para empezar, puedo asegurarme de que tengas un vestido que te quede bien.

—O —replico—, podríamos ir a algún sitio informal por una vez. Quiero decir, ¿cuál es tu problema con los trajes y los diamantes las 24 horas del día? ¿Comes en algún sitio sin código de vestimenta?

—No, pero solo porque esos locales acaban cerrados por los inspectores de sanidad.

Pongo los ojos en blanco. —Eres un snob. Prefiero comer carne previamente congelada que espuma de pato o foie gras de hoja de oro o lo que sea.

—¿Cómo ibas a saberlo? Estabas demasiado ocupada intentando inhalar oxígeno para saborear siquiera la espuma de pato —me masajea suavemente el tobillo hinchado.

—Tú fuiste quien me dijo que te avisara cuando me sintiera incómoda. Noticia de última hora: ahora estoy incómoda casi siempre. Será mejor que te acostumbres.

—¿Es una amenaza? —se burla.

—Tienes toda la razón, es una amenaza. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Tú fuiste quien me dejó embarazada! La única razón por la que no me cabe este vestido es por tu culpa.

—¿Crees que lo merezco? —su mano se desliza por mi pierna hasta desaparecer bajo mi vestido.

Trago saliva. —Quizá...

Sonríe, sus dedos acarician mi muslo. —Entonces creo que ha llegado el momento de quitarte ese vestido. ¿No te parece? —justo a tiempo, desliza sus dedos entre mis piernas.

Grito, separándome de él.

—No —digo con voz ahogada—. Quiero sentarme aquí y terminarme el helado como la gente normal.

—No somos gente normal. Y, de todas formas, estás demasiado incómoda con ese vestido para disfrutar de nada ahora mismo. Ven, *roza*.

—Oblígame.

Una sonrisa perversa se dibuja en su rostro. —Será un placer.

ARSEN

Mi polla se tensa en los pantalones mientras conduzco de vuelta a la casa en silencio. Mi mano sube y baja por el muslo de Laila, y puedo distinguir su rubor incluso en la oscuridad.

No hablamos mucho. No queda nada de lo que hablar.

Cuando llegamos a la casa, le impido que intente salir del coche por sí misma y la cojo en brazos.

—¡Puedo andar! —me empuja débilmente el pecho, pero no me pierdo la forma en que su mano aprieta el cuello de mi camisa.

—Me sorprende que puedas moverte con toda esa obstinación que te pesa.

—¿Hola, Sr. Cazo? Soy la Sra. Sartén. Encantada de conocerte.

La casa está a oscuras mientras subimos las escaleras. Ella abre la puerta del dormitorio y yo la cierro de una patada.

Hemos llegado hasta aquí, pero la cama está demasiado lejos. El sofá está más cerca. La dejo allí antes de retroceder y empezar a desnudarme.

Me deshago de la chaqueta y la camisa, y sus pupilas se dilatan, negras, devorando el resto. Cuando me bajo los pantalones, su mirada me sigue sin disculpas.

Su lengua sale de entre sus labios carnosos y rosados, y se acerca a mí. Pero le cojo la mano y niego con la cabeza.

—¿Qué haces? —se queja.

—Voy a ponerte cómoda aunque sea lo último que haga —vestido solo con mis calzoncillos bóxer, le bajo los tirantes del vestido por los brazos, dejando que la tela se amontone en torno a su cintura.

Rodea su cuerpo con los brazos, intentando cubrirse.

—No —rodeo sus muñecas y las separo con suavidad—. Quiero verte toda, *roza*.

—Hay mucho que ver estos días —murmura.

—Llevas en tu vientre a mi hija —le recuerdo—. Nada podría ser más hermoso.

Me mira a los ojos, y hay un destello de determinación en ellos mientras se desliza más hacia el sofá. Se arrodilla frente a mí, con la boca perfectamente alineada con mi erección.

Este no era el plan, pero...

—Esa boca, *roza* —gruño, pasando el pulgar por su labio inferior—. Quedaría tan bien envuelta alrededor de mi...

Antes de que pueda terminar la frase, se traga toda mi polla.

—Mierda —enrosco los dedos en sus ondas doradas, guiando su boca más profundamente. Me sube y me baja los dedos por el pecho mientras chupa, sus uñas recorren los surcos y las líneas de mis cicatrices.

Sería tan fácil acabar así. Pero se supone que esto no es para mí. Es para ella, para darle placer, para hacerla sentir bien.

Pero estoy perdiendo el hilo bajo su lengua sedosa.

—Laila...

Me mira con ojos brillantes y quiero dárselo todo. —Quiero más —jadea cuando la saco de la boca.

Trazo la curva de su mejilla. —Tenemos todo el tiempo del mundo para más. Ahora, date la vuelta.

Me escucha obediente, sacudiéndose la cascada de pelo dorado por encima del hombro mientras se agarra al respaldo del sofá. La agarro por la cadera, acariciando su centro una y otra vez hasta que se balancea contra mí, suplicándome sin palabras lo que necesita.

Así que se lo doy.

Me deslizo dentro de ella de un solo empujón y ambos suspiramos.

—Bien —suspira, arqueando la columna vertebral—. Esto se siente bien.

Tengo que practicar la verdadera contención mientras envuelvo su pelo alrededor de mi puño y me la follo lentamente, sacándole todos los sonidos sucios e indefensos del libro. Cuando apoya las palmas de las manos en la pared, encima del sofá, y empieza a empujar contra mí, encontrándose conmigo en mitad de la embestida, me toca gemir.

Nos movemos cada vez más rápido, chocando cada vez más fuerte, hasta que ninguno de los dos puede aguantar más.

Se aprieta a mi alrededor, derrumbándose mientras grita. La agarro por las caderas y la sigo hasta el borde.

Cuando me retiro, Laila se tumba en el sofá. Esta vez, no intenta cubrirse. La limpio con un pañuelo y me desplomo a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

Sonríe soñadoramente mientras se le cierran los ojos. —Cómoda.

Me siento a su lado y subo sus piernas a mi regazo. —Tú...

—¡Oh! —Laila jadea de repente, abriendo los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Yo... —mira a lo largo de su cuerpo—. Creo que no...

Se separa los muslos y se forma un charco de agua entre ellos.

—Oh, Dios —jadea—. ¿Acabo de...?

—No pasa nada, Laila.

—¡No está bien! ¡Esto es humillante! ¡Me acabo de mear encima! ¡Delante de ti! Y... —se calla, su boca envuelve un gemido silencioso mientras se agarra el bulto. Apenas ha respirado por el dolor antes de intentar levantarse—. Voy a por una toalla. Lavaré la tapicería para que no...

—Laila —la interrumpo, ahuecando su cara entre mis manos—, no acabas de hacerte pis encima.

—Entonces, ¿cómo demonios llamas a eso? —lanza una mano hacia el charco del cojín.

—Yo llamo a eso el inicio del parto.

Parpadea rápidamente, nerviosa. —¿Qué?

—Acabas de romper aguas —cruzo mi mano sobre la suya y ambos miramos su bulto—. Es hora de conocer a nuestra niña.

ARSEN

En cinco minutos, la casa está alborotada.

Llamé a Polina, que transmitió la noticia a Dominik y Gedeon. Alguien despertó a Evelyn y ahora va a buscar a Marie.

Laila jadea a mi lado, no sé si de pánico o de dolor, pero, en cuanto su madre entra en la habitación, solloza.

—¡Mamá!

En un instante, Marie pasa de ser una mujer débil y enferma a una madre cuya hija la necesita. Suelta el brazo de Evelyn y agarra a Laila, acercándola a ella.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

—Asustada —admite Laila—. ¿Quieres venir conmigo?

—Por supuesto —jura Marie. Pero establece contacto visual conmigo por encima del hombro de Laila, con una mirada interrogante.

Asiento. De ninguna manera dejaré que Laila pase por esto sin su madre a su lado.

—He hecho la maleta —Polina se la lanza a Gedeon mientras Dominik cuelga el teléfono.

—Acabo de informar al hospital. Están preparando una suite privada para ti.

Es una carrera loca hasta el coche. Me siento atrás y Laila se interpone entre Marie y yo, cogiéndonos de la mano. Cada dos minutos, su agarre se hace más fuerte hasta que incluso yo hago muecas de dolor.

—Las contracciones son un asco —anuncia—. Por si alguien se lo preguntaba.

Afortunadamente, las calles están vacías a estas horas de la noche y llegamos al hospital en un santiamén. Tres enfermeras y una silla de ruedas nos esperan fuera cuando llegamos. A pesar de sus protestas, saco a Laila del coche y la coloco en la silla de ruedas.

Cuando el robusto enfermero se mueve para llevarla dentro, niego con la cabeza. —Ya la tengo.

Retrocede, con los brazos en alto. *Hombre listo.* —Por aquí, señor.

Sigo su guía, la llevo en silla de ruedas al hospital, subo a un ascensor y recorro el pasillo de la sala de maternidad. Miro a mi alrededor, recordándome que esto es real. Hace menos de media hora, estábamos en nuestro dormitorio. Ahora, estamos hacinados en una sala de partos.

—Estás haciendo un gran trabajo, cariño —Marie masajea los hombros de Laila y me sonríe—. Los dos.

Laila no se molesta en contestar. Las contracciones son cada vez más rápidas. Tiene gotas de sudor en la frente. Marie monta guardia detrás de su hija, sosteniéndole el vientre y masajeándole la espalda a pesar del dolor.

Lo único que puedo hacer es mirar.

Laila golpea con la mano la barandilla de plástico de la cama en la que está apoyada. Tiene la cara arrugada por el dolor. —Me duele.

—Sé que sí. Nada duele más y nada merece más la pena. Respira para aliviar el dolor.

Respira para aliviar el dolor. De todo en esta experiencia ajena, esa parte me resulta familiar. Me he pasado toda la vida respirando para aliviar el dolor. Incluso ahora, mi mente se remonta a lo que sentí cuando me rebanaron la piel de las costillas con una navaja afilada a mano cuando estaba de espaldas en las duchas de la cárcel.

Sé muy bien cómo respirar para aliviar mi dolor.

Lo que nunca llegué a dominar de verdad fue ver a la gente que amo lidiar con el suyo.

Y, mientras veo a Laila gritar en una agonía que no puedo detener, me doy cuenta de que nunca me he preocupado por nada ni por nadie tanto como me preocupo por ella.

—Arsen...

Me giro y veo que Marie me observa atentamente.

—Sé que es abrumador —me dice con dulzura—. Pero se va a poner bien.

—¿Qué hago?

Sus ojos se deslizan hacia mis manos. Solo entonces me doy cuenta de lo mucho que tiemblan.

—Solo tienes que estar ahí para ella. Es todo lo que puedes hacer. Es todo lo que podemos hacer.

Doy un paso hacia Laila, pero vuelve a gritar y me quedo inmóvil. En lugar de eso, me giro hacia la puerta. —Déjame ir a buscar al Dr. Levitan.

Casi choco con Dominik al entrar en el vestíbulo. —¡Vaya! Tu mujer embarazada está en la otra dirección, amigo.

—¿Dónde está Levitan? —pregunto bruscamente.

—Acaba de terminar otro parto. Está en camino.

—Más le vale. Ya pago bastante por él —el pasillo está lleno de puertas. Me pregunto si será como un zoológico. ¿Puedo echar un vistazo dentro y ver cómo lo llevan los otros padres?

—¿Estás bien? —la mirada de Dominik está clavada en mí, y no estoy seguro de lo que ve ahí.

Le doy la espalda. —Necesito una taza de café.

—Te traeré un poco. Deberías estar ahí dentro con Laila.

¿Haciendo qué? quiero preguntar. Laila vio vídeos sobre cómo respirar durante el parto, cómo pujar. No hubo nada que me dijera qué coño debía hacer yo. Siento que voy a arañar las finas paredes.

—Marie está con ella. Puedo cogerlo yo.

Intento moverme alrededor de Dominik, pero me bloquea el paso. —Hermano, yo iré. Tu lugar está aquí, con tu mujer y tu hija.

Mi hija.

Dentro de unas horas, incluso unos minutos, seré padre. Una pequeña humana completamente formada va a depender de mí para que la cuide. *¿Estoy preparado?*

—No sé si podré hacerlo —digo con voz ronca, tomándome incluso a mí mismo por sorpresa.

Dominik me mira como si fuera el hombre más tonto del mundo, lo que resulta extrañamente reconfortante. —Claro que puedes hacerlo.

—Yo mato y lucho. Protejo a la gente con sangre y poder y... Esto es diferente, Dom —siento la garganta seca—. Este bebé necesita a otra persona. Alguien paciente y sensible. Alguien...

—Alguien como tú —interrumpe—. Eres hijo de tu padre, Arsen. Era un buen hombre.

Por eso mi abuelo no le eligió para dirigir la Bratva. Me eligió a mí.

—No me parezco en nada a mi padre —aprieto los dientes para ocultar lo mucho que desearía ser lo que Laila necesita—. Soy el sucesor de Yeremy.

Antes de que Dominik pueda decir nada, el Dr. Levitan dobla la esquina. Camina deprisa, con su bata blanca ondeando tras él. —Vamos a ver cómo está su mujer, ¿le parece, Sr. Adamov? —me da una palmadita en el hombro y entra en la suite de Laila.

Dominik me da ánimos con la cabeza. No tengo más remedio que entrar en la suite tras el Dr. Levitan.

Laila está ahora en la cama, tumbada boca arriba con Marie plantada a su lado, apoyando una de sus piernas. Observo desde lejos cómo el Dr. Levitan comprueba su cuello uterino y anuncia que tiene diez centímetros de dilatación.

—Ya es la hora —chasquea los dedos a las enfermeras. Revolotean alrededor de la cama, haciendo ajustes y preparándose.

Marie me hace señas para que me acerque, pero no me muevo, no puedo, hasta que Laila me mira. —¿Arsen?

Las dudas rondan mi cabeza como nubes de lluvia que amenazan con diluviar, pero me obligo a cruzar la habitación y le agarro la mano.

Los minutos se estiran y se doblan hasta que no sé cuánto tiempo ha pasado, pero Laila está gritando. El Dr. Levitan cuenta desde diez, una y otra vez.

Ahora no necesito ver a los otros padres por el pasillo para saber lo que debo hacer. Puedo imaginármelo: yo, susurrándole palabras de ánimo al oído, limpiándole el sudor de la frente, masajeándole la espalda.

Pero yo no soy como esos otros padres. No soy el hombre que Laila necesita.

Lo único que puedo ofrecerle es mi mano.

Las luces son anormalmente brillantes y nos iluminan a todos. Es increíble que el médico pueda ver bien con ese resplandor. Cada vez que parpadeo, unas estrellas blancas bailan sobre mi vista. Las estrellas circulan y toman forma hasta que veo cosas en ellas: barrotes de acero de la celda, cepillos de dientes limados hasta una punta amenazadora, el rostro escarpado y delineado del hombre que me metió en aquella cárcel...

Entonces, de repente, un lamento agudo atraviesa mis nebulosos pensamientos.

—Está aquí —grazna Laila, estirándose para intentar vislumbrar al bebé—. ¿Está aquí...?

—¡Felicitaciones! —las palabras del Dr. Levitan golpean mis oídos como si gritara desde una gran distancia—. Tienen una niña sana.

Vislumbro un brazo regordete y un destello de pelo castaño enmarañado antes de que las enfermeras se reúnan en torno al hermoso alienígena que acaba de salir del cuerpo de mi esposa.

—Ya está aquí, cariño —Marie solloza, mirando a las enfermeras mientras limpian a nuestra hija—. Y es absolutamente perfecta.

Laila se desploma contra las almohadas, con las lágrimas rodando por sus mejillas. Sus uñas siguen clavándose en mi mano.

Pero no lo siento.

No siento nada.

Una enfermera trae un bulto envuelto en pañales en nuestra dirección. —¿Quiere coger a su hija?

Por lo visto, interpreta mi silencio como una respuesta afirmativa, porque lo siguiente que sé es que me está poniendo a la bebé en los brazos.

La pequeña criatura acurrucada en la suave manta bosteza, su puño se levanta triunfante un instante antes de desplomarse contra la manta rosa.

Tiene el pelo castaño oscuro, del mismo color que el mío cuando era niño. Pero el resto de ella parece proceder de su madre: la nariz de botón, la cara en forma de corazón. Las mejillas rosadas.

Otra roza para el jardín de mi vida, dice una voz en mi cabeza que no reconozco.

—Dios, es preciosa —Laila me tira del brazo hasta que me siento en el borde de la cama, desde donde puede verla mejor.

Objetivamente, estoy de acuerdo. Es una bebé perfecta.

Pero la responsabilidad es asfixiante.

Es un peso oscuro y hundido que me recuerda exactamente lo que puedo perder si no hago bien mi trabajo.

—¿Qué piensas de Nina Marie? —me susurra Laila, con más lágrimas en los ojos a pesar de la sonrisa de su rostro—. He pensado que podríamos ponerle el nombre de nuestras dos madres.

—Nina Marie Adamov —susurro, mirando fijamente a la indefensa bebé que hemos traído al mundo.

—Parece lo correcto, ¿verdad? —pregunta Laila.

No, casi digo. *Nada de esto me parece bien*.

Sin pronunciar palabra, coloco al bebé en brazos de Laila y doy un paso atrás. Marie ocupa mi lugar al lado de Laila.

Mientras arrullan al bebé, me dirijo a la puerta, sintiendo que las paredes se cierran sobre mí.

Necesito salir de esta habitación. Necesito tomar aire.

Necesito respirar para aliviar el dolor.

LAILA

Como si se tratara de un acuerdo tácito, nadie menciona su nombre.

No cuando nos preparamos para salir del hospital. No cuando cruzamos la ciudad con Nina atada con seguridad en el asiento trasero por primera vez.

Sin embargo, mientras Dominik me ayuda a salir del coche en la entrada, miro hacia la casa y espero verlo allí. Es la misma estúpida esperanza que se encendió en mi pecho cada vez que alguien entró en mi habitación del hospital los dos últimos días.

No se iría sin más. No ahora. No así.

Pero no es Arsen quien sale de la casa para ayudar a su mujer y a su hija pequeña a entrar.

Gedeon sonríe como si pudiera ver la decepción en mi cara. —Eh, tú. Bienvenida a casa.

No respondo mientras Dominik ayuda a mamá a salir del coche y Gedeon coge la sillita de Nina. Intento no pensar en cómo me imaginaba a Arsen aquí en su lugar: llevando a Nina por el umbral, los tres entrando en casa por primera vez como una familia.

En algún momento de las últimas cuarenta y ocho horas, me convencí a mí misma de que Arsen estaría aquí cuando volviéramos

a casa, y lo que hubiera pasado en el hospital desaparecería.

Pero la casa se siente fría y vacía.

En cuanto entramos, sé que no está aquí.

Dominik me ayuda a subir las escaleras, seguido de Gedeon y la silla del coche. Pero, cuando Gedeon se vuelve hacia nuestro dormitorio, lo detengo. —Quiero ir a la habitación de la niña.

No hay un solo rincón de esta casa que no me haga pensar en Arsen, pero los dos pusimos el corazón en la habitación de Nina. Él la quiere, sé que lo hace.

Me gustaría estar rodeada de pruebas.

En cuanto se abre la puerta, Polina salta de la mecedora del rincón. —¡Por fin estás en casa! —se acerca corriendo y me abraza con fuerza—. Estás estupenda, querida.

—No hace falta que me mientas, Polina. Sé que tengo un aspecto horrible.

Polina y mamá intercambian una mirada, pero no intentan convencerme de lo contrario. Sería difícil.

Esta mañana he cambiado por fin la bata de hospital por un pantalón de chándal de Arsen, pero llevo dos días sin lavarme el pelo y todavía llevo restos embadurnados del maquillaje que me puse para ir a aquella cena elegante con Arsen.

Me agacho con cuidado para levantar a Nina del asiento del coche. Se quedó dormida durante el viaje, pero ahora tiene los ojos azules abiertos de par en par.

Beso su mejilla redonda y la acurruco en el pliegue de mi brazo. —Hola, pequeña, ¿qué te parece tu habitación? —doy un lento paseo alrededor, dejándola ver la cuna y el arte de las paredes—. Mejor que en el hospital, ¿eh? Tu papá decoró esta habitación para...

Genial, no lleva ni cinco minutos en casa y ya estoy lloriqueando en su cuarto.

Me aclaro la garganta y renuncio a la frase. De todos modos, Nina no puede entenderme. Pero el resto de la casa sí puede.

Dominik se queda en la puerta como si dudara entre entrar o salir corriendo en otra dirección. —¿Necesitas algo más, Laila?

Mi marido sería un complemento excelente para la situación actual, sí.

—Estoy bien, Dom. Gracias.

Dom y Gedeon se dan la vuelta para marcharse mientras mi madre abre la cremallera de mi bolsa de hospital. Empieza a doblar bodies con manos temblorosas, y veo que Polina cronometra los temblores al mismo tiempo que yo.

—Lo haré yo, Marie.

Mamá frunce los labios, pero no opone resistencia. Las ojeras explican por qué. Como Arsen no aparecía por ninguna parte, mi madre me acompañó durante las dos últimas noches de insomnio. Sé que ha sido más duro para ella que para mí.

—Dom, espera —lo llamo, deteniéndolo justo delante de la puerta. Me vuelvo hacia mi madre—. Deja que los chicos te lleven a tu habitación. Tienes que poner los pies en alto y descansar un poco.

—Yo no soy la que ha dado a luz —argumenta, aunque me doy cuenta de que ya se está dirigiendo hacia la puerta.

—No, eso lo hiciste hace veinticuatro años —le beso la mejilla al pasar—. Ahora me toca a mí. Tu nieta seguirá aquí después de que te eches la siesta.

Pasa una mano suave por el brazo de Nina. —Pero si necesitas algo...

—Bajaré a tu habitación con toda la gloria de mi pañal de adulto y te despertaré yo misma —le aseguro.

Polina mete una pila de bodies doblados en una estantería antes de rodearme el hombro con un brazo. —No te preocupes. Cuidaré de tus hijas mientras estés descansando, Marie.

Con una sonrisa cansada, mamá me da un último beso al salir.

En cuanto se va, mi sonrisa se hunde bajo el peso de los dos últimos días.

Polina levanta las manos hacia Nina. —¿Te importa?

De repente, me doy cuenta de lo débiles que están mis brazos. De lo agotada que estoy, por dentro y por fuera.

—Claro que no —coloco a mi hija en sus brazos y Polina arrulla suavemente, murmurando a Nina en ruso.

—Es preciosa. La bebé más hermosa que he visto nunca. Quiero decir, ¡esos ojos! Creo que van a ser verdes como los de su papá —empiezo a revolver las sábanas de la cuna de Nina para evitar que Polina vea la cara de amargura que tengo—. Se parece tanto a Arsen cuando nació.

A mi pesar, capta mi atención. —¿Estabas por aquí cuando nació Arsen?

Polina se acerca a la mecedora y se sienta. —Así es. Nina, la mayor, Nina, y yo éramos buenas amigas. Fuimos juntas a la escuela.

Me dirijo al asiento de la ventana y bajo suavemente sobre el banco. —No tenía ni idea. Arsen nunca me lo dijo.

Tengo la sensación de que todavía hay muchas cosas que Arsen no me ha contado. Es difícil hacerlo cuando no está.

—Fue un milagro que nos conociéramos. La única razón por la que yo estaba en el mismo instituto que Nina era porque me habían concedido una beca muy generosa, algo que a los otros alumnos les

gustaba hacerme saber siempre que podían. Pero nunca Nina. Era la chica más rica de aquel colegio, pero era amable y generosa. Ardiente, pero una buena amiga.

—¿Cómo acabaste trabajando aquí?

Los ojos de Polina se empañan. —Mi padre enfermó y tuve que dejar los estudios en mi último año para cuidarlo.

—Oh, Polina...

—No te atrevas a compadecerme. Tú misma sabes un par de cosas sobre ese tipo de responsabilidad —me dedica una sonrisa triste—. Pero Nina pensó que estaba desperdiciando mi oportunidad. No entendió mi elección y perdimos el contacto. Unos años más tarde, sin embargo, Nina y yo volvimos a conectar. Yo seguía luchando y ella quería ayudarme, pero a mí no me habían educado para aceptar limosnas.

—Así que te dio trabajo —suena exactamente como algo que haría Arsen.

Ella asiente. —Empecé como criada. No es que Nina me tratara como tal. A sus padres los volvía locos que fuera amiga de "la criada".

—¿No fue duro para ti? ¿Que Nina fuera técnicamente tu jefa?

—Podría haber sido horrible, pero Nina era increíble. Cada una tenía su papel en esta casa, y ella siempre me trató con respeto.

—Ojalá hubiera podido conocerla.

—La habrías adorado. Era una gran mujer. Y una madre maravillosa. Se ocupaba mucho de Arsen. Normalmente, las mujeres como ella tienen enfermeras de noche, criadas, niñeras... todo. Un ejército de ayuda. Nina solo me tenía a mí —Polina pasa un dedo por la mejilla de Nina bebé—. Lo sostuve de niño y ahora sostengo a su hija. No estaba segura de que fuera a ocurrir nunca, pero me alegro de que finalmente haya sido así.

Si Arsen estuviera aquí para verlo.

—Lo quieres de verdad, ¿verdad?

Polina sonríe con cariño. —Arsen es lo más parecido que tengo a un hijo.

El nudo de mi pecho se aprieta. —¿Lo has visto algo estos últimos días?

Se le borra la sonrisa. —Me crucé con él una o dos veces.

—Entonces, ¿se ha estado escondiendo aquí? Supongo que ahora que Nina y yo hemos vuelto a casa, buscará otro lugar al que huir.

—Cariño...

La frustración que he estado embotellando durante los dos últimos días sale de mí de golpe. —Me dejó sola en el hospital sin decir una palabra, Pol. Abrazó a Nina durante un minuto, quizá menos. Y luego desapareció —le doy un puñetazo a uno de los cojines que tengo al lado con la intención de mullirlo—. Pensé que lucía raro mientras estaba de parto, pero lo achaqué a los nervios. No me di cuenta de que estaba ocupado pensando cómo huir de nosotras.

—No se va a escapar de ti. Ni de ella —Polina mira a Nina—. Por eso estoy aquí. Quería asegurarme de que las cuidaban.

—Y te agradezco que estés aquí, Polina, de verdad, pero...

Debería ser él.

Polina suspira. —Lo sé. En el fondo, él también lo sabe. Solo necesita algo de tiempo.

—¡No hay más tiempo! Ya está aquí. Arsen tiene una hija y lo necesita desde hace dos días.

—Creo que ver a Nina llegar a este mundo fue... mucho para él. Arsen se ha pasado toda la vida manteniendo a la gente a distancia.

Tiene todo el derecho a estar confundido —dice—. Está lejos de mi intención defender a Arsen…

—Pero lo vas a hacer.

Ella levanta los hombros con impotencia. —Vi crecer a ese niño. Lo vi perder no a uno, sino a dos padres, a los que amaba entrañablemente. Vi cuánto le costó.

—Pero no nos ha perdido a nosotras —susurro—. Estamos aquí, esperándolo.

—No, no las ha perdido —cada línea de su rostro parece suavizarse mientras mira a nuestra hija—. Pero lo aterroriza la posibilidad. Eso marca la diferencia.

48

ARSEN

—Vengo de la destilería —Dominik entra en mi despacho sin llamar —. Todo tiene muy buena pinta.

No levanto la vista de la montaña de papeles que tengo sobre la mesa. —Bien. Entonces, ¿todo va según lo previsto?

—Como reloj suizo.

Hace unas semanas, habría sonreído. O le habría ofrecido una copa a Dom. Ahora, lo único que siento es irritación porque siga aquí. —Si eso es todo...

—¿Qué es eso? —Dominik señala con la cabeza la maraña de almohadas y sábanas que hay en el sofá del rincón.

Miro fijamente el trabajo que tengo delante hasta que el texto se difumina. El trabajo es lo único a lo que siempre he sido capaz de encontrarle sentido, pero últimamente lo siento tan borroso como todo lo demás.

—¿Estás durmiendo aquí? —insiste.

Conseguí pasar una semana sin que ni él ni Gedeon se dieran cuenta. Supongo que al final tenían que enterarse.

Abro el expediente financiero de Adamov Liquors a pesar de que ya lo he revisado. —He tenido mucho que solucionar con la apertura. Es

más cómodo dormir aquí abajo.

—¿En contraposición a qué? —pregunta Dominik—. ¿Tardar dos minutos en subir a tu habitación?

—Dom…

—En realidad, por razones de seguridad, sé que se tardan noventa y cuatro segundos en subir las escaleras.

Exhalo. —¿No tienes que estar en algún sitio?

—Probablemente. El diablo sabe que nos has tenido a Ged y a mí ocupados con todo tipo de pequeñas tareas de mierda esta semana. Aun así, nos hemos dado cuenta.

—No sé de qué me estás hablando. Se acerca el lanzamiento y...

—Déjate de tonterías, Arsen —replica Dominik—. No se trata del lanzamiento. Se trata de Laila.

Se me traba la mandíbula. Cierro la carpeta de golpe y me encuentro con la mirada de Dominik por primera vez desde que entró.

Lo que veo me sorprende.

Tiene las manos apretadas contra el borde de mi escritorio mientras se inclina hacia mí, con los ojos rasgados y las fosas nasales dilatadas. —Laila... te acuerdas de ella, ¿verdad? Tu mujer.

—Cuidado, Dominik.

—¡Te necesita! —exclama de todos modos—. Y esa bebé también. ¿O es que ya te has olvidado de tu hija? Hoy cumple ocho días y no la has cogido ni una sola vez desde que nació.

—Esta es tu última advertencia. No me voy a andar con rodeos solo porque seas mi segundo.

—Nunca te has andado con rodeos —Dominik cruza los brazos sobre el pecho—. Y yo *soy* tu segundo, lo que significa que es mi trabajo

decirte cuándo estás siendo un puto imbécil.

—Laila tiene todo lo que necesita.

Esa es la verdad. Le dije a Polina que estuviera a su lado día tras día. La fisioterapeuta de Laila hace visitas a domicilio. Están seguras y protegidas bajo mi techo. No les falta de nada. Excepto...

—Excepto su marido —me suelta Dominik, terminando el pensamiento que ya había empezado en mi cabeza—. Excepto su compañero. No importa a quién pidas que esté a su lado, Polina, Brynn, yo, Gedeon, incluso Marie, ella te quiere a ti.

Ahora son mis manos las que se agarran al borde de la mesa. Ese es el problema de Dominik: cuando se pone en marcha, es como un perro con un hueso.

—Estás haciendo con Laila lo mismo que hiciste con Natascha.

Las palabras calan tan hondo como él pretendía. —Laila no es Natascha.

—Eso es lo que hace que esto sea mucho peor —insiste—. Nunca te importó Natascha, pero sí Laila. Y sigues tratándola como a una mierda —Dominik tiene los ojos clavados en el puño que tengo en el costado, pero no se echa atrás—. Vamos, enfádate. Puedes darme una paliza si quieres. Eso no hará que nada de lo que acabo de decir sea mentira —se yergue con justa indignación—. La ironía es que tienes tanto miedo de perderla que la mantienes a distancia... y ahora la perderás de todos modos.

—Tienes que dejar de hablar ya —es la última advertencia que puedo hacerle. Me tiemblan las manos a los lados, días de ira contenida buscando alguna dirección.

—¿No quieres hablar de Laila? —se pasa una mano frustrada por el pelo—. Vale. Hablemos de Jasper.

Blyat'. Tampoco tengo ningún interés en tocar ese tema, pero no puedo huir de todos los problemas de la vida.

—¿Jasper?

—Anoche lo pillé en Bruce's.

El bar de los moteros tiene mala fama, y con razón. Allí no pasa nada agradable. Pero cuadro la mandíbula. —Probablemente solo fue a tomar una copa.

—Nadie va a Bruce's a tomar una puta copa —se burla Dominik—. Tengo razones para creer que ha vuelto a ponerse en contacto con algunos de sus antiguos compinches de la cárcel.

Si Jasper está hablando con otros reclusos, sería una violación de su libertad condicional y, lo que es más importante, un abuso de mi confianza. Si va en serio lo de estar en la Bratva, no se atrevería.

—¿Tienes pruebas?

Dominik hace una pausa. Es respuesta suficiente.

—Pues vete a la mierda —gruño—. No me hagas perder el tiempo con tus sospechas. No tiene por qué gustarte Jasper, pero necesitas pruebas.

—La última vez tampoco pude respaldar mis afirmaciones, ¡pero eso no impidió que te traicionara!

—Ya hemos hablado de esto antes…

—Lo hemos hecho —asiente—. Y cada vez me pregunto cómo puedes ser tan condenadamente ignorante.

Ahora mismo me apetece golpear un saco de boxeo, y la cara de Dominik me resulta cada vez más atractiva. Rodeo el escritorio y apenas me detengo antes de que estemos frente a frente. —Echo un vistazo a Jasper todos los putos días. No estoy confiando ciegamente en él.

Dominik suelta una carcajada amarga. —Vaya. ¿Vigilas más a tu amigo presidiario que a tu mujer posparto? Asombroso.

Y ahí se acaba la jodida gota que colma el vaso.

Mi puño impacta de lleno en la mandíbula de Dominik, pero él ya se lo esperaba, porque se revuelve ante el golpe y responde con un golpe en el estómago.

Hace tiempo que no tenemos una pelea sin cuartel, pero, a juzgar por la forma en que Dominik se lanza sobre mí, hace tiempo que debería haber sido así.

Dominik me ataca por la cintura y chocamos con mi escritorio. El trabajo con el que fingía estar ocupado se esparce por la habitación. Lo que creo que es un bolígrafo me apuñala entre las costillas, pero apenas lo siento.

Nos doy la vuelta para inmovilizarlo contra mi escritorio. Su cabeza se inclina hacia un lado mientras le doy un golpe tras otro.

Hago una mueca cuando me clava un puño en las costillas, desequilibrándome lo suficiente como para volver a ponerse en pie.

Vamos de un lado a otro, vuelan sudor y saliva, sin que ninguno de los dos esté dispuesto a admitir ni siquiera un pequeño gruñido de dolor. Es un caos de codos y puños en todas direcciones. Se rompen cosas, algunas inanimadas, otras de carne y hueso.

Al final, lanzo con fuerza con un puñetazo que hace chasquear los dientes de Dom y le hace girar los ojos en sus órbitas. Se tambalea hacia atrás, pero no tarda casi nada en ponerse de nuevo en cuclillas. Luce inestable, aunque no importa: su mirada indica que seguirá luchando hasta que uno de los dos no pueda más.

Suspiro y dejo caer las manos a los lados. Eso solo hace que Dominik curve los labios.

—Tú no eres así, Arsen —jadea—. No se huye de una pelea.

—¿Quién coño está huyendo?

—Tú. Una y otra y otra vez. Huyendo de mí, de Laila, de tus putas responsabilidades como hombre.

Escupo sangre sobre la alfombra. —¿Qué parte de darte un puñetazo en la cara califica como "huir"?

Se ríe, un sonido desagradable y rechinante. —Oh, ¿crees que intercambiar golpes es lo mismo que dar la cara? Por eso eres tan iluso, hombre. Te vas por las ramas. Te centras en la mierda que tienes delante de la cara para fingir que ignoras el panorama general. Sí, pegarme cuenta como "huir". Porque soy sincero contigo incluso cuando no quieres oírlo. Incluso cuando me pateas el culo para intentar hacerme callar.

—Supongo que no ha funcionado. ¿Lo intento otra vez? —miro hacia él, pero apenas reconozco lo que veo.

La insubordinación hierve en sus ojos. Puede que me haya adjudicado una victoria en la lucha, pero sé que no lo he hecho cambiar de opinión. Esa aguja no se ha movido ni un ápice.

—Siempre has sido mejor luchador que yo. Has practicado hasta el agotamiento. Eres rápido y fuerte, y lo sabes. Eso te hace tener confianza, lo que te convierte en uno de los mejores malditos luchadores que he visto nunca.

Escupo otro bocado de sangre sobre el suelo de madera. —Si crees que los halagos harán que me disculpe, debo de haberte golpeado más fuerte de lo que pensaba.

Con un suspiro de dolor, Dominik se desploma contra el sofá. Se planta las manos en las caderas mientras la sangre le gotea por la barbilla. —También podrías ser un buen padre, Arsen. Si quisieras. Si dejaras de esconderte y lucharas por ellas.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Puede que sea la sangre del bolígrafo que me apuñaló por la espalda, pero lo dudo. —No sabes lo que...

—Laila cree en ti. Yo también, valga lo que valga —continúa—. Pero nada de eso significa una mierda si tienes demasiado miedo como para salir de esta habitación y arriesgarte.

Con otro suspiro de cansancio, se marcha.

Pero sus últimas palabras perduran mucho después de que se haya ido.

ARSEN

No debería haberla dejado entrar.

En cuanto oí su suave voz a través de la madera, debería haberme acurrucado y esperado a que se marchara.

Pero lo único que oí fue la voz de Dominik en mi oído. *No huyas de una pelea. Laila cree en ti.*

Ahora está delante de mi escritorio, estudiando las pruebas de dónde he estado exactamente los últimos días. Mi mesa está llena de trabajo, pero lo que resulta difícil de explicar es el cepillo de dientes, la cuchilla de afeitar y los montones de ropa sucia.

Laila se coloca un mechón de pelo rubio detrás de la oreja, sus ojos azules y abiertos miran a todas partes menos a mí. —A Polina le daría un ataque si pudiera ver esta habitación.

—Sabe que no debe meterse en mi espacio.

—De hecho, creo que todo el mundo ha recibido ese mensaje alto y claro.

Vuelvo la vista a mis papeles, intentando ignorar la atracción que siento por levantarme, rodear este escritorio y estrecharla contra mi pecho.

Es la primera vez que veo a Laila desde el hospital. Es la primera vez que me acerco lo suficiente como para percibir algo más que el aroma pasajero de su perfume en un pasillo.

A pesar de todo el daño que hicieron los puños de Dominik, estar tan cerca de Laila es suficiente para empezar a astillar mis paredes.

—Vaya —resopla. Levanto la vista y está sujetando la maqueta de la destilería—. No esperaba que fuera tan bonita.

Poca gente lo pensaba. Cuando empecé el proyecto, la gente supuso que iba a montar algo en unos meses para poder empezar a canalizar dinero. Pero siempre quise que Pobeda fuera más.

—Quería que fuera perfecta. Llevamos años preparándolo y por fin estamos cerca de la meta.

—No me extraña que hayas estado tan ocupado —en algún lugar del interior de la casa, una bebé se queja. Laila se vuelve hacia la puerta como si estuviera dispuesta a abandonar esta conversación, pero se detiene—. Mi madre está con Nina. Tiene unos pulmones de campeonato. ¿Siempre la oyes llorar?

Definitivamente la siento: la reprimenda silenciosa. *¿Te escondes aquí y escuchas llorar a tu bebé? ¿Por qué no sales?*

Ignoro las preguntas tácitas en favor de hacer una de las mías. —¿Cómo está la bebé?

—Se llama Nina —corrige Laila con suavidad—. Y está perfecta. Eso es lo que dijo el médico en su primera revisión.

Que te perdiste.

Una vez más, no dice las palabras, pero la acusación está ahí igualmente.

—He tenido mucho trabajo que terminar.

—Los negocios son lo primero, por supuesto.

Las palabras parecen agua hirviendo vertida sobre mi cabeza. —Si el negocio prospera, también lo hará esta familia.

—¿Qué familia? —antes de que pueda decir nada, se encoge de hombros—. No pasa nada. También fui sola a todas las citas prenatales. ¿Por qué iba a ser diferente ahora que está aquí?

Estoy acostumbrado a los golpes físicos, el tipo de lucha que nos dejó a Dominik y a mí ensangrentados y golpeados. Pero la lucha de Laila es mucho más sucia. Si no estuviera ocupado curando las heridas que dejan sus palabras, podría aplaudir.

—Yo... Mira, no vine aquí para hacerte pasar un mal rato. He venido a hablar de Charles —suspira—. Me llamó ayer.

Me pongo en pie de un tirón, con los labios curvados sobre los dientes. —¿Qué ha dicho?

Parpadea, sorprendida de que aún quiera defenderla. Como si le sorprendiera que me importara. —Más de las mismas amenazas que siempre me lanza, pero una vez te ofreciste a lidiar con él por mí y... —respira hondo—. Ya no tengo energía para ocuparme de él sola.

A juzgar por las ojeras y las mejillas demacradas, no miente. Su cuerpo es prácticamente piel y huesos, envuelto en bonitas ropas que no pueden ocultar lo mucho que ha adelgazado en tan poco tiempo.

—Me haré cargo —le aseguro—. Hoy mismo.

Me dedica una fina sonrisa. —Solo pensé en mencionarlo. Por si acaso. Sin presiones.

—Yo me ocuparé de esto, Laila —*cuidaré de ti. Juré que lo haría*—. Es una promesa.

Estudia mi rostro como si fuéramos viejos conocidos. Como si viera un destello de algo familiar. Pero entonces se le nublan los ojos y se vuelve hacia la puerta. —Tengo que volver con Nina.

—Laila... —suspiro cuando su mano encuentra el pomo lustrado.

Mira por encima del hombro con ojos cansados, y ni siquiera sé lo que voy a decir hasta que se me escapa de la boca.

—Si necesitas ayuda con Nina, puedo ayudarte.

Cuando vuelve a mirarme, hay un reconocimiento. Una luz que no había visto en mucho tiempo. —¿Sí?

—Por supuesto —asiento—. Solo tienes que decirlo. Conozco una empresa con enfermeras nocturnas y niñeras...

Su repentino ceño fruncido me detiene en seco. Por primera vez desde que entró aquí, parece realmente enfadada.

—Gracias, pero no —sus palabras son cortantes, afiladas como una cuchilla—. Puedo cuidar de mi propia hija.

Y en esa nota cortante, se ha ido.



Charles da un tirón contra las cuerdas que lo atan a la oxidada valla de alambre.

—Cuidado —le advierto desde donde estoy apoyado contra la pared opuesta—. Será difícil ver el espectáculo si estás comiendo pavimento. Esa valla parece poder caerse en cualquier momento.

Charles debe de estar de acuerdo porque, tras una somera inspección de la valla, deja de luchar. —¿Qué van a hacerme? ¿Dónde estamos?

—En medio de ninguna parte —extiendo las manos para abarcar el solar vacío y los almacenes desiertos que nos rodean—. Espero que haya muchos gritos, así que quería nuestra intimidad.

Hace años, encontré a Jasper colgado en este almacén. Se suponía que estaba de servicio para mí, pero había desaparecido. Días

después, apenas estaba consciente sobre una colchoneta manchada de pis en este vertedero. Incluso todos estos años después, el aire sigue apestando a malas decisiones.

Es poco probable que los acontecimientos de hoy cambien esta situación.

—Pero ¿qué me van a hacer? —Charles resopla, mirando cómo Dominik y Gedeon van y vienen delante de él como si esperara que arremetieran contra él y lo cogieran por la yugular.

Gedeon hace un amague hacia Charles y sonríe cuando el hombre se encoge contra el eslabón de la cadena. —Tranquilo, amigo. No voy a hacerte daño —da una ligera palmada en la mejilla de Charles y se marcha, con las manos metidas en los bolsillos.

—No van a hacerte daño —confirmo—. En realidad, yo tampoco. Lo que vas a hacer hoy, Charles, es observar.

Dominik se vuelve hacia mí. Sus moratones no son tan graves a la tenue luz del callejón. Aún tiene algo hinchado bajo el ojo, pero su ego se llevó la peor parte. Por suerte, nunca hemos dejado que nuestros problemas personales se interpusieran en lo que había que hacer. Arquea una ceja en señal de pregunta, y yo asiento.

—Me llevo estas, gracias —Dominik le arrebata las llaves a Charles del bolsillo delantero.

—¡No he vuelto a acercarme a ella! —la saliva vuela de la boca de Charles mientras ve alejarse a Dominik con las llaves del coche colgando de la punta de los dedos.

—No, pero la llamaste anoche. La amenazaste.

—¡Es una asquerosa mentirosa! —ruge—. Solo quería hablar con su madre. No soy el villano que ella se ha inventado.

Levanto una mano en señal de advertencia. —No pienso hacerte daño, pero si vuelves a hablar mal de mi mujer, los planes pueden cambiar.

—Soy su padre. El abuelo de tu hija. ¿De verdad me harías daño?

Ladeo la cabeza hacia un lado, estudiándolo por si hay algún pequeño resto de él que me parezca redimible. Pero no hay nada. —La noche que maté a mi propio abuelo, dormí mejor que en años. No preveo que esto sea diferente.

Su rostro se retuerce de miedo. —Puede que Laila piense que ahora me odia, pero nunca te perdonaría si me mataras. Sigo siendo su padre. Eso significa algo.

—Podría haber sido así —admito, encogiéndome de hombros—, si hubieras estado con ella mientras crecía. Pero te preocupaban demasiado las apariencias como para quedarte por una esposa con la cara llena de cicatrices y una hija con la cadera destrozada.

Traga saliva con dificultad. —Escucha, yo... desapareceré. Las dejaré en paz. Yo...

—Ya he oído todo esto antes. Me aburres —mi mirada se desliza hacia el Porsche de época que condujo hasta aquí, a punta de pistola, por cortesía de mis dos hombres de la derecha—. Bonito coche, por cierto. Muy elegante para un hombre que no tiene ni dos duros.

—Fue un regalo. De un amigo.

—Pero tú no tienes amigos, Charles —le recuerdo—. Lo que tienes son acreedores. Y muchos.

Los ojos de Charles se desorbitan mientras el sudor gotea en su boca jadeante. —¡Veinte mil dólares! —suelta—. Dame veinte mil y saldré de la ciudad y no me meteré en líos.

Me vuelvo hacia Dominik y Gedeon. —¿Está negociando conmigo?

Gedeon sacude la cabeza. —Tiene pelotas; hay que reconocerlo.

—O simplemente es así de estúpido —sugiere Dominik.

—Quince, entonces —responde Charles—. Quince y me habré ido.

Pongo los ojos en blanco. —Dom, tráeme el bate.

Dom hace el ademán de sacar del maletero de mi Bugatti un enorme bate de béisbol manchado de sangre y darle vueltas entre las manos mientras cruza la acera.

Me lo lanza y yo lo arrebato del aire. —¿Por qué, Charles, iba a gastarme un buen dinero en un problema que puedo solucionar gratis?

Charles gimotea. —Por favor... no me hagas daño.

—Como te he dicho, Charles, no tengo intención de hacerte daño —paso junto a él, hacia su descapotable de época.

Tal como predije, se revuelve contra sus ataduras y casi se lleva la valla por delante. —¡No! —grita—. ¡Por favor! No toques el coche.

Espero a que se quede sin aire, a que las súplicas se queden en silencio, antes de dar el primer golpe.

El cristal del retrovisor lateral se rompe como un puntal, como si fuera un cristal rompible y estuviera hecho para esto. Rompo el parabrisas antes de tomar cada ventanilla por turno.

Y *mierda*, qué bien sienta.

Charles grita como si le rompiera los miembros. Como si fuera su propio cuerpo bajo mi bate. Pero solo cuando el descapotable es un trozo de chatarra aplastado, bajo el bate.

—Gedeon, ¿quieres hacer los honores?

Charles observa horrorizado cómo Gedeon echa gasolina por todo su precioso y casi seguro mal habido coche, antes de que yo encienda una cerilla y la arroje sobre los restos.

Las llamas estallan en todas direcciones, blancas y ávidas. Me vuelvo hacia donde Charles está inerte contra la valla, con el calor de las llamas a mi espalda.

Por fin, parece que se ha quedado sin palabras.

—Si vuelves a acercarte a mi familia —gruño, arrodillándome frente a él—, no solo quemaré el coche. Te freiré hasta convertirte en una cáscara y te tiraré con todos los demás cadáveres de los que me he deshecho a lo largo de los años —le doy la espalda y me dirijo al Bugatti—. Dom, aflójale las ataduras. Démosle una oportunidad de salir de aquí antes de que explote el coche.



Unos minutos más tarde, nos alejamos, con columnas de humo flotando en el aire a nuestras espaldas.

Gedeon gira bruscamente a la izquierda para evitar las sirenas que se dirigen hacia nosotros. —Menudo espectáculo has montado.

—El ego de Charles está directamente relacionado con sus posesiones —digo—. Dudo que unos cuantos huesos rotos hubieran transmitido el mensaje con la misma claridad.

Dominik baja la ventanilla y vuelve a mirar el humo. —Gedeon y yo podíamos habernos encargado de esto. No hacía falta que estuvieras aquí.

—Esta era mi responsabilidad. Fui yo quien prometió a Laila que me ocuparía de su padre si volvía a aparecer.

Sin embargo, le prometí muchas cosas. Y ellos lo saben tan bien como yo. El aire está espeso por todas las cosas que mis dos manos derechas no dicen.

—No soy como él —ladro en el silencio—. No soy como Charles, y quiero que Laila lo sepa.

Gedeon se queda callado, pero, en eso de meterse el puño en la boca, sé que Dom no podrá contenerse.

—Puede que Laila lo sepa, pero ¿qué pensará Nina? —pregunta.

Quiero empujarlo fuera del coche, pero el cabrón leal encontraría el camino de vuelta a casa.

—Si piensas dar otro puñetazo, sáltate mi cara —señalo el moratón que se me está desvaneciendo en la mandíbula—. Tengo demasiadas reuniones esta semana como para cuidarme un ojo morado.

Dominik me mira como si lo estuviera considerando antes de negar con la cabeza. —Creo que ya di el golpe que quería dar.

50

LAILA

Las personas que dicen que "duermen como un bebé" es evidente que nunca han conocido a un bebé. Definitivamente, nunca han dormido a uno.

Porque es la guerra, y estoy recién llegada de la batalla.

Me duele la cadera de pasearme como un maratón por la habitación, de un lado a otro y de un lado a otro. Los ojos de Nina se cerraban y yo me limitaba a pensar en la posibilidad de acostarla, y entonces, *zas*, volvían a abrirse de golpe.

Entonces, sin ninguna razón perceptible, pasó de estar perfectamente contenta a chillar a pleno pulmón.

Mi hija es un ángel perfecto que nos han enviado para hacer de la Tierra un lugar mejor, pero lo inestable lo ha heredado de su padre.

Por fin, tras una hora de pasearla y abrazarla contra mi pecho para que no pudiera zafarse de mis brazos y caerse al suelo, se desmayó. Acababa de meterla en el moisés y retrocedía lentamente cuando llamaron a la puerta.

El pánico a que se despierte y todo este proceso vuelva a empezar es la única razón por la que abro de un tirón sin comprobar quién está al otro lado.

Arsen retrocede un paso cuando salgo al pasillo y lo hago callar. —Acabo de dormir a la niña. Que Dios me ayude, si la despiertas...

Me echa un vistazo y entra en la habitación. Se suponía que era nuestra habitación, mía y suya, pero ahora es mía y de Nina. Cierro parcialmente la puerta tras de mí.

—¿Tienes un minuto? —pregunta cuando se ha hecho de nuevo el silencio.

—Ya nunca tengo un minuto. Se supone que debo dormir cuando duerme la bebé.

Otro dicho que apesta a gente que no tiene hijos. Si duermo cuando ella duerme, ¿cuándo me ducho? ¿Cuándo puedo cambiarme de ropa o lavarme los dientes o comer algo que no sea una galleta rancia encajada en los cojines de la mecedora?

—No tardaré mucho.

¿En comparación con qué? Ya no tengo noción del tiempo. Ha pasado una semana desde que nació Nina, una semana desde que Arsen me llevó a cenar, una semana desde que volvimos y nos acostamos en el sofá, una semana desde que me abandonó en el hospital con nuestra recién nacida, pero bien podrían haber pasado seis meses.

Me encojo de hombros. Que siga adelante si quiere. A mí me da lo mismo.

—He hablado con tu padre.

De acuerdo, eso puede cambiar un poco las cosas para mí.

—¿Por qué tengo la sensación de que fue menos una conversación y más un secuestro?

No espero que me diga nada, pero se mete las manos en los bolsillos. —Prendí fuego su coche.

—¿Tú *qué*?

—También me aseguré de que tuviera un asiento en primera fila para los fuegos artificiales —se pasa una mano por el pelo—. Solo me queda esperar que haya entendido el mensaje. Pero, por si acaso es más cabeza dura de lo que sospecho e intenta ponerse en contacto contigo de nuevo, necesito que me lo digas enseguida.

Parpadeo. Es mucho para asimilar de una vez. Hace una semana, que mi padre me contactara habría sido una crisis de cinco alarmas. Pero, después de incontables horas de sueño perdido y pañales sucios, apenas lo tuve en cuenta. Casi lo había olvidado hasta ahora.

—Tu antigua casa y el terreno en el que está son ahora mi responsabilidad. Si me das una copia de la escritura, podré asegurarme de que está blindada. Charles ni siquiera podrá soñar con esa casa sin que salte la alarma.

—Te haré llegar la escritura mañana —vuelvo a entrar en la habitación, dispuesta a cerrarle la puerta—. Gracias por ocuparte por mí.

—Es mi trabajo.

¿Qué te parece este recordatorio?

Todo esto ha sido por trabajo. Solo negocios. Logística. Quiero señalarlo, pero me muerdo la lengua. Estoy demasiado cansada para una pelea esta noche. Ni siquiera sé por qué pelearíamos.

Arsen me ve como una responsabilidad, otro elemento de su larga lista de tareas.

De acuerdo. No voy a suplicarle más.

—Buenas noches, Arsen.

Empujo la puerta para cerrarla, pero su pie se encaja en la rendija. —Tengo que decirte algo.

—¿Y tienes que decirlo ahora mismo?

Claro que sí. Porque he bajado la guardia y estoy muerta de cansancio. Conoce los puntos débiles de su oponente. Cuando Arsen y yo abriéramos por fin esta lata de gusanos disfuncionales, quería tener más de tres horas de sueño en mi haber. Pero las cosas rara vez salen como yo espero.

—De acuerdo. Adelante.

—Quiero que sepas que puedes acudir a mí para cualquier cosa. Puedes contar conmigo para cualquier cosa. Yo estoy aquí. Siempre estaré aquí.

—Siempre, ¿a partir de ahora? —no puedo evitar que la amargura aflore a mi voz—. Porque te aseguro que no has estado aquí la última semana. ¿Fue una excepción? ¿Debería esperar muchas de esas en adelante? Siempre significa siempre. No hay término medio.

Suspira, sus mejillas se ahuecan mientras traga saliva. —Sé que he sido un imbécil. Te mereces algo mejor. Y Nina también. Pero eso va a cambiar ahora.

—Me perdonarás si no te tengo tanta fe.

Intento cerrar la puerta, malditos sean sus cerditos, pero al parecer, su pie es tan denso como su cabeza.

—Deja que te lo explique, Laila.

—A ver, ¿quieres explicármelo? —vuelvo a empujar la puerta, sin importarme si le rompo algunos dedos de los pies en el proceso—. Bueno, he estado despierta con una bebé toda la noche y estoy cansada. No es que tenga un marido en quien apoyarme, ni nada parecido.

—Esta noche, sí.

—¿Perdona?

Aprovechando mi sorpresa, entra a empujones en la habitación, llevándome con él, y cierra la puerta tras de sí. —Vete a dormir. Yo

me ocuparé de Nina.

Resoplo por la nariz. —Ya. Como si fuera a dejar que cuides de mi bebé.

—También es mía, Laila.

—¿Desde cuándo, Arsen?

La ira arde en sus ojos, pero exhala un suspiro y desaparece. Parece saber que no tiene derecho a enfadarse.

Respira hondo, sus ojos revolotean sobre mi cara. —Me asusté —explica suavemente, haciendo que mi corazón despegue como un colibrí en una misión—. Vi morir a mi madre, *roza*. Semanas después, vi morir también a mi padre. Fue la época más oscura de mi vida.

Por mucho que intento mantenerme indiferente, me siento atraída por sus palabras. —Lo siento.

—No necesito tu compasión. No la quiero. En realidad, no la merezco —se pasa una mano por el pelo y tengo la sensación de estar presenciando una primicia de Arsen Adamov: una disculpa real y genuina—. Soy yo quien lo siente. Te fallé cuando más me necesitabas. Pero que sepas que no tuvo nada que ver contigo. Tuvo que ver conmigo.

Lo miro fijamente, deseando con todas mis fuerzas poder esconderlo todo bajo la alfombra y rendirme. Pero, cuando se trata de miedo y desamor, hay más que suficiente para los dos. No entregaré mi corazón tan fácilmente.

—Te agradezco la explicación —concedo—. Pero no pasarás la noche aquí.

—Estás muerta en vida. Necesitas ayuda.

—Traeré a Polina. O a mi madre. O, oye, mencionaste una niñera. Llama a una y...

Me agarra y me echa en sus brazos. Antes de que pueda luchar, entierra su nariz en mi pelo y me inhala.

Dios, lo he echado de menos.

—Tienes que irte, Arsen.

Debo estar hablando otro idioma. Porque interpreta "vete" como "abrázame más fuerte y no me sueltes nunca".

—Arsen... —lucho por no apoyarme en él. Por no dejarme hundir en la sólida calidez de su pecho.

Pero sus brazos me aprisionan el cuerpo y, al cabo de unos segundos, mi fuerza de voluntad se agota con el resto de mi energía.

Estoy muy cansada. Y sienta bien dejar de luchar.

Me acompaña de nuevo a la cama y me acomoda en el colchón.

Por primera vez desde que nació Nina, duermo como un bebé.

ARSEN

Mientras doblo el pañal de muselina alrededor de mi bebé gritona, en lo que debe de ser mi decimoquinto intento en los últimos veinte minutos, se van aclarando muchas cosas.

Por ejemplo, por qué las ojeras de Laila están prácticamente tatuadas desde hace una semana.

Otra cosa que cada vez está más clara es que Laila no ha estado plácidamente arropada en esta habitación, meciendo a Nina y cantándole dulces nanas como yo imaginaba.

Nina es una guerrera, y esta botella de leche es su enemiga acérrima.

Le hago cosquillas con la punta de la botella en los labios, intentando que abra la boca. —Vamos —murmuro, sabiendo que no puede oírme por encima de sus propios gritos—. Deja que te ayude.

Pateo una manta de lana contra la rendija de la parte inferior de la puerta para intentar sofocar el ruido. Laila aún dormía cuando me levanté de la cama y llevé a Nina a su habitación, y me gustaría que siguiera así. Si se despierta y me ve tanteando a nuestra hija, podría acordarse de lo vago que he sido y patearme el culo hasta el sofá.

Pero Nina debe estar en el equipo de su madre, porque el llanto sube otro decibelio.

—No pasa nada, *malyshka*. Papá ya te tiene.

Me mira como diciendo: *¿Quién coño es papá?* Y vale, es justo. Pero nuestra reintroducción empieza ahora. Voy a hacerlo bien.

—Vamos —la hago rebotar suavemente, dejando que le gotee un poco de leche en el labio—. Solo una probadita. Te encantará.

Aparta la botella con la mano y tuerce la cara. Tiene las mejillas enrojecidas por el esfuerzo de llorar.

La puerta se abre de golpe. Supongo que es Laila, que viene a relevar a su inútil marido. En lugar de eso, levanto la vista y veo una bata hasta el suelo y unas zapatillas blancas peludas.

—Polina.

Frunce el ceño ante la escena que tiene delante. —La tortura puede bastar en tu trabajo, pero lo único que va a conseguir con ella es despertar a toda la casa.

—Está siendo testaruda —explico miserablemente—. Tiene hambre, pero no quiere tomar el biberón.

—¿No hará lo que es mejor para ella aunque lo tenga delante de la cara? —tararea como si fuera un misterio divino—. Dios mío, no puedo imaginarme de dónde saca eso.

—¿De verdad vas a venir a tocarme los cojones a las tres de la mañana?

—Solo porque te lo mereces —cierra la puerta y al instante empieza a gritarme, abriéndose paso por la habitación—. Quítate la camiseta —capta la expresión de confusión en mi cara y pone los ojos en blanco—. No te hagas ilusiones, chiquitín. El contacto piel con piel es la forma más rápida de hacer que se sienta segura.

Entrego mi hija gritona a Polina y me quito la camisa. Luego, vuelvo a intentar sujetarla, doblando a Nina contra mi pecho desnudo.

Sigue lloriqueando, pero el sonido vacila, como si intentara determinar si merece la pena seguir armando jaleo o no.

La acuno de un lado a otro, balanceándome hasta que se me entumecen los brazos y mi oído queda irremediablemente dañado. Finalmente, su llanto empieza a disminuir. Luego, aún más lentamente, se detiene.

—Eso es —susurro, haciéndola rebotar suavemente—. Míranos. Lo hemos conseguido.

Me mira como si estuviera demasiado confusa para estar triste.

—Si hubieras estado con ella desde el principio —interviene Polina—, ya reconocería tu olor y tu voz.

—¿Intentas hacerme sentir mal?

—¿Es necesario?

Ambos sabemos la respuesta.

Me dejo caer en la mecedora mientras Polina ocupa el asiento de la ventana. Miro fijamente a mi hija, pasándole un dedo por la manzana de la mejilla.

Parece que es la primera vez que la miro de verdad. La primera vez, el miedo nublaba mi visión. Ahora, veo con claridad.

Es jodidamente perfecta.

—Lo siento, pequeña —susurro—. Hasta ahora he sido una lamentable excusa de padre. Pero eso va a cambiar. Voy a estar ahí, para ti y para tu madre. Te lo prometo.

Ni siquiera pestañea mientras me mira fijamente. Es un momento hermoso. Sus ojos, grandes y claros. Su piel tan pura y suave como el terciopelo.

Entonces, lanza un grito fuerte y desgarrador.

Suspiro. —Es la forma más sucinta en que una mujer me ha dicho que no se cree mis mierdas.

Polina resopla de risa y me pasa el biberón que ya he calentado. —Ese es su grito de hambre.

—Ah —esta vez, cuando se lo ofrezco, lo acepta sin rechistar—. ¿Cómo lo sabes?

—Si pasas suficiente tiempo con ella, empiezas a comprender. Si te quedas, claro.

—Pienso hacerlo.

Polina me mira. Tiene los labios apretados. —Esta es una promesa que no puedes permitirte romper, Arsen.

—Lo sé —reconozco, mirando a mi hija—. Es demasiado importante. Es que... me asusté. Nunca pensé que sería padre y, de repente, alguien puso a este bebé en mis brazos y Laila la llamó Nina Marie y... Todo se volvió tan real. No era el hombre que necesitaban. Y sigo sin serlo.

—Yeremy te hizo *pakhan*; no te hizo hombre. Ese honor pertenece a tus padres. No olvides las partes de ti que les pertenecieron a ellos.

—Lo haré bien a partir de ahora.

—Te creo —se pone en pie—. O, al menos, me gustaría. Pero voy a volver a la cama. Si necesitas algo...

—No lo haré.

Su sonrisa se calienta mientras sus ojos pasan de mí a Nina. —Esperemos que no. Parece que ahí tienes todo lo que necesitas.

Se escabulle de la habitación y yo paso unos minutos de silencio y felicidad viendo cómo mi hija bebe hasta dormirse. Me estoy quedando dormido cuando el destello de la pantalla de bloqueo me saca de mi estupor.

Balanceándola cuidadosamente con un brazo, cojo mi teléfono y leo el nombre en la pantalla. *Jasper*. Siento la tentación de apartar el mensaje, pero solo hay una razón por la que Jasper enviaría un mensaje a estas horas de la noche.

JASPER: oye mano, sol0 que8#ria saluda82##rT no e saBid0 nada de ti en&92 dias

La desesperación está grabada en cada errata, en cada palabra mal escrita. Quiere saber si lo han olvidado.

ARSEN: He estado ocupado con mi familia.

JASPER: & yo^&# Yo también soy fam*$iliab32

ARSEN: Estás borracho. Tendremos esta conversación cuando puedas escribir frases coherentes.

JASPER: V3n a be888**beer conmigoooo

ARSEN: Duerme la mona, Jasper. Hablaremos mañana.

Apago el teléfono, ignorando el chirrido en la nuca que me dice que debería hacer más por el hombre que me salvó la vida.

Sin embargo, cuando mi mirada se vuelve hacia mi hija, es más fácil ignorar la puya. Aquí es donde debo estar.

Mi familia tiene que ser lo primero.

Siempre.

LAILA

—¡Mira a la cámara, Nina! Nina —canturrea el fotógrafo, agitando un osito de peluche por encima del objetivo—. Nina, mira… tú también, Laila. El objetivo está aquí.

Arsen sonríe, y me doy cuenta de que mi mirada se ha desviado un poco hacia la derecha. Se me calienta la cara al volverme hacia la cámara. La atención de Arsen me hace dolorosamente consciente de cada respiración, de cada roce de la tela contra mi piel.

Desde el momento en que me dijo que contrató a un fotógrafo para que nos hiciera retratos a mí, a Nina y a mi madre, el corazón me zumbó en el pecho. Hizo traer vestidos para nosotras, y no puedo ni imaginarme cuándo tuvo tiempo de planearlo.

Las últimas siete semanas han sido un zumbido constante de trasnochar con Nina, trabajar en el lanzamiento de Pobeda y pasar todas las noches a mi lado en lo que oficialmente se ha convertido en *nuestra* habitación.

Rápidamente dejo de pensar en mi marido antes de que mi rubor se haga visible desde el espacio exterior.

Mamá entra suavemente en la toma, sentándose con cautela en el sillón frente a la chimenea. Arsen saca su andador del encuadre, y yo sigo sonriendo como si no me diera cuenta de lo lento que se mueve últimamente.

Hay unas cuantas fotos de mamá con Nina, y luego unas cuantas más con nosotras tres.

Zak baja por fin la cámara y Arsen le da una palmada en el hombro. —Gracias por venir con tan poca antelación. Ha sido una buena sesión.

—Aún no hemos terminado.

Ambos hombres se vuelven hacia mí, con cara de confusión.

—Tenemos todas las tomas de mi lista —Zak consulta su teléfono para asegurarse.

—Pero Arsen no estaba en ninguna de ellas.

Arsen se desliza más cerca, con la voz baja. —Esto no era para mí. Quería que tuvieras fotos de las tres. Algo para enseñarle a Nina algún día.

Hay una suavidad en su voz que toca un punto sensible del que aún no estoy preparada para hablar. Aun así, no puedo evitar mirar a mi madre, su sonrisa radiante y el precioso vestido azul que lleva. Parece feliz, pero, bajo la sonrisa y el maquillaje, pierde peso y energía cada día.

—Hoy no se trataba de mí —continúa—. Es un regalo para ti y para tu madre.

—Y es un regalo estupendo. Pero no estaría completo sin unas cuantas fotos tuyas —le cojo la mano—. Tú también formas parte de la familia.

Vuelve a mirar a Zak como si esperara que el fotógrafo discuta, pero lo cojo de la mano y tiro de él hacia la chimenea.

Mamá sigue en la silla con Nina, y Arsen y yo nos apretamos detrás. Me rodea la cintura con el brazo, como hacemos siempre.

—Vaya, qué familia más guapa —grazna Zak desde detrás de su cámara. Asoma la cabeza por encima—. ¿Qué tal una sonrisa,

Arsen?

Arsen levanta la ceja. Si Zak no tiene cuidado, puede salir despedido por la ventana.

Le pincho en las costillas.

—No se me da bien posar —murmura—. Ni sonreír.

Sé que no es cierto, pero una imagen vale más que mil palabras.

Así que le pongo a nuestra hija de dos meses en brazos. Al instante, Nina aprieta con sus manos regordetas la camiseta de Arsen y sonríe a su papá con una sonrisa gomosa. Y, al instante, la cara de Arsen se transforma. Le brillan los ojos y le sonríe.

Como todo un profesional, Zak se apresura a hacer fotos de los dos. Aunque me muero de ganas de echarle estas fotos en cara a Arsen como prueba de que es el más soñado del mundo, también me muero de ganas de tenerlas y atesorarlas.

Mamá se desliza hasta el borde del asiento y se impulsa hasta ponerse de pie, usando el andador que Evelyn le compró. —Creo que deberíamos hacer unas cuantas solo de la familia joven.

—Marie, eres parte de la familia —argumenta Arsen.

Ella se limita a sacudir la cabeza. —Necesitan fotos que los capten tal y como son ahora mismo: los tres.

Me atrapa la idea.

Cuando Arsen se plantó en la habitación de Nina y me dijo que siempre estaría ahí para nosotras, no supe si podía creerle. Pero ha cumplido su promesa durante las últimas siete semanas. Lo suficiente para que, por primera vez, pueda imaginar un futuro para nosotros. Un mundo en el que creamos una familia en esta casa.

—¿En cuántas fotos más tengo que salir? —murmura, malhumorado.

Me vuelvo hacia él, acunando el borde rústico de su mandíbula hasta que me mira. —Gracias.

Parece realmente desconcertado. —¿Por qué?

—Por organizar esto. Por ayudarme a conservar este momento, nuestra familia, mi madre, juntos.

—¿Estás feliz?

Parpadeo para contener las lágrimas. —Extremadamente feliz.

Apenas percibo el clic del obturador en el fondo, y entonces Zak declara que hemos terminado. Mientras le doy las gracias a Zak, veo que mamá y Arsen hablan en voz baja, pero no lo bastante baja.

—...significaba mucho para ella. Y para mí —Mamá se agarra al brazo de Arsen—. Puedo morir en paz sabiendo que mi hija y mi nieta estarán bien cuidadas.

Mi corazón se resquebraja y se desmorona. Por muy feliz que haya sido desde que nació Nina, no he podido permitirme pensar en la pérdida de mi madre.

Arsen le dedica una sonrisa genuina, digna de una fotografía.

—Puedes contar conmigo, Marie.



—¿Ocurre algo?

Arsen está junto al moisés de Nina, algo habitual estos días. Se ha convertido en el encantador de bebés. Nina incluso lo prefiere algunas noches, cosa que nunca admitiré en voz alta, pero que no deja de ser preciosa.

La hora de dormir se ha convertido en mi parte favorita del día. Las sombras azules del atardecer, cuando el mundo se calla y solo estamos Nina, Arsen y yo en la comodidad de nuestra habitación.

Parpadeo, absorta en mis pensamientos y en la forma en que la luz de la lámpara resalta los planos de su pecho desnudo. —¿Qué?

—Estás mirando fijamente.

Debería apartar la mirada. O quizá no debería. La verdad es que no lo sé.

Se han trazado líneas tácitas en la arena. Dormimos juntos por la noche, pero no hemos tenido relaciones sexuales desde antes de que naciera Nina. Arsen estaba en la habitación cuando el médico me dio el visto bueno para reanudar todas las actividades normales, y luego añadió un guiño no tan secreto por si no me había dado cuenta de lo que quería decir.

Pero Arsen no intentó nada aquella noche. Ni la siguiente.

Ya han pasado dos semanas, y todavía nada.

Al principio lo aprecié. Estaba siendo un caballero, respetando mis límites y dándome espacio. Ahora, no quiero límites ni espacio.

Lo quiero a *él*.

—Perdona, es que me gusta verte con ella —admito, sin apartar la mirada—. Es precioso.

Arsen parece entender lo que quiero decir mientras se acerca a la cama. —Si te ha gustado eso, deberías verme envolver un pañal. Podría hacerme profesional. ¿Y calentar biberones? Podría hacerlo con los ojos cerrados.

—Será mejor que tengas cuidado al hacer alarde de estas nuevas habilidades, o podría correr el riesgo de volver a quedarme embarazada.

De repente, se le borra la sonrisa de la cara. Sus ojos se oscurecen, y me pregunto si esa línea en la arena no era Arsen protegiendo mis límites, sino él protegiendo los suyos. Quizá no quiera acostarse

conmigo. Quizá acabo de pinchar esta pequeña burbuja en la que hemos estado viviendo.

Quizá *yo* sea el problema.

—Y más vale que tengas cuidado al decirme cosas así —su voz es rasgada—. Porque es en lo único que puedo pensar desde hace semanas.

Trago saliva, sintiendo que mis entrañas se estremecen de anhelo. —Yo también.

Arsen acorta la distancia que nos separa en un par de zancadas. Me pongo de rodillas, me reúno con él en el borde de la cama y nuestros labios encajan tan perfectamente que no puedo creer que hayamos dejado de hacerlo.

Me aprieta la camisa, *su* camisa, si queremos ser precisos, y arrastra mi cuerpo contra el suyo lentamente, sellándonos pieza a pieza como si nuestra piel necesitara reencontrarse.

Sus manos se apoyan en mis caderas mientras se arrastra hasta la cama y me baja suavemente sobre el colchón. Pasa unos dedos ásperos por debajo del dobladillo, trazando las líneas de mi cuerpo como si quisiera memorizar todas y cada una de ellas.

—He echado de menos esto —besa de cadera a cadera y de cadera a esternón—. Te he echado de menos. He soñado con esto, Laila.

Me pasa la camiseta por la cabeza y yo la tiro a un lado. La tela se engancha en el laberinto de cremas para pezones y biberones usados en que se ha convertido mi mesilla de noche, y el desorden cae al suelo.

Los dos nos quedamos paralizados.

Arsen permanece apretado entre mis pechos, solo sus ojos se atreven a desviarse hacia los míos mientras susurra—: ¿Sigue dormida?

Le paso una mano por el pelo y miro hacia el moisés. Nina está inmóvil en un rincón, pero la miro el tiempo suficiente para registrar su respiración lenta y constante. Suspiro. —Está dormida.

—Gracias a Dios.

Ambos sabemos que el tiempo es corto, pero también parece estirarse y doblarse a nuestro alrededor.

Le empujo el chándal hacia abajo, soltando una risita en mi mano cuando la tela se enrolla alrededor de su tobillo. Arsen me besa en silencio, acariciando entre mis piernas hasta que ya no me hace ninguna gracia, hasta que le muerdo el hombro para quedarme callada, temblando alrededor de la firme presión de sus dedos.

Luego, la presión de él.

Está temblando por la contención que necesita para no empotrarse contra mí cuando se echa hacia atrás, con las pupilas dilatadas. —¿Me lo dirás si te hago daño?

Mis dedos se enroscan en el pelo de la base de su cuello. —No me haces daño. Quiero esto.

La noche es pesada con nuestra respiración, los jadeos frenéticos de dos personas que llevan demasiado tiempo reprimiendo su deseo.

Engancho la pierna sobre su cadera, atrayéndolo más cerca, más profundo, hasta que nos balanceamos juntos desesperadamente, sin aliento. Me arqueo contra él mientras me recorre mi primer orgasmo en meses.

Estalla detrás de mis ojos. Los planetas se desalinean. Todo mi universo deja de ser.

Y solo en esa claridad me doy cuenta de algo.

Le agarro de la muñeca. —Arsen, yo no... no he...

Debe de entender lo que quiero decir, porque antes de que pueda pronunciar las palabras, Arsen se sale de mí y acaba sobre mi

estómago.

—Ni siquiera lo pensé —admite mientras se derrumba a mi lado—. Realmente estábamos a punto de hacer otro bebé aquí mismo.

Me río, sorprendida por lo poco que me importa. —Quizá deberíamos asegurarnos de que Nina entiende la diferencia entre el día y la noche antes de tener otro.

Por un solo segundo, me mortifica estar hablando de planificación familiar en este momento.

Entonces, Arsen acaricia con el dedo el desorden de mi cuerpo, con una sonrisa jugueteando en el borde de su boca. —Me parece un buen plan. Además, tenemos mucho tiempo perdido que recuperar.

Va al baño y vuelve con una toallita caliente para limpiarme, pero para cuando me seca con palmaditas, la piel me zumba de nuevo. Hace ademán de deslizarse fuera de la cama, pero le agarro la cara y tiro de él hacia mí, dispuesta a suplicarle más.

Como todo un caballero, me da lo que quiero.

LAILA

—Deberíamos volver dentro —cojo una segunda manta y se la pongo a mamá por los hombros—. Empieza a hacer frío, y tú aún no te has recuperado del todo de tu resfriado.

—No, no es eso. Estoy bien —casi tan pronto como lo dice, el viento pasa silbando entre nosotras y ella reprime un escalofrío.

—¿Ves? *Tienes* frío.

—Cariño —suspira mamá—, por primera vez en días, me siento cómoda. Déjame sentarme aquí y disfrutar del aire fresco. ¿Por favor?

Frunzo el ceño. Tiene los ojos rojos y los labios pálidos. Si de mí dependiera, estaría en la cama con una taza de sopa y una almohadilla térmica en los pies; lo que hiciera falta para superar este resfriado.

Pero no dependía de mí. Arsen convenció a mamá y a Evelyn de que un poco de aire fresco nos vendría bien.

Vuelve a estremecerse, y espero que tenga razón.

Cada día espero que recupere su antigua fuerza.

Todos los días me siento decepcionada.

—Deja que te traiga un chocolate caliente, entonces.

—Si eso te hace sentir mejor, me parece perfecto —Mamá se vuelve hacia Nina, que está en la manta a nuestro lado, sonriendo mientras mi hija se chupa el dedo y hace burbujas de baba hacia el cielo.

Las dejo en el césped y me dirijo a la cocina. Polina está preparando una bandeja con tazas humeantes de chocolate caliente. —Me has leído el pensamiento, Pol.

—La telepatía es una parte fundamental del trabajo —me desliza la bandeja y un sobre de papel manila por el mostrador—. Zak también ha enviado sus fotos. Pensé que Marie y tú querrían verlas juntas.

—Es una gran idea. Gracias, Polina.

Saco la bandeja y a mamá se le iluminan los ojos en cuanto ve el sobre. —¿Es lo que creo que es?

Se lo entrego con una sonrisa socarrona. —¿Por qué no lo abres y lo ves?

Nos moríamos de ganas de tener estas fotos en nuestras manos. Los retratos familiares formales siempre se salieron del presupuesto. Estos son los primeros que hemos tenido.

Mamá rompe el sobre como si fuera la mañana de Navidad y, en menos de un milisegundo, se le llenan los ojos de lágrimas. —Son maravillosas —dice con la voz rota—. Mira qué perfecta es Nina.

Me pasa la primera foto. Mamá tiene a Nina en el regazo, y tiene razón en una cosa: Nina está perfecta.

Pero mamá... mamá se ve enferma.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero lloro por un motivo muy distinto.

La veo todos los días, así que los cambios en ella son tan lentos y graduales que apenas me doy cuenta. Pero ahora, al verla en esta foto, es dolorosamente evidente. Tiene la piel cetrina, lo que hace

que su cicatriz esté aún más roja y enfadada. Tiene las mejillas hundidas. La ropa le cuelga del cuerpo como si debajo no tuviera más que huesos.

—¿Estás bien, cariño? —me aprieta el hombro, sus dedos se sienten fríos incluso a través de mi camisa.

Parpadeo antes de que vea mis lágrimas y guardo las fotos. —Estoy bien. Solo pensaba...

—¿Sobre qué?

Hay un millón de preguntas dando vueltas en mi cabeza. *¿Por qué ha tenido que pasarte esto? ¿Cómo puedo hacer que pare? ¿Qué voy a hacer cuando te hayas ido?*

Siento que el reloj corre, que el tiempo que tengo con mi madre se agota cada vez más deprisa. Si tengo preguntas, será mejor que las haga ahora.

—¿Por qué no volviste a casarte? —pregunto—. No recuerdo que tuvieras nunca una cita. Me lo ocultaste o...

Mamá arruga la nariz. —No me interesaban las citas después del divorcio.

—¿Pero no te has sentido sola?

—Claro que no —me pellizca la mejilla—. Te tenía a ti.

—No es lo mismo, mamá.

Lo sé de primera mano. En los días posteriores al nacimiento de Nina, supe que la amaba totalmente. Pero eso no impidió que también quisiera a Arsen.

Suspira y cruza las manos sobre el regazo. —Sé que no lo es. Pero experimenté el amor una vez. Eso fue suficiente para mí.

Mi corazón se astilla por ella. —No me digas que Charles fue tu único amor.

—El Charles que tú conociste y el Charles que yo conocí eran similares. Se solapaban. Pero no siempre eran iguales. ¿Tiene sentido? —frunce los labios, pensativa—. Él era diferente cuando era joven. Supongo que yo también lo era. Joven e ingenua. Pero, sin importar lo que sintiera o no por mí, yo lo quería de verdad.

—¿Incluso cuando nos dejó?

—Nunca sentí que fuera realmente él. Durante años, después de que se fuera, seguí esperando que volviera el hombre que conocí. Puede que Charles no fuera perfecto, pero fui feliz con él durante un tiempo. Me hacía sentir segura.

—Pero cuando realmente lo necesitábamos, se fue —le recuerdo—. Era una ilusión.

—Todo es una ilusión, cariño. Nadie puede mantenernos a salvo todo el tiempo. No es posible. Pero tener a alguien con quien compartir tu vida lo hace todo más fácil. Mírate a ti y a Arsen.

De repente, la imagen cambia. Llevo años viendo la relación de mis padres desde fuera hacia dentro, pero cuando ella lo dice así, de repente, puedo ponerme en el lugar de mi madre.

Lo que siento por Arsen es más grande de lo que jamás imaginé posible. Sé que no es perfecto y, sin embargo, la idea de estar algún día con otro hombre, sean cuales sean las circunstancias, simplemente no me cuadra.

Suelto un fuerte suspiro. —He sido una zorra criticona.

Me acaricia las rodillas. —Lo sé, pero te quiero igual.

—¡Eh!

Mamá se ríe y me rodea con un brazo frágil. —Ninguno de nosotros es perfecto, Laila. El truco está en encontrar a la persona que ve todos tus defectos y te quiere de todos modos. Fue entonces cuando supe que lo mío con tu padre nunca funcionaría. Vio mis defectos, mis cicatrices, y se largó.

—Nunca te mereció, mamá.

Me guiña un ojo. —Tampoco te merecía a ti.



En el momento en que Nina se duerme, las emociones que he conseguido contener durante todo el día salen disparadas de mí. Hojeo las fotos una y otra vez hasta que lloro tanto que apenas puedo ver. Ni siquiera oigo entrar a Arsen hasta que está arrodillado frente a mí.

Me sobresalto por la sorpresa, pero sus manos me sujetan con largas y tranquilizadoras caricias por los muslos. —¿Qué ha pasado?

Consigo inclinar una de las fotos hacia él antes de que una nueva oleada de lágrimas se apodere de mí, y estoy sollozando con demasiada fuerza para hablar.

—*Roza* —me atrae hacia su regazo, acunándome contra su pecho.

—Se acerca demasiado rápido —digo entre sollozos.

—Cuando se trata de alguien a quien quieres, siempre es demasiado rápido.

Gimoteo, intentando controlarme. —Me encantan las fotos, pero he abierto el sobre y he visto... ¿Siempre ha tenido este aspecto enfermizo? ¿Cómo no me he dado cuenta?

—Porque vemos lo mejor de las personas a las que queremos —me besa en la frente—. Porque eres una buena hija que quiere a su madre.

Mi barbilla se tambalea y entierro las siguientes palabras contra su cuello. —Nunca va a mejorar.

Contengo la respiración esperando tópicos vacíos y palabras huecas de consuelo, pero Arsen se limita a abrazarme con más fuerza. —No

es justo. No te lo mereces. Marie tampoco. Pero la muerte no discrimina. Nos llega a todos.

Parpadeo y su rostro aparece nítidamente. —¿Cómo has sobrevivido?

Arsen quería a sus padres, y los perdió a ambos con pocas semanas de diferencia. No creo que sobreviviera a algo así.

—Negación —responde—. Amargura. Una puta tonelada de ira.

Le devuelvo el apretón, esperando que sienta aunque sea una pizca del consuelo que yo siento. —Gracias.

—¿Por qué?

—Por no mentirme.

—Te dolerá cuando se vaya —advierte, cogiéndome la cara y acercando mis ojos a los suyos—. Pero me tendrás a mí para ayudarte a superarlo.

Respiro hondo, apoyo la cabeza en su pecho y la tristeza me invade en oleadas. Su presencia no lo mejora todo.

Pero ayuda.

Y con eso basta.

ARSEN

—¡Dios mío! —Laila aprieta la manilla de la puerta y grita. Freno bruscamente, ya escudriñando la carretera y la acera en busca de peligro, cuando se vuelve hacia mí—. Olvidé decirle a Polina que Bugsy está en la lavandería.

—Mierda, Laila —me relajo en el asiento con un suspiro—. Creía que algo iba mal.

Está demasiado ocupada rebuscando en el bolso como para preocuparse de que casi choco por detrás al pobre desgraciado que tenemos delante. —Algo va mal. Nina no se va a dormir si no tiene a Bugsy.

—Nina no necesitó ese maldito escarabajo para dormirse anoche.

—Es una mariquita, no un escarabajo —suelta, como si yo hubiera cometido algún pecado atroz—. Y eso fue porque tú estabas allí para mecerla hasta que se durmiera. Esta noche no estamos, ninguno de los dos. Está sola.

Mi atención se ve forzada entre la carretera, Laila buscando frenéticamente su teléfono y la tentadora visión que tengo bajo el escote de su sexy vestidito negro. Pero, si quiero tener la más mínima oportunidad de ver más de lo que hay debajo de ese vestido, tengo que resolver la crisis que tengo entre manos.

—No está sola. Polina y Marie están con ella.

—Pero...

—Dominik y Kira también pasarán la noche. Quería que todos se pusieran manos a la obra porque preveía exactamente este escenario.

—¿Qué escenario es ese?

—Esa en la que cancelas la noche antes de tiempo porque no soportas estar lejos de Nina ni siquiera unas horas —abre la boca para discutir, pero yo continúo—. Lo entiendo. De verdad. A mí tampoco me resulta fácil dejarla.

—¿Por eso me sacaste de casa y casi me tiras en el asiento del copiloto? A mí me parecías bastante entusiasmado.

—Solo después de verte con ese vestido —no pasa desapercibido el rubor que recorre sus pómulos—. ¿Te he dicho lo encantadora que estás con él?

Juguetea con el escote, intentando, solo Dios sabe por qué razón, subírselo un poco más. —¿No crees que es demasiado? Llevo tanto tiempo sacando tetas para amamantar que no sé calibrar cuánta exposición es demasiada.

—Me parece perfecto. Y, si alguna vez empiezo a pensar que estás enseñando demasiada piel, estaré más que encantado de llevarte a un rincón oscuro y privado y delimitar exactamente qué partes de ti son solo para mis ojos.

—¿Es una amenaza o una promesa?

Le cojo la mano y froto lentamente sus nudillos no el pulgar. —Llámame egoísta, pero quiero pasar un poco de tiempo a solas contigo antes del lanzamiento de la Pobeda. Una vez que nos pongamos en marcha, puede que esté ocupado. Aprovecho la oportunidad mientras la tengo.

Se traga una sonrisa. —Yo no diría que querer pasar tiempo conmigo sea *egoísta*, per se...

—¿Significa eso que vas a intentar disfrutar de esta velada?

—Lo intentaré, pero solo si me dejas avisarle a Polina lo de Bugsy.

Suspiro y le hago una señal para que haga lo que necesite. Me suelta la mano y coge su teléfono, escribiendo un mensaje apresurado a Polina antes de que pueda tirarlo por la ventana.



FIEL A SU PALABRA, una vez enviado el mensaje, Laila hace todo lo posible por disfrutar de la velada.

Nos llevan a nuestra mesa, un espacioso palco apartado del resto del restaurante, y antes incluso de que lleguen las bebidas, su mano se desliza por mi muslo, peligrosamente cerca de mi entrepierna.

—Muy atrevido por su parte, señora Adamov.

Me guiña un ojo mientras acaricia con sus dedos la costura de mis pantalones. Estaba medio empalmado en el coche, así que no va a hacer falta mucho para llevarme al límite. —Aún no has visto nada, colega.

—Debería sacarte más a menudo.

Me mete la mano por debajo de la mesa, y estoy tanteando su muslo hacia la tierra prometida cuando se acerca el camarero. A juzgar por la expresión de su cara, es muy consciente de que está ocurriendo algo inapropiado bajo la mesa.

Laila aparta la mano y se sienta erguida y correcta, como la dama que sé que no es.

Sus ojos pasan de mí a Laila, y luego a algo repentinamente fascinante que hay en el techo mientras toma nota de nuestros

pedidos de bebidas.

—Me gustaría probar el mocktail de pi*ñaaaa*... —Laila se interrumpe con un gemido cuando le rodeo las bragas con el dedo. El camarero da un respingo y retrocede, ganándose al instante un cuarenta por ciento de propina por saber leer la sala. Laila carraspea y aprieta las piernas, aplastando mi mano con sus muslos de yoga—. ¿Sabes qué? Creo que en realidad necesitamos otro minuto para mirar el menú.

El camarero sale a toda velocidad del palco, casi chocando con otro camarero que lleva una bandeja de postres en llamas.

—¡Arsen! —Laila me da un manotazo en el pecho cuando se ha ido —. ¡Nos ha visto!

Agarro la mano ofensiva y la dejo caer de nuevo sobre mi regazo, donde debe estar. —Tú empezaste.

De repente, aprieta con fuerza hasta que me tiene literalmente cogido por las pelotas. Sus ojos oscurecidos prometen venganza. —Y lo acabaré si no tienes cuidado.

—¿Es una amenaza o una promesa? —bromeo.

Suelta la presión sobre mis pelotas y me masajea lentamente, curvando los labios en una sonrisa seductora. —Tienes suerte de estar tan sexy con ese traje.

—Tienes suerte de que el camarero se fuera cuando lo hizo. Porque estoy a punto de...

—Vaya, vaya, pero si es Arsen Adamov —la voz nasal drena el calor del momento. Cruzo la mano de Laila entre las mías y me vuelvo hacia una de las últimas personas que me importa ver en este momento.

—Alessandro Calcagno —gruño.

El jefe de la mafia Calcagno lleva un llamativo traje de terciopelo aplastado y una sonrisa que no oculta el desdén de sus ojos. Dirige ese desdén a Laila. —Pareces muy malhumorado para estar sentado junto a una mujer tan hermosa —pone la mano en el respaldo de la silla de Laila y se inclina demasiado cerca para mi comodidad—. Te besaría la mano, querida, pero acabo de ver dónde ha estado.

Un rubor le sube por el pecho y el cuello, pero Laila mantiene la compostura mientras se vuelve hacia mí. —¿No vas a presentarnos, Arsen?

—No pensaba hacerlo —respondo entre dientes—. De hecho, me pregunto por qué has venido, Alessandro.

La serpiente se vuelve hacia Laila. —Soy Alessandro Calcagno. Arsen y yo tenemos una rivalidad un poco amistosa. Todo es por diversión, por supuesto.

Su mirada se detiene en su escote, y me encuentro levantándome de mi asiento. —Eso es cuestión de opinión. Vuelve a tu mesa, Alessandro.

—Qué malos modales —se ríe mientras nos evalúa a los dos—. Tu abuelo debe estar revolcándose en su tumba.

Intenta provocarme, pero me importa un bledo lo que piensen Alessandro o mi abuelo sobre cualquier cosa.

—Te equivocas en dos cosas. No le di el honor de una tumba, y no queda nada de él que revolcar.

Alessandro arquea una gruesa ceja. —Me alegro mucho de haber venido esta noche. De lo contrario, me habría perdido la oportunidad de conocer a tu encantadora esposa. Y, ya que tu abuelo no está para dar consejos, te dejaré con el consejo que te habría dado si estuviera vivo para darlo...

—…No pierdas tu...

—El coño es para procrear y divertirse. No para los sentimientos —su sonrisa desaparece—. Un día hará que te maten, muchacho.

Agarro las solapas de su estúpido traje de terciopelo y lo atraigo hacia mí hasta que estamos prácticamente nariz con nariz.

—¡Arsen! —Laila me agarra del brazo—. Esta noche no. Por favor.

Mi mirada se desvía hacia mi mujer, que me suplica en silencio. En sus ojos veo todos los planes que tenía para esta noche. Me niego a que Alessandro los arruine.

Así que, en lugar de convertir su expresión de burla en salsa boloñesa como se merece, lo empujo lejos de la mesa. —Lárgate de aquí, Calcagno.

Se endereza las solapas. —A esto me refiero. Nadie habría podido detenerte antes, y menos una mujer.

—¿Quieres callarte de una puta vez e irte? —ladra Laila.

Alessandro se da vuelta para mirarla, con la mandíbula desencajada. —¿Cómo te atreves?

—Se atreve porque es mi mujer, Alessandro. Tiene mente propia.

Alessandro inhala preparándose para soltar lo que seguramente serán más tonterías, cuando una figura aparece por la derecha y pone una mano en el brazo del anciano. —Todo el mundo te observa, papá. Déjalo así.

Enzo Calcagno aparta a su padre. Una mujer bajita y morena permanece a su lado. Hace tanto tiempo que no veo a Guilia, la mujer de Enzo, que apenas la reconozco.

Alessandro intenta apartar a su hijo, pero Enzo sujeta el codo de su padre. —Este no es lugar para una pelea. Te dije que no vinieras aquí.

La mirada de Enzo solo parpadea momentáneamente sobre Laila. Ahora parece mucho más preocupado por su padre.

—¿Y quién eres tú para darme órdenes, muchacho?

Enzo hace una mueca antes de volverse hacia Laila. —Te pido disculpas por nuestra intromisión. Solo estábamos…

—¡No te disculpes por mí! —dice Alessandro, echando espuma por la boca.

—Ya nos íbamos —Enzo mira directamente a su padre, con los brazos tensos—. Papá, vámonos. Tenemos que asistir a una reunión importante.

Alessandro frunce el ceño hacia su hijo antes de volver a mirar en nuestra dirección. —Seguro que pronto nos encontraremos, Arsen — sus ojos recorren a Laila—. Estoy deseando volver a verte, encantadora Laila.

Enzo me lanza una mirada mordaz, a medio camino entre la disculpa y la frustración. Luego, agarra a su mujer de la mano y la arrastra detrás de Alessandro. Guilia se marcha mirando de reojo a Laila, una sonrisa tensa pinta su rostro un instante antes de que todos se hayan ido.

—*Blyat'* —me paso una mano por el pelo—. Necesito una ducha después de esa mierda.

—¿Así que esos eran los infames Calcagnos?

Asiento, sin apartar los ojos del lugar donde la familia desapareció al doblar la esquina. Entonces, siento el suave toque de Laila en mi barbilla.

—Que se jodan —me acerca la cara a la suya—. Esta noche, solo estamos tú y yo.

—Deberíamos irnos.

Se le arruga la frente. —Si nos vamos, pensará que tiene poder sobre nosotros. Y no lo tiene.

—Me parece justo —le rozo la mejilla con el dorso de la mano—. Eres increíble, Laila Adamov.

Se pone de puntillas para susurrarme al oído. —Nos vemos en el servicio de señoras dentro de dos minutos.

Me da otro apretón en la entrepierna antes de alejarse de mí y dirigirse al baño. Consigo esperar unos míseros sesenta segundos antes de lanzarme tras ella.

~

HA PASADO DEMASIADO TIEMPO. Cuarenta y cinco minutos follando sin descanso con mi mujer en el baño pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Pero, después de enderezarme, la dejé sola en el tocador para que hiciera lo mismo por sí misma mientras yo montaba guardia fuera para asegurarme de que nadie se entrometiera.

Pero ahora ha pasado demasiado tiempo. Siete minutos y contando, según mi reloj.

Frunzo el ceño, compruebo a ambos lados para asegurarme de que ningún italiano o camarero se ha aventurado por aquí, y luego vuelvo a meter el hombro en el baño.

—¿Lai...?

El sonido de un grito ahogado me detiene en seco.

Laila está de pie junto al lavabo, con la cara pálida y las manos temblorosas. —Laila, ¿qué pasa? ¿Qué te pasa?

Cuando la toco, el teléfono se le cae de las manos. Lo cojo en el aire, sujetándola contra mi pecho para que no caiga también al suelo.

En la pantalla hay una señal en directo de la aplicación de seguridad que instalé en su teléfono. Conecta con todas las habitaciones de la mansión y, sobre todo, con una cámara permanente instalada en la

casa de su madre. Esto último es lo que se está reproduciendo actualmente.

Está oscuro. Apenas puedo distinguir las esquinas del tejado, los aleros puntiagudos, la caída del canalón.

Pero una cosa está cegadoramente clara: el rojo anaranjado de las llamas, que se abren paso ávidamente por un lado.

Alguien prendió fuego al lugar.

ARSEN

—¡Cálmate, hermano! —me grita Gedeon mientras irrumpo en mi despacho—. Nos encargaremos de esto...

Enciendo la luz de mi despacho y me detengo en seco cuando veo a Laila sentada ante mi mesa. Tiene los ojos inyectados en sangre y la tez pálida.

Miro el reloj en la pared detrás de ella. —Es más de medianoche, Laila.

—No podía dormir. Tengo que saber... —se levanta de la silla y cruza el despacho sobre piernas temblorosas—. ¿Qué ha pasado? ¿Han apagado el fuego? ¿Cuántos daños...?

—Shh, *roza* —la estrecho entre mis brazos y despido a Gedeon con un movimiento de cabeza. Sale en silencio, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí sentada en la oscuridad?

—Una hora. Quizá dos —admite—. Polina está con Nina.

Me siento y la subo a mi regazo, recorriendo con mis manos sus brazos fríos. —El fuego está apagado.

Suspira aliviada, su barbilla se tambalea. —¿Cómo empezó? Es una casa antigua. Puede que haya que actualizar la instalación eléctrica.

¿O se han dejado algo enchufado? —se interrumpe al ver la expresión de mi cara—. ¿Qué fue?

—Quizá deberíamos hablar de esto mañana.

—Quiero hablar de esto ahora —intenta levantarse, pero la mantengo quieta. Resopla frustrada y se vuelve hacia mí—. Cuéntamelo.

Es inútil intentar ocultárselo. Si la mando a su habitación, escalará las paredes y pedirá un aventón hasta los bomberos ella sola.

En cuanto vi las imágenes de seguridad, la llevé yo mismo a casa para asegurarme de que entraba sana y salva. Estoy seguro de que la única razón por la que no se escapó y apareció en la escena es porque quería permanecer cerca de Nina.

—Gedeon y yo revisamos cada segundo de las grabaciones de seguridad. El incendio no fue un accidente.

—Pero ¿quién haría algo así...? —veo el momento en que lo comprende. Me mira, le tiembla el labio inferior—. Fue mi padre, ¿verdad?

La expresión de mi cara es respuesta suficiente. Sale catapultada de mi regazo antes de que pueda sujetarla.

—¿Realmente es tan egoísta? ¿Si él no puede tenerla, nadie puede? Ese puto pedazo de... Ese gran pedazo de… —su rabia se atenúa y vuelve a girarse para mirarme—. ¿Cómo voy a contárselo a mamá? Esto la destruirá.

—No se lo digas —digo simplemente—. No hay motivo para que lo sepa, y no necesita el estrés. Yo me ocuparé de ello. De todas formas, es culpa mía.

—¿Por qué es culpa tuya?

—Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad.

Pensé que asustar a ese puto *mudak* serviría de algo, pero ahora ha dejado claro que no va a parar nunca. Debería haberlo visto. Debería haberme ocupado de él permanentemente.

Laila se queda inmóvil. El silencio se alarga. Sus ojos están en penumbra, así que no puedo saber lo que le pasa por la cabeza.

—No te va a dejar en paz, Laila —me acerco a ella y mis pasos resuenan en el silencio—. Y que me aspen si dejo que toque a mi familia.

Se le llenan los ojos de lágrimas y cae en mis brazos, sollozando.

—Todo irá bien —susurro—. Yo me ocuparé de ello.

Llora durante mucho tiempo. Cuando por fin se calman sus sollozos, echa la cabeza hacia atrás. Intenta sonreír, pero no lo consigue. —Arsen, te agradezco todo lo que estás haciendo por mí...

—Es mi trabajo.

—¿Pero puedo hacerte una pregunta?

Hago una pausa. Solo el diablo sabe a dónde conduce esta conversación. Pero dondequiera que me lleve, le diré la verdad. Ella es lo bastante fuerte para eso. Se lo ha ganado. Se merece todo de mí.

—Pregúntame lo que quieras, *roza*.

—En la cena, cuando nos encontramos con Alessandro, hiciste que pareciera que eras responsable de la muerte de tu abuelo...

Maldita sea. No es que intente ocultarle cosas a Laila, pero habría preferido mantener alejados de ella los aspectos más feos de mi vida.

Pero ella es lo bastante fuerte, me recuerdo. *Se lo ha ganado. Se lo merece.*

—No era un buen hombre, Laila.

—Como Charles.

Asiento cuando los paralelismos se hacen demasiado evidentes para ignorarlos. —Se volvió paranoico a medida que envejecía. Me preparó para que le sustituyera, pero también se sentía amenazado por mí. Llegó un punto en que era él o yo.

Juega con el cuello de mi camisa, evitando deliberadamente mis ojos. —Parece tan brutal. ¿Fue duro para ti?

—La muerte siempre es brutal —atrapo su brazo entre mi mano y mi pecho—. Pero mi abuelo nunca fue mi familia, no como los Bratva y mis hombres. Tuve que acabar con él para protegerme a mí y a la gente que confiaba en mí.

—No hace falta que me lo expliques, Arsen —dice suavemente—. Confío en ti.

Llevo su mano a mis labios y beso cada dedo. —Entonces, confía en que haré lo mejor para ti. Siempre.

Ella cierra los ojos y suspira. —Lo hago.

~

—Arsen —me tiembla el hombro y parpadeo en medio de un sopor somnoliento—. ¡Hermano, despierta!

Abro los pesados párpados y me encuentro con Dominik, que se cierne sobre mí.

La cabeza de Laila está sobre mi pecho, su respiración es profunda y uniforme. Quería llevarla a la cama, pero nos quedamos dormidos en el sofá de mi despacho.

—¿Qué coño está pasando? —susurro.

Dominik no responde, solo me hace un gesto para que lo siga. De mala gana, me separo de mi mujer y le sigo hasta el pasillo.

Las luces están apagadas, así que sé que es tarde. No puedo haber dormido más de un par de horas, y siento cada hora que me falta. Me arrastro una mano por la cara. —¿Qué pasa?

—Encontré a Jasper. En realidad, no tuve que hacerlo —Dom señala hacia las ventanas—. Está escalando las paredes mientras hablamos. Iba a hacer que los de seguridad lo sacaran, pero pensé en avisarte antes.

Antes incluso de que Dominik haya terminado, estoy corriendo por la casa hacia donde sé que encontraré a Jasper.

No es la primera vez que intenta entrar. Antes había un hueco en la cobertura de las cámaras de seguridad. Por lo visto, el idiota cree que nada ha cambiado.

Cuando cruzo el césped y diviso el muro cubierto de hiedra al oeste, veo también una silueta oscura que utiliza las enredaderas para descender.

Piso suavemente para que Jasper no nos oiga llegar. Cuando se deja caer sobre la hierba y se vuelve para verme esperando, cae de espaldas contra la pared con tanta fuerza que se golpea la cabeza contra el ladrillo. El hedor a alcohol y sudor es como una densa niebla a su alrededor.

—Mierda —murmura.

—Muy amable por tu visita, Jas. Pero la puerta principal habría funcionado igual de bien.

Se aclara la garganta, evitando mis ojos. —No creí que me dejaran entrar.

—Parece que no entiendes que esta ya es tu segunda puta oportunidad, Jasper —me cierno sobre él, obligándolo a retroceder contra los ladrillos—. Una segunda oportunidad que nunca debiste tener en primer lugar.

—Nunca quise que pasara nada de esto —su mirada se desvía de mí a Dominik y viceversa—. Se me fue la mano.

—No sería la primera vez. ¿Cuál ha sido el escollo esta vez: cocaína o heroína?

—Arsen…

—Responde a la puta pregunta.

Tiene los ojos oscuros e inyectados en sangre. Un moratón morado moteado le cubre media cara. —Quiero desintoxicarme, hombre. Solo... necesito ayuda.

Aprieto los dientes. —¿En qué lío te has metido?

Está nervioso, con la cabeza apoyada en los hombros como un muñeco. —Si les pagas lo que les debo, estaré en paz. Entonces, me dejarán en paz y seré libre. Me desintoxicaré y te pagaré.

—¿A quién se lo debes?

—Solo estos... estos tipos —responde vagamente—. He acumulado un poco de deudas, pero te juro que te lo devolveré, Arsen. Es solo que estos tipos quieren que les pague esta noche. Si les das lo que quieren... —sus ojos vuelven a mirar por encima del hombro, hacia la pared—, se irán.

En un segundo, lo cojo por la parte delantera de la camisa y lo inmovilizo contra la pared. —¿Has traído a los traficantes a los que les debes a mi casa? ¿Donde duerme mi familia? ¿Has perdido la puta cabeza?

Se encoge hacia atrás todo lo que puede en mi agarre. —Me están siguiendo. No me pierden de vista. Amenazan con romperme...

—Amenazaran con lo que amenazaran, recibirás algo peor de mí —gruño—. Has puesto a mi familia en peligro —los ojos de Jasper se balancean de un lado a otro, sin concentrarse en nada durante mucho tiempo—. *Y* estás drogado hasta el culo.

—Pero se me pasa rápido —murmura—. No habría venido si no estuviera desesperado.

Lo dejo caer al suelo, sacudiendo la cabeza con disgusto. —Eres un cobarde.

Jasper se sonroja, pero no discute. —Le daré la vuelta a las cosas, lo haré. Solo... por favor, apóyame aquí.

Le doy la espalda a Jasper y me enfrento a Dominik, a quien nada le gustaría más que arrojar a Jasper contra la pared y dejar que sus enemigos se salgan con la suya. Bien podría tener una pegatina gigante de *te lo dije* pegada en la frente.

—Dominik, vigílalo.

Dom asiente mientras Jasper grazna—: ¿A dónde vas?

—Voy a arreglar tu desastre —sigo andando, sin molestarme en mirar atrás—. Como siempre.

ARSEN

—¿Vamos a llegar sin refuerzos?

—Tú eres el refuerzo, Dom.

—Vaya, me halaga que me hayas elegido para morir a tu lado —refunfuña—. Puede que los Skulldragger sean unos don nadie de poca monta, pero tienen fama de ser unos malditos escurridizos. ¿Cómo sabemos que esto no es una trampa?

Como los traficantes que perseguían a Jasper estaban tan verdes, ni siquiera me reconocieron hasta que anoche les di mi nombre completo. Confío en que, en el día transcurrido desde la última vez que hablamos, hayan investigado. No se arriesgarán a actuar contra mí y comprometer toda su operación.

Por el bien de los nervios de Dom, me atengo a los hechos. —Porque querían esos veinticinco mil lo bastante como para volver a casa y esperar a que yo apareciera hoy con ellos. Están arruinados y desesperados.

—No como el imbécil que nos metió en este lío.

Dominik no puede evitar disparar sus insultos contra Jasper, y no lo culpo. Tenía razón sobre él desde el principio. Voy a estar oyendo "te lo dije" el resto de nuestras vidas naturales.

Aparco el coche en la esquina y apago el motor. —Vamos. Quiero entrar y salir de aquí en menos de diez minutos.

Dominik recupera la maleta con dinero del asiento trasero, y caminamos juntos hasta el sórdido pub que sirve de cuartel general al Club de Motos Skulldragger.

Las ventanas están oscurecidas, así que tengo que entrecerrar los ojos en la penumbra cuando entramos. Poco a poco, el ambiente va tomando forma y decido que, después de todo, puede que no me importe estar cegado.

Las paredes son de un rojo turbio, el aire está viciado y las colillas de cigarrillo ensucian el suelo manchado. Hay un hombre en la barra, barbudo y esqueléticamente delgado. Reconozco a Cranium, cuyo nombre me hace poner los ojos en blanco; nadie acusará jamás a los Skulldraggers de ser listos, por el tenue resplandor del cigarrillo que cuelga entre sus dientes amarillentos.

Cuando me ve, escupe el cigarrillo en la encimera del bar y lo aplasta con la palma de la mano, luego se pone en pie de un salto y agacha la cabeza. —Sr. Adamov.

—Veo que has investigado —inclino la cabeza hacia la maleta—. Tengo tu deuda aquí mismo.

—Deja que te acompañe a una habitación privada. Nuestro jefe quiere hablar contigo.

Reprimiendo un suspiro, sigo a Cranium, con Dominik pisándome los talones. Nos lleva por una puerta detrás de la barra. La habitación es pequeña. Hay cajas mohosas apiladas contra las paredes, y una bombilla desnuda cuelga sobre una mesa de metal oxidado.

—¿Estás seguro de que no nos van a asesinar? —murmura Dominik en voz baja.

Cranium agita un brazo hacia una silla desvencijada como si fuera un trono. —Toma asiento. Mi jefe saldrá enseguida.

—Solo tengo un momento, así que dile a Bones que se dé prisa de una puta vez —ladro.

Cranium se apresura a salir de la habitación y Dom se apoya en la mesa, el metal chirriando bajo el peso de sus codos. —¿Por qué era tan importante que aparecieras en persona? —pregunta Dominik—. Estos tipos no están en condiciones de estar en la misma habitación que tú.

—Necesito enviarles un mensaje. Tienen que saber que, si siguen viniendo a por Jasper, también vendrán a por mí.

Dominik se queda boquiabierto. —Después de todo lo que... ¿Sigues protegiendo a ese estúpido bastardo?

—Sé que no lo entiendes.

—¡Puedes apostar lo que quieras a que no lo entiendo! —replica Dominik—. Sea cual sea la deuda que crees que tienes con él, ya la has pagado. Diez veces más. No le debes nada a Jasper.

Sé que tiene razón, pero, cada vez que estoy a punto de cerrarle la puerta a Jasper, oigo las palabras de Laila en el fondo de mi cabeza.

A veces, la lealtad merece la pena.

—Ha tocado fondo, Dom. Ahora no puedo darle la espalda.

—¿Incluso si te arrastra allí con él?

—No dejaré que eso ocurra.

Exhala un suspiro frustrado. —No puedes controlarlo todo, Arsen.

—Eso nunca me ha impedido intentarlo.

Con un silbido de disgusto sin palabras, Dom deja caer el maletín sobre la mesa y se echa hacia atrás para hacer un mohín en la silla. —Si Bones no aparece en cinco minutos, nos largamos.

Me encojo de hombros. —Solo iba a darle tres.

Mi teléfono zumba. Laila me ha enviado una foto de Nina, y mi corazón se aprieta como si hubieran pasado días desde que la vi en lugar de solo un par de horas.

Mi hija está envuelta en una toalla mullida, con una sonrisa bobalicona y desdentada en la cara mientras se acerca a la cámara.

LAILA: Nina ha echado de menos hoy a su papá.

ARSEN: Siento no haber estado a la hora de dormir. Tenía asuntos de los que ocuparme.

Se oyen voces en el pasillo. Dominik se levanta para ir a abrir la puerta, pero los tres puntos aparecen cuando Laila me devuelve el mensaje, así que decido dejar que se encargue él.

LAILA: ¿Tiene algo que ver este asunto con el motivo por el que estuviste encerrado todo el día con Gedeon y Dom?

ARSEN: Estoy ocupándome de eso.

Dominik me murmura algo, pero no lo escucho al recibir el siguiente mensaje de Laila.

LAILA: ¿Tiene algo que ver con Charles?

No quiero decirle exactamente que ni siquiera he pensado en Charles desde que Jasper saltó la valla anoche... o que Jasper saltó la valla anoche, si llevamos la cuenta de mis omisiones.

ARSEN: No quiero que te preocupes. Lo tengo todo bajo control. Vete a la cama. Estaré en casa dentro de una hora.

Apenas meto el teléfono en el bolsillo y levanto la vista antes de que se oiga un chasquido ensordecedor y Dominik salga despedido hacia atrás.

—¡Arsen! —se vuelve hacia mí como si quisiera protegerme de solo Dios sabe qué mierda, pero le brota sangre en el pecho.

Cae al suelo, y yo lo sigo, agachándome bajo la mesa mientras estallan más disparos a través de la puerta de madera.

—*Blyat'*.

Dominik está tendido a varios metros de mí, el charco de sangre a su alrededor crece rápidamente. Quiero ir hacia él, pero siguen sonando disparos.

Saco mi pistola y me coloco detrás de las mesas, esperando el momento en que se abra la puerta.

Y así es. Los Skulldraggers cargan como una horda de ratas, sin mente y sin cobertura. Hago llover balas sobre ellos. Uno tras otro, se doblan como papel barato hasta que queda un montón de cuerpos tendidos en el umbral.

El aire está cargado de humo de pistola. Toso mientras cojo el teléfono y marco el número de Gedeon.

Me pitan los oídos, así que ni siquiera lo oigo responder; solo empiezo a gritar—: ¡Dominik ha caído! ¡Ven aquí ahora mismo! Dominik ha caído.

Tiro el teléfono a un lado y me arranco la camiseta. La aprieto contra el pecho de Dominik, intentando ignorar el aspecto que tiene, como si ya estuviera medio muerto: blanco pálido y apenas respirando.

He conseguido contener el flujo de sangre lo mejor que puedo cuando noto que uno de los cuerpos de la puerta se agita.

Satisfecho de que mi vendaje improvisado aguante hasta que llegue la ambulancia, agarro el cuerpo que aún respira y pronto estará muerto y lo presiono boca abajo sobre el charco de sangre de Dominik.

—¡Por favor...! —balbucea—. N-no me mates.

Le arranco la cabeza del empapado líquido carmesí. —Dime por qué y no lo haré.

Su propia sangre brota de entre sus labios mientras intenta hablar. —¡La recompensa! Diez millones de dólares es mucho dinero.

—¿Por mí? —es la primera vez que lo oigo, aunque no sería la primera vez que ponen precio a mi cabeza.

Sacude la cabeza, tosiendo más sangre. —N... no. Tú no. La... la... la chica. La mujer. Laila Adamov.

Todo mi cuerpo se tensa al oír el nombre de mi mujer en los labios de este hombre. Le aprieto la garganta hasta que se pone rojo y luego morado.

No puede hablar, pero puedo ver la acusación en sus ojos. *Dijiste que no me matarías*.

—Bueno —escupo mientras la luz se desvanece de sus ojos—, mentí.

ARSEN

Mis manos están casi negras en la penumbra, como si las hubiera sumergido en alquitrán.

Ha pasado media hora desde que el equipo médico se llevó a Dominik para operarlo de urgencia, y no me he molestado en dar los diez pasos que hay hasta el lavabo. De hecho, no me he movido ni un centímetro.

Una sombra cae sobre mí. No me molesto en levantar la vista; sé que es Gedeon. Vuelve una y otra vez para ver cómo estoy, pero no soy yo quien tiene un agujero en el pecho.

Es Dominik.

Por mi culpa.

Gedeon está ahí de pie, esperando a que lo reconozca, pero no hay nada que reconocer. Dije que no me iría hasta saber algo de Dominik. Y aún no he oído nada.

Suspira y se deja caer a mi lado, con las rodillas dobladas como las mías. Junta sus manos limpias como si rezara.

Ni siquiera se me ha ocurrido rezar. Lo intenté una vez cuando mamá estaba muy enferma, pero no sirvió de nada. Aunque exista un poder superior, no va a desperdiciar sus milagros conmigo.

—Se pondrá bien, Arsen —hay una dureza en la voz de Gedeon que reconozco como la misma desesperación que siento yo. Suelta las manos lo suficiente para apretarme el hombro una vez—. Pero tenemos que informar a Kira.

—Aún no sabemos nada. No hay nada que decirle —ni siquiera reconozco mi voz.

—Es su mujer. Merece saberlo.

Sacudo la cabeza, demasiado agotado para más discusiones. Kira no puede oír esto ahora. No puedo decírselo.

—Ya van dos veces.

Gedeon se vuelve hacia mí. —¿Qué?

—Dominik ha aterrizado dos veces en el hospital por culpa de Jasper —se me escapa una risa amarga—. No, esa no es la verdad. Ni siquiera puedo culpar a Jasper de esto. Dominik ha estado dos veces en el hospital por *mi* culpa.

—Esto no es culpa tuya.

—Sigo dando segundas oportunidades a Jasper.

Dominik sabía desde el principio que Jasper era problemático, pero yo no quería verlo. Me negué a verlo. Metí las manos al fuego por "lealtad" ciega y tonta, en lugar de escuchar a mi mejor amigo.

—Tu piedad es algo que Dom y yo agradeceríamos si alguna vez estuviéramos al otro lado de ella.

—Y nunca lo han estado, porque los dos son leales, fiables —aprieto los dientes con tanta fuerza que parece que vayan a romperse—. Dominik siempre ha sido leal.

¿Y qué consiguió?

Debería haberlo escuchado.

—Arsen, esto ni siquiera se trataba de Jasper. Se trata de la recompensa —se pasa una mano por el cuello—. Lo he investigado y es legítimo. Hay diez millones de dólares sobre la cabeza de Laila, viva o muerta.

Esas tres últimas palabras parecen un baño de hielo. —¿Quién ha hecho esto?

La mandíbula de Gedeon se tensa. —Los italianos tomaron la decisión.

—Eso no puede estar bien. Ni siquiera Alessandro Calcagno es tan estúpido. Enzo seguro que no lo es.

—Parece ser que sí. Tengo muy buenas fuentes, y todas dicen lo mismo.

Alguien puso una recompensa por la cabeza de mi mujer y yo no tenía ni idea. Del mismo modo que no sabía que Dom y yo habíamos caído en una trampa hasta que Dom sangró en el suelo.

Siento el teléfono como un ladrillo en el bolsillo. Antes estaba vibrando, *una y otra vez,* pero ahora se ha silenciado.

—Diez putos millones de dólares —susurro con incredulidad.

—Los Skulldragger solo intentaban sacar provecho, idiotas que son. Y fueron lo bastante estúpidos o desesperados, probablemente ambas cosas, como para pensar que podían cambiar tu cabeza por la de Laila. En cuanto les dijiste quién eras, estaban dispuestos a intentarlo. Ahora vendrán otros a por ella.

—Nadie se acercará a mi mujer. Ni a mi hija.

—No, no dejaremos que eso ocurra —asiente Gedeon—. Solo debemos tener cuidado a partir de ahora.

—Mucho cuidado... —murmuro.

Más cuidado que con Dom.

Debería haber estado vigilando la puerta con él, con una mano en la pistola. Deberíamos haber explorado el bar e investigado al imbécil del club de moteros. Si no hubiera estado tan ansioso por saldar las deudas de Jasper, quizá nos habríamos enterado de la recompensa *antes* de acompañar a mi mejor amigo a su ejecución. Si hubiera ignorado mi teléfono como me enseñaron a hacer durante el trabajo, quizá Dom no estaría ahora en el quirófano.

Oigo la voz de Alessandro en el fondo de mi mente. *Esa chica hará que te maten.*

A mí no, al menos esta vez, pero no se puede decir lo mismo de Dom.

Alessandro cree que Laila es el problema, pero yo estoy al mando de la Bratva, de mi matrimonio, de todo. No puedo mantener a salvo a mis hombres, y solo la conexión de Laila conmigo basta para que la gente la busque.

Todos merecen algo mejor.

Me pongo en pie de un empujón, ignorando los pinchazos en las piernas. —Llama a Valentín y a Matvey. Que traigan a Kira. Tienes razón: debería estar con Dominik.

Gedeon se levanta tras de mí. —Vale, pero...

—Y asegúrate de que los dos se quedan con Kira. No quiero más derramamiento de sangre bajo mi vigilancia. Protégela.

—Por supuesto —acepta—. Pero ¿a dónde vas? Dijiste que te quedarías hasta...

—Ya no está en nuestras manos —trago saliva mientras me dirijo al lavabo, enjuagando por fin la sangre oscura y seca de mi piel—. Irnos ahora no cambiará el resultado. Pero aún podemos cambiar las cosas en otra parte.

—¿Cuál es el plan?

Hace cinco minutos, no tenía ninguno. Pero un plan se está formando en mi mente, solidificándose a medida que la sangre de Dominik se arremolina por el desagüe.

—Tengo algo importante que hacer. Y tú vienes conmigo.

LAILA

Dejo de pasearme cuando se abre la puerta, dispuesta a despotricar, gritar y decir todo lo que le habría mandado por SMS a Arsen si se hubiera molestado en contestar al teléfono en algún momento de las últimas horas.

Pero, en cuanto veo la sangre congelada en sus manos, toda mi ira se desvanece. —¡Arsen!

Me precipito hacia él, pero se contiene. Su voz es grave y fría. —Estoy bien. No es mi sangre.

Es lo mismo que me dijo la noche que se presentó en la casa. Aquella noche, tenía sangre de Natascha en las manos.

No quiero saber de quién es la sangre ahora.

Echo un vistazo a la cuna para asegurarme de que Nina sigue durmiendo. Milagrosamente, sí. Solo puedo esperar que siga durmiendo durante noches como esta.

—Te esperaba de vuelta hace horas —susurro, acercándome a él—. ¿Qué ha pasado?

—Nos atacaron.

—¿Nos? —miro por encima de su hombro, pero solo está él.

Se estremece, con los ojos hundidos e inyectados en sangre. —Necesito asearme.

Ignorando el dolor que me sube y me baja por la cadera, consecuencia directa de las horas que pasé caminando antes de que entrara, me acerco a él. —Estoy aquí. Deja que te ayude.

No me rechaza como yo esperaba. En lugar de eso, deja que lo lleve al cuarto de baño. Me observa inexpresivo mientras lleno una palangana con agua caliente y busco una toalla de mano.

La sangre alrededor de sus muñecas es oscura y escamosa, de hace horas, por lo menos, y desaparece bajo el puño de su camisa. Así que empiezo a desabrochar los botones y a comprobar que está entero. Tenía razón: la sangre no es suya, pero no está ileso. Tiene rasguños y moratones recientes por todo el pecho y los brazos. Deshaciéndome de su ropa ensangrentada, le paso la toalla húmeda por el pecho, masajeando hasta dejarle la piel limpia.

Intento mirarlo a los ojos, pero aparta la mirada. Parece que solo puede mirarme cuando no le devuelvo la mirada.

Finalmente, cuando estoy segura de que mi imaginación tiene que ser peor que la verdad, pregunto—: Arsen, ¿qué ha pasado?

—Un error —dice bruscamente—. Uno del que tal vez no pueda retractarme. Pero uno que puedo asegurarme de no volver a cometer.

El miedo me cierra la garganta y me impide formular el resto de mis preguntas.

Arsen no se mueve mientras dejo caer la toalla ensangrentada en la palangana y me lavo las manos. Nunca le había visto tan quieto. Tan distante.

No puedo soportarlo.

Acaricio su cara, forzando sus ojos hacia los míos. —Por favor —susurro—, vuelve a mí.

Sus ojos verdes son tenues. Parpadean hacia los míos solo un segundo antes de desaparecer. —Han disparado a Dominik esta noche.

Se me caen las manos. Doy un traspié hacia atrás y mi codo golpea el cuenco de agua roja sobre la encimera. Mirarlo ahora me revuelve el estómago. —¿Qué?

—Lo están operando de urgencia. Kira ya debe de estar en el hospital —lo dice con un suspiro resignado que no entiendo.

Dominik es uno de sus mejores amigos. Arsen lo quiere, quiere a Kira. Lo sé.

—Tenemos que estar allí —ya estoy repasando en mi cabeza una lista de lo que tengo que hacer. *Vestirme, hacer que Polina vigile a Nina, encontrarle a Arsen una camisa nueva*—. Necesita a alguien con ella. Oh, Dios.

—No tiene sentido buscar a Dios —interrumpe Arsen con dureza—. No puede oírnos.

De repente, el extraño comportamiento de Arsen, su frialdad y distanciamiento, tiene todo el sentido para mí. Agarro su mano, la beso, la estrecho contra mi corazón palpitante. —No voy a ir a ninguna parte, Arsen. Voy a estar aquí contigo, ¿vale? No perderemos a Dominik.

Sus ojos se clavan en mí. Es la mirada más concentrada que ha tenido desde que entró en nuestra habitación. —¿Quieres prepararte?

—Por supuesto. Dame diez minutos. Me pondré algo de ropa y podremos ir al hospital. Haré que Polina cuide de Nina mientras nosotros...

—No —retira la mano y vuelve a mirar al suelo—. Nina puede ir contigo.

No estoy segura de que debamos llevar a Nina al hospital, sobre todo en estas circunstancias. Me sentiría mucho mejor dejándola aquí con Polina y mi madre, pero decido no discutir con Arsen ahora.

Si se siente más seguro con nosotros juntos, quiero dárselo.

—De acuerdo. La llevaremos con nosotros.

Asiente una vez y sale del baño, cerrando la puerta con firmeza tras de sí.

El corazón me retumba en el pecho y no puedo evitar la sensación de que algo va mal. Es Dominik. Dominik está herido. Eso es lo que va mal.

Mientras me ducho y me cambio, me digo a mí misma que eso es lo que es, pero, cuando vuelvo al cuarto de baño y encuentro a Arsen inclinado sobre una gran bolsa de lona, ya no puedo mentirme a mí misma.

—¿Qué haces?

No contesta mientras coge a Bugsy de la cuna de Nina y lo mete en el petate junto con un fajo desordenado de ropa.

—Solo vamos al hospital —digo débilmente—. Has hecho suficiente equipaje para un mes.

—No va a ser un mes —cierra la cremallera del petate.

—De acuerdo —el pánico me sube por la garganta y tengo que hablar para evitarlo—. Entonces no hace falta que llevemos quince mudas de ropa al hospital. Vamos a ir al hospital, ¿no?

Se echa la bolsa al hombro. —Coge a Nina.

—No lo entiendo. ¿Qué...?

—Te dije que buscaras a Nina —no levanta la voz, pero sus palabras bien podrían ser armas por la forma en que se clavan en mi piel.

Temblorosa, me dirijo a la cuna y cojo en brazos a nuestra bebé dormida. Su peso se asienta en mi pecho, junto con otra pesada realidad. —No vamos a ir al hospital, ¿verdad?

Al menos es lo bastante hombre como para mirarme a los ojos cuando dice—: No.

Lucho contra las náuseas. —¿A dónde vamos?

—No *vamos* a ninguna parte. Tú y Nina sí.

—¿Por qué? ¿Durante cuánto tiempo? —cuanto más se alarga el silencio, más aumenta mi pánico—. ¿Arsen?

—El tiempo que haga falta.

—¿Para hacer qué? —grito—. ¿Se trata de Charles? ¿O de Dominik? ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué está en el hospital?

—Por mi culpa —su mandíbula es de granito—. Y tienes que irte antes de que te hagan daño a ti también.

Su rostro se desdibuja detrás de mis lágrimas. Parpadeo furiosamente, intentando comprender lo que dice. —Pero ¿qué pasa con nosotros? ¿Con nuestra familia? Soy tu mujer.

—Un error que nunca debí cometer.

Retrocedo a trompicones como si me hubiera golpeado. Bien podría haberlo hecho. —No lo dices en serio.

—Sí, lo digo en serio —responde sin vacilar—. Me dejé distraer por ti, por jugar a las casitas y ser tu marido, y puse a todos en peligro.

Sacudo la cabeza. —No digas eso. Tú no...

—Dominik se está muriendo. Podría estar jodidamente muerto ahora, por lo que sé.

—¡No me culpes por eso! —chillo, haciendo que Nina se revuelva entre mis brazos—. ¡No te atrevas a culparme por eso!

—No lo hago —se pasa una mano por la nuca, con los hombros tensos—. Esto no es culpa de nadie más que de mí. Ahora, vámonos.

—¡Arsen!

Pero no se detiene. Atraviesa la puerta y desaparece.

Nina ha vuelto a calmarse, y miro a mi bebé dormida, preguntándome cómo hemos llegado hasta aquí. Cómo podremos salir.

Sin saber qué más hacer, sigo a Arsen por la casa y bajo las escaleras. Me duele la cadera cuando llego a la entrada y encuentro las maletas junto a la puerta y a Gedeon, otra persona que no me mira a los ojos. Un motor ronronea en la entrada.

Arsen aparece en la puerta. —¿Estás preparado?

—¿Dónde está mamá?

Vinimos juntas. Deberíamos irnos juntas. Si Arsen acaba conmigo, no la querrá cerca.

Una sombra cruza sus ojos. —Está enferma, Laila.

El dolor de mi corazón eclipsa el dolor de mi cadera. —¿Qué me estás diciendo, Arsen?

—Tienes diez minutos. Ve a despedirte.

LAILA

Arsen sale de la habitación, y Gedeon sigue mirándose los pies.

—¿Lo ayudaste a planearlo? —exijo.

Sacude la cabeza. —Lo siento, Laila. No puedo hacer nada.

La resignación en su voz casi me hace caer de rodillas. —No lo comprendo. ¿Por qué tengo que marcharme? ¿Qué he hecho mal?

—Nada. No has hecho... —finalmente, me mira—. Estás en peligro. Arsen quiere llevarte lo más lejos posible de aquí. Lo hace para protegerte. Y también a Nina.

No puedo reprimir la risa amarga que estalla en mí. —Quizá te perdiste la parte en la que me culpó de que dispararan a Dominik.

—No te culpa a ti. Se culpa a sí mismo.

—¡Entonces explícame todo esto! —agito las manos para abarcar la bomba que acaba de caer sobre mi vida—. ¿A dónde voy? ¿Cuándo volvemos?

La mirada hundida en sus ojos es toda la respuesta que necesito. —Estaré contigo. Seré tu seguridad, para que no estés sola.

—Pero Arsen...

Los ojos de Gedeon se oscurecen mientras se vuelve hacia la puerta. —Solo tienes unos minutos para despedirte de tu madre, Laila. No los desperdicies.

El camino hasta la habitación de mi madre se me hace interminable. Nina pesa mucho en mis brazos, dormida de nuevo, por suerte. Es lo único que ha salido bien esta noche.

Tengo que llamar a su puerta durante un buen rato antes de que Evelyn responda por fin, con los ojos hinchados por el sueño.

—¿Laila? ¿Va todo bien? —me echa un vistazo a la cara y la suya se queda sin color—. ¿Qué pasa?

Me trago las lágrimas. —Necesito ver a mi madre.

—¿Quieres que me lleve a Nina?

En silencio, deslizo a Nina entre los brazos de Evelyn y me acerco a la cama de mi madre. Parece tan pequeña en su enorme cama, con las sábanas recogidas hasta la barbilla. Las ventanas están abiertas y la luz de la luna entra por ellas, tiñendo sus pálidas mejillas de un azul plateado.

—Mamá —susurro, con la voz temblorosa—. ¿Mamá?

Hacen falta un par de empujones más para despertarla. Cuando se despierta, lo hace de golpe: abre los ojos de golpe y su cuerpo se levanta como si yo hubiera gritado.

—Laila, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

Agarro su mano demasiado delgada y me la llevo al pecho. —Tengo que irme esta noche. Nina y yo. No estoy segura de cuándo volveremos.

Mamá frunce el ceño y me mira a la cara, como si no entendiera lo que digo. Ya somos dos.

—¿A-adónde van?

—Aún no lo sé.

Se quita las mantas de las piernas. —Iré con ustedes.

Una mirada a sus frágiles brazos que sobresalen de su camisa de dormir, y sé que Arsen tenía razón. Me duele más de lo que sé expresar con palabras. —Mamá, estás enferma. Tienes que quedarte aquí.

—Pero ¿por qué tienes que irte? —mira por la ventana—. Es plena noche. No puedes coger a Nina e irte. ¿Qué dice Arsen?

—Dice que esto es necesario. Mañana te lo explicará todo.

Porque, mierda, sé que no puedo hacerlo yo. No si quiero mantener algún tipo de compostura.

Se oyen voces al otro lado de la puerta. *Se me acaba el tiempo.*

El problema es que a mamá también se le acaba el tiempo. Para siempre. Y sigue obligándome a dejarla. —Nina y yo estaremos bien. Seguro que nos volveremos a ver pronto.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, parecen mentira.

En mi garganta se acumulan sollozos espesos y feos. Tengo que salir ya o perderé la cabeza por completo. No puedo permitir que me vea así. —Solo quería despedirme.

Mamá sacude la cabeza, con los ojos llorosos. —¿Por qué tengo la sensación de que no volveré a verte?

—Te quiero, mamá. Eres la mejor madre que una chica puede pedir —una lágrima traicionera resbala por mi mejilla.

Le doy un beso rápido en la frente y salgo corriendo de la habitación. Evelyn está al otro lado, meciendo a Nina en brazos.

Se echa hacia atrás cuando me ve, con los ojos entrecerrados. —Laila... ¿qué está pasando?

Le quito a Nina, ignorando su mirada. —Siento irme así. Por favor, cuida de mi madre por mí.

—Claro que lo haré. Pero...

—Lo siento —ahogo un sollozo—. Tengo que irme.

Mis pasos resuenan en la casa vacía.

En el camino de entrada, Gedeon está sentado al volante del todoterreno y Arsen está de pie junto a la puerta trasera abierta.

Se inclina hacia mí y recupero el aliento, pero se limita a dar un beso a Nina en la frente. Luego la arranca suavemente de mis brazos y la coloca en la silla del coche. Sus manos son cuidadosas, tan tiernas como siempre, pero, de algún modo, sin vida. Robóticas.

Frías.

—No tienes por qué hacerlo —susurro, sabiendo ya que eso no cambiará nada—. Sé que estás pasando por algo, pero ahora somos un equipo. Déjame ayudarte. Déjame estar aquí para ti. No vuelvas a apartarme.

—No tenemos tiempo para esto. Perderás el avión.

—Supongo que debería dar gracias de que no sea un cohete —murmuro—. ¿A qué distancia piensas enviarme?

—Gedeon estará contigo —lo dice como si importara. Como si hubiera alguien más con quien prefiriera estar—. Me necesitan aquí.

—¿Y nosotras? —replico—. ¡Nosotras también te necesitamos, Arsen!

—Esto no se puede cambiar, Laila. Los planes están hechos. Estarás en ese vuelo esta noche.

Miro por encima de su hombro hacia la casa. —Mi madre...

—…estará segura y cómoda. Te lo prometo.

—¡Que te jodan a ti y a tus promesas! —grito, golpeando con los puños su pecho. Sienta bien. Me siento *condenadamente* bien—. Eres un mentiroso. Un maldito mentiroso.

Deja que le pegue. Una y otra vez. No me detiene. Ni siquiera intenta evitar los golpes. Se queda ahí y aguanta.

No paro hasta que me palpitan los nudillos y tengo la garganta en carne viva y ronca.

—Si ya has terminado —murmura—, Gedeon está esperando.

—¿No te importa nada? Mi madre se está muriendo. Sabes lo mucho que significa para mí. Si me voy y ella muere... —pierdo las palabras por otro sollozo desgarrador—... no estaré allí para despedirme.

—Te has despedido esta noche.

Las lágrimas caen sin control por mis mejillas. —Si haces esto, Arsen, te juro que nunca te perdonaré. No mientras viva.

El músculo de su mandíbula se contrae. Sus ojos se encuentran con los míos, pero no hay nada en ellos. Ni un ápice de vida, compasión o humanidad.

Muertos.

Robóticos.

Fríos.

—Si me salgo con la mía, eso será mucho, mucho tiempo.

Luego, me empuja a la parte trasera del vehículo. Mientras el coche rueda por el camino, Arsen ni siquiera espera a vernos marchar.

Ya se ha ido.

60

ARSEN

GEDEON: Estamos en el avión. Cinco minutos para el despegue.

Sucinto y clínico. Tomo nota para felicitar a Gedeon por ceñirse a los detalles necesarios. En lo que respecta a Laila y Nina, es exactamente lo que busco para el futuro.

Yo respondo de forma similar.

ARSEN: Dominik ha salido de la operación. Se va a salvar.

Me meto el teléfono en el bolsillo y entro en la habitación de Dominik en el hospital. Kira está sentada junto a su cama, agarrándole la mano y susurrándole, aunque los médicos nos han dicho repetidamente que no puede oír ni una palabra.

—Kira.

No suelta la mano de Dominik mientras me mira. Sus ojos se entrecierran. —Arsen.

—¿Cómo está?

—Bueno, veamos —suelta—. Perdió tres litros de sangre y tuvieron que hacerle dos transfusiones. Según el médico, se salvó por los pelos de la parálisis total. Pero supongo que respira. Algo es algo.

Ignoro el sarcasmo y mi mirada se dirige a su vientre prominente. —Es un hombre fuerte.

—No hace falta que me lo digas.

Me tomo su ira como me tomé los golpes de Laila: como el castigo que merezco. —Nunca quise que pasara esto.

—Y sin embargo pasó —aprieta con más fuerza la mano de Dom. No sé si es por ella o por él—. A Dominik le faltan dos meses para conocer a su hijo, ¿y decidiste que era el mejor momento para llevarlo a una misión?

—Podría haber... —me paso una mano por el cuello. Defenderme mientras mi segundo está inconsciente en una cama de hospital tiene mala pinta, incluso para mí—. ¿Sabe que vas a tener un niño?

—Claro que lo sabe. Estuvo en todas y cada una de mis citas.

Oigo lo que no dice: *A diferencia de otro padre en esta sala.*

Me desplomo en el asiento del lado opuesto de la cama de Dominik. —Tampoco lo mencionó nunca.

—Quizá pensó que no podría —agarra con fuerza la mano de Dom. Ese agarre podría despertar a un cadáver de su tumba, pero Dominik ni se inmuta—. No es que dejes mucho espacio para nadie más en tu mundo.

Inclino la cabeza para mirarla atentamente. —Sigo sin gustarte, ¿verdad?

Sus ojos se desvían hacia mí y la ira que había en ellos se suaviza. —Eso era cierto hasta hace poco. Mi opinión sobre ti cambió cuando Laila entró en escena. Ella te hizo mejor... más cercano.

—¿Sabes lo que eso te hace en este mundo, Kira? Ser blando... —mis labios se curvan alrededor de la palabra—. Te enviará a ti y a la gente que te rodea a una muerte prematura.

Kira mira a Dominik como si no pudiera soportar mirarme ni un segundo más. Se hace el silencio, solo roto por los parpadeos regulares del pulsómetro.

Bip.

Quietud.

Bip.

Silencio.

Bip.

La imperdonable laguna de las cosas que no se pueden decir en voz alta.

—Si Dominik estuviera despierto —murmura—, me diría que dejara de estar tan enfadada. Me diría que esta es la vida a la que se apuntó. Y que, al casarme con él, yo también la acepté —cierra los ojos—. Pero no está despierto. Y no puede decírmelo. Así que...

—Cúlpame si quieres —le digo—. Me lo merezco.

Sacude la cabeza y se pasa los dedos por el vientre como si intentara proteger a su hijo de mí.

—Cubriré todos los gastos médicos —le digo robóticamente—. No tendrás que preocuparte por nada.

No puedo quedarme aquí más tiempo. Me pongo en pie, a pesar de que cada hueso de mi cuerpo me suplica que vuelva a sentarme. Kira no dice nada cuando me levanto, cuando empiezo a marcharme. Solo habla cuando mis dedos se cierran en torno al pomo de la puerta.

—¿Dónde está Laila? Pensé que querría estar aquí. Dominik y ella son muy unidos.

Mis manos se cierran en puños. —Está... ocupada.

—¿Ocupada haciendo qué?

Subiéndose a un avión.

Alejándose de mí.

Antes de que mis pecados le hagan a ella lo que le hicieron a mi mejor amigo.

—Tengo trabajo que hacer, Kira. Los hombres que atacaron a Dominik siguen ahí fuera. Tengo que hacerles pagar.

Me doy cuenta de que sabe que estoy cambiando de tema, pero no discute. Se da la vuelta y vuelve a coger a Dominik de la mano. —Mándale saludos a Laila, entonces.

No respondo, sobre todo porque no quiero mentirle más de lo que ya lo he hecho.

Por el bien de Laila, no voy a mandarle nada.



Polina me espera en la escalera cuando llego a casa. Su rostro es una máscara perfectamente arreglada, pero la conozco lo suficiente como para ver la ira que hierve a fuego lento justo debajo.

Salgo del coche. —Polina.

Ignora el saludo y se cruza en mi camino. —¿Por qué llora Marie y me dice que Laila y Nina se han ido?

No fue un descuido ocultarle mis planes a Polina. Sabía que pagaría un infierno cuando se enterara. —Porque es cierto.

—¿A dónde?

—Eso no es asunto tuyo.

—Arsen Adamov…

—No eres mi madre —gruño con un súbito y violento latigazo de saña que ella no se merece—. No tienes derecho a reñirme como si fuera un niño. Hice lo que tenía que hacer por mi familia: protegerla.

—¡Y una mierda! —grita—. Hiciste lo que hiciste para *protegerte*.

La paso por un lado. —Cree lo que quieras...

—¡Un contratiempo, un susto, y deshaces todos los progresos que has hecho! —me grita a la espalda—. Esa chica confiaba en ti. ¡Te quiere!

—Entonces ese es su puto error, ¿no? —rujo, dándome la vuelta—. ¡Debería haberlo sabido!

Polina me sacude la cabeza, con una mueca de disgusto torciendo sus labios. —Así no se hacen las cosas, Arsen. Así no proteges a tu familia. Laila y Nina te necesitan.

—Estar asociadas conmigo es lo que hizo que pusieran una recompensa de diez millones de dólares por sus cabezas. ¿O te has perdido esa parte?

—No me he perdido nada. Está más segura contigo que en cualquier otro sitio. Y creo que ella sería la primera en decírtelo.

—¿Qué saben ninguna de las dos? Ninguna sabe lo que es ser *pakhan*. No saben el tipo de decisiones que tengo que tomar.

Su mueca se hace más profunda. La luz de la luna afila sus dientes hasta convertirlos en colmillos... o tal vez solo sea mi imaginación. Tal vez quiera que otra persona parezca un monstruo, aunque solo sea por un momento, para poder fingir que no soy la única bestia al acecho esta noche.

—Te pareces a tu abuelo. Quizá te pareces a él más de lo que pensaba.

Ni siquiera me inmuto. A estas alturas, estoy acostumbrado a recibir golpes. Parece que todas las mujeres de mi vida están armadas y

son peligrosas. —Puede que así sea.

—Excepto por una pequeña cosa: tú la quieres.

Maldita sea, necesito tranquilidad.

Un poco de paz.

No tengo ninguna de las dos cosas.

—No la quiero —miento—. Solo necesitaba hacerle creer que la quería. Era la forma más fácil de controlarla.

—Arsen…

—No era más que un lugar cálido donde meter mi...

No veo venir su mano antes de que su palma me golpee en la cara. Para ser una anciana, sabe pegar fuerte.

Agradezco el aguijón.

La bofetada suena y luego se apaga. La noche está jodidamente quieta a nuestro alrededor. Sacudo la cabeza y vuelvo a arrastrar los ojos hacia los suyos. —¿Te sientes mejor?

Polina tiene la cara roja de ira. Nunca la había visto tan descontrolada. —Tu madre se avergonzaría de ti.

—Si tú lo dices —mi mandíbula se mueve de un lado a otro—. La conociste mejor que yo.

—Considera este mi último día, Arsen —se endereza hasta alcanzar toda su estatura y, aun siendo una cabeza más alto que ella, nunca me he sentido más pequeño—. Me habré ido por la mañana. Que tu casa sea más pobre por la gente que has echado de ella.

ARSEN

UN MES DESPUÉS

Cuando entro en mi despacho, me alegro de haberme detenido a lavarme la sangre de las manos. Porque, en cuanto Dominik se vuelve hacia mí, sus ojos la buscan.

—¿Dónde has estado? —pregunta fríamente.

—Limpiando otro desastre.

Dominik suspira mientras tomo asiento. —Has cazado a los Skulldragger hasta extinguirlos, Arsen. ¿No crees que ya es hora de que te detengas con esta vendetta?

—Por ellos estuviste un mes en el hospital.

—En realidad, los italianos son la razón por la que estuve un mes en el hospital —me recuerda—. Fueron ellos quienes pusieron una recompensa por la cabeza de Laila. Yo fui un daño colateral.

Ignoro su opinión. Sobre todo, porque solo han pasado unas semanas y aún está curándose. No quiero luchar. Entre peinar las calles para encontrar a cualquier persona mínimamente relacionada con ese estúpido club de moteros y poder darle la agonizante ejecución que se merece, las lágrimas y súplicas de Marie cada vez que voy a visitarla y el silencio sepulcral de Laila, que se niega a responder a mis mensajes y llamadas, ya he luchado más que suficiente en las últimas semanas.

—Tengo un plan para los italianos —le digo cuando no deja de mirarme, esperando una respuesta—. Llevará tiempo.

—Una guerra —resume en voz baja—. ¿Eso es lo que has decidido, entonces?

—Es lo que decidieron los italianos en cuanto pusieron esa puta recompensa por la cabeza de mi mujer. ¿De verdad crees que puedo dejar eso sin respuesta?

—Te llaman El Carnicero. ¿Eres consciente de ello?

La verdad es que sí. Por fin acorralé a Cranium la semana pasada. Había eludido la captura escondiéndose en un viejo burdel, literalmente temblando bajo las faldas de la madame. Lo dejé en su habitación, sujetando sus propias entrañas con las manos. Luego la maté por protegerlo.

El Carnicero es adecuado.

—Esperemos que Alessandro Calcagno esté al corriente —digo entre dientes—. Debería saber lo que le espera.

Dom sacude la cabeza. —Tú no eres así, Arsen. No te dedicas a asesinar por toda la ciudad. Estás siendo descuidado. No piensas con claridad.

Arqueo una ceja. —¿Vas a acusarme también de comportarme como Yeremy?

—¡Si te sientes aludido es por algo!

—Soy el *pakhan* y haré lo que me plazca. No necesito que estés de acuerdo, pero sí que me sigas. ¿O es que esa bala te ha hecho olvidar el juramento que hiciste?

La mandíbula de Dominik se tensa. —Es fácil olvidarlo, ya que no exiges la misma obediencia a todos tus *vory*.

Revuelvo las cosas en mi escritorio, intentando ocultar el temblor de mis manos. Estos días, la rabia me bulle tan cerca de la superficie

que apenas puedo controlarla. Una palabra equivocada y es probable que salga de mí.

—Aún no me he ocupado de Jasper, pero lo haré.

—Claro que sí —se burla Dominik—. El hombre lleva semanas refugiado en el piso franco de Berkeley.

—Se está desintoxicando. Matvei ha estado con él las veinticuatro horas del día, asegurándose de que se mantiene sobrio.

—¿Y qué pasará cuando le sueltes la correa? ¿O piensas mantenerlo como tu pequeña mascota de por vida?

Me levanto de la silla. —La amargura no te sienta bien.

Dominik se echa hacia atrás con una mueca de dolor, recordándome por qué no puedo lanzarlo por la habitación. —¿Cuáles son tus planes para los italianos?

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—¿Crees que filtraría algo? Soy tu *vor* más cercano. Tu mano derecha.

—Esto no tiene nada que ver con no confiar en ti...

—¡Entonces cuéntame el plan! —explota—. Me estoy curando. Puedo ser útil.

—No estoy cuestionando tus capacidades.

—Entonces...

—Tu mujer está a días de tener a tu hijo —ladro—. Ya sufrió bastante mientras estuviste en el hospital. No voy a añadir más estrés ahora mismo.

—Si no conociera mejor a mi mujer, pensaría que tal vez tienes corazón, después de todo —Dominik suspira y deja caer la barbilla sobre el pecho—. Pero sé la verdad. Te ha dado un susto de muerte.

Por primera vez en semanas, casi sonrío. —Creo que nuestra última conversación acabó con ella llamándome "imbécil arrogante" y mandándome a la mierda.

—Es una mujer fuerte —se limpia las uñas no muy sutilmente antes de añadir—: No muy distinta a tu mujer.

Dejo caer la mirada y vuelvo a fingir que rebusco entre los archivos de mi escritorio. —Por eso sé que Laila está bien.

—¿Cómo ibas a saberlo? No has hablado con ella desde que se fue.

—¿Oh? Por lo visto, no soy el único al que Gedeon envía actualizaciones.

—Gedeon no es quien me pone al día. Es Laila.

—Así que no ha olvidado cómo usar el teléfono —respondo fríamente—. Es bueno saberlo.

Después de visitar a Marie cada día, envío a Laila una actualización. Nada extenso. Solo lo suficiente para que sepa que su madre está bien. Laila nunca responde, pero puedo oír sus pensamientos furiosos en cada mensaje sin respuesta. No hace falta ser un genio para imaginar todo lo que no dice.

—Nina ya puede sostener la cabeza por sí sola —me informa Dom, lanzando la granada emocional con precisión—. ¿Lo sabías?

Aprieto los dientes hasta que rechinan en señal de protesta. —Sé que están a salvo. Es todo lo que necesito saber.

—Arsen —respira—, tráela de vuelta. Laila debe estar aquí.

—Debe estar donde yo diga que debe estar —digo bruscamente—. Si me disculpas, tengo asuntos que atender.

Dominik me sigue fuera y hasta mi coche. —¿A dónde vas?

—Me dirijo al Hotel Calcagno. Allí hay unos fuegos artificiales que me muero por ver.

Dominik se detiene en seco. —No vas a realmente... Jesús, Arsen.

—Te dije que la espera merecería la pena.

—Ese hotel es el orgullo de Alessandro. Está recién renovado y, seguro que no necesitas que te lo recuerde, muy poblado.

—En la guerra se esperan bajas, Dominik. Es el precio del juego que jugamos.

Agarra la puerta de mi coche antes de que pueda cerrarla. —Voy contigo.

—No, no lo harás.

Frunce el ceño. —Estoy lo bastante sano como para ver cómo se derriba un edificio. O voy contigo o te sigo. Tú eliges.

No hay elección. O mantengo a Dominik cerca para poder cuidar de él, o me arriesgo a que vuelva a ser un daño colateral de mis idioteces.

—Entra —gruño.



En cuanto cruzamos la verja y entramos en la carretera principal, veo un todoterreno negro que se dirige hacia nosotros. En cuanto me doy cuenta de que está en nuestro carril, Dominik se apoya en el salpicadero. —Arsen, no va más despacio...

Me doy vuelta, pero choca con la cola de mi Bugatti, enviándonos a la barrena de nuestras vidas. El mundo se funde e implosiona en un millón de fragmentos desparejados.

—¡Aguanta! —rujo por encima del chirrido del motor, luchando por volver a tener el coche bajo mi control.

Antes de que pueda hacerlo, chocamos con un poste de luz, desplegando los airbags.

Tengo estrellas en los ojos, pero miro por encima del hombro y veo el coche girando en la carretera, preparándose para terminar el trabajo que empezó.

—Dom, ¿puedes moverte?

Golpea el airbag con el puño. —Sí.

—Entonces vete —ordeno—. Ahora.

Salimos rodando del coche y rodamos por la hierba segundos antes de que el todoterreno se estrelle contra mi Bugatti, dejando tras de sí nada más que metralla retorcida y azul.

Saco mi pistola y me levanto de la hierba. El conductor del todoterreno y yo hacemos contacto visual durante brevísimos segundos antes de que le clave una bala en la frente. Se desinfla como un globo, la sangre empapa el reposacabezas de detrás.

Le meto dos balas más en las ruedas delanteras, y luego una cuarta en el hombro del pasajero. A la carrera, abro la puerta y arrastro al *mudak* hasta el suelo. Le clavo el talón en la herida, inmovilizándolo contra el asfalto mientras hace muecas de dolor.

—¿Estás bien, Dom? —llamo por encima del hombro.

—¡Estoy bien! —me grita, con la carrocería humeante del Bugatti aún entre nosotros.

La sangre brota del brazo de mi cautivo. Está bramando, suplicando por su vida.

Le apunto a la cara con mi pistola, agotado de asesinatos largos y prolongados por un día. —Que te jodan, imbécil.

Entonces, aprieto el gatillo.

Dominik corre hacia mí mientras el cuerpo del hombre se queda inerte. —¿Lo has interrogado? ¿Qué te ha dicho?

—No me interesaba lo que tenía que decir —gruño, envainando mi arma y caminando alrededor del coche para asegurarme de que el conductor está muerto.

Basta un rápido examen. Ese hombre es comida para gusanos. Estoy ocupado buscando pruebas en el coche cuando Dominik interrumpe.

—¡Arsen! —su voz está llena de pánico—. He encontrado algo en el bolsillo de su chaqueta. Vas a querer ver esto.

Cuando vuelvo a rodear el coche, Dominik está arrodillado junto al copiloto, con algo apretado entre los dedos.

Cuando me acerco, lo sostiene a la luz. Es una fotografía. Una instantánea en blanco y negro que hice yo mismo.

De mi mujer.



Continuará

La historia de Arsen y Laila continúa en el Libro 2 del dúo de la Bratva Adamov, REINA MARCADA.